

Lingua e Traduzione Spagnola II

Prof. Andrea Bresadola

I. TESTI

Miguel de Unamuno	<i>San Manuel Bueno, mártir</i> (1931)	2
	<i>Andanzas y visiones españolas</i> (1922)	3
Ramón J. Sender	<i>Mr Witt en el cantón</i> (1935)	5
	“Utrillo” (<i>Relatos fronterizos</i>) (1970)	8
Camilo José Cela	<i>La familia de Pascual Duarte</i> (1942)	12
Wenceslao Fernández Flórez	<i>El bosque animado</i> (1943)	18
Azorín	<i>La isla sin aurora/L'isola senza aurora</i> (1944)	23
Miguel Delibes	<i>El camino</i> (1950)	29
	<i>Los santos inocentes</i> (1981)	36
Jesús Fernández Santos	<i>Los Bravos</i> (1954)	44
Rafael Sánchez Ferlosio	<i>El Jarama</i> (1955)	49
Armando López Salinas	<i>La mina</i> (1960)	51
Antonio Ferres	<i>Los vencidos</i> (1961)	59
Luis Martín Santos	<i>Tiempo de silencio</i> (1962)	64
Juan Goytisolo	<i>Campos de Níjar</i> (1959)	66
	<i>Señas de identidad</i> (1963)	70
Manuel Lueiro Rey	<i>Manso</i> (1967)	71
Ignacio Aldecoa	<i>Parte de una historia</i> (1967)	75
Julio Llamazares	<i>Luna de lobos</i> (1985)	81
Pablo Tusset	<i>Lo mejor que le puede pasar a un cruasán</i> (2001)	84
Fernando Marías	<i>La batalla de Matxitxako</i> (2002)	87
Alberto Méndez	“2ª derrota: 1940 o manuscrito encontrado en el olvido” (2004)	95
Paco Gómez Escribano	<i>Yonqui</i> (2014)	99
Jon Idigoras	<i>El hijo de Juanita Gerrikabeitia</i> (2000)	102
Juan Cruz López	<i>El club de los poetas hiperviolentos</i> (2017)	107
Carlo Emilio Gadda	<i>Quer pasticciaccio brutto de via Merluna</i> (1957)/ <i>El zafarrancho aquel de via Merulana</i> (1965)	118
Wu Ming	<i>L'armata dei sonnambuli/El ejército de los sonámbulos</i>	121

Miguel de Unamuno, San Manuel Bueno, mártir

De nuestro Don Manuel me acuerdo como si fuese de cosa de ayer, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al Colegio de Religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago. Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas, los corazones, y él al mirarnos parecía, traspasando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma. Entonces fue cuando mi hermano Lázaro, que estaba en América, de donde nos mandaba regularmente dinero con que vivíamos en decorosa holgura, hizo que mi madre me mandase al Colegio de Religiosas, a que se completara fuera de la aldea mi educación, y esto aunque a él, a Lázaro, no le hiciesen mucha gracia las monjas. «Pero como ahí -nos escribía- no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya. Lo importante es que Angelita se pule y que no siga entre esas zafias aldeanas.» Y entré en el colegio, pensando en un principio hacerme en él maestra, pero luego se me atragantó la pedagogía. En el colegio conocí a niñas de la ciudad e intimé con algunas de ellas. Pero seguía atenta a las cosas y a las gentes de nuestra aldea, de la que recibía frecuentes noticias y tal vez alguna visita. Y hasta al colegio llegaba la fama de nuestro párroco, de quien empezaba a hablarse en la ciudad episcopal. Las monjas no hacían sino interrogarme respecto a él.

Desde muy niña alimenté, no sé bien cómo, curiosidades, preocupaciones e inquietudes, debidas, en parte al menos, a aquel revoltijo de libros de mi padre, y todo ello se me medró en el colegio, en el trato, sobre todo con una compañera que se me aficionó desmedidamente y que unas veces me proponía que entrásemos juntas a la vez en un mismo convento, jurándonos, y hasta firmando el juramento con nuestra sangre, hermandad perpetua, y otras veces me hablaba, con los ojos semicerrados, de novios y de aventuras matrimoniales. Por cierto que no he vuelto a saber de ella ni de su suerte. Y eso que cuando se hablaba de nuestro Don Manuel, o cuando mi madre me decía algo de él en sus cartas -y era en casi todas-, que yo leía a mi amiga, esta exclamaba como en arrobó: «¡Qué suerte, chica, la de poder vivir cerca de un santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y poder besarle la mano! Cuando vuelvas a tu pueblo, escíbeme mucho, mucho y cuéntame de él». Pasé en el colegio unos cinco años, que ahora se me pierden como un sueño de madrugada en la lejanía del recuerdo, y a los quince volvía a mi Valverde de Lucerna. Ya toda ella era Don Manuel; Don Manuel con el lago y con la montaña. Llegué ansiosa de conocerle, de ponerme bajo su protección, de que él me marcara el sendero de mi vida. Decíase que había entrado en el Seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre; que en el Seminario se había distinguido por su agudeza mental y su talento y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida como un broche entre el lago y la montaña que se mira en él.

MIGUEL DE UNAMUNO

ANDANZAS y VISIONES

ESPAÑOLAS

Aparecióseme una vez más la ciudad de Avila, Avila de los Caballeros, Avila de Teresa de Jesús, ciudad vertebrada. En aquel campo rocoso, entre los beñucos, que son como huesos de esta tierra de Castilla, toda ella roca, donde la gea domina a la flora y a la fauna, rocambre que es fuego cristalizado. Cincha a la ciudad el redondo espinazo de sus murallas, rosario de cubos almendrados, y como un cráneo, una calavera viva —la gloria mayor del rosario—, en lo alto la fábrica de la catedral, cuyo ábside cobija recovecos de misterio interior, allí, entre las bermejas columnas. Ciudad, como el alma castellana, dermato-esquelética, crustácea, con la osamenta —coraza— por de fuera, y dentro la carne, ósea también a las veces. Es el castillo interior de las moradas de Teresa, donde no cabe crecer sino hacia el cielo. Y el cielo se abre sobre ella como la palma de la mano del Señor.

Fuera, sin embargo, del redondo espinazo ciudadano alza San Vicente su severidad románica; fuera, Santo Tomás su recojimiento, donde duerme —¿sueña?— el prí-

cipe D. Juan, el que se llevó a la tumba una dinastía que pudo haber sido un porvenir que nunca fue, una realza entrañadamente española, de roca, que no de cepa castiza. Y fuera de aquellas murallas, un miércoles, 5 de junio de 1465, vióse un acto para siempre memorable. Mas oigamos a nuestro padre Mariana, el jesuita bravo, nuestro Tácito:

«Los alborotados en Avila —dice— acordaron de acometer una cosa memorable; tiemblan las carnes en pensar una afrenta tan grande de nuestra nación; pero bien será se relate para que los Reyes, por este ejemplo, aprendan a gobernar primero a sí mismos y después a sus vasallos, y adviertan cuántas sean las fuerzas de la muchedumbre alterada, y que el resplandor del nombre real y su grandeza más consiste en el respeto que se le tiene que en fuerzas; ni el Rey (si le miramos de cerca) es otra cosa que un hombre con los deleites flaco; sus arreos y la escalata, ¿de qué sirven sino de cubrir como parche las grandes llagas y graves congojas que le atormentan? Si le quitan los criados, tanto más miserable, que con la ociosidad y deleites más sabe mandar que hacer ni remediar en sus necesidades. La cosa pasó desta manera: Fuera de los muros de Avila levantaron un cadalso de madera, en que pusieron la estatua del Rey D. Enrique con su vestidura real y las demás insignias del Rey: trono, cetro, corona; juntáronse los señores; acudió una infinidad de pueblo. En esto, un pregonero, a grandes voces, publicó una sentencia que contra él pronunciaban, en que relataron maldades y casos abominables que decían tenía cometidos. Léase la sentencia y desnudaban la estatua poco a poco, y a ciertos pasos, de todas las insignias reales; últimamente, con grandes baldones, le echaron del tablado abajo.»

Así, mediado el siglo xv, en las afueras de Avila de los Caballeros. Las recias murallas, calentándose al sol desnudo de Castilla, se estremecieron acaso en su meollo viendo ese ejemplo de caballería altanera. Pero antes nos cuenta el padre Mariana también que, «despertado el Rey de su grave sueño, a solas y las rodillas por tierra,

las manos tendidas al cielo, habló con Dios, según se dice, desta manera: «Con humildad, Señor, Cristo Hijo de Dios y Rey por quien los reyes reinan y los imperios se mantienen, imploro tu ayuda, a Ti encomiendo mi estado y mi vida; solamente te suplico que el castigo (que confieso ser menor que mis maldades) me sea a mí en particular saludable. Dame, Señor, constancia para sufrille y haz que la gente en común no reciba por mi causa algún grave daño.» Dicho esto, muy de prisa se volvió a Salamanca.»

Desde esta Salamanca, plateresco rosal de otoño, con la encendida amarillez de la tarde del Renacimiento en las hojas; desde esta Salamanca sigo viendo, cerrados los ojos de la carne, el grave sueño de la berroqueña Avila, de Avila de granito. Y veo Castilla, «las rodillas por tierra, las manos tendidas al cielo», pidiendo piedad a Dios. Resquebrajada de sed de justicia el alma. Y es su vida sueño, pero grave sueño de piedra. Un toro de piedra guarda, dentro de Avila, los callados remotos recuerdos de la noche que precedió al alba romana de su historia.

«¡Bienaventurados los hambrientos y sedientos de justicia, porque ellos se hartarán!», suspiró el Cristo (Mateo V, 6). ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? Se hartarán, sí, de consuelo celeste, acaso de sagrada indignación. Los malaventurados, los que, faltos de justicia, no sienten ni hambre ni sed de ella, porque están muertos civilmente, duermen grave sueño de piedra, como el del toro de la plazuela de Avila. El sol le chupa el rocío y no cría ni musgo en sus costillas.

Libertad fue a buscar al claustrero Teresa de Jesús, consuelo de deleitarse en aquel castillo interior, «pues sin licencia de los superiores —dice— podéis entraros y pasearos por él a cualquier hora». Dentro del cincho de piedra de las murallas de su ciudad naiva soñó la Santa, reinando Carlos I, el César flamenco, santa libertad. Seis años tenía la santa de Avila cuando, cincuenta y seis después de la afrenta que hacía temblar las carnes sólo de pensarla, rendían sus cabezas en Villalar los comu-

neros de Castilla. Y cayó sobre ésta un grave sueño imperial. Segismundo, rezongaba remusgándose dentro de un seto berroqueño. «Y teniendo yo más alma, ¿tengo menos libertad?», clamaba.

A mil varas sobre el ras del mar, cuna de libertad, y todo el sendero, sobre los huesos de esta tierra cruceca de Castilla, duerne y sueña sus recuerdos, dentro del rosario de sus murallas —gloria final la catedral gótica—, Avila de los Caballeros, de los caballeros que desnudaron la estatua del rey D. Enrique.

Publicado el 24 de marzo de 1922 en *Nuevo Mundo*, de Madrid.

RAMON J. SENDER
MR. WITT
EN EL CANTON

Marzo

1

La habitación comenzaba a ensombrecerse en los rí-
cones. No se veía el canapé con sus tres cuadros enci-
ma. Uno representaba la coronación de la reina Victoria;
otro, a Cromwell; el tercero, a Carlyle. La reina estaba
en el centro. Sobre estos tres cuadros dominaba un
dibujo, hecho por el mismo Mr. Witt, de su abuelo
Aldous Witt, marino holandés, en el que veía con cierto
orgullo los rasgos esforzados del aventurero holandés.
Del aventurero. No se atrevía a decir del «pirata», aun-
que esto era lo que había determinado que el dibujo tu-
viera aquel preeminente lugar en su cuarto de trabajo.
Mr. Witt, cuya única aventura a lo largo de cincuenta
y tres años consistió en dejar su puesto en la Marina in-
glesa para ir a ocupar el de ingeniero asesor en la Maes-
tranza de Cartagena—cambiar su confortable casa de
Adelphi por otra no menos confortable del paseo de la
Muralla—, ordenar sus cuadros con un poco más de

desembarazo que lo hubiera hecho en Londres y comprarse dos pares de castañuelas que colgó sobre una manita de monte puesta en la pared; Mr. Witt, que no conocía otra aventura que la de su entusiasmo súbito por Milagritos al verla un día en la Puerta de Murcia y desposarla algunos meses más tarde, amaba las aventuras. Le gustaba explicarse sus movimientos de ánimo. Este amor por las aventuras—se decía—no proviene de un espíritu desordenado, sino del «gusto por lo esporádico». A Mr. Witt le cansaba un poco la civilización, como a todo inglés culto. Por eso miraba con melancolía a su abuelo Aldous, y por eso también se encontraba muy a gusto en España, en Cartagena, en su casa del paseo de la Muralla, cerca de doña Milagros, mujer bonita y atropellada, cuya educación y cultura no habían pasado de cierto mimetismo instintivo. Quince años llevaban juntos y todavía doña Milagros no había dejado de asombrarle con sus salidas violentas o dulces, de una violencia o una dulzura siempre inesperadas. Mr. Witt era un hombre ultracivilizado, pero como se sentía esclavo y preso de la civilización, a veces la odiaba. «No es un sentimiento anárquico—se explicaba a sí mismo—, sino la sensación de la esterilidad de muchas de las formas morales y sociales que nos dominan.» Sin embargo, Mr. Witt, en su conducta, se creía un puritano. En su facha exterior había rigidez, sobriedad, una seriedad infinita que a los cartagenos les parecía a veces tristeza.

—¡Qué tío serio!—solían decir tiempos atrás.

Mr. Witt volvió a tomar en sus manos *La sociedad francesa y la sociedad inglesa en el siglo XVIII*, de C. E. Witt, quizá antepasado suyo también—aunque no era cierto, le gustaba creerlo—. La había mandado encuadernar, encargando mucho que no pusieran ningún adorno en las cubiertas ni en el lomo. Y he aquí de pronto, entre dos nudos de la mediacaña, un pajarito de purpura. Tampoco se habían atendido a sus indicaciones en las titulares. Había una plecta con dos arbescos en cada remate. Le disgustó, y al recordar que el encargo de la encuadernación estaba en el vestíbulo, le hizo

pasar. Protestó con el aire seco que tenía cuando algo le contrariaba. En aquellos momentos se parecía mucho al dibujo del abuelo Aldous. El encargado de la encuadernación—a Mr. Witt, que era un gran cliente, no le llevaba los recados el chico—pasó. Una vez más la seriedad del inglés quebró contra las risueñas palabras del obrero:

—Buenas, Mr. Güi.

Todo el mundo le llamaba «Mr. Güi». A veces había recibido cartas con su nombre escrito así. A Mr. Witt no le hacía mucha gracia ver su apellido con esa ortografía, que en inglés sonaba de modo intolerable; pero Mr. Witt ignoraba que sólo cuando la gente se enteró de que se llamaba de una manera tan graciosa le toleró aquella rígida sequedad con que iba a su oficina por las mañanas. En cuanto pudieron llamarle «Mr. Güi» se olvidaron del serio. El obrero, tomando el libro, miró, complacido, el pajarito de purpura y la plecta:

—¡No le han hecho a usted en su vida unas pastas mejores!

Y añadió, alzando los hombros, contemplando el libro a distancia y ladeando la cabeza:

—Hase muy curro, el pajarito.

Por fin, Mr. Witt se quedó con el libro, medio risueño, medio grave:

—¡Muy curro, muy curro!

Mr. Witt solía trabucar las erras. Cuando era doble la pronunciaba sencilla. Y a la inversa. Así, llamaba al jefe del Gobierno republicano Salmerón, poniendo una gran fe en la última sílaba. El nombre del jefe republicano parecía en sus labios el de un terrible pirata. Doña Milagritos Rueta, su mujer, no le corregía ya nunca la pronunciación, aburrida después de tantos años. El inglés discutió con el encuadernador. A veces levantaba el gallo, pero no tenía más remedio que bajarlo porque el obrero no tomaba en serio la cuestión.

—Vamos, Mr. Güi. No sea usted infinitivo.

¿Qué quería decir aquello? ¿Que no fuera melindroso? ¡Y con qué aire lo decía! Con una condescendencia pa-

terral. Siempre le ocurría eso con la gente del pueblo. Lo achacaba a su pronunciación, que le daba quizá cierto aire infantil. A veces le irritaba, pero de pronto advertía que ese sentimiento popular resultaba socialmente cómodo.

Cuando abrió la puerta doña Milagritos, el inglés acababa de decir, encogéndose de hombros:

—Ha de ser siempre lo que vosotros queráis. ¡Viva la República!

—Sí, señor. Pero la federal. La mía.

Doña Milagritos tenía un aire ligero y juvenil, a pesar de sus treinta y cinco años. Su marido le llevaba diecinueve. Dejó una bandeja con naranjas en la mesa y preguntó:

—¿Qué te parece, Mr.? Son del huerto de Migalota.

Mr. Witt tomó una en las manos, la lanzó al aire y la volvió a coger. La dejó en la bandeja y exclamó:

—¡Oh!

Pero seguía pensando en el libro. Por aquel incidente, Mr. Witt hubiera suscitado la guerra de Troya. Si lo rechazaba, volverían a hacer lo mismo. Pondrían quizá otras letras, otros nudos, otras piezas. Sería a gusto de otro operario. «Antes que hacerlo como yo quiero—se dijo—preferirían no hacerlo.» Y eso que en algunos años había dado a ganar al taller más de tres mil pesetas. «Estos españoles tienen que poner en todo lo que hacen cierta invención. Algo propio, bueno o malo.» Doña Milagritos insistía con las naranjas:

—Míralas, qué lustrosas y ensenías. Son un obsequio del encuadernador.

El obrero protestaba de que quisieran agradecerle aquello. El inglés le dio las gracias después de partir una y olerla. «Pero lo que a mí me interesaba era el libro», se decía. Menos naranjas y más atención en el trabajo. Aquellas naranjas seguramente las habían hurtado para regalárselas. Pero podían haber quedado bien con él, sin correr riesgos, con sólo cuidar mejor su encargo.

El encuadernador prometió, al salir, que no volvería

a suceder. No es que tuviera nada de que disculparse —advertía—; pero el que paga, manda. Se quedó Mr. Witt moviendo la cabeza de arriba abajo y asegurando sus gafas de oro, que armonizaban muy bien con la piel sonrosada y el pelo blanco. Doña Milagritos saboreaba junto al balcón un gajo de la naranja abierta por su marido y contemplaba el puerto.

—Mira, Jorge—dijo, sin volver el rostro—. Ha entrado la fragata *Almansa*.

Mr. Witt tampoco miró. La palabra «fragata» le dio una imagen de jarcias negras y velas tendidas al «levantar» con temeridad. No había visto barcos tan disparatamente valientes como los españoles. Esos otros barcos ingleses—el navío que tenía en maqueta rodeado de lacas y mármoles en el centro de una consola—eran más prudentes. En Inglaterra cada marino sentía, al arriar una vela, toda la responsabilidad política y social del hecho. Al izarla, mucho más. Doña Milagritos preguntaba:

—¿Tú has visto llegó estos días al Darro? Yo creo que he sentido la sirena, pero no lo veo.

La oía hablar saboreando con deleite algunas palabras. Dos le habían dado, sobre todo, una sensación visual y de sonido. Fragata y sirena. «Fragata» insistía—le daba la impresión de lienzos blancos desanudados y tendidos por el viento. Fonéticamente la palabra correspondía al fragor de los lienzos agitados. También Milagritos le daba impresiones fuertemente sensuales. Toda ella era jarcia, algas y sal. Cabello de estopa clara, sedoso y abundante. Ojos verdes. Y besos salados, lágrimas saladas—había tenido ella sus tragedias como cada cual—y la piel húmeda de sal no se sabe si por la brisa marina o por el sudor evaporado entre holandas y batistas en aquellas sombras de estío que poblaban la casa todo el año.

Milagritos había desconcertado a Mr. Witt cuando se conocieron. En Inglaterra era imposible encontrar aquella apariencia tan desenfadada junto a una honestidad tan rigurosa. Mr. Witt no pensó al principio en casarse, sino en una «aventura colonial». Era Milagritos

RAMÓN J. SENDER

"UTRILLO"

RELATOS FRONTERIZOS

Conoció a Utrillo cuando, ya casado y con un castillo en las afueras de París, acudía al café, largo, cínico y desgachado, pero todavía con grandes reservas de fe infantil en las cosas de la vida. Nunca la perdió, esa fe.

Era hacia 1939. Todo el mundo lo llamaba maestro, pero seguía siendo el *voyou* de su juventud. Y tendría ya setenta años. Hay bohemios que toman pronto un aspecto de cesantes perpetuos y mal nutridos, pero que sin saber por qué nunca pasan de ahí y no envejecen. Cuando yo lo conocí, sin embargo, llevaba camisa limpia y corbata nueva. Una mujer cuidaba de él. Su esposa. Utrillo decía de ella: «La mujer más cabal del universo».

Le gustaban los republicanos españoles y estaba desolado por el final de la guerra, a la que llamaba «la más grande catástrofe del hombre a través de la historia». Del *Homme* con mayúsculas.

Sin embargo, le parecía muy mal que los republicanos hubieran suprimido en algunos lugares el culto católico, arrestado o fusilado a los curas y empleado los templos para almacenes de víveres o de municiones.

Era Utrillo religioso a su manera. Él mismo no la entendía, su propia manera, y por eso se puede decir que era religioso de veras. A veces, en sus cuadros, hay una iglesia y siempre está bien de luz y de proporciones.

—Las iglesias siempre son buenas para pintar aunque sean *mochas*—solía decir solemnemente.

Aunque tuvieran el campanario sin acabar. Él no iba a misa, pero se acercaba a las iglesias para pintarlas. Más de una de esas iglesias era *mocha*, pero estaba bien. Lo bueno de sus cuadros es la infantilidad y la inocencia, unidas a una cierta calidad de luz tan neutra como las de las figuras de las barajas. Él la conseguía sin darse cuenta, y era tal vez producto de su cerebro debilitado por el alcohol.

Era Utrillo un borracho impenitente.

Me han regalado una copia al óleo de Utrillo bastante buena. Lo que se suele llamar una imitación genuina. Hay Utrillos malos que no colgaría en mi casa ni en broma. Pero otros son exquisitos. Yo creo, repito, que el alcohol tenía algo que ver en la calidad de sus telas.

Mucho que ver.

En verdad que hizo maravillas encerrado en el sanatorio,

a donde su madre lo enviaba para salvarlo del delirium tremens. Y allí no le daban alcohol, sino agua teñida del color del vino tinto o del vino tinto o del coñac, con un poco del aroma del coñac o del borgoña. Lo curioso es que bebiéndolos se emborrachaba aunque no tuviera alcohol.

He aquí una cadena de hechos peculiares en la vida del pintor Utrillo: era hijo natural (¿no son todos los hijos naturales?). Su madre también nació fuera del marco de la llamada legitimidad. Y lo mismo le sucedió a su abuela. De las generaciones anteriores no se sabe nada y mejor será no indagar.

Todas esas personas amables nacieron, vivieron y se sucedieron unas a otras en Montmartre, barrio de París que tenía todavía algunas esquinas aldeanas con caballos cargados de cántaros de leche y cabras con su esquila.

En su barrio era conocido Utrillo como un excéntrico. Los chicos lo seguían en la calle y lo insultaban desde lejos. El pintor borracho les decía cosas que hacían enojecer a las señoras que pasaban cerca.

El pintor, en el café, hablaba mal de todo el mundo, menos de su madre y de su esposa. Se habían casado siendo los dos ya viejos. Y decía Utrillo que su esposa había sido su salvación «de las mentiras, hipocresías y pérdidas del orbe». Del Orbe, con mayúscula.

He leído algo sobre Utrillo estos días titulado «The Valadón drama». ¿Quién era Valadón? Pocos lo saben, porque la notoriedad de ese apellido no ha salido del ámbito de los pintores franceses. Susana Valadón era una muchacha de Montmartre que fue modelo profesional. Posó para Degás, Toulouse-Lautrec, Renoir y también para aquel artista de nombre campanudo que se llamaba Puvís de Chavannes. Todos ellos le enseñaron un poco a pintar y un día comenzó ella por su cuenta y no lo hizo mal, ni mucho menos. Ha dejado partidarios entusiastas aunque sólo entre los vicios conocidos y conocidos.

Su hijo Maurice nació con las taras alcohólicas de su padre, de un padre que sólo Susana podría haber identificado. Más tarde la joven madre se casó con un español, un buen hombre que reconoció al hijo de Susana y le dio su apellido. El hijo pasó, pues, a llamarse Maurice Utrillo. Tenía ocho años cuando este notable evento sucedió. Sus amigos lo llamaban más

tarde —cuando comenzó a beber—, cruelmente, Maurice Utrillo.

Y estaba sin bautizar. Seguía sin bautizar en su avanzada juventud y en su temprana madurez. No sé si alguien lo bautizó por fin ni la cosa tiene importancia mayor. En medio de todas estas circunstancias, sin que nadie le hubiera hablado de religión, Utrillo mostró inclinaciones devotas. Ya era grande cuando su madre le regaló un catecismo que el pintor quiso, vanamente, aprender de memoria, según cuenta Dongelés en uno de sus libros. Al mismo tiempo Utrillo decía de sí mismo que era anarquista.

Era Utrillo grande, más bien largo, desarticulado, flaco, de aire visionario, que no sabía hacer nada a la edad de ganarse el pan. Algunos se divertían dándole de beber en los bares. Un día fue víctima de un severo ataque y tuvo que ser internado en una clínica. El psiquiatra dijo a la madre que debía interesarlo en alguna clase de actividad, si era posible en algo que le apasionara y le ocupara el tiempo.

Un buen consejo. A veces Utrillo pasaba semanas enteras en casa de su madre. Cuando ésta se descuidaba, abría una ventana entrejada y asomando la jeta gritaba a pleno pulmón:

—*Vive l'anarchie!*

Algún pacífico burgués que pasaba tal vez en aquel momento bajo la ventana daba un respingo.

Utrillo debía tener más dosis de pecado original que cualquier ser humano ordinario a juzgar por la historia íntima de la familia. Y como no se bautizó nunca, nadie le sacó los demonios del cuerpo. Era, pues, un engümenno en todos los sentidos.

Su madre tenía con él esa paciencia persistente y sin fatiga de las madres.

De las madres naturales. ¿Pero no lo son todas?

Susana comenzó a enseñar a pintar al hijo. Primero copiando y ampliando tarjetas postales «al cuadrado». Aprendió pronto. No así a pintar figuras animadas. En toda su vida no consiguió pintar una persona o un perro. Un día salió con su caballo y se puso a pintar un paisaje urbano. Contaba el número de ventanas, las filas de ladrillos, preocupado por la exactitud. Con un arbolito en la esquina que tenía tres ramas a la izquierda y cuatro a la derecha.

Otro día en una taberna le dieron dos francos y medio (cin-

cuenta *sons justos*) por una tela. Con aquel dinero se embriagó una vez más, luego pegó a los guardias que acudieron al escándalo, y por fin fue conducido a lo comisería a puntapiés. Allí acudió a rescatarlo, como siempre, su madre, llorando y jurando que no era un delincuente, sino un artista enfermo. Porque ya entonces no era un borracho, sino un artista borracho. Hay que distinguir.

En fin, Utrillo siguió pintando paisajes urbanos. El alcohol, la melancolía del hombre vencido, la burla de las gentes, los insultos de los pilluelos que lo veían pararse horas y horas detrás de su caballete y hablar consigo mismo, parecían estimular su talento. Sus cuadros estaban iluminados por la luz de una secreta inocencia. Un día pintó una «Casa Rosa», que compró el novelista Mirbeau. Poco después murió este escritor y en la subasta de sus bienes fue adjudicada la Casa Rosa en mil francos. La gente del oficio levantó las orejas, alertada. Hoy ese cuadro vale más de trescientos mil dólares.

Los Utrillos comenzaron a tener vida propia en el mercado. Sin embargo, el pintor vendía sus telas todavía en diez o quince francos. Algunas de las que nadie quería entonces por treinta francos se venden ahora por cien mil dólares. Utrillo seguía siendo el mismo. De vez en cuando volvía al hospital de alcohólicos, y para evitar que la policía lo metiera en la cárcel su madre lo reclinó, una vez que la cosa parecía grave de veras, en un manicomio. No se distinguía mucho Utrillo de los locos, es verdad. En alguno de aquellos lugares de desolación estuvo hasta seis meses. Pero pintaba y decía a los médicos, satisfecho:

—Si yo estuviera loco no pintaría estos cuadros, ¿eh?

Al salir evitaba el alcohol por algún tiempo, temeroso de que volvieran a encerrarlo. Algunos marchantes acudían tímidamente y le llamaban maestro. Vivía entonces con su madre, a la que adoraba. Cerca de él estaba día y noche un enfermero del hospital cuidando o vigilando a Mauricio. Comentaba a entrar el dinero. Algunos agentes pagaban sin regatear. Mauricio tenía una estatuilla de Santa Juana de Arco en plata, que veneraba, algunos juguetes de niño grande (el ferrocarril con tracción de vapor tuvo que ser sustituido por otro eléctrico, porque Utrillo se bebía el alcohol del horno de la locomotora). Las cosas iban mejor, pero el estado de

Mauricio era inquietante. Valiéndose de mil ardides conseguía vino y se embriecía. Si no lo conseguía perdía los estribos y la gente creía que estaba loco. Se conducía de veras como un irresponsable. Sólo la presencia de su madre lo tranquilizaba. Y el enfermero, que, en casos extremos, le amenazaba gravemente:

—Monsieur Maurice, au Cabanon.

El Cabanon era el manicomio. Y Utrillo se asustaba.

También lo tranquilizaba a veces la estatuilla de la doncella de Orléans. A todo esto Utrillo seguía sin bautizar, pero estudiando el catecismo. Queriendo aprendizaje de memoria con su torpe memoria de borracho.

Un día oyó decir en el café que la doncella de Orléans había sido una aventurera de campamentos, una especie de Madelon o de Lili Marlen, y se sintió ofendido y escandalizado:

—¡Decir eso de una santa! —repetía.

Entre dos crisis escribía en su diario que su madre era «la más grande lumbrera pictórica del siglo». Y explicaba: «No estoy loco, sino que mi alma está turbada por la situación nacional y mundial.» Luego, rezaba.

Sus colegas se burlaban de sus devociones, de su supuesta maestría y de sus locuras ocasionales. A veces Utrillo no pudiendo salir de casa volvía a copiar postales ampliándolas cuidadosamente. Pero aquellas copias tenían una proyección mágica. Una luz que sólo él conocía. Es decir, que tampoco él conocía.

El arte es así, frecuentemente. La gente se lanza a elucubraciones y teorías, los críticos pedantean y nos dan sus teoremas. Más que nunca en nuestros días el arte es un truco, una serie de trucos y un engaño. Una finta con duende.

En el cuarto de Utrillo había una ventana grande con reja. A veces, cuando los buenos burgueses pasaban con sus trajes de fiesta, Maurice los volvía a asustar gritando desde la ventana palabras soeces o frases subversivas. Otras veces explicaba con gentiles circunloquios que no estaba loco, sino que era sólo alcohólico. Luego es ponía a tocar en una flauta haciendo con sus sonidos agrios la vida incómoda para los vecinos, a quienes preguntaba a veces cuando los veía:

—¿Me ha oído llamar *pulain* a la vecina de enfrente? Lo he gritado muy claro, en la ventana.

Pero Maurice trataba con respeto a una mujer amiga de su madre que iba por la casa y ella le respondía suavemente: «Mi pobre Mauricio...» La madre estimuló —angélica celestina— aquella amistad; ésta se hizo más íntima y aquella mujer y Mauricio se casaron. Eran ya maduros. Más que maduros, pachuchos. Pero el amor es el amor y el otoño es a veces más dulce que la primavera. O al menos añade a la dulzura la serena reflexión.

El buen Mauricio pasó a vivir como un gran burgués. Sus antiguos amigos se burlaban de él:

—¡Mauricio viviendo en un *chateau*! ¡Qué te pareció!

Aunque sin vino. A veces Utrillo se entadaba de veras y gritaba:

—¡Vaya un castillo! *Chateau la Pompe!*

Es decir, la bomba que sacaba agua del pozo. Tomaron también un hotelito en un barrio de lujo. La madre respiraba a gusto por vez primera en los últimos treinta años. Mauricio se obstinaba en buscar, entre los antepasados de su esposa, algún parente que hubiera vivido en Orléans. Y hablando de su esposa decía:

—La mujer más honesta del continente europeo.

Utrillo y su esposa vivieron treinta años más de una vida ejemplarmente burguesa. Utrillo murió hace un par de años en la opulencia. Un hombre robusto habría muerto joven, con el estómago y el cerebro deshechos por el alcohol. El endenque y enfermizo Utrillo llegó a la madurez con salud todavía para gozar treinta años más de una vida nueva. Tenía bastantes estruallas de Santa Juana, unas con armaduras de acero y otras vestida de doncella. Otra atada al poste del matrimonio, con llamas de oro alrededor, lamándole los muslos.

Los guardías que años antes solían llevar a Utrillo a la comisaría a puntapiés lo saludaban ahora al pasar, como si fuera su coronel, y lo llamaban *cher maître*. Toda una multitud de pícaros que lo habían negado se arañaban en imitando plantando sus caballetes en las esquinas.

En cuanto a Susana Valadón, la sola importancia de aquella ciénfura dentro del mundillo del arte consistía en el hecho de ser madre de su hijo. Madre natural. (¿Pero no son todas las madres naturales?) Sin duda, aunque unas son un poco

más naturales, al parecer, que las otras. Depende de los papeles del juzgado.

En los cuadros de Renoir se ve, a veces, una muchacha con el mentón triangular, la cara añiñada y una expresión de picardía que no excluye cierta inocencia. Tal vez aquella misma inocencia que da tono lírico a las pinturas de Utrillo y que al fin le salvó la vida y la obra. Con su tren eléctrico y con una estruilla de Juana de Arco, primero en plata, luego en oro. Finalmente, en platino.

Uno piensa, a veces, que tienen razón los que repiten las palabras de Jesús: «El que se humilla será exaltado». Y al revés. No hubo un artista más humilde que Utrillo en la historia de la pintura moderna.

Y todos conocemos pintores que desde 1920, más o menos, viven en éxtasis ante el espejo sin que el entusiasmo que sienten por sí mismos logren contagiarse a los demás.

Un pintor si no humilde al menos libre de cualquier clase de arrogancia fue y es Picasso, también. Y parece que si alguien tendría justificada una cierta locura en relación con la idea de sí mismo sería él.

Lo que yo recuerdo de aquellas súbitas apariciones de Utrillo en el café es que solía decir, por si acaso algún neófito se desmandaba en sus opiniones sobre pintura y pintores:

—Susana Valadón es mi madre.

Y repetía mirando alrededor entre temeroso y amenazador:

—La más grande gloria pictórica de la era cristiana.

Porque él hablaba así: Gloria pictórica. Pobre Maurice. Pobres de todos nosotros.

Lo que le pasaba a Utrillo es que era un tigre de la selva virgen —un tigre genuino— malamente castigado por el frío y por la súbita conciencia de la nada. Entonces se adhería a la doncella de Orléans. A ella seguramente le habría gustado tener a su lado un tigre sin bautizar, pero con sentido religioso. En París. No en Orléans, sino en París, entre burdeles y hoteles por horas.

Con la inocencia que Utrillo derrochaba en sus prociñades y en sus paisajes urbanos. Y que la borrachera no hacía sino acentuar.

LA FAMILIA DE PASCUAL DUARTE^[17]

Tres años me tuvieron encerrado, tres años lentos, largos como la amargura, que si al principio creí que nunca pasarían, después pensé que habían sido un sueño; tres años trabajando, día a día, en el taller de zapatero del penal; tomando, en los recreos, el sol en el patio, ese sol que tanto agradecía; viendo pasar las horas con el alma anhelante, las horas cuya cuenta — para mi mal — suspendió antes de tiempo mi buen comportamiento.

Da pena pensar que las pocas veces que en esta vida se me ocurrió no portarme demasiado mal, esa fatalidad, esa mala estrella que, como ya más atrás le dije, parece como complacerse en acompañarme, torció y dispuso las cosas de forma tal que la bondad no acabó para servir a mi alma para maldita la cosa. Peor aún: no sólo para nada sirvió, sino que a fuerza de desviarse y de degenerar siempre a algún mal peor me hubo de conducir. Si me hubiera portado mal hubiera estado en Chinchilla los veintiocho años que me salieron; me hubiera podrido vivo como todos los presos, me hubiera aburrido hasta enloquecer, hubiera desesperado, hubiera maldecido de todo lo divino, me hubiera acabado por envenenar del todo, pero allí estaría, purgando lo cometido, libre de nuevos delitos de sangre, preso y cautivo — bien es verdad —, pero con la cabeza tan segura sobre mis hombros como al nacer, libre de toda culpa, si no es el pecado original; si me hubiera portado ni fu ni fa, como todos sobre

poco más o menos, los veintiocho años se hubieran convertido en catorce o dieciséis, mi madre se hubiera muerto de muerte natural para cuando yo consiguiese la libertad, mi hermana Rosario, habría perdido ya su juventud, con su juventud su belleza, y con su belleza su peligro, y yo — este pobre yo, este desgraciado derrotado que tan poca compasión en usted y en la sociedad es capaz de provocar — hubiera salido mano como una oveja, suave como una manta, y alejado probablemente del peligro de una nueva caída. A estas horas estaría quién sabe si viviendo tranquilo, en cualquier lugar, dedicado a algún trabajo que me diera para comer, tratando de olvidar lo pasado para no mirar más que para lo por venir; a lo mejor lo había conseguido ya... Pero me porté lo mejor que pude, puse buena cara al mal tiempo, cumplí excedíndome lo que se me ordenaba, logré enternecer a la justicia, conseguí los buenos informes del director..., y me soltaron; me abrieron las puertas; me dejaron indelencos ante todo lo malo. Me dijeron:

— Has cumplido, Pascual; vuelve a la lucha, vuelve a la vida, vuelve a aguantar a todos, a hablar con todos, a rozarte otra vez con todos.

Y creyendo que me hacían un favor, me hundieron para siempre.

Estas filosofías no se me habían ocurrido de la primera vez que este capítulo — y los dos que siguen — escribí; pero me los robaron (todavía no me he explicado por qué me los quisieron quitar), aunque a usted le parezca tan extraño que no me lo crea, y entristecido por un lado con esta maldad sin justificación que tanto dolor me causa, y ahogado en la re-

petición, por la otra banda, que me fuerza el recuerdo y me decanta las ideas, a la pluma me vinieron y, como no considero penitencia el contrariarme las voluntades, que bastantes penitencias para la flaqueza de mi espíritu, ya que no para mis muchas culpas, tengo con lo que tengo, ahí las dejo, frescas como me salieron, para que usted las considere como le venga en gana.

Cuando salí encontré al campo más triste, mucho más triste, de lo que me había figurado. En los penamientos que me daban cuando estaba preso, me lo imaginaba — vaya usted a saber por qué — verde y lozano como las praderas, fértil y hermoso como los campos de trigo, con los campesinos dedicados átnosamente a su labor, trabajando alegres de sol a sol, cantando, con la bota de vino a la vera y la cabeza vacía de malas ocurrencias, para encontrarlo a la salida yermo y agostado como los cementerios, deshabitado y solo como una ermita lugareña al siguiente día de la patrona...

Chinchilla es un pueblo ruin, como todos los manchegos, agobiado como por una honda pena, gris y maciente como todos los poblados donde la gente no asoma los hocicos al tiempo, y en ella no estuve sino el tiempo justo que necesité para tomar el tren que me había de devolver al pueblo, a mi casa, a mi familia; al pueblo que volvería a encontrar otra vez en el mismo sitio, a mi casa que resplandecía al sol como una joya, a mi familia que me esperaba para más lejos, que no se imaginaria que pronto habría de estar con ellos, a mi madre que en tres años a lo mejor Dios había querido suavizar, a mi hermana, a mi querida y santa hermana, que saltaría de gozo al verme.

El tren tardó en llegar, tardó muchas horas. Extraño estoy de que un hombre que tenía en el cuerpo tantas horas de espera notase con impaciencia tal un retraso de hora más, hora menos, pero lo cierto es que así ocurría, que me impacientaba, que me descomponía el aguardar como si algún importante negocio me comiese los tiempos. Anduve por la estación, fui a la cantina, pasé por un campo que había con-tiguo... Nada; el tren no llegaba, el tren no asomaba todavía, lejano como aún andaba por el retraso. Me acordaba del penal, que se veía allá lejos, por detrás del edificio de la estación; parecía desierto, pero estaba lleno hasta los bordes, guardador de un montón de desgraciados con cuyas vidas se podían llenar tantos cientos de páginas como ellos eran. Me acordaba del director, de la última vez que le vi; era un viejecito calvo, con un bigote cano, y unos ojos azules como el cielo; se llamaba don Conrado. Yo le quería como a un padre, le estaba agradecido de las muchas palabras de consuelo que — en tantas ocasiones — para mí tu-viera. La última vez que le vi fue en su despacho, adonde me mandó llamar.

— ¿Da su permiso, don Conrado?

— Pasa, hijo.

Su voz estaba ya cascada por los años y por los achaques, y cuando nos llamaba hijos parecía como si se le enterneciera más todavía, como si le temblara al pasar por los labios. Me mandó sentar al otro lado de la mesa; me alargó la tabaquera, grande, de piel de cabra; sacó un librito de papel de fumar que me ofreció también.

— ¿Un pitillo?

— Gracias, don Conrado.

Don Conrado se rió.

— Para hablar contigo lo mejor es mucho humo. ¡Así se te ve menos esa cara tan fea que tienes!

Soltó la carcajada, una carcajada que al final se mezcló con un golpe de tos, con un golpe de tos que le duró hasta sofocarlo, hasta dejarlo abotargado y rojo como un tomate. Echó mano de un cajón y sacó dos copas y una botella de coñac. Yo me sobresalté; siempre me había tratado bien — cierto es —, pero nunca como aquel día.

— ¿Qué pasa, don Conrado?

— Nada, hijo, nada... ¡Anda, bebe..., por tu libertad!

Volvió a acometerle la tos. Yo iba a preguntar:

— ¿Por mi libertad?

Pero él me hacía señas con la mano para que no dijese nada. Esta vez pasó al revés; fue en risa en lo que acabó la tos.

— Sí. ¡Todos los pillos tenéis suerte!

Y se reía, gozoso de poder darme la noticia, contento de poder ponerme de patas en la calle. ¡Pobre don Conrado, qué bueno era! ¡Si él supiera que lo mejor que podría pasarme era no salir de allí! Cuando volví a Chinchilla, a aquella casa, me lo confesó con lágrimas en los ojos, en aquellos ojos que eran sólo un poco más azules que las lágrimas.

— ¡Bueno, ahora en serio! Lee...

Me puso ante la vista la orden de libertad. Yo no creía lo que estaba viendo.

— ¿Lo has leído?

— Sí, señor.

Abrió una carpeta y sacó dos papeles iguales, el licenciamiento.

— Toma, para ti; con eso puedes andar por donde quieras. Firma aquí; sin echar borrones.

Doblé el papel, lo metí en la cartera... ¡Estaba libre! Lo que pasó por mí en aquel momento ni lo sabría explicar. Don Conrado se puso grave; me soltó un sermón sobre la honradez y las buenas costumbres, me dio cuatro consejos sobre los impulsos que si hubiera tenido presentes me hubieran ahorrado más de un disgusto gordo, y cuando terminó, y como fin de fiesta, me entregó veinticinco pesetas en nombre de la Junta de Damas Regeneradoras de los Presos, institución benéfica que estaba formada en Madrid para acudir en nuestro auxilio.

Tocó un timbre y vino un oficial de prisiones. Don Conrado me alargó la mano.

— Adíos, hijo. ¡Qué Dios te guarde!

Yo no cabía en mí de gozo. Se volvió hacia el oficial.

— Muñoz, acompañe a este señor hasta la puerta. Llévelo antes a la administración; va socorrido con ocho días.

A Muñoz no lo volví a ver en los días de mi vida. A don Conrado, sí; tres años y medio más tarde.

El tren acabó por llegar; tarde o temprano todo llega en esta vida, menos el perdón de los ofendidos, que a veces parece como que disfruta en alejarse. Monté en mi departamento y después de andar dando tumbos de un lado para otro durante día y medio, di alcance a la estación del pueblo, que tan conocida me era, y en cuya vista había estado pensando durante

todo el viaje. Nadie, absolutamente nadie, si no es Dios que está en las Aluras, sabía que yo llegaba, y sin embargo — no sé por qué rara manía de ideas — momento llegó a haber en que imaginaba el andén lleno de gentes jubilosas que me recibían con los brazos al aire, agitando pañuelos, vocando mi nombre a los cuatro puntos.

Cuando llegué, un frío agudó como una daga se me clavó en el corazón. En la estación no había nadie. Era de noche; el jefe, el señor Gregorio, con su farol de mecha que tenía un lado verde y otro rojo, y su banderola enfundada en su caperuza de lata, acababa de dar salida al tren. Ahora se volvería hacia mí, me reconocería, me felicitaría.

— ¡Caramba, Pascual! ¡Y tú por aquí!

— Sí, señor Gregorio. ¡Libre!

— ¡Vaya, vaya!

Y se dio media vuelta sin hacerme más caso. Se metió en su caseta. Yo quise gritarle:

— ¡Libre, señor Gregorio! ¡Estoy libre!, porque pensé que no se había dado cuenta. Pero me quedé un momento parado y desistí de hacerlo.

La sangre se me agolpó a los oídos y las lágrimas estuvieron a pique de aparecerme en ambos ojos. Al señor Gregorio no le importaba nada mi libertad.

Salí de la estación con el fardo del equipaje al hombro, torcí por una senda que desde ella llevaba hasta la carretera donde estaba mi casa, sin necesidad de pasar por el pueblo, y empecé a caminar. Iba triste, muy triste; toda mi alegría la matara el señor Gregorio con sus tristes palabras, y un torrente de funestas ideas, de presagios desgraciados, que en vano yo tra-

taba de ahuyentar, me atosigaban la memoria. La noche estaba clara, sin una nube, y la luna, como una hostia, allí estaba, clavada, en el medio del cielo. No quería pensar en el frío que me invadía.

Un poco más adelante, a la derecha del sendero, hacia la mitad del camino, estaba el cementerio, en el mismo sitio donde lo dejé, con la misma tapia de adobes negruzcos, con su alto ciprés que en nada había mudado, con su lechuza silbadora entre las ramas. El cementerio donde descansaba mi padre de su furia; Mario, de su inocencia; mi mujer, su abandono, y el Estirao, su mucha chulería. El cementerio donde se pudrían los restos de mis dos hijos, del abortado y de Pascualillo, que en los once meses de vida que alcanzó fuera talmente un sol...

¡Me daba resquemor llegar al pueblo, así, solo, de noche, y pasar lo primero por junto al camposanto! ¡Parecía como si la Providencia se complaciera en ponermelo delante, en hacerlo de propósito para forzar-me a caer en la meditación de lo poco que somos!

La sombra de mi cuerpo iba siempre delante, larga, muy larga, tan larga como un fantasma, muy pegada al suelo, siguiendo el terreno, ora tirando recta por el camino, ora subiéndose a la tapia del cementerio, como queriendo asomarse. Corrí un poco; la sombra corrió también. Me paré; la sombra también paró. Miré para el firmamento; no había una sola nube en todo su redor. La sombra había de acompañarme, paso a paso, hasta llegar.

Cogí miedo, un miedo inexplicable; me imaginé a los muertos saliendo en esquelero a mirarme pasar. No me atrevía a levantar la cabeza; apreté el paso; el

cuerpo parecía que no me pesaba; el cajón tampoco. En aquel momento parecía como si tuviera más fuerza que nunca. Llegó el instante en que llegué a estar al galope como un perro huido; corría, corría como un loco, como un poseído. Cuando llegué a mi casa estaba rendido; no hubiera podido dar un paso más...

Puse el bulo en el suelo y me senté sobre él. No se oía ningún ruido; Rosario y mi madre estarían, a buen seguro, durmiendo, ajenas del todo a que yo había llegado, a que yo estaba libre, a pocos pasos de ellas. ¡Quién sabe si mi hermana no habría rezado una salve — la oración que más le gustaba — en el momento de meterse en la cama, porque a mí me soltasen! ¡Quién sabe si a aquellas horas no estaría soñando, entristecida, en mi desgracia, imaginándome tumbado sobre las tablas de la celda, con la memoria puesta en ella, que fue el único afecto sincero que en mi vida tuve! Estaría a lo mejor sobresaltada, presa de una pesadilla.

Y yo estaba allí, estaba ya allí, libre, sano como una manzana, listo para volver a empezar, para consolarse, para mimarla, para recibir su sonrisa.

No sabía lo que hacer; pensé llamar... Se asustarían; nadie llama a esas horas. A lo mejor ni se atrevían a abrir; pero tampoco podía seguir allí, tampoco era posible esperar al día sentado sobre el cajón.

Por la carretera venían dos hombres conversando en voz alta; iban distraídos, como contentos; venían de Almendralejo, quién sabe si de ver a las novias. Pronto los reconocí: eran León, el hermano de Martinete, y el señorito Sebastián. Yo me escondí; no sé por qué, pero su vista me apreturaba.

Pasaron muy cerca de la casa, muy cerca de mí; su conversación era bien clara.

— ¡Vá ves lo que a Pascual le pasó.

— Y no hizo más que lo que hubiéramos hecho cualquiera.

— Defender a la mujer.

— Claro.

— Y está en Chinchilla, a más de un día de tren, ya va para tres años...

Sentí una profunda alegría; me pasó como un rayo por la imaginación la idea de salir, de presentarme ante ellos, de darles un abrazo..., pero preferí no hacerlo; en la cárcel me hicieron más calmoso, me quitaron impulsos.

Esperé a que se alejaran. Cuando calculé verlos ya suficientemente lejos, salí de la cuneta y fui a la puerta. Allí estaba el cajón; no lo habían visto. Si lo hubieran visto se hubieran acercado, y yo hubiera tenido que salir a explicarles, y se hubieran creído que me ocultaba, que los huía.

No quise pensarlo más; me acerqué hasta la puerta y di dos golpes sobre ella. Nadie me respondió; esperé unos minutos. Nada. Volví a golpearla, esta vez con más fuerza. En el interior se encendió un candil.

— ¡Quién!

— ¡Soy yo!

— ¿Quién?

Era la voz de mi madre. Sentí alegría al oírla, para qué mentir.

— Yo, Pascual.

— ¿Pascual?

— Sí, madre. ¡Pascual!
Abrió la puerta; a la luz del candil parecía una bruja.

— ¿Qué quieres?

— ¿Que qué quiero?

— Sí.

— Entrar. ¿Qué voy a querer?

— Estaba extraña. ¿Por qué me trataría así?

— ¿Qué le pasa a usted, madre?

— Nada, ¿por qué?

— No, ¡como la veía como parada!

Estoy por asegurar que mi madre hubiera preferido no verme. Los odios de otros tiempos parecían como querer volver a hacer presa en mí. Yo trataba de ahuyentarlos, de echarlos a un lado.

— ¿Y la Rosario?

— Se fue.

— ¿Se fue?

— Sí.

— ¿A dónde?

— A Almendralejo.

— ¿Otra vez?

— Otra vez.

— ¿Liada?

— Sí.

— ¿Con quién?

— ¿A ti qué más te da?

Parecía como si el mundo quisiera caerse sobre la cabeza. No veía claro; pensé si no estaría soñando. Estuvimos los dos un corto rato callados.

— ¿Y por qué se fue?

— ¡Ya ves!

142

— ¿No quería esperarme?

— No sabía que habías de venir. Estaba siempre hablando de ti...

¡Pobre Rosario, qué vida de desgracia llevaba con lo buena que era!

— ¿Os faltó de comer?

— A veces.

— ¿Y se marchó por eso?

— ¡Quién sabe!

Volvíamos a callar.

— ¿La ves?

— Sí; viene con frecuencia. ¡Como él está también aquí!

— ¿Él?

— Sí.

— ¿Quién es?

— El señorito Sebastián.

Creí morir. Hubiera dado dinero por haberme visto todavía en el penal.

Se alejó sonriente, ligera, con la vida moza temblándole en las carnes. La muchedumbre la disolvió en su corriente espesa, y ya no fue visible.

Dos horas después, en la casita del castro, en lo más alto de la fraga, se encendió la luz, como todos los días.

De lejos parecía una estrella y estaba en compañía de las estrellas azuladas del cielo. De cerca era un candil y alumbraba a un hombre solitario.

WENCESLAO
FERNÁNDEZ
FLÓREZ

EL BOSQUE ANIMADO

ESTANCIA III

EL ALMA EN PENA DE FIZ COTOVELO

Esto ocurrió en aquellos años en que una gallina costaba dos pesetas y la fraga de Cecebre era más extensa y frondosa.

Xan de Malvís, más conocido por Fendetestas^{II}, pensó —una vez que llenaba de piñas un saco remendado— que aquella espesura podía muy bien albergar a un bandido. No es que Xan de Malvís viese en tal detalle un complemento romántico de la hosca umbría; más bien apreció la inexistencia del bandido como una vacante que podía ser cubierta. Y se adjudicó la plaza.

Cuando Fendetestas abandonó sus tareas de jornalero en Armental para emprender la higiénica vida del ladrón de caminos, no disponía más que de un pistolón probado algunas veces en las reyertas de romería, y cuyo cañón, enmohecido y atado con cuerdas, parecía casi el cañón de un trabuco. Fendetestas llevó también a la fraga un ideal: robar la casa de algún cura. No hubo ni hay en el campo gallego un solo ladrón que no haya robado a un cura o soñado en robarle. Es un tópico de la profesión. Puede ocurrir —y hasta es frecuente— que los

^{II} El apelativo elegido por Xan significa «hiende-cabezas». Los bandidos gallegos tienen copiosa literatura; la referida a Mamed Casanova y Xan Quinto ha sido estudiada con mucho gracejo por J. A. Durán en *Crónicas I. Agudadores, poetas, caciques y bandidos en Galicia*, Akal, Madrid, 1974.

curas sean más pobres que los mismos labriegos, pero esto no librará a sus casas del asalto. Se ignora el espejismo o la voluptuosidad que incita a los ladrones a preferir estas empresas —acaso una reminiscencia de los tiempos del clero poderoso y feudal—, pero puede afirmarse que si desapareciesen súbitamente de Galicia todos los curas, todos los ladrones se encontrarían desconcertados y con la aprensión angustiosa de que se había acabado su misión en las aldeas.

Xan de Malvís pensó, naturalmente, en robar a un párroco, pero aplazó su proyecto para cuando hubiese adquirido cierta perfección en el oficio. Las primeras semanas las dedicó a desvalijar a los labriegos que volvían de vender ganado en las ferias. Se tiznaba grotescamente el rostro y aparecía en lo sumo de la corredera dando brinco, apuntando con el pistolón y gritando, para amedrentar a sus víctimas:

—¡Alto, me caso en Soria!

Y no le iba mal. Apaño el primer mes dieciocho duros, más de lo que ganaba en un trimestre trabajando para los labradores de Armental. Comía lo suficiente, dormía en una cueva arcalesca que iba dando, poco a poco, a su traje la dureza de una tabla, y entretenía sus largos ocios haciendo trampas para pájaros. Por las noches miraba largamente la luna, oía los perros de las aldeas, rezaba un padrenuestro y respaldaba hasta el sueño pensando: «El día que me resuelva a robar en la casa del cura...».

Verdaderamente, no le iba mal. Pero una noche en que la inquietud le había arrojado de su guarida llevándole a vagar cautelosamente por lo más intrincado de la fraga, tuvo una visión que le llenó de pavor. Por entre robles y castaños, siguiendo las sinuosidades de una vereda casi cubierta por los tojos, vio avanzar un fantasma. Era un fantasma enteramente igual a cualquier otro fantasma aldeano. Venía envuelto en una blanca sábana, traía una luz sobre la cabeza y arrastraba unas cadenas que chirriaban al rozar con los pedruscos del camino. Xan de Malvís se había disfrazado demasiadas veces de espectro en sus aventuras amorosas para no comprender que aquella era

una auténtica alma en pena. Tan asustado quedó, que ni habla tuvo para conjurar la aparición inesperada. Corrió hacia su cueva, arañándose en las zarzas, y no concilió el sueño hasta el amanecer.

Dos noches después casi tropezó con el mismo fantasma, junto a las rocas cubiertas de musgo que amparaban su guarida.

—¡Jesús, María, José! —exclamó entonces, santiguándose—. ¿Quién eres y qué quieres de mí?

Y el fantasma habló con la voz afligida, un poco en falsete, de todos los fantasmas:

—Soy el ánima de Fiz Cotovelo, el de Cecebre, que anda penando por estos caminos.

—¿Quieres unas misas? —preguntó resueltamente Fendetestas, como si las llevase él en el bolsillo.

—Nunca vienes mal —parece que respondió el fantasma—. Pero si me ves así es porque hice en vida la promesa de ir a San Andrés de Teixido¹² y no la cumplí, y ahora necesito que un cristiano vaya descalzo y peregrinando en mi lugar, y que lleve una vela tan alta como yo he sido.

Xan de Malvís se rascó la cabeza, donde si algunos pelos se habían tranquilizado, otros seguían erizados aún. Balbució:

—Pues... yo bien iría...; pero, la verdad, no me conviene mucho ni creo que me dejasen llegar muy lejos.

El espectro lanzó un largo gemido que hizo que se volviesen a poner de punta aquellos pelos ya sosegados de Malvís, y siguió arrastrando sus cadenas.

—Rezará por ti —ofreció Fendetestas.

Desde entonces el bandido pudo saber perfectamente cuándo eran las doce en punto de la noche. Sólo con asomarse a su cueva veía pasar la aparición, gimiendo y ululando, y aun sin asomarse, oía el ruido de las cadenas. Como lo habitual pierde emoción y Malvís era un hombre valiente, concluyó

¹² Aldea del municipio de Cedeira, parroquia de Santa María de Régoa.

por familiarizarse con la presencia del fantasma. Muchas noches, sintiendo exacerbada en su soledad el ansia de echar un párrafo con alguien, esperaba, sentado en las piedras musgosas, al espíritu de Fiz Cotovelo y le instaba a detenerse.

—¿Qué prisa llevas? —le preguntaba.

Y después:

—¿Cómo marcha el asunto?

Entonces ambos conferenciaban gravemente. Fiz Cotovelo se dolía de que todos escapasen aterrados, sin pararse a escuchar lo que tenía que decirles, y de la enorme cantidad de agua bendita que le arrojaban en la aldea y que le hacía andar siempre con la sábana terriblemente húmeda. Malvís hablaba de sus pequeños negocios del día y, sobre todo, de su proyecto de asalto a la casa del cura. A veces el fantasma se interesaba en la vida del bandolero.

—¿Lo pasas bien? —inquiría.

Y Fendetestas escupía en el suelo, elevaba un poco sus hombros formidos y contestaba:

—Es peor arar, Cotoveliño: te lo digo yo, es peor arar. Lo malo está en que no puedo salir de aquí a comprar tabaco. Si hubiese tabaco en la fraga, no me cambiaba por el maestro de escuela. Palabra. Pero cuando no puedo fumar... Muchos días estuve tentado, sólo por eso, a volver a ser un hombre decente.

Fiz Cotovelo conservaba sus tendencias de campesino; aseguraba el tiempo, predecía la abundancia o mezquindad de las cosechas y le gustaba saber cuánto habían pagado por los buyes los tratantes castellanos que aparecían en las ferias con sus sombreros anchos, sus blusones anudados sobre el vientre y la correa de un látigo por el cuello.

Una noche, mientras jugaba pensativamente con los eslabones de su cadena, contó su vulgar historia al bandido. Él, Félix Cotovelo, había vivido y muerto muy pobre, muy pobre. Pero aparte el pesar de haber dejado incumplida su promesa a San Andrés de Teixido —a cuyo santuario, según la popular sentencia gallega, «irá de muerto el que no fue de vivo»—, no llevó a la tumba otro pesar que el de no haber realizado su can-

dente deseo de marcharse a América. Fue una obsesión que le acompañó desde la niñez, una punzante ansiedad de todos los días. Cuando era joven, la fuerza de sus brazos tendía a empujarse sobre los inmensos campos vírgenes de ultramar, de los que tanto hablaban los emigrantes; cuando llegó a la madurez y comprendió que nada podría hacer ya en las tierras lejanas, seguía pensando en ellas en el secreto de sus ensueños como en algo que, al hacerse imposible, priva de sentido a una existencia. Si hubiese ido allá —se decía—, sin duda alcanzaría la fortuna, como tantos otros, y podría tener su casta y sus eras, y un diente o dos de oro, y una vejez regalada, y podría contar las aventuras de la ruda labor que había realizado hasta desembocar en prosperidades. Sin duda no todos los que emprendían el largo viaje triunfaban, pero hasta los que regresaban con billetes de caridad pagados por los consulados hablaban con nostalgia de aquel amplio y maravilloso palenque que era América. En verdad, ya no sabían conversar sino acerca de aquel tema canívado.

Cotovelo refería a Malvís la magnificencia de la vida de su abuelo, que había estado en Cuba y había vuelto a casarse y a comprar tierras en Cecebre. Era dueño de muchos ferrados¹³ de tierra en la parroquia, y su ganado el más abundante y el mejor: buyes gordos y grandes como montañas. Malaba tres cerdos para el consumo de la casa e iba todos los años con su mujer a tomar las aguas de Guirritz, porque el tónico le había estropeado el hígado, y se hospedaba en una buena fonda. Cuando murió, repartióse su hacienda entre sus tres hijos, y entonces tuvieron éstos que aumentar su trabajo y reducir su comida. Pero, en fin, el padre de Fiz Cotovelo aún podía vivir sin más ahogos que los de cualquier otro labrador. Lo terrible fue que entre los seis hijos que dejó a su vez, las tierras se atomizaron hasta lo increíble. Era el mal de Galicia y la razón por

¹³ Medidas de ándos y, como es el caso, de superficies. Aunque es muy variable en toda Galicia, el ferrado viene a tener entre 4 y 6 ándas.

la que se hundían en la miseria aquellos que no podían emigrar. Un prado les quedó, tan repartido, que si una vaca iba a pacer en él, no podía comer la hierba propia sin tener las patas traseras en la propiedad de otro hermano y los cuernos proyectando sombra en la de un tercero. Nunca pudo agregar el pobre Fiz algo más sustancioso a la taza de caldo del mediodía ni a la taza de caldo de la noche. Y siempre pensando, siempre, siempre, en que si hubiese podido marchar a América tendría la fortuna con él, como uno de aquellos lindos pájaros, enjaulada. Y se hubiera casado. Y en el hogar de un Cotovelo volverían a sucumbir tres cerdos al finalizar cada otoño.

—América está en todas partes —comentaba Fendetestas pensando en sus propios manejos.

—No está, no —era la triste respuesta de Fiz.

El ladrón fue sintiendo hacia él una simpatía que se mezclaba a cierta sensación de superioridad. Aquel alma en pena le parecía bastante rudimentaria y la trataba muchas veces como se trata a un niño. Pero no pasó mucho tiempo sin que se diese cuenta de que su único amigo le llevaba involuntariamente a la ruina. Desde que se supo que entre la espesura de la fraga iba y venía, lanzando aullidos, un espectro, nadie gustaba de aventurarse por las vereditas que la cruzaban. En cuanto declinaba el sol, los caminantes preferían el más largo rodeo a poner un pie ni en las lindes del bosque, y aun en el corazón del día eran muy pocos, muy apresurados y muy recelosos los que se decidían a internarse en él, mirando a todas partes y dispuestos a correr como gamos si sonaba cualquier ruidillo.

Fendetestas se halló súbitamente sin clientela. Ser ladrón en un desierto sin caravanas es la más estúpida de todas las ocupaciones. Al descubrir la causa de aquel aislamiento, sintió mal humor por primera vez desde que se había retirado a la cueva. Iba de un lado a otro por la fraga o se sentaba en sus observatorios habituales, esperando en vano. Y murmuraba, roído por el desaliento:

«Se acabó el negocio! Este Cotovelo me partió». Terminó por decirse lo francamente.

—¿Aún no encontraste a nadie que quiera ir a Teixido?

—¿Cómo voy a encontrar —dijo el fantasma abriendo sus brazos con desolación—, si en cuanto me ven se caen sin sentido o huyen dando voces sin detenerse a saber lo que quiero ni por qué estoy pensando? Resulta imposible hablar con nadie, y así no puede ser. Luego se pasan noches y noches sin que yo vea alma viviente, como no seas tú.

—Tampoco yo veo a nadie, y eso es lo peor —declaró Fendetestas con voz triste para inspirarle lástima—. Escorrenaste hasta a la guardia civil. Eres mi ruina, Cotovelo. ¿Por qué no te vas?

—¿A dónde he de ir? —se defendía la aparición—. Cualquiera diría que estoy donde no debo. Todas las fragas tienen un fantasma, como tienen también un ladrón. Tú eres de Armental y acaso no lo sepas, pero antes que yo hubo aquí muchos aparecidos.

—¿Por qué no te presentas a un pariente?

—No nos llevamos bien.

Malvís tocó otra cuerda.

—¡Pudiendo ir a todas partes, Cotovelo, como puedes tú; pudiendo ver la capital, o ir a Santiago o conocer Madrid, hombre, donde tanto hay que ver...! Lo mismo encontrarías allí que aquí el cristiano que buscas para ese servicio, o acaso mejor allí, y a la vez te distraías algo.

Pero Fiz meneaba obstinadamente la cabeza, en la que sostenía la luz espectral.

—Es el cariño al *rueiro**, Malvís; aquí nací y aquí viví y nada me interesa como esto. En otros sitios no conozco a nadie. No me voy.

—Pues fastidiar, bien me fastidias —terminaba Fendetestas después de cada una de sus inútiles tentativas de convencimiento.

Cierta noche, sentados sobre el pico más alto de las rocas, vieron marchar por la negra lejanía una serie de puntitos de

* Pequeña agrupación de casas aldeanas.

luz que avanzaban de oriente a occidente, uno tras otro, conservando siempre una distancia igual entre sí.

Fendetestas se levantó sobresaltado.

—Así Dios me salve como es la Santa Compañía¹⁴.

—Es —asintió el fantasma naturalmente, sin inmutarse.

—Viene hacia aquí.

—No. Va hacia el mar.

Xan de Malvís volvió a sentarse. Acababa de ocurrírsele una idea.

—¿Es cierto que no hay obstáculo para ella, que sigue siempre en derecha, sobre los montes y sobre los barrancos y sobre el agua...?

—Sí.

—¿Y hasta podrá dar la vuelta al mundo?

El fantasma alzó los hombros con desdén.

—Claro que puede.

—Pues si éstos van hacia el mar —siguió intencionadamente Fendetestas—, todo por ahí, siguiendo en línea recta, a donde llegará no es otro sitio que las Américas. Por ahí se van también los vapores.

El espectro calló.

—Ahora es la zafra¹⁵ en Cuba —continuó Malvís—. Buena ocasión de ver aquello. Se bajará de firme en los campos de

¹⁴ «Aparición nocturna de almas en pena» (DEGC). Cf. la significación de Estradea que anotamos en la nota 1.

¹⁵ Recogida de la caña de azúcar. La emigración ultramarina es una constante de la vida gallega y, como tema literario, frecuente en el escritor Fernández Flórez (cf. sus relatos breves *Luz de luna* y *El Gran Chaco*, entre otros). A título estadístico, consignaré que en el bienio 1911-1912 (momentos de luchas agrarias de cierta intensidad) se registraron 62.441 emigrantes gallegos por puertos españoles y que en 1919-1920, tras el frenazo impuesto por la guerra europea, la cifra remontó otra vez hasta 57.172 viajeros. En aquellas fechas, los destinos preferentes eran Argentina (56,5 por 100 en 1912-1918) y Cuba (30,7 por 100 en las mismas fechas). (Datos de Alejandro Vázquez, «La emigración gallega. Migrantes, transporte y remesas», en *Españoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, ed. Nicolás Sánchez Albornoz, Alianza Editorial, Madrid, 1988, págs. 80-105).

caña y habrá allí muchos hombres ganando buenos jornales. No digo yo que quisiera ser uno de ellos, pero me gustaría verlo si pudiese y no me hicieran pagar el viaje.

—Sí, Malvís —reconoció el ánima en pena, con una rara excitación—. Debe de ser un buen espectáculo.

—Sobre todo, verlo, Cotovelino; haber estado allí... Por que, mira, no haber ido a San Andrés de Teixido..., bueno... no está bien; pero hay mucha gente que no fue y no siente vergüenza. Pero... ser de la tierra y no conocer América, Cotovelo...

—Es verdad, es.

—No poder contar nunca: «Cuando yo estuve en Cienfuegos...». Los pobres que nunca logramos ir, no somos nadie. Ahí tienes unos compañeros tuyos que van para allá. ¿Qué te iban a decir si te unieses a ellos? Seguramente...

Pero no hizo falta que continuase. El secular afán emigratorio, reforzado por el también secular afán de no pagar el pasaje, habló en el alma del campesino difunto. Erguido, lúgubre, el fantasma de Fiz Cotovelo se alejaba ya, como empujado por el viento, hacia la negra lejanía.

Y pronto hubo una luz más entre las luces de la Santa Compañía.

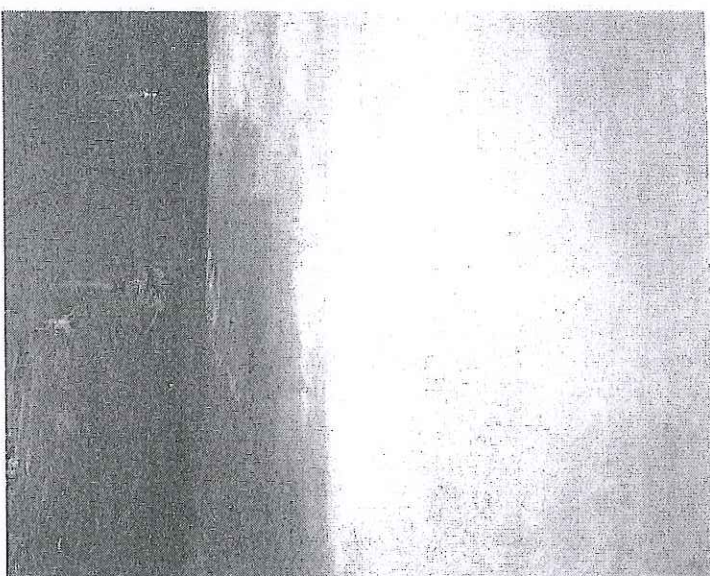
Fendetestas la vio, presigüose y lanzó un suspiro de alivio.

AZORÍN

L'ISOLA SENZA AURORA

44

Criteri di edizione e traduzione



Joseph Mallord William Turner, *The Evening Star* (1830-1840). Photo © The National Gallery, London. (Part)

La presente edizione de *La isla sin aurora*, romanzo mai prima d'ora tradotto nella nostra lingua, è stata condotta sulla *princeps* (Destino, Barcellona 1944, Colección "Áncora y Delfín", n. 19), di cui furono pubblicate, presso la stessa casa editrice, due ristampe. La prima risale al gennaio del 1958, mentre la seconda, del dicembre del 1990, fu inserita nella collana "Destino libro" (n. 319), di larga diffusione, ma oggi esaurita. Riproducono la *princeps* anche due edizioni assai recenti del libro, quella curata da José Payá Bernabé (Biblioteca El Mundo, Madrid 2003), e quella, di prossima apparizione (con prologo di Renata Londero), facente parte della collana "Biblioteca Azorín" (Biblioteca Nueva, Madrid), che intende riproporre al pubblico – in veste filologicamente rigorosa ed editorialmente agile – le più importanti opere dell'autore, accompagnate da un'introduzione a firma di specialisti della sua produzione. Parimenti, sulla *princeps* è esemplato il testo riportato nelle raffinate *Obras escogidas* in tre volumi, coordinate nel 1998 da Miguel Ángel Lozano Marco (Espasa-Calpe, Madrid); *La isla sin aurora* appare nel primo tomo, *Novela completa*, alle pp. 1287-1379).

L'unica scelta percorribile di fronte agli scritti di Azorín è, d'altra parte, quella di privilegiare le prime edizioni, come suggerisce uno dei suoi massimi esponenti, Edward Imman Fox: "no tenemos más remedio que empear con la primera edición" (*Azorín: guía de la obra completa*, Castalia, Madrid 1992, p. 39). Ciò

onde evitare di incappare negli "errores de linotypista no corregidos en las pruebas", nella "supresión de texto por descuido o por censura", oppure addirittura in "pequeños cambios estilísticos [peraltro] [...] poco significativos [...] que pueden o no pueden ser obra de Azorín" (ivi, p. 38). Errori di stampa, tagli più o meno consistenti, modifiche lessicali o sintattiche spesso arbitrarie, infatti, caratterizzano i testi presenti nella sola e ormai datata edizione delle *Obras completas* in nove tomi, preparata da Ángel Cruz Rueda per i tipi della madrilena Aguilar, fra il 1947 e il 1954 (*La isla sin aurora* è nel vol. VII, 1948, alle pp. 29-128). A queste pecche, per lo più imputabili a Cruz Rueda, va aggiunta un'altra aggravante per il romanzo del '44, ancora segnalata da Fox: "no hay ninguna evidencia de que Azorín se preocupase ya por las ediciones de sus obras a partir de los años 1940 y 1950, cuando tenía más de 70 años" (*Azorín: guía de la obra completa*, cit., p. 39), quando, cioè, lo scrittore inizia a demandare soprattutto a collaboratori come Cruz Rueda e José García Mercadal la cura editoriale delle sue ultime prove creative, nonché l'allestimento di numerose rassegne antologiche di saggi e racconti da lui redatti in oltre un cinquantennio di fecondissimo mestiere letterario.

Pur nel massimo rispetto del testo della *principis*, per questa edizione ho emendato i refusi – pur minimi e molto sporadici – ivi riscontrabili.

Veniamo adesso ai criteri che ho seguito per la versione italiana de *La isla sin aurora*. Qui mi limiterò a esporre le linee-guida che hanno governato il mio iter traduttivo, mentre rinvio a singole note esplicative nel commento, per delucidazioni su alcuni specifici problemi pratici via via affrontati. Partendo dalla consapevolezza che ogni traduzione, come afferma Umberto Eco, è una "negotiazione" con il testo di partenza, in cui, "per ottenere qualcosa, si rinuncia a

qualcosa d'altro" (*Dire quasi la stessa cosa*, Bompiani, Milano 2003, p. 18), ho tentato di aderire con scrupolo alla lettera originale, pur non pendendo mai di vista il principio dell'adeguatezza traslativa al sistema culturale e linguistico italiano. L'operazione traduttiva che ho messo in atto di fronte a una prosa dalle ricchissime sfumature semantiche e dalla fattura lirica come quella de *La isla*, ha mirato a una resa il più possibile armonica e globale del connubio inscindibile che in essa si stabilisce fra contenuto e forma.

In primo luogo, a chi ne voglia trasferire in un'altra lingua gli scritti, Azorín lancia una sfida sul piano del lessico, da lui padroneggiato con straordinaria perizia e versatilità: ampisimo, poliedrico, intensamente connotativo, lo spagnolo azoriniano è intriso di arcaismi e di cultismi, ma pure di vivaci coloriture colloquiali, e, a tratti, di precisi tecnicismi. Di una tale gamma di registri e di termini, esaltati da un'aggettivazione cospicua e vibrante, ho teso a trasporre tanto la carica creativa quanto la trasparenza referenziale, cercando sempre la piena fedeltà alla chiarezza di idee e parole cui il grande scrittore alicantino non smise di ambire. Di volta in volta, la traduzione è stata semantica o comunicativa, a seconda che il discorso d'origine fosse poeticamente descrittivo o riflessivo, dialogicamente dinamico e pittoresco, oppure più tecnicamente espositivo.

Da un lato, quindi, davanti ai brani pervasi di lirismo che punteggiano il romanzo, mi sono sforzata di restituire in italiano sintagmi e frasi dall'ordito lessicale (ma pure sintattico e fonologico) prezioso e suggestivo, tentando di recuperarne al meglio la densità metaforica, la cadenza ritmica e l'eufonia sonorità. Spero di aver, almeno in parte, ottenuto lo scopo, ad esempio, in binomi quali "tine, cirri" – per "encajes, celajes" (cap. VI) –, e "soffice sabba" – per "blanda arena" (cap. XXXV) –, oppure in sequenze piene di sinestesie, assonanze, allitterazioni, intarsi anagram-

matici e paragrammatici come questa: "espesuras unbrias, claros amenos, árbolcs centenarios y renuevos pujantes" - "macchie ombrose, radure ridenti, alberi centenari e gemme rigogliose" (cap. XXV).

Come dicevo nell'*Introduzione*, in accordo con un suo vezzo stilistico di lunga data, anche ne *La isla sin aurora* Azorín si avvale sia del registro aulico, sia di quello informale, e con esiti ragguardevoli. Numerosi sono i termini di uso familiare e le espressioni idiomatiche dispersi nel testo, che ho adattato a paralleli colloquialismi e modismi italiani, talvolta non senza difficoltà, come, per esempio, nel caso della locuzione "reñse con risa de conejo" (cap. XXIX), corrispondente più o meno al nostro "ridere a denti stretti". Di essa, dopo vari tentativi e tentennamenti, ho trovato un parziale (e non del tutto soddisfacente) correlativo d'arrivo, cioè "ridere come una iena", che quanto meno serba il riferimento alla sfera animale. Se, tuttavia, l'espressione fraseologica italiana rimanda al gergo della *hyena ridens*, forzato e falso come il riso del conejo spagnolo, davanti a questi due modi di dire un ispanofono e un italofono percepiscono un "effetto ottico" diverso: il coniglio finge, sorridendo a pieni denti, ma la iena fa una sorta di smorfia beffarda, a mezza bocca.

Quanto agli esigui proverbi usati nel romanzo, ho tenuto un atteggiamento oscillante fra l'osservanza letterale e il libero adattamento, in consonanza con il contesto semantico del capitolo in cui erano inseriti: dunque, ho conservato la stessa immagine e la stessa scansione sintagmatica di "Más da el duro que el desnudo", con il referenziale "Dà più l'avaro dell'indigente", nel capitolo XX, dove il poeta e il romanziere disquisiscono sulla ricchezza e la povertà, traendo un racconto dal loro ragionare. Al contrario, per "¿A dónde irá el buey que no are?" (equivalente al latino "*Quoquo te vertas, omnia plena multis*"), menzionato nel

capitolo XXXVII, senza particolari riferimenti alla globalità concettuale del discorso circostante, ho reperito un proverbio italiano omologo ("Ogni legno ha il suo tarlo"), che cerca di riflettere almeno il carattere rustico della parentia spagnola.

Una posizione differente ho, invece, adottato per la resa dei non pochi tecnicismi, desunti da molteplici aree semantiche, come l'abbigliamento, la nautica, la carpenteria, l'arte pittorica, la culinaria, di cui Azorín era provetto conoscitore, come si evince dai tanti manuali settoriali che custodiva nella sua biblioteca a Monóvar. In linea con l'imperativo di tradurre i linguaggi specialistici ricorrendo ai cosiddetti testi paralleli (v. F. Scarpa, *La traduzione specializzata. Lingue speciali e mediazione linguistica*, Hoepli, Milano 2001), ho offerto gli esatti correlativi italiani dei termini mano a mano intracciati su dizionari tecnici plurilingui e sulla manualistica italiana di ogni singolo ambito professionale.

La complessità lessicale della prosa azoriniana è sempre racchiusa in una sintassi piana e sobria, che predilige la brevità, l'ellissi, la coordinazione, l'iterazione, i costrutti nominali: il mio testo d'arrivo si è attenuto a una tale struttura, altamente significativa per Azorín. In special modo, ho rispettato un tratto stilistico niente affatto trascurabile nel *modus scribendi* dell'autore, cioè la ripetizione della congiunzione copulativa "y", ad inizio o metà frase. Lo stesso scrittore sottolinea il valore che attribuisce a questo suo costrutto sintattico, quando in un articolo del 1935, *Los misterios de la puntuación* ("La Prensa", 13/10/1935), lo fa risalire all'influsso di uno dei suoi sommi maestri di vita e di stile, Fray Luis de León: "Si cogéis *Los Nombres de Cristo*, la más hermosa obra de fray Luis de León [...], os percaratéis de un detalle curioso: casi todos los períodos comienzan con [...] la conjunción y. [...] Nosotros [...] hacemos lo que hacía el autor de *Los*

Nombres de Cristo. El antecedente no puede ser más glorioso. Y lo hacemos porque de ese modo expresamos mejor, con más exactitud, con más claridad, con más energía, nuestro pensamiento. Dalla puntuale riproduzione di questa iteratività mi sono discostata in casi isolati (optando per congiunzioni avversative, come "ma", "però", "eppure"), quando essa diventava eccessivamente ridondante in italiano. Parimenti, e proprio per favorire la migliore intelligenza e fluidità del testo tradotto, ho sacrificato in altri punti la fedeltà al testo-fonte, quando si conciliavano di più con gli usi espressivi della nostra lingua (senza distanziarsi dalla sostanza contenutistico-formale d'origine) piccole versioni rispetto alla struttura frastica spagnola, o salutarie modifiche di tempi verbali, oppure un leggero sfondamento dell'interpunzione, a volte troppo insistente nella lingua di partenza.

Concludo con un aspetto basilare de *La isla sin aurora* e dell'intera opera di Azorín, pervasa da quella profonda forma di traduzione in senso lato che è l'intertestualità: mi riferisco alle citazioni di autori stranieri - da Pindaro a Goethe a Shelley -, che nel romanzo compaiono in traduzione spagnola, e spesso snocciolate a memoria, con tutte le imperfezioni del caso. Imperfezioni che ho ovviamente lasciato tali e quali, conscia del fatto che ogni buon lettore considererà veritale, e, anzi, affascinante, quell'affastellarsi di reminiscenze e menzioni di tante letture, appannate dal tempo, nella mente e nella voce degli scrittori più grandi. Nelle note di commento, ho poi richiamato con esattezza i brani ricordati 'a braccio' da Azorín, citandone le fonti originali.

Un'ultima considerazione ancora: il paziente e faticoso artigianato del tradurre, fatto di continue ricatibrature e limature, è davvero la strategia migliore per penetrare il messaggio letterario trasmesso da Azorín, incessante rielaboratore della parola propria e altrui.

Tanto più se ci si cimenta nella versione de *La isla sin aurora*, trasfondendo, nella ricerca di nuovi equilibri verbali, il desiderio di armonia degli opposti che l'autore esprime fra le righe di questo romanzo, come di tantissima parte della sua monumentale opera.

E in coda, non voglio rinunciare a un doveroso ringraziamento nei confronti di vari amici che mi hanno incoraggiata, sostenuta e consigliata durante la preparazione di questo libro, e non solo sul fronte traduttivo: in particolare, José Payá Bernabé - Direttore della Casa-Museo Azorín di Monóvar -, Francisco José Martín, Lía Oguo, Elena Liverani, e Giuseppe Mazzocchi. Il nudo cenno ai loro nomi non rende giustizia della diuturna, proficua e affettuosa consuetudine di scambi d'opinione che ho avuto e ho con tutti loro, su Azorín e su molto altro ancora.

Dedico questo lavoro a Massimo, e ai nostri Giulio e Valeria.

I
L'isola sin aurora

Navegaban por el inmenso mar. No era nave zorrera, ni barco veloz. Podía ser una goleta, o un bergantín, o un quechemañ. El mascarón de proa sería una ninfa o un fauno. El mar estaba tranquilo. Navegaban en la nave, el poeta, el novelista y el autor dramático. Venían de no se sabía dónde e iban a no sabían qué isla. Podían atracar en las Marquesas, o en la isla de Gaspar Rico, o encallar en los bancos de Manuel Rodríguez. Todo podía suceder y podía no suceder nada. Al despedirse del trabajo para embarcarse, el poeta había dejado una rima de cuartillas intactas; otra el novelista y otra el comediógrafo. Las cuartillas del poeta eran azuladas; las del novelista, amarillentas; las del autor dramático, blancas. Recordaban las del poeta, por su coloración, el cielo y el mar; evocaban las del novelista crepusculos melancólicos; hacían pensar las del comediógrafo en las nubes albas que pasan y ya no vuelven.

Camminaba la nave, ni con lentitud ni acceleradamente; a veces se veía una estela tras la popa, y a veces no se veía nada. El sol, sobre el inmenso mar, salía, llegaba a su cénit y se ocultaba. En la toldilla del barco, había tres largas sillas; estaban en ellas tendidos los tres personajes. Dormían o velaban. Soñaban despiertos o creían estar despiertos cuando dormían. Todo les era indiferente. No podían decir cuándo llegarían al término de su viaje. Lo mismo daba llegar antes que después. Estaban tendidos los tres cara al cielo y tenían cerrados los ojos. Cuando despertaban, el poeta contemplaba la lejanía; el novelista se frotaba los ojos; y el comediógrafo se entregaba a una pandiculación extraordinaria.

— ¿Sabéis vosotros — preguntaba el poeta — lo que es el árbol llamado pandano?

76

I
L'isola senza aurora

Navigavano per l'immenso mare. Non era una nave da carico, né un'imbarcazione veloce. Poteva essere una goletta, un brigantino o un bragozzo. La polena forse era una ninfa, o un fauno. Il mare era calmo. Sulla nave navigavano il poeta, il romanziere e il drammaturgo. Venivano da non si sa dove, e andavano verso non si sa che isola. Avrebbero potuto attaccare alle Marchesi o all'isola di Gaspar Rico, oppure incagliarsi nelle secche di Manuel Rodríguez. Tutto poteva accadere e poteva non accadere nulla. Nell'interrompere il lavoro per imbarcarsi, il poeta aveva lasciato una pila di fogli intatti; così il romanziere, così il comediógrafo. I fogli del poeta erano azzurrati, quelli del romanziere giallognoli, quelli del drammaturgo bianchi. Nel colore, quelli del poeta ricordavano il cielo e il mare, quelli del romanziere evocavano crepuscoli malinconici, quelli del comediógrafo facevano pensare alle nubi candide che passano e non tornano.

Avanzava la nave, né lenta né veloce: a volte si vedeva una scia dietro la poppa, a volte non si vedeva nulla. Il sole, sopra l'immenso mare, spuntava, raggiungeva lo zenit e si occultava. Sulla tolda c'erano tre sedie a sdraio: vi stavano distesi i tre personaggi. Dormivano o vegliavano. Sognavano ad occhi aperti o credevano di essere svegli mentre dormivano. Per loro tutto era indifferente. Non potevano dire quando sarebbero giunti al termine del viaggio. Faceva lo stesso arrivare prima o dopo. I tre erano sdraiati, volto al cielo e occhi chiusi. Quando si svegliavano, il poeta contemplava l'orizzonte, il romanziere si sfregava gli occhi e il comediógrafo si concentrava tutto in un'esagerata pandiculazione.

— Sapete — domandava il poeta — che cos'è l'albero detto pandano?

77

48

— *Pandanus odoratissimus!* — esclamava el novelista.

— ¡Árbol del pan! — gritaba también el dramaturgo, confundiendo un árbol con otro.

— El árbol del pan — corregía el poeta — es el *Artocarpus incisa*, una de las especies.

— ¡Es mucho el pan que da cada árbol!

— ¡Dan molletes o perunai? ¡Pan candéal o pan prieto?

El mar en calma era monótono. El poeta veía en la infinita llanura todo cuanto quería ver; el novelista veía unas veces lo que deseaba ver y otras no veía cosa; el comediógrafo, por más que se esforzaba, no veía más que llanura inabarcable y cielo infinito. Hubo una furiosa tormenta: el barco se bamboleaba a impulsos de las olas y del huracán. Presenciaron los tres personajes la deshecha borrasca: relampagueaba; caían rayos rectos o zigzagueantes; tronaba horribilmente. El poeta encontró que la tempestad era un poquín exagerada; no le servía. El novelista acaso pudiera utilizarla, con algunas modificaciones. El autor dramático torció el gesto y se encogió de hombros; tal vez, habiendo un naufragio, podría servir un naufragio para un episodio en el primer o en el tercer acto.

— ¡Sabéis vosotros quién era ese Gaspar Rico que ha dado su nombre a una isla del Pacífico?

— ¡Y Manuel Rodríguez, que da su nombre a unos bancos de arena!

— ¡Y por qué las Marquesas, de Mendoza, se llaman de Mendoza y no de Cañete, puesto que el señor Mendoza era Marqués de Cañete?

Indudablemente, la nave debía de ser zorrera: tardaron mucho en llegar a la isla. Cerco de cocoteros orlaba el saliente pedazo de tierra. En la lejanía se divisaba una montaña de porcelana. Si se le hubiera arrojado una piedra, se hubiera roto. El aire era fino y

— *Pandanus odoratissimus!* — esclamava il romanziere.

— L'albero del pane! — gridava anche il drammaturgo, confondendo un albero con l'altro.

— L'albero del pane — correggeva il poeta — è l'*artocarpus incisa*, una delle pandanacee.

— Dà molto pane un albero come quello?

— Dà pane al latte o pane integrale? Pane bianco o pane nero?

Il mare, in calma, era monotono. Il poeta nella distesa infinita vedeva tutto quel che voleva vedere; il romanziere a volte vedeva ciò che desiderava vedere, a volte non vedeva alcunché; il comediógrafo, per quanto si sforzasse, non vedeva altro che distesa sterminata e cielo infinito. Si scatenò una furibonda tempesta; la nave beccheggiava in balia delle onde e della tormenta. I tre personaggi assistettero all'impetuosa burrasca: lampeggiava, cadevano saette diritte o zigzaganti, tuonava orribilmente. Il poeta trovò che la tempesta fosse un tantinello esagerata: non faceva al caso suo. Il romanziere forse avrebbe potuto servirse, con alcune modifiche. Il drammaturgo fece una smorfia e si strinse nelle spalle: se ci fosse stato un naufragio, forse avrebbe potuto fargli comodo un naufragio, per un episodio del primo o del terzo atto.

— Sapete chi era quel Gaspar Rico che ha dato il suo nome a un'isola del Pacifico?

— E Manuel Rodríguez, che ha dato il suo nome a dei banchi di sabbia?

— E perché le Isole Marchesi, scoperte da Mendoza, si chiamano di Mendoza e non di Cañete, visto che il signor Mendoza era marchese di Cañete?

Non v'era dubbio, la nave doveva essere da carico: impiegavano molto ad arrivare all'isola. Una cornice di palme da cocco orlava il promontorio. In lontananza, s'indovinava un monte di porcellana: se vi si fosse gettato contro un sasso, si sarebbe rotto. L'aria

Su padre empezó a dar vueltas nerviosas a una adobadera entre las manos. Daniel, el Mochuelo, comprendió que su padre se dominaba para no exacerbar el dolor de su mujer. Al cabo de un rato añadió:

—Eso quedálo de mi cuenta. En cuanto a si el chico vale o no vale para estudiar depende de si tiene cuartos o si no los tiene. Tú me comprendes.

Se puso en pie y con el gancho de la lumbré desparramó las ascuas que aún relucían en el hogar. Su madre se había sentado, con las bastas manos desmayadas en el regazo. Repentinamente se sentía extenuada y nula, absurdamente vacua e indefensa. El padre se dirigía de nuevo a ella:

—Es cosa decidida. No me hagas hablar más de esto. En cuanto el chico cumpla once años marchará a la ciudad a empezar el grado.

La madre suspiró, rendida. No dijo nada. Daniel, el Mochuelo, se acostó y se durmió haciendo conjeturas sobre lo que querría decir su madre con aquello de que tenía el vientre seco y que se había quedado estéril después del aborto.

II

Ahora, Daniel, el Mochuelo, ya sabía lo que era tener el vientre seco y lo que era un aborto. Pensó en Roque, el Moñigo. Quizá si no hubiera conocido a Roque, el Moñigo, seguiría, a estas alturas, sin saber lo que era un vientre seco y lo que era un aborto. Pero Roque, el Moñigo, sabía mucho de todo «eso». Su madre le decía que no se juntase con Roque, porque el Moñigo se había criado sin madre y sabía muchas perrerías. También las Guindillas le decían a menudo que por juntarse al Moñigo ya era lo mismo que él, un golfo y un zascandil.

Daniel, el Mochuelo, siempre salía en defensa de Roque, el Moñigo. La gente del pueblo no le comprendía o no quería comprenderle. Que Roque supiera mucho de «eso» no significaba que fuera un golfo y un zascandil. El que fuese fuerte como un toro y como su padre, el herrero, no quería decir

que fuera un malvado. El que su padre, el herrero, tuviese siempre junto a la fragua una bota de vino y la levantase de cuando en cuando no equivalía a que fuese un borracho empedernido, ni podía afirmarse, en buena ley, que Roque, el Moñigo, fuese un golfante como su padre, porque ya se sabía que de tal palo tal astilla. Todo esto constituía una sarta de infamias, y Daniel, el Mochuelo, lo sabía de sobra porque conocía como nadie al Moñigo y a su padre.

De que la mujer de Paco, el herrero, falleciera al dar a luz al Moñigo, nadie tenía la culpa. Ni tampoco tenía la culpa nadie de la falta de capacidad educadora de su hermana Sara, demasiado brusca y rectilínea para ser mujer.

La Sara llevó el peso de la casa desde la muerte de su madre. Tenía el pelo rojo e hispido y era corpulenta y maciza como el padre y el hermano. A veces, Daniel, el Mochuelo, imaginaba que el fin de la madre de Roque, el Moñigo, sobrevino por no tener aquélla el pelo rojo. El pelo rojo podía ser, en efecto, un motivo de longevidad o, por lo menos, una especie de amuleto protector. Fuera por una causa o por otra, lo cierto es que la madre del Moñigo falleció al nacer él y que su hermana Sara, trece años mayor, le trató desde entonces como si fuera un asesino sin enmienda. Claro que la Sara tenía poca paciencia y un carácter regañón y puntilloso. Daniel, el Mochuelo, la había conocido corriendo tras de su hermano escalera abajo, desmelenada y torva, gritando desahoradamente:

—¡Animal, más que animal, que ya antes de nacer eras un animal!

Luego le oyó repetir este estrillido centenares y hasta millares de veces; pero a Roque, el Moñigo, le traía aquello sin cuidado. Seguramente lo que más exacerbó y agrió el carácter de la Sara fue el rotundo fracaso de su sistema educativo. Desde muy niño, el Moñigo fue refractario al Coco, al Hombre del Saco y al Tío Camuñas. Sin duda fue su solidez física la que le inspiró este olímpico desprecio hacia todo lo que no fueran hombres reales, con huesos, músculos y sangre bajo la piel. Lo cierto es que cuando la Sara amenazaba a su hermano, diciéndole: «Que viene el Coco, Roque, no hagas tal cosa», el

Moñigo sonreía maliciosamente, como desafiándole: «Hale, que venga, lo aguardo». Entonces el Moñigo apenas tenía tres años y aún no hablaba nada. A la Sara la llevaban los demonios al constatar el choque inútil de su amenaza con la indiferencia burlona del pequeño.

Poco a poco, el Moñigo fue creciendo y su hermana Sara apeló a otros procedimientos. Solía encerrar a Roque en el pajar si cometía una travesura y luego le leía, desde fuera, lentamente y con voz sombría y cavernosa, las recomendaciones del alma.

Daniel, el Mochuelo, aún recordaba una de las primeras visitas a casa de su amigo. La puerta de la calle estaba entreabierta y, en el interior, no se veía a nadie ni se oía nada, como si la casa estuviera deshabitada. La escalera que conducía al piso alto se alzaba incitante ante él, pero él la miró, tocó el pasamano y no se atrevió a subir. Conocía ya a la Sara de referencias y aquel increíble silencio le inspiraba un vago temor. Se entretuvo un rato atrapando una lagartija que intentaba escabullirse por entre las losas del zaguán. De improviso oyó una retahíla de furiosos improperios, en lo alto, seguidos de un estruendoso portazo. Se decidió a llamar, un poco cohibido:

—¡Moñigo! ¡Moñigo!

Al instante se derramó sobre él un diluvio de frases agresivas. Daniel se encogió sobre sí mismo.

—¿Quién es el bruto que llama así? ¡Aquí no hay ningún Moñigo! Todos en esta casa llevamos nombre de santo. ¡Hale, largo!

Daniel, el Mochuelo, nunca supo por qué en aquella ocasión se quedó, a pesar de todo, clavado al suelo como si fuera una estatua. El caso es que se quedó tieso y mudo, casi sin respirar. Entonces oyó hablar arriba a la Sara y prestó atención. Por el hueco de la escalera se desgarraban sus frases engoladas como una lluvia lúgubre y sombría:

—Cuando mis pies, perdiendo su movimiento, me adviertan que mi carrera en este mundo está próxima a su fin...

Y, detrás, sonaba la voz del Moñigo, opaca y sorda, como si partiera de lo hondo de un pozo:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

De nuevo las inflexiones de Sara, cada vez más huecas y extremosas:

—Cuando mis ojos vidriados y desencajados por el horror de la inminente muerte fijen en Vos sus miradas lánguidas y moribundas...

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Se iba adueñando de Daniel, el Mochuelo, un pavor helado e impalpable. Aquella tétrica letanía le hacía cosquillas en la médula de los huesos. Sin embargo, no se movió del sitio. Le acuciaba una difusa e impersonal curiosidad.

—Cuando perdido el uso de los sentidos —continuaba, monótona, la Sara— el mundo todo desaparezca de mi vista y gima yo entre las angustias de la última agonía y los afanes de la muerte...

Otra vez la voz amodorrada y sorda y tranquila del Moñigo, desde el pajar:

—Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Al concluir Sara su correctivo verbal, se hizo impaciente la voz de Roque:

—¿Has terminado?

—Sí —dijo Sara.

—Hale, abre.

La interrogación siguiente de la Sara envolvía un despecho mal reprimido:

—¿Escarmentaste?

—¡No!

—Entonces no abro.

—Abre o echo la puerta abajo. El castigo ya se terminó.

Y Sara le abrió a su pesar. El Moñigo le dijo al pasar a su lado:

—Me metiste menos miedo que otros días, Sara.

La hermana perdía los estribos, furiosa:

—¡Calla, cerdo! Un día... un día te voy a partir los hocicos o yo no sé lo que te voy a hacer.

—Eso no; no me toques, Sara. Aún no ha nacido quien me ponga la mano encima, ya lo sabes —dijo el Moñigo.

Daniel, el Mochuelo, esperó oír el estampido del sopapo,

pero la Sara debió de pensarlo mejor y el estampido previsto no se produjo. Oyó Daniel, en cambio, las pisadas firmes de su amigo al descender los peldaños y, acuciado por un pudoroso instinto de discreción, salió por la puerta entornada y le esperó en la calle. Ya a su lado, el Moñigo dijo:

—¿Oíste a la Sara?

Daniel, el Mochuelo, no se atrevió a mentir:

—La oí —dijo.

—Te habrás fijado que es una maldita pamplina.

—A mí me metió miedo, la verdad —confesó, aturrido, el Mochuelo.

—¡Bah!, no hagas caso. Todo eso de los ojos vidriados y los pies que no se mueven son pamplinas. Mi padre dice que cuando la diñas no te enteras de nada.

Movió el Mochuelo, dubitativo, la cabeza.

—¿Cómo lo sabe tu padre? —dijo.

A Roque, el Moñigo, no se le había ocurrido pensar en eso. Vaciló un momento, pero enseguida aclaró:

—¡Qué sé yo! Se lo diría mi madre al morirse. Yo no me puedo acordar de eso.

Desde aquel día, Daniel, el Mochuelo, situó mentalmente al Moñigo en un altar de admiración. El Moñigo no era listo, pero, ¡ahí era nada mantenerse las tiesas con los mayores! Roque, a ratos, parecía un hombre por su aplomo y gravedad. No admitía imposiciones ni tampoco una justicia cambiante y caprichosa. Una justicia doméstica, se sobreentendía. Por su parte, la hermana lo respetaba. La voluntad del Moñigo no era un cero a la izquierda como la suya; valía por la voluntad de un hombre; se la tenía en cuenta en su casa y en la calle. El Moñigo poseía personalidad.

Y, a medida que transcurría el tiempo, fue aumentando la admiración de Daniel por el Moñigo. Éste se peleaba con frecuencia con los rapaces del valle y siempre salía victorioso y sin un rasguño. Una tarde, en una romería, Daniel vio al Moñigo apalear hasta hartarse al que tocaba el tamboril. Cuando se sació de golpearle le metió el tambor por la cabeza como si fuera un sombrero. La gente se reía mucho. El músico era un hombre ya de casi veinte años y el Moñigo sólo te-

nía once. Para entonces, el Mochuelo había comprendido que Roque era un buen árbol donde arrimarse y se hicieron inseparables, por más que la amistad del Moñigo le forzaba, a veces, a extremar su osadía e implicaba algún que otro regateo de don Moisés, el maestro. Pero, en compensación, el Moñigo le había servido en más de una ocasión de escudo y paragolpes.

A pesar de todo esto, la madre de Daniel, don José, el cura, don Moisés, el maestro, la Guindilla mayor y las Lepóridas, no tenían motivos para afirmar que Roque, el Moñigo, fuese un golfante y un zascandil. Si el Moñigo entablaba pelea era siempre por una causa justa o porque procuraba la consecución de algún fin utilitario y práctico. Jamás lo hizo a humo de pajas o por el placer de golpear.

Y otro tanto ocurría con su padre, el herrero. Paco, el herrero, trabajaba como el que más y ganaba bastante dinero. Claro que para la Guindilla mayor y las Lepóridas no existían más que dos extremos en el pueblo: los que ganaban poco dinero, y de éstos decían que eran unos vagos y unos holgazanes, y los que ganaban mucho dinero, de los cuales afirmaban que si trabajaban era sólo para gastarse el dinero en vino. Las Lepóridas y la Guindilla mayor exigían un punto de equilibrio muy raro y difícil de conseguir. Pero la verdad es que Paco, el herrero, bebía por necesidad. Daniel, el Mochuelo, lo sabía de fundamento, porque conocía a Paco mejor que nadie. Y si no bebía, la fragua no carburaba. Paco, el herrero, lo decía muchas veces: «Tampoco los autos andan sin gasolina». Y se echaba un trago al coletito. Después del trago trabajaba con mayor ahínco y tesón. Esto, pues, a fin de cuentas, redundaba en beneficio del pueblo. Mas el pueblo no se lo agradecía y le llamaba sinvergüenza y borracho. Menos mal que el herrero tenía correa, como su hijo, y aquellos insultos no le lastimaban. Daniel, el Mochuelo, pensaba que el día que Paco, el herrero, se irritase no quedaría en el pueblo piedra sobre piedra; lo arrasaría todo como un ciclón.

No era tampoco cosa de echar en cara al herrero el que pirolease a las mozas que cruzaban ante la fragua y las invitase a sentarse un rato con él a charlar y a echar un trago. En

realidad, era viudo y estaba aún en edad de merecer. Además, su exuberancia física era un buen incentivo para las mujeres. A fin de cuentas, don Antonino, el marqués, se había casado tres veces y no por ello la gente dejaba de llamarle don Antonino y seguía quitándose la boina al cruzarse con él, para saludarle. Y continuaba siendo el marqués. Después de todo, si Paco, el herrero, no se casaba lo hacía por no dar madrastra a sus hijos y no por tener más dinero disponible para vino como malévola mente insinuaban la Guindilla mayor y las Lepóridas.

Los domingos y días festivos, Paco, el herrero, se emborrachaba en casa del Chano hasta la incoherencia. Al menos eso decían la Guindilla mayor y las Lepóridas. Mas si lo hacía así, sus razones tendría el herrero, y una de ellas, y no desdeñable, era la de olvidarse de los últimos seis días de trabajo y de la inminencia de otros seis en los que tampoco descansaría. La vida era así de exigente y despiadada con los hombres.

A veces, Paco, cuyo temperamento se exaltaba con el alcohol, armaba en la taberna del Chano trifulcas considerables. Eso sí, jamás tiraba de navaja aunque sus adversarios lo hicieran. A pesar de ello, las Lepóridas y la Guindilla mayor decían de él —de él, que peleaba siempre a pecho descubierto y con la mayor nobleza concebible— que era un asqueroso matón. En realidad, lo que mortificaba a la Guindilla mayor, a las Lepóridas, al maestro, al ama de don Antonino, a la madre de Daniel, el Mochuelo, y a don José, el cura, eran los músculos abultados del herrero; su personalidad irreductible; su hegemonía física. Si Paco y su hijo hubieran sido unos fífliriches al pueblo no le importaría que fuesen borrachos o camorristas; en cualquier momento podrían tumbarles de un sopapo. Ante aquella inaudita corpulencia, la cosa cambiaba; habían de conformarse con ponerlos verdes por la espalda. Bien decía Andrés, el zapatero: «Cuando a las gentes les faltan músculos en los brazos, les sobran en la lengua».

Don José, el cura, que era un gran santo, a pesar de censurar abiertamente a Paco, el herrero, sus excesos, sentía ha-

cía él una secreta simpatía. Por mucho que tronase no podría olvidar nunca el día de la Virgen, aquel año en que Tomás se puso muy enfermo y no pudo llevar las andas de la imagen. Julián, otro de los habituales portadores de las andas, tuvo que salir del lugar en viaje urgente. La cosa se ponía fea. No surgían sustitutos. Don José, el cura, pensó, incluso, en suspender la procesión. Fue entonces cuando se presentó, humildemente, en la iglesia Paco, el herrero.

—Señor cura, si usted quiere, yo puedo pasear la Virgen por el pueblo. Pero ha de ser a condición de que me dejen a mí solo —dijo.

Don José sonrió maliciosamente al herrero.

—Hijo, agradezco tu voluntad y no dudo de tus fuerzas. Pero la imagen pesa más de doscientos kilos —dijo.

Paco, el herrero, bajó los ojos, un poco avergonzado de su enorme fortaleza.

—Podría llevar encima cien kilos más, señor cura. No sería la primera vez... —insistió.

Y la Virgen recorrió el pueblo sobre los fornidos hombros de Paco, el herrero, a paso lento y haciendo cuatro paradas: en la plaza, ante el Ayuntamiento, frente a Teléfonos y, de regreso, en el atrio de la iglesia, donde se entonó, como era costumbre, una Salve popular. Al concluir la procesión, los chiquillos rodearon admirados a Paco, el herrero. Y éste, esbozando una sonrisa pueril, les obligaba a palparle la camisa en el pecho, en la espalda, en los sobacos.

—Tentad, tentad —les decía—; no estoy sudado; no he sudado ni tampoco una gota.

La Guindilla mayor y las Lepóridas censuraron a don José, el cura, que hubiese autorizado a poner la imagen de la Virgen sobre los hombros más pecadores del pueblo. Y juzgaron el acto meritorio de Paco, el herrero, como una ostentación evidentemente pecaminosa. Pero Daniel, el Mochuelo, estaba en lo cierto: lo que no podía perdonársele a Paco, el herrero, era su complexión y ser el hombre más vigoroso del valle, de todo el valle.

que no quieran trabajar en las cosas de los demás. El pueblo, sin duda, era de una eficacia sobria y de una discreción edificante.

¿Que la Guindilla mayor y el Cuco, el factor, no eran discretos? Bien. En ningún cuerpo falta un lunar. Y, en cuanto al individualismo del pueblo, ¿se bastaban por sí solos los mozos y las mozas los sábados por la tarde y los domingos? Don José, el cura, que era un gran santo, solía manifestar, contristado: «Es lástima que vivamos uno a uno para todas las cosas y necesitemos emparejarnos para ofender al Señor». Pero tampoco don José, el cura, quería entender que esa sensualidad era flor o espina, o vicio o pecado de toda una raza.

IV

Las cosas pasaron en su momento y, ahora, Daniel, el Mochuelo, las recordaba con fruición. Su padre, el quesero, pensó un nombre antes de tener un hijo; tenía un nombre y lo arropaba y lo mimaba y era ya, casi, como tener un hijo. Luego, más tarde, nació Daniel.

Daniel, el Mochuelo, evocaba sus primeros pasos por la vida. Su padre emanaba un penetrante olor, era como un gigantesco queso, blando, blanco, pesadote. Pero Daniel, el Mochuelo, se gozaba en aquel olor que impregnaba a su padre y que le inundaba a él, cuando, en las noches de invierno, frente a la chimenea, acariciándole, le contaba la historia de su nombre.

El quesero había querido un hijo antes que nada para poder llamarle Daniel. Y se lo decía a él, al Mochuelo, cuando apenas contaba tres años y manosear su cuerpecillo carnoso y rechoncho equivalía a prolongar la cotidiana faena en el entremijo.

Pudo bautizarle con mil nombres diferentes, pero el quesero prefirió Daniel.

—¿Sabes que Daniel era un profeta que fue encerrado en una jaula con diez leones y los leones no se atrevieron a hacerle daño? —le decía, estrujándole amorosamente.

El poder de un hombre cuyos ojos bastaban para mantener a raya a una jauría de leones, era un poder superior al poder de todos los hombres; era un acontecimiento insólito y portentoso que desde niño había fascinado al queso.

—Padre, ¿qué hacen los leones?

—Morder y arañar.

—¿Son peores que los lobos?

—Más feroces.

—¿Queeeé?

El quesero facilitaba la comprensión del Mochuelo como una madre que mastica el alimento antes de darlo a su hijito.

—Hacen más daño que los lobos, ¿entiendes? —decía.

Daniel, el Mochuelo, no se saciaba:

—¿Verdad que los leones son más grandes que los perros?

—Más grandes.

—¿Y por qué a Daniel no le hacían nada?

Al quesero le complacía desmenuzar aquella historia:

—Les vencía sólo con los ojos; sólo con mirarlos; tenía en los ojos el poder de Dios.

—¿Queeeé?

Apretaba al hijo contra sí:

—Daniel era un santo de Dios.

—¿Qué es eso?

La madre intervenía, precavida:

—Deja al chico ya; le enseñas demasiadas cosas para la edad que tiene.

Se lo quitaba al padre y lo acostaba. También su madre hedía a boruga y a cuajada. Todo, en su casa, olía a cuajada y a requesón. Ellos mismos eran un puro y decantado olor. Su padre llevaba aquel tufo hasta en el negro de las uñas de las manos. A veces, Daniel, el Mochuelo, no se explicaba por qué su padre tenía las uñas negras trabajando con leche o por qué los quesos salían blancos siendo elaborados con aquellas uñas tan negras.

Pero luego su padre se distanció de él; ya no le hacía arrumacos ni carantoñas. Y eso fue desde que su padre se dio cuenta de que el chico ya podía aprender las cosas por sí.

Fue entonces cuando comenzó a ir a la escuela y cuando se arrimó al Moñigo en busca de amparo. A pesar de todo, su padre, su madre y la casa entera seguían oliendo a boruga y a requesón. Y a él seguía gustándole aquel olor, aunque Roque, el Moñigo, dijese que a él no le gustaba, porque olía lo mismo que los pies.

Su padre se distanció de él como de una cosa hecha, que ya no necesita de cuidados. Le daba desilusión a su padre verle valerse por sí, sin precisar de su patrocinio. Pero, además, el queso se tornó taciturno y malhumorado. Hasta entonces, como decía su mujer, había sido como una perita en dulce. Y fue el cochino afán del ahorro lo que agrió su carácter. El ahorro, cuando se hace a costa de una necesidad insatisfecha, ocasiona en los hombres acritud y enojo. Así le sucedió al queso. Cualquier gasto menudo o el menor desembolso superfluo le producían un disgusto exagerado. Quería ahorrar, tenía que ahorrar por encima de todo, para que Daniel, el Mochuelo, se hiciera un hombre en la ciudad, para que progresase y no fuera como él, un pobre queso.

Lo peor es que de esto nadie sacaba provecho. Daniel, el Mochuelo, jamás lo comprendería. Su padre sufriendo, su madre sufriendo y él sufriendo, cuando el quitarle el sufrimiento a él significaría el fin del sufrimiento de todos los demás. Pero esto hubiera sido truncar el camino, resignarse a que Daniel, el Mochuelo, desertase de progresar. Y esto no lo haría el queso; Daniel progresaría aunque fuese a costa del sacrificio de toda la familia, empezando por él mismo.

No. Daniel, el Mochuelo, no entendería nunca estas cosas, estas tozudeces de los hombres y que se justificaban como un anhelo lógico de liberarse. Liberarse, ¿de qué? ¿Sería él más libre en el colegio, o en la universidad, que cuando el Moñigo y él se peleaban a boñigazo limpio en los prados del valle? Bueno, quizá sí; pero él nunca lo entendería.

Su padre, por otra parte, no supo lo que hizo cuando le puso el nombre de Daniel. Casi todos los padres de todos los chicos ignoraban lo que hacían al bautizarlos. Y también lo ignoró el padre del maestro y el padre de Quino, el Manco,

y el padre de Antonio, el Buche, el del bazar. Ninguno sabía lo que hacía cuando don José, el cura, que era un gran santo, volcaba la concha llena de agua bendita sobre la cabeza del recién nacido. O si sabían lo que hacían, ¿por qué lo hacían así, a conciencia de que era inútil?

A Daniel, el Mochuelo, le duró el nombre lo que la primera infancia. Ya en la escuela dejó de llamarse Daniel, como don Moisés, el maestro, dejó de llamarse Moisés a poco de llegar al pueblo.

Don Moisés, el maestro, era un hombre alto, desmedrado y nervioso. Algo así como un esqueleto recubierto de piel. Habitualmente torcía media boca como si intentase mordearse el lóbulo de la oreja. La molicie o el contento le hacían acentuar la mueca de tal manera que la boca se le rasgaba hasta la patilla, que se afeitaba muy abajo. Era una cosa rara aquel hombre y a Daniel, el Mochuelo, le asustó y le interesó desde el primer día de conocerlo. Le llamaba Peón, como oía que le llamaban los demás chicos, sin saber por qué. El día que le explicaron que le bautizó el juez así en atención a que don Moisés «avanzaba de frente y comía de lado», Daniel, el Mochuelo, se dijo que «bueno», pero continuó sin entenderlo y llamándole Peón un poco a tontas y a locas.

Por lo que a Daniel, el Mochuelo, concernía, es verdad que era curioso, y todo cuanto le rodeaba lo encontraba nuevo y digno de consideración. La escuela, como es natural, le llamó la atención más que otras cosas, y más que la escuela en sí, el Peón, el maestro, y su boca inquieta e incansable y sus negras y espesas patillas de bandolero.

Germán, el hijo del zapatero, fue quien primero reparó en su modo de mirar las cosas. Un modo de mirar las cosas atento, concienzudo e insaciable.

—Fijaos —dijo—, lo mira todo como si le asustase.

Y todos le miraron con mortificante detenimiento.

—Y tiene los ojos verdes y redondos como los gatos —añadió un sobrino lejano de don Antonino, el marqués.

Otro precisó aún más y fue el que dio en el clavo:

—Mira lo mismo que un mochuelo.

Y con Mochuelo se quedó, pese a su padre y pese al profeta Daniel y pese a los diez leones encerrados con él en una jaula y pese al poder hipnótico de los ojos del profeta. La mirada de Daniel, el Mochuelo, por encima de los deseos de su padre, el queso, no servía siquiera para apaciguar a una jauría de chiquillos. Daniel se quedó para usos domésticos. Fuera de casa sólo se le llamaba Mochuelo.

Su padre luchó un poco por conservar su antiguo nombre y hasta un día se peleó con la mujeruca que traía el fresco en el mixto; pero fue en balde. Tratar de impedir aquello era lo mismo que tratar de contener la impetuosa corriente del río en primavera. Una cosa vana. Y él sería, en lo sucesivo, Mochuelo, como don Moisés era el Peón; Roque, el Moño; Antonio, el Buche; doña Lola, la tendera, la Guindilla mayor; y las de Teléfonos, las Cacas y las Lepóridas.

Aquel pueblo administraba el sacramento del bautismo con una pródiga y mordaz desconsideración.

Es verdad que la Guindilla mayor se tenía bien ganado su apodo por su carita redonda y coloradita y su carácter picante y agrio como el aguardiente. Por añadidura era una cotilla. Y a las cotillas no les viene mal todo lo que les caiga encima. No tenía ningún derecho, por otra parte, a tratar de dominar al pueblo. El pueblo quería ser libre e independiente y a ella ni le iba ni le venía, a fin de cuentas, si Pancho creía o no creía en Dios, si Paco, el herrero, era abstemio o bebía vino, o si el padre de Daniel, el Mochuelo, fabricaba el queso con las manos limpias o con las uñas sucias. Si esto le repugnaba, que no comiera queso y asunto concluido.

Daniel, el Mochuelo, no creía que hacer lo que la Guindilla mayor hacía fuese ser buena. Los buenos eran los demás que le admitían sus impertinencias e, incluso, la nombraban presidenta de varias asociaciones piadosas. La Guindilla mayor era un esperpento y una víbora. A Antonio, el Buche, le asistía la razón al decir esto, aunque el Buche pensase

más, al fallar así, en la competencia comercial que le hacía la Guindilla que en sus defectos físicos y morales.

La Guindilla mayor, no obstante el tono rojizo de su piel, era alta y seca como una cucaña, aunque ni siquiera tenía, como ésta, un premio en la punta. Total, que la Guindilla no tenía nada, aparte unas narices muy desarrolladas, un afán inmoderado de meterse en vidas ajenas y un vario y siempre renovado repertorio de escrúpulos de conciencia.

A don José, el cura, que era un gran santo, le traía de cabeza.

—Mire usted, don José —le decía, cualquier día, un minuto antes de empezar la misa—, anoche no pude dormir pensando que si Cristo en el Monte de los Olivos se quedó solo y los apóstoles se durmieron, ¿quién pudo ver que el Redentor sudase sangre?

Don José entornaba los ojillos, penetrantes como puntas de alfileres:

—Tranquiliza tu conciencia, hija; esas cosas las conocemos por revelación.

La Guindilla mayor lloriqueaba desazonada y hacía cuatro pucheros. Decía:

—¿Cree usted, don José, que podré comulgar tranquila habiendo pensado esas cosas?

Don José, el cura, debía usar de la paciencia de Job para soportarla:

—Si no tienes otras faltas puedes hacerlo.

Y así un día y otro día.

—Don José, anoche no pegué un ojo dando vueltas al asunto del Pancho. ¿Cómo puede recibir este hombre el sacramento del matrimonio si no cree en Dios?

Y unas horas después:

—Don José, no sé si me podrá absolver usted. Ayer domingo leí un libro pecaminoso que hablaba de las religiones en Inglaterra. Los protestantes están allí en franca mayoría. ¿Cree usted, don José, que si yo hubiera nacido en Inglaterra, hubiera sido protestante?

Don José, el cura, tragaba saliva:

—No sería difícil, hija.

MIGUEL DELIBES LOS SANTOS INOCENTES

Y, en éstas, se presentó en el Corujo el Azarías, y la Régula le dio los días y le tendió el saco de paja junto a la cocina como era habitual, pero el Azarías ni la miraba, se implaba y rutaba y hacía como si masticara algo sin nada en la boca y su hermana,
¿te pasa algo, Azarías, no estarás enfermo?
y el Azarías, la vacua mirada en el fuego, gruñía y juntaba las encías desdentadas, y la Régula,
ae, no te se habrá muerto la otra milana que tú dices, ¿verdad, Azarías?
y, tras mucho poñiar, el Azarías,
el señorito me ha despedido,
y la Régula,
¿el señorito?
y el el Azarías,
dice que ya estoy viejo,
y la Régula,
ae, eso no puede decírtelo tu señorito, si te pusiste viejo, a su lado ha sido,
y el Azarías,
yo tengo un año más que el señorito,
y rutaba y mascaba la nada, sentado en el taburete, acodado en los muslos, la cabeza entre las manos, la mirada huera, fija en el hogar, pero, inopinadamente, se oyó el alarido de la Niña chica y los ojos del Azarías se iluminaron, y sus labios se distendieron en una sonrisa babeante, y le dijo a su hermana,
aríname a la Niña Chica, anda,
y la Régula,
ae, estará sucia
y el Azarías,

alcánzame a la Niña Chica, y, ante su insistencia, la Régula se incorporó y regresó con la Charito cuyo cuerpo no abultaba lo que una liebre y cuyas piernecitas se doblaban como las de una muñeca de trapo, como si estuvieran deshuesadas, pero el Azarías la tomó con dedos trémulos, la acomodó en el regazo, sujetó delicadamente su cabecita desarticulada contra su brazo fornido, bajo el sobaco, y comenzó a rascarle suavemente en el entrecejo mientras musitaba,

milana bonita, milana bonita...

y así que regresó Paco, el Bajo, del recorrido de la tarde, la Régula salió a su encuentro, ae, tenemos visita, Paco, ¿a que no sabes quién te vino? y Paco, el Bajo, olfateó un momento y dijo, tu hermano vino, y ella

justo, pero esta vez no por una noche, ni por dos, sino para quedarse, él dice que el señorito le ha despedido, vete a saber, habrá que informarse,

y a la mañana siguiente, conforme amaneció Dios, Paco, el Bajo, ensilló la yegua y, a galope tendido, franqueó la vaguada, el monte de chaparros y el jaral¹ y se presentó, escoltado por los aullidos de los mastines, en el cortijo del señorito del Azarías, pero el señorito descansaba y Paco, el Bajo, se apeó y se puso un rato de cháchara con la Lupe, la de Dacio, el Porquero,

un piojoso, eso es lo que es, todo el tabuco lleno de mierda y, por si fuera poco, se orina las manos, será desahogado, y Paco, el Bajo, asentía, pero, eso no es nuevo, Lupe

y la Lupe,

nuevo no es, pero, a la larga, cansa, con su interminable letanía de lamentaciones, y así hasta que

1. 'terreno poblado de jaras, arbustos cistáceos de hojas viscosas, con el envés velloso y flores blancas, muy abundantes en el centro y sur de la Península'.

apareció el señorito y Paco, el Bajo, entonces, se puso en pie, como era de ley,

buenas,

buenas nos las dé Dios, señorito

y se descubrió y empezó a darle vueltas y vueltas a la gorra entre las manos, como si le estorbase, y, al cabo,

señorito, el Azarías dice que usted le despidió, ya ve qué cosas, después de los años,

que el señorito,

vosotros a ver si nos entendemos, ¿quién eres tú?, ¿quién te dio a ti vela en este entierro?

y Paco, el Bajo, acobardado,

excuse, el hermano político del Azarías, el del Pilón, donde la Señora Marquesa, un mandado de Crespo, el Guardia Mayor, para que me entienda,

y el señorito del Azarías

¡ah, ya!

y movía lentamente la cabeza, afirmando, los ojos cerrados, como pensativo, y, al fin, admitió,

pues el Azarías no miente, que es cierto que le despedí, tú me dirás, un tipo que se orina las manos, yo no puedo comerme una pitonra que él haya desplumado, ¿te das cuenta?, ¡con las manos meadas!, eso es una cochina y, dime tú, si no me pela las pitonras, ¿qué servicio me hace en el Cortijo un carcamal como él que no tiene nada de aquí?

y se señalaba la frente, se hincaba con fuerza un dedo en la frente, y Paco, el Bajo, los ojos en las puntas de sus botas, continuaba girando la gorra entre las manos, así, sobre la parte, y, al fin, juntó valor y

razón, bien mirado, no le falta, señorito, pero hágase cuenta, mi cuñado echó los dientes aquí, que para San Eutiquio sesenta y un años, que se dice pronto, de chiquitín, como quien dice...

pero el señorito agitó una mano y le interrumpió, todo lo que quieras, tú, menos levantar la voz, sólo faltaría, que si a tu cuñado le aguanté sesenta y un años lo que

merezo es un premio, ¿oyes?, que buenos están los tiempos para acoger de caridad a un animal que se hace todo por los rincones, y, por si fuera poco, se orina las manos antes de pelarme las pitorras, una repugnancia, eso es lo que es, y Paco, el Bajo, sin dejar de dar vueltas a la gorra, asentía, cada vez más tenuemente,

si me hago cargo, señorito, pero ya ve, allí, en casa, dos piezas, con cuatro muchachos, ni rebullirnos...

y el señorito,

todo lo que quieras, tú, pero lo mío no es un asilo y para situaciones así está la familia, ¿o no?

y Paco, el Bajo,

si usted lo dice,

y, paso a paso, reculaba hacia la yegua, pero cuando puso pie en el estribo y montó, al señorito del Azarías se le amontonaron en la boca nuevas razones,

que además de lo que te llevo dicho, tú, el Azarías blasfema y quita los tapones a las ruedas de los coches de mis amigos, date cuenta, así sea el mismísimo ministro, comprenderás que yo no puedo invitar a nadie para que ese animal... e iba alzando gradualmente la voz a medida que Paco, el Bajo, se alejaba al trotecillo de la yegua,

... les deje los neumáticos en el suelo... ¡comprenderás...!

pero, bien mirado, el Azarías era un engorro, como otra criatura, a la par que la Niña Chica, ya lo decía la Régula, inocentes, dos santos inocentes, eso es lo que son, pero siguiera la Charito paraba quieta, que el Azarías ni a sol ni a sombra y, a la noche, ni pegar ojo, con sus paseos y carraspeos, y si se ponía a rutar era lo mismo que un perro, y así hasta la amanecida que asomaba a la corralada, mascando salvilla, el pantalón por las corvas, y los porqueros y los guardas y los gañanes, siempre la misma copla,

Azarías, ¿vas de pesca?

y él sonreía a la nada, según rascaba los aseladeros y ronroneaba juntando las encías, y, al concluir, tomaba una herrada en cada mano y decía,

me voy por abono para las flores,

y, franqueaba el portón, y se perdía en la loma, entre las jaras y las encinas, buscando a Antonio Abad, el Pastor, que por la hora no podía andar lejos, y, así que se le topaba, se ponía a caminar parsimoniosamente tras el rebaño, agachándose y recogiendo cagarutras recientes hasta que colmaba las herradas y, una vez llenas, retornaba al Cortijo musitando palabras inaudibles, la blanca salvilla empastada en las comisuras y tan pronto entraba en la corralada, ya estaba la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, la del Crespo, o quien fuera,

ya vino el Azarías con el abono de los geranos,

y el Azarías, sonreía, e iba bordeando los arriates y los macizos distribuyendo equitativamente los escabalo² entre ellos, y la Pepa, o el Abundio, o la Remedios, o el mismo Crespo, mete más mierda en el Cortijo que la que saca,

y la Régula, en paciente ademán,

ae, no molesta a nadie y por lo menos está entretenido, pero el Facundo, o la Remedios, o la Pepa, o el mismo Crespo, torcian el gesto,

tú te verás cuando venga la Señora,

pero el Azarías era diligente y aplicado y, mañana tras mañana, volvía de los encineros con dos cubos cargados de cagarutras, de tal forma que, al cabo de unas semanas, las flores de los arriates emergían de unos cónicos montículos de escabalo, negros como pequeños volcanes, y la Régula hubo de imponerse, ae, más abono, no, Azarías, ahora pásame un rato a la

Niña Chica,

le dijo,

y, a la noche, rogó a Paco, el Bajo, que buscara algún quehacer para el Azarías, pues los jardines tenían abono de más y si se le dejaba inactivo, en seguida le entraba la perzosa y daba en acostarse entre los madroños y nadie podía hacer vida de él, mas, por aquellos días, el Rogelio, el muchacho, ya se manejaba solo, y andaba de aquí para allá con el tractor, un tractor

2. 'cagarutras'.

rojo, recién importado, y sabía armarle y desarmarle y cada vez que veía a la Régula preocupada por el Azarías, le decía, yo me llevo al tío, madre, porque el Rogelio era efusivo y locuaz, todo lo contrario que el Quince, cada día más taciturno y zahareño, que la Régula,

¿qué puede ocurrirle al Quince de un tiempo a esta parte?

se preguntaba,

pero el Quince no daba explicaciones y, cada vez que disponía de dos horas libres, desaparecía del Cortijo y regresaba a la noche, un poco embriagado y grave, que nunca sonreía, nunca, salvo cuando su hermano Rogelio encarecía del Azarías,

tío, ¿por qué no cuenta usted las mazorcas?

y el Azarías, dócilmente, ganado por la fiebre de ser útil, se arrojaba al enorme montón de panchas, orilla del silo y una, dos, tres, cuatro, cinco...

contaba pacientemente, y, siempre, al llegar a once, decía,

cuarenta y tres, cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco,

y, entonces, sí, entonces el Quince sonreía, con una sonrisa un poco tirante, un poco forzada, pero para una vez que sonreía, su madre, la Régula, se encarnaba y le regañaba, las piernas abiertas, los brazos en jarras, fustigándole con los ojos, ae, bonito está eso, reírse de un viejo inocente es ofender a Dios,

y, enojada, se iba en busca de la Niña Chica, la tomaba en sus brazos y se la entregaba al Azarías,

toma, duérmela, ella es la única que te comprende,

y el Azarías recogía amorosamente a la Niña Chica y, sentado en el poyo de la puerta, la arrullaba y la decía a cada paso, con voz brumosa, ablandada por la falta de dientes,

milana bonita, milana bonita,

hasta que los dos, casi simultáneamente, se quedaban dormidos a la solisombra del emparado, sonriendo como dos ángeles, pero una mañana, la Régula, según peinaba a la Niña Chica, encontró un piojo entre las púas del peine y se encorajinó y se llegó donde el Azarías,

Azarías, ¿qué tiempo hace que no te lavas?

y el Azarías,

eso los señoritos

y ella, la Régula,

ae, los señoritos, el agua no cuesta dinero, cacho marrano, y el Azarías, sin decir palabra, mostró sus manos de un lado y de otro, con la mugre acumulada en las arrugas, y, finalmente dijo humildemente, a modo de explicación,

me las orno cada mañana para que no me se agrieten,

y la Régula, fuera de sí,

ae, semejante puerco, ¿no ves que estás criando miseria y se la pegas a la criatura?

pero el Azarías la miraba desconcertado, con sus amarillas pupilas implorantes, la cabeza gacha, gruñendo cadenciosamente, como un cachorro, mascando salvilla con las encías, y su inocencia y sumisión desarmaron a su hermana,

haragán, más que haragán, tendré que ocuparme de ti como si fueras otra criatura,

y, a la tarde siguiente, se encarnó al remolque, junto al Rogelio y se fue a Cordovilla, donde el Hachemita, y compró tres camisetas y, de vuelta a casa, se encaró con el Azarías,

te pones una cada semana, ¿me has entendido?

y el Azarías asentía y hacía muecas, pero transcurrido un mes, la Régula volvió a buscarle, orilla del sauce,

ae, ¿puede saberse dónde pusiste las camisetas que te merqué?, va para cuatro semanas y aún no te lavé ninguna,

y el Azarías humilló los amarillentos ojos sanguinolentos y rutó imperceptiblemente, hasta que su hermana perdió la paciencia y le zamarreó³ y según le sacudía por las solapas levantadas, descubrió las camisetas, una encima de la otra, sobrepuestas, las tres, y

marrano, más que marrano, que eres aún peor que los guatros, quítate eso, ¿oyes?, quítate eso,

y el Azarías, sumisamente, se sacó la parcheada chaqueta de

3. 'Le maltrato', llevándolo con violencia o golpes de una parte a otra.

para parda y, luego, las camisetas, una tras otra. Las tres, y dejó al descubierto un torso hercúleo, arropado por un vello canoso, y la Régula,

ae, cuando te quites una te pones la otra, la limpia, quita y pon, ésa es toda la ciencia,

y el Rogelio a reír, que se cubría la boca con su mano grande y morena para sofocar la risa y no irritar a su madre y Paco, el Bajo, sentado en el poyo, contemplaba la escena apesadumbrado y, al fin, bajaba la cabeza,

es aún peor que la Niña Chica, musitaba.

y así fue corriendo el tiempo y, con la llegada de la primavera, el Azarías dio en sufrir alucinaciones, y a toda hora se le representaba su hermano, el Ireneo, de noche en blanco y negro, como enmarcado en un escapulario, y de día, si se tenía entre la torisca, policromado, grande y todopoderoso, sobre el fondo azul del cielo, como vio un día a Dios-Padre en un grabado y, en esos casos, el Azarías, se levantaba y se iba donde la Régula,

hoy volvió el Ireneo, Régula

decía,

y ella

ae, otra vez, deja al pobre Ireneo en paz

y el Azarías

en el cielo está

y ella,

a ver, ¿qué mal hizo a nadie?

pero las cosas del Azarías enseguida transcendían al Cortijo y los porqueros y los pastores y los gañanes se hacían los contradictizos y le preguntaban,

¿qué fue del Ireneo, Azarías?

y el Azarías alzaba los hombros,

se murió, Franco lo mandó al cielo,⁴

4. Parece aludirse a una ejecución durante la guerra o en los primeros años de posguerra. Ireneo debió de pertenecer al bando perdedor, el de la llamada Es-

y ellos, como si fuera la primera vez que se lo preguntaban, y ¿cuándo fue eso, Azarías, cuándo fue eso?

y el Azarías movía repetidamente los labios antes de responder,

hace mucho tiempo, cuando los moros,⁵

y ellos se daban de codo y reprimían la risa y reíeraban,

¿y estás seguro de que Franco le mandó al cielo, no le mandaría al infierno?

y el Azarías negaba resueltamente con la cabeza, sonreía, babeaba y señalaba a lo alto, a lo azul,

yo lo veo ahí arriba cada vez que me acuesto entre la torvisca,

aclaraba,

pero lo más grave para Paco, el Bajo, eran los desahogos del Azarías, puesto que a cualquier hora del día o de la noche, su cuñado abandonaba la casa, buscaba un rincón, bien orilla la tapia, o en los ariates, o en el cenador o junto al sauce, se bajaba los calzones, se acucillaba y lo hacía, así que Paco, el Bajo, cada mañana, antes del recorrido, salía al patio como un enterrador, la azada al hombro y trataba de borrar sus huellas y, luego, volvía junto a la Régula y se lamentaba.

este hombre debe tener las canillas flojas, de otro modo no

se explica,

y cada lunes y cada martes, aparecía en el Cortijo un nuevo evacuatorio y Paco, el Bajo, venga, dale, con la azada, a cu-
birlo, pero pese a sus esfuerzos, cada vez que salía de casa y ahucaba los agujeros de la nariz —por donde al decir del señorito Iván, los días que estaba de buen talante, se le veían los sesos— le venía la peste y se desesperaba,

¡huele otra vez, Régula, tu hermano no tiene arreglo!,

y la Régula, desolada,

pañá «rojia». 5. Se alude a los años de la guerra civil, cuando un contingente de no menos de cien mil marroquíes, la mayoría de las regiones más pobres (Rif y Yebala), fueron transportados a la Península, con ayuda de la aviación alemana e italiana, como fuerza de choque del ejército franquista. Su brutalidad y encarnizamiento fueron terribles.

aé, y ¿qué quieres que yo le haga?, no es mala cruz la que nos ha caído encima, mas, por aquellos días, el Azarías empezó a echar en falta las carreras del cárabo y cada vez que sorprendía a su cuñado quieto, parado, se llegaba a él, zalamero, arríname a la sierra a correr el cárabo, Paco, le decía,

y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, y el Azarías, arríname a la sierra a correr el cárabo, Paco, y Paco, el Bajo, mudo, como si no fuese con él, hasta que una tarde, sin saber cómo ni por qué, le vino la idea, que se abrió paso en su pequeño cerebro como una luz, y, entonces, se volvió aquiescente a su cuñado,

y si te arrimo a la sierra a correr el cárabo, ¿lo harás en el monte?, ¿no volverás a ensuciarte en la corralada?

y el Azarías, si tú lo dices,

y, a partir de aquella fecha, Paco, el Bajo, cada anochecida, aupaba al Azarías a la grupa de la yegua y le llevaba con él de descubierta y, ya noche cerrada, se apeaban en la falda de la sierra, y, mientras Paco, el Bajo, se acomodaba en el canchal, a aguardar, orilla del alcornoque mocho, el Azarías se perdía en lo espeso, entre las jaras y la montera, encorvado, acechante como una alimaña, abriéndose paso entre la greñura y, al cabo de una larga pausa, Paco, el Bajo, oía su cita,

ieh, ehl,

y, acto seguido, el silencio, y, al cabo, la voz levemente nasal del Azarías de nuevo,

ieh, ehl,

y, tras citarle tres o cuatro veces en vano, el cárabo respondía, íbuhú, íbuhí!

y, entonces, el Azarías arrancaba a correr arruando, como un macareno,⁶ y el cárabo aullaba detrás y, de cuando en cuando, soltaba su lúgubre carcajada y Paco, el Bajo, desde el

6. 'bóvndo dcal'.

Canchal del Alcornoque sentía los chasquidos de la maleza al quebrarse y, poco después, el aullido del cárabo, y, después, su carcajada estremecedora y, más después, nada y, transcurrido un cuarto de hora, aparecía el Azarías, el rostro y las manos cubiertos de mataduras, con su sonriosa babeante, feliz,

buena carrera le di, Paco,

y Paco, el Bajo, a lo suyo,

¿diste de viente?

y el Azarías,

todavía no, Paco, no tuve tiempo

y Paco, el Bajo,

pués, venga, aviva,

y el Azarías, sin dejar de sonreír, laminiéndose los rasguños de las manos, se alejaba unos metros, se doblaba junto a un tamo y descargaba, y así día tras día, hasta que una tarde, al concluir mayo,⁷ se presentó el Rogelio con una grajeta⁸ en carnuas⁹ entre las manos,

íto, mire lo que le traigo!

y todos salieron de la casa y al Azarías, al ver el pájaro indefenso, se le enternecieron los ojos, le tomó delicadamente en sus manos y musitó,

milana bonita, milana bonita,

y, sin cesar de adularla, entró en la casa, la depositó en una cesta y salió en busca de materiales para construirle un nido y, a la noche, le pidió al Quique un saco de pienso y, en una lata hermética, lo mezcló con agua y arrimó una pella al pico del animal y dijo, afelpando la voz,

quíá, quíá, quíá

y la grajilla rilaba¹⁰ en las pajas,

7. Delibes sincroniza el tiempo de los dos primeros libros con el fin de reunir a los personajes principales, Azarías y Paco, en este tercero. 8. También llamado *grajilla*, 'córvido parecido a la graja, pero más pequeño y de pico más corto, negra y con el cogote gris'. 9. Delibes emplea la expresión *en carnuas* para referirse al ave recién nacida que todavía no ha empiumado. 10. 'temblaba, trataba'.

¡quíá, quíá, quíá!,
y él, el Azarías, cada vez que la grajilla abría el pico, embutía en su boca inmensa, con su sucio dedo corazón, un grumo de pienso compuesto y el pájaro lo tragaba, y, después, otra pella y otra pella, hasta que el ave se saciaba, quedaba quieta, ahíta, pero a la media hora, una vez pasado el empacho circunstancial, volvía a reclamar y el Azarías repetía la operación mientras murmuraba tiernamente,

milana bonita,
murmullos apenas inteligibles, mas la Régula le miraba hacer y le decía confidencialmente al Rogelio,
ae, más vale así, buena idea tuviste,

y el Azarías no se olvidaba del pájaro ni de día ni de noche y en cuanto le apuntaron los primeros cañones,¹¹ corrió feliz por la corralada, de puerta en puerta, una sonrisa bobalicona bailándole entre los labios, las amarillas pupilas dilatadas, la milana ya está emplumando,

repetía,
y todos le daban los parabienes o le preguntaban por el Lre-neo, menos su sobrino, el Quirce, quien le enfocó su mirada aviesa y le dijo,

y ¿para qué quiere en casa semejante peste, tío?
y el Azarías volvió a él sus ojos atónitos, asombrados, no es peste, es la milana,
mas el Quirce movió obstinadamente la cabeza y, después, escupió,

¡qué joder! es un pájaro negro y nada bueno puede traer a casa un pájaro negro,
y el Azarías le miró un momento desorientado y, finalmente, posó sus tiernos ojos sobre el cajón y se olvidó del Quirce, mañana le buscaré una lombritz,
dijo,
y, a la mañana siguiente, empezó a cavar afanosamente en el macizo central hasta que encontró una lombritz, la cogió con

11. 'plumas del ave cuando empiezan a crecer, el vástago hueco de la pluma'.

dos dedos y se la dio a la grajeta y la grajeta la engulló con tal deleite que el Azarías babeaba de satisfacción,
¡la viste, Charito?, ya es una moza, mañana la buscaré otra lombritz,
le dijo a la Niña Chica,
y, paso a paso, la grajilla iba encorporando¹² y emplumando dentro del nido, con lo que, ahora, cada vez que Paco, el Bajo, sacaba al Azarías a correr el cárbao, éste se recomía de impaciencia,

apura, Paco, la milana me está aguardando,
y Paco, el Bajo,
¿diste de vientre?

y el Azarías,
la milana me está aguardando, Paco,
y Paco, el Bajo, inmovible,
si no das de vientre, te tengo aquí hasta que amanezca y la milana se muera de hambre,
y el Azarías se alojaba los calzones,

no debes hacer eso,
rutaba, al tiempo que se acucillaba orilla un chaparro y de-yectaba,¹³ pero antes de concluir, ya estaba en pie,
venga, Paco, vivo,

se subía apresuradamente los pantalones,
la milana me está aguardando,
y distinguía los labios en una húmeda, extraviada, sonrisa y mascaba salivilla con placentera delectación y este episodio se repetía cada día hasta que una mañana, tres semanas más tarde, según paseaba a la grajeta por la corralada sobre su antebrazo, ésta inició un tímido aleteo y comenzó a volar, en un vuelo corto, blando y primerizo, hasta alcanzar la copa del sauce, donde se posó y, al velia allí, por primera vez lejos de su alcance, el Azarías gimoteaba,
la milana me se ha escapado, Régula,
y asomó la Régula

12. 'creciendo, arreiciando el cuerpo'. 13. 'defecaba'.

ae, déjala que vuele, Dios la dio alas para volar, ¿no lo comprendes?

pero el Azarías,

yo no quiero que me se escape la milana, Régula, y miraba ansiosa, angustiadamente, para la copa del sauce y la grájilla volvíra sus ojos aguanosos a los lados, descubriendo nuevas perspectivas, y, después, giraba la cabeza y se picoteaba el lomo, despiojándose y el Azarías, poniendo en sus palabras toda la unción, todo el amor de que era capaz, decía milana bonita, milana bonita,

encarecidamente,

pero el pájaro como si nada, y tan pronto la Régula arriñó al árbol la escalera de mano con intención de prenderlo y subió los dos primeros peldaños, la grájilla ahucó las alas, las agitó un rato en el vacío, y, finalmente, se desasó de la rama, y, en vuelo torpe e indeciso, coronó el tejado de la capilla y se encaramó en la vetea de la torre, allá en lo alto, y el Azarías la miraba con los lagrimones colgados de los ojos, como reconviniéndola por su actitud,

no estaba a gusto conmigo,

decía,

y, en éstas, se presentó el Crispulo y, luego, el Rogelio, y la Pepa, y el Facundo, y el Crespo, y toda la tropa, los ojos en alto, en la vetea de la torre y la grájilla, indecisa, se balanceaba, y el Rogelio reía,

cría cuervos, tío,

y Facundo,

a ver, de que cogen gusto a la libertad,

y portaba la Régula,

ae, Dios dio alas a los pájaros para volar,

y al Azarías le resbalaban los lagrimones por las mejillas y él trataba de espartarlas a manotazos y tornaba a su cantinela, milana bonita, milana bonita,

y, según hablaba, se iba apartando del grupo, apretujado a la sombra caliente del sauce, los ojos en la vetea, hasta que quedó, mínimo y solo, en el centro de la amplia corralada,

bajo el sol despiadado de julio, su propia sombra como una pelota negra, a los pies, haciendo muecas y aspavientos, hasta que, de pronto, alzó la cabeza, afelpó la voz y voceó,

¡quíá!

y, arriba, en la vetea, la grájilla acentuó sus balanceos, oteó la corralada, se rebulló inquieta, y volvió a quedar inmóvil y el Azarías, que la observaba, repitió entonces,

¡quíá!

y la grájilla estiro el cuello, mirándole, volvió a recogerlo, tornó a estirarlo y, en ese momento, el Azarías, repitió fervorosamente,

¡quíá!

y, de pronto, sucedió lo imprevisto, y como, si entre el Azarías y la grájilla se hubiera establecido un fluido, el pájaro se encaramó en la flecha de la vetea y comenzó a graznar alborozadamente,

¡quíá, quíá, quíá!

y en la sombra del sauce se hizo un silencio expectante y, de improviso, el pájaro se lanzó hacia delante, picó, y ante la mirada atónita del grupo, describió tres amplios círculos sobre la corralada, ciñéndose a las tapias y, finalmente, se posó sobre el hombro derecho del Azarías y empezó a picotearle insistentemente el cogote blanco como si le despiojara y Azarías sonreía, sin moverse, volviendo ligeramente la cabeza hacia ella y musitando como una plegaria,

milana bonita, milana bonita.

libro RTV 96

LOS BRAVOS

JESUS FERNANDEZ SANTOS

BIBLIOTECA
BASICA SALVAT

El destino de un pueblo es como el destino de un hombre. Su carácter es su destino.

J. WASSERMANN

El caballo se detuvo ante la puerta; el más viejo de los que le montaban se apeó y, luego de ararle, entró hasta la cocina; allí no encontró a nadie, y sólo volviendo, en el pasillo, halló a Manolo preguntándole qué deseaba.

Manolo es el dueño de la cantina; vende género, alquila habitaciones y reparte el suministro. Le preguntó al viejo:

—¿Qué buscas?

—Al médico. ¿Está?

—No, pero vendrá en seguida.

El viejo puso gesto de disgusto y pareció meditar. Salió a mirar al chico sobre el caballo, inmóvil en el porche, y el chico le devolvió la mirada, interrogándole a su vez. Manolo salió a la luz y vio la mano ensangrentada.

—¿Qué le pasó?

—Se cortó. Estábamos podando. Hay que curarle en seguida porque se está desangrando.

Le mostró la mano del muchacho envuelta en trapos manchados de sangre.

El chico no decía nada, pero sufría mucho, mirando constantemente el camino por donde había de llegar el médico. Súbitamente volvió la vista hacia su mano roja y comenzó a palidecer. El viejo dijo entonces que ya se había marcado tres veces por el dolor y la sangre, por el miedo que le daba verla.

—¿Por qué no le baja? Que se siente y descanse un poco.

—¿Me quiere echar una mano? Aunque es pequeño, pesa lo suyo.

Entre los dos le bajaron y fue a sentarse dentro. Le hicieron tomar una copa de aguardiente y se reanimó un poco; la mano

herida descansaba sobre la mesa y Manolo tuvo que hacer un rodeo para no tocarla cuando con un paño fue limpiando las marcas de los vasos.

Al cabo de diez minutos llegó, con gran estrépito, el coche del correo. Trajo dos viajeros del tren, encargos y certificados. Manolo salió de nuevo y ayudó a su hermano Pepe a descargar, colocando los envíos sobre el mostrador en espera de que los destinatarios se presentasen. Un cajón de botellas, sogas, lias, tres hojas de guadaña, piedras de afilar, las raciones del tabaco y doscientas mil unidades de penicilina fueron entregados; en tanto, su hermano, en la estafeta, repartía la correspondencia con el mínimo interés de los que nunca han esperado una carta.

Eran casi las dos cuando apareció el médico. Venía luchando con la cuesta, respirando hondamente, fatigado. Se detuvo en la ventana y preguntó:

—¿Tengo algo?

Pepe negó con la cabeza. Fue Manolo quien le contestó señalando al viejo y al muchacho:

—Aquí le esperan hace un rato.

Entró en la cantina y lanzó una ojeada a ambos, cogió la mano que sangraba con ademán profesional, sin evitar un ligero gesto de desagrado, y murmuró:

—Vamos, vengan.

Los otros le siguieron hasta su cuarto por un pasillo de paredes combas que olía fuertemente a pino y arena del río, y el más joven preguntó al viejo, mientras trepaban los escalones finales:

—¿Qué?

Pero el viejo no contestó; por el contrario, le hizo ademán de que callara.

Comprendió el médico que no les inspiraba mucha confianza. Su juventud y la exigua y vieja cartera donde ahora estaban fijadas sus miradas, no debían hablarles ni de una larga práctica, ni de su sabiduría en el oficio. Era lo de siempre desde su llegada allí, pero no por conocido le molestó menos. El muchacho le observaba atentamente; vio con recelo aparecer el instrumental en sus manos, miró de nuevo al otro y, aunque mudo, su cara era tan expresiva como si el miedo quisiera liberarse por la vista. Podía haberle hablado una palabra, un ademán amable, pero se abstuvo de romper aquel metálico silencio de pequeños roces, de respiraciones y suspiros, y fue desenvolviendo los trapos en tanto llegaba de fuera el trepidar del coche de Pepe entrando en el garaje.

El dedo no tenía remedio. Se hallaba cercenado casi por com-

pleto, mostrando entre la carnicería el blanco hueso al aire. Había que terminarlo y se lo dijo al chico, que de nuevo comenzó a desmayarse, y mientras el viejo traía más coñac, siguió levantando el vendaje y lo apartó para quemarlo.

La punta del bisturí iba haciendo surgir el dolor de la carne. El médico percibía a través de sus manos los estremecimientos del chico, los agudos tirones del dedo roto que pugnaba por librarse; veía su frente húmeda, brillante, en la penumbra de la habitación, bajo la lámpara. Una mosca inició un breve vuelo en torno a la sangre, pero el viejo la espantó en tanto el chico se agitaba sollozando como un pequeño animal cuya voluntad fuera ajena al deseo de curarse.

Bebió un vaso de agua y le secaron el sudor de la frente.

—¿Acabó ya?

—Ya.

Eran casi las cuatro. El viejo le miraba mientras se lavaba las manos. Seguramente pensaba cuánto iría a cobrarle; para ellos el dolor no guardaba relación alguna con su dinero; de todos modos, el precio les iba a parecer injusto; era fácil recordar de otras veces las acostumbradas lamentaciones. Pagaron sin decir palabra, y mientras les acompañaba hasta la puerta, pensó el médico en el tiempo que llevaba sin comer y sintió hambre.

En tanto comía, el dedo descansó en un vasar de la cocina, envuelto en un papel.

—¿Le importa que lo mire?

Manolo lo estuvo examinando con cuidado por todos lados y hasta se le ocurrió compararlo con uno propio.

Su mujer gruñó:

—¡Entiéralo de una vez, es una porquería! —y le obligó a dejarlo donde estaba.

—¿Qué se sentirá cuando cortan un dedo?

—No se siente nada, sólo le duele a uno.

* * *

El pueblo estaba vacío. Las casas, el río, los puentes y la carretera parecían desiertos de siempre, como si su único fin consistiera en existir por sí mismos, sin servir de morada o tránsito. El vacío se tornaba visible y oloroso en torno a las ruinas ennegrecidas de la iglesia, al margen mismo del pueblo, hueca, al aire sus afiladas ventanas, hundida por el odio y la metralla que la guerra volcó sobre ella, olvidada al fin. El reloj aparecía inmóvil, falto de sus saetas, en una hora inverosímil, cara a las otras casas, rechonchas

y amarillas, como hongos surgidos tras la lluvia, vueltas a edificar con prisa y sacrificios, tras el incendio que las devastara un día. Ortigas y rosales silvestres crecían entre las tablas del coro; la madre selva se enredaba en la reja del confesonario, sucio por el hollín de las hogueras, y la campana, solitaria, pendía en la espadaña para sólo sonar en los incendios o llamando a concejo. Los dos puentes, la fragua, el camino, solitarios siempre. No eran nada los niños buscando nidos de codorniz entre el centeno, sobre las tierras altas, ni el pastor con las ovejas del pueblo, volviendo desde el pasto a la hora del crepúsculo, ni el soplo de luz que iluminaba las ventanas de las cocinas a la hora de la cena; todo era tan ajeno a la vida, a aquella y a aquel río, como los frisos ornados que mostraba la iglesia o el escudo que Manolo mandó colocar entre las dos ventanas de la cantina nueva, resto del último castillo de la Raya.

Alguna vez, cuando su hermano tardaba, solía esperarle fuera, y contemplando la talla de la piedra dejaba transcurrir el tiempo. No comprendía el significado de las cartelas, pero admiraba el buen trabajo del que las había esculpido. La leyenda decía: «Siempre fiel»; y él, que sabía lo que la fidelidad significaba, no acababa de entender a quién aquella fidelidad había ido dedicada. Era un pequeño pueblo sin iglesia, sin cura y sin riqueza.

* * *

El médico salió al huerto tras la casa, y mientras de dos azadonazos cavaba una pequeña sepultura para el dedo, vio a Pepe a la puerta del garaje, afanándose en desmontar el motor del coche. Dejó la azada, y apartando el alambre de espino de la cerca fue hacia allí.

—¿Qué le pasa?

Pepe alzó la cabeza, contestando que no sabía, pero que seguramente tenía el motor lleno de carbonilla, porque llevaba unos días sonándole como si llevara a todos los demonios dentro. El médico se prestó a ayudarlo y entre ambos quitaron las culatas dejando al descubierto los cilindros negros.

—¡Dios, cómo está esto!

Empezaron a limpiarlos uno por uno, con cuidado, poblando a poco la mancha, extendida en el suelo, de las piezas que fueron desmontando. El sol caldeaba el acero hasta hacerlo intocable. Sólo pequeñas ráfagas de brisa aliviaban el ambiente caluroso y pesado, levantando tenues vapores de polvo que flotaban sobre los prados o la superficie del río para desaparecer camino abajo. La grasa

se cubriese de una película gris de tierra y suciedad que hacía maldecir a Pepe en voz baja.

Antón Gómez, representante del secretario del Ayuntamiento para el pueblo, se incorporó en la cama, donde dormía la siesta con su mujer, y sentándose a los pies, sobre la colcha, se frotó los ojos y respiró ruidosamente. Trató de peinar con los dedos y miró su escuálida cara en el espejo. Con las alpargatas en la mano entró en la cocina, intentando encontrar entre los platos sucios, en el cajón del pan, la lista del médico. Como no la encontró, pensó despertar a su mujer, pero siguió buscando.

Había llegado el orden mensual de pago al médico y era preciso cobrar aquella misma tarde, a cada vecino, su cuota correspondiente.

Al fin la encontró. Lanzó una ojeada a los nombres, aunque los conocía de memoria, y ya por la carretera fue remetiéndose la camisa, según se acercaba a casa de don Prudencio. Pasando junto a la cochera de la fonda vio al médico y pensó que el anterior no tenía aquellas costumbres, al tiempo que preguntaba:

—¿Qué, no marcha?

Los dos hombres, en mangas de camisa, le contestaron:

—¡...este calor!

Y siguieron atornillando en el suelo.

Al otro lado del río, entre los sauces, un pequeño borrico revolcándose en el polvo le trajo a la memoria la imagen de su mujer sudando entre las sábanas.

Se dijo: «Este no suda...», y siguió andando; luego añadió: «Don Prudencio.»

El pequeño borrico se levantaba, corría un corto trecho circular y volvía a revolcarse en su lecho de polvo, repitiendo la maniobra hasta tres veces antes de que el ayudante le perdiera de vista. Se cruzó con una niña sucia y rubia, descalza, con un botijo en la mano, que le miró un instante y se alejó canturreando. Le vio meter las manos bajo el chorro de la fuente y refrescarse.

Seguía caminando, como si su somnolencia le condujese a casa de don Prudencio; en el corral apartó dos reses, tan indiferentes y dormidas como él mismo, y llamó en la portalada:

—¡Don Prudencio, don Prudencio!

No hubo respuesta y sólo un silencio hueco. Volvió a llamar:

—¡Don Prudencio!, ¿está? —y la cabeza brillante del viejo, orlada de mechones grises en las sienes, apareció en el ventanillo, sobre la puerta.

Se volvió hacia el interior:

—Abre, Socorro, es Antón.

Le abrió Socorro, con su cara de siempre, entre grave y aburrida.

—¿Qué querías?

—Es por lo de la lista del médico....

Don Prudencio le esperaba en el rellano de la escalera. Le reconoció en la penumbra, embutido en su traje de pana de siempre, con la camisa pulcramente abotonada en el cuello.

Socorro les llevó a la cocina. Le estaban preguntando:

—¿Qué tal tu mujer?

Y Antón respondía:

—¡Vaya!

En las ventanas entornadas un puñado de moscas revoloteó susurrando.

El viejo continuó:

—Como salgo tan poco tengo que enterarme de lo que pasa en el pueblo por los que vienen a verme.

—Claro, usted, ya, para descansar.

—Socorro, saca un poco de ese café que trajeron ayer.

—¿Le trajeron café?

—Sí, de Portugal; a menudo precio: a cien pesetas kilo.

Cogió la lista y buscó su nombre. Desapareció y vino con una pequeña caja de metal bajo el brazo. A medida que contaba el dinero le iba preguntando por todos los vecinos, y Antón, entre el sueño que le invadía, luchaba por contestarle.

—No salgo nada, o casi nada, todo lo más un paseo por la tarde. Socorro me hace todo. ¿Para qué me voy a molestar? Yo ya necesito poca cosa.

Antón veía a Socorro calentando agua en la hornilla y se preguntaba si verdaderamente don Prudencio necesitaría tan poco. La muchacha se volvió y encontró su mirada fija en ella, pero no hizo el menor ademán, la más pequeña muestra de haberlo notado; siguió inmóvil sobre la lumbre, y alguien más despierto que el secretario hubiera hallado un agudo contraste entre la jovialidad y complacencia un poco absurda del viejo y la monotonía de la muchacha.

—Y Amparo, ¿cómo le va a Amparo?

—Pues con su madre, como siempre. Ésa, también, poca suerte tiene.

Las últimas palabras le habían costado un gran trabajo pronunciarlas y el tono fue casi malhumorado. El viejo respetó su silencio, consintiendo que se sumergiese en el sueño de su cigarro recién

encendido. Sólo añadió, con un suspiro, en tanto se ajustaba la boina sobre la frente:

—Dile de mi parte que se mejore su madre.

La muchacha, en pie junto a la ventana entornada, parecía evaporarse a intervalos, como si en la habitación, a ambos lados de los cajarros humeantes, sólo los dos hombres existiesen. Cuando ella se movía, Antón la miraba; luego entornaba los ojos y volvía a sus sueños, oyendo como el viejo suspiraba entre pregunta y pregunta.

Hirvió el café y fue servido en dos tazas nacaradas de color naranja. El ayudante sorbió hasta la última gota y tras despezarse se despidió:

—Pues hasta la próxima, don Prudencio.

—Hasta cuando quieras —e introdujo ambas manos en los bolsillos de la chaqueta.

Socorro bajaba tras él para cerrar la puerta. El viejo se había justificado:

—No se puede dejar nada abierto en este tiempo: se llena todo de polvo, sobre todo el piso de abajo —le había dado en la espalda un golpe amistoso—. Y luego el calor...

—Adiós, Socorro.

Los labios de la muchacha se habían entreabierto para responderle; la puerta se cerró a sus espaldas y, tras ella, los pasos desaparecieron, lentos, hacia arriba. De haber hecho menos calor, el ayudante se hubiera tomado el trabajo de pensar sobre los acontecimientos que dejaba tras sí, acerca de don Prudencio y la inmóvil atracción de Socorro, pero en el corral sintió el sol sobre su cara, sobre el cuello, quemándole, y todo se le borró de su mente, excepto la idea del sudor que pronto le correría por la espalda.

* * *

El médico se lavaba las manos en el río. A su lado, Pepe, también de rodillas, se las restregaba con arena del fondo.

—A veces me pregunto por qué la gente ve tan mal a don Prudencio.

—Sí; pocas simpatías tiene.

—¿Por qué?

Pepe miraba el agua en tanto se frotaba pensativo las telillas de entre los dedos.

—No lo sé —sacudió las manos—, a veces cree uno que es por el dinero que tiene, pero los hay más ricos que él, y se les

120 RAFAEL SÁNCHEZ FERLOSIO

Justina levantó la cabeza.

—¿De qué me habla?

—¿De qué va a ser, hija mía? —contestó el carnicero, y señalaba con el pulgar y la sien hacia el jardín.

Justina dijo riendo:

—Vaya, usted siempre igual. ¿Es que no saben prescindir de mí?

—No, hija; tú eres la campeona. ¿Quién le echa al juego el salero y la emoción? La rana sin ti es como un guiso sin carne. Y además, ¿qué enemigo iba yo a tener, si no estas tú?

—Eh, sin marcarse faroles —protestó el Chamaris.

—Les advierto que mi novio viene a las cinco a recogerme.

—Pues hala, entonces; para luego es tarde. Cuanto antes mejor. Tenemos el tiempo justo para un par de partidas.

El Chamaris dijo:

—Yenga, Justina; pues tú y yo contra el ramo de la carne.

Los vamos a meter una paliza, vas a ver.

Justina dudó un momento.

—Es que... —se cortó con firmeza—. Vamos.

*

«Aquí ya no hacemos nada. Vámonos.» El heladero se había colgado a la espalda el cilindro de corcho y se había alejado hacia el puntal. Había sonado en el río un chapuzón solitario, porque echaron un perro; y después se formó la gritería en alguna familia, por causa de que el perro había ido a sacudirse las aguas encima de la gente; se volvió todo el mundo a ver qué gritos eran aquellos. «... ¡jan a uno murr la sista...», rezonaba Daniel. Ahora el sol ya se había pasado a la margen derecha del Jarama. A lo lejos, la fábrica de cementos de Vicálvaro trazaba una veta alargada de humo, hacia el cielo de Madrid. En un silencio se había escuchado en el grupo un burbujeo de intestinos, y uno comentó: «Alguien le cantan las tripas...»

—Es a mí —contestaba riendo Sebastián—. Son las sardinas. Ya están rezando el rosario.

Alicia se había tendido bocabajo, apoyándose con los codos en el suelo, y mantenía en alto la cabeza, encima de la cara de Miguel. Ahora Mely los estaba mirando, por detrás de sus

EL JARAMA 121

gafas de sol. Miguel le hacía caricias a la otra y le soplabla contra el cuello. Mely los observaba.

—Di, Ali, ¿no quieres que te peine un poquito? —dijo de pronto.

—¿Eh? No, gracias, Mely; ahora no. Luego, más tarde, ¿te parece?

—Ahora es cuando convenía. Antes que se te acabe de secar del todo. Va a quedásete todo pachucho, y si no ya lo verás...

—¡Huy, secarse; si es por eso, hace dos horas que lo tengo más que seco ya!

—Bueno, pues haz como quieras.

Mely miró hacia el otro lado. Se ponía a escarbar en el polvo con un palitroque; hacía letras y las desbarataba; luego rayas y cruces, muy aprisa. Al fin rompió el palito contra el suelo y se volvió hacia Fernando. No le podía ver los ojos, porque tenía el antebrazo cruzado sobre la cara, para taparse de la luz.

—Vaya, éste se durmió.

El agua inmóvil de la presa repercutía hacia los árboles el eco de la voz del espiquer, que venía de las riberas de los merenderos. Mely miró de nuevo hacia Alicia y Miguel.

—Buena te vas a poner esa camisa —dijo ahora.

—¿Quién?, ¿yo?

—Sí, tú, claro. Perdido de tierra te vas a poner. ¡Estáis ahí tumbados a la bartola...!

Miguel se encogía de hombros; le dijo:

—Da igual. Ya la iba a echar de todas formas a lo sucio, en cuanto que llegue a mi casa esta noche.

Mely no contestó. Se tendió bocarriba, con las manos cruzadas por detrás de la nuca.

—¡Qué asquito de calor!... —suspiraba.

Desde la sombra de los árboles, cegaba los ojos el fulgor exasperante de la otra ribera, batida por el sol; una losa de luz aplastaba el erial desamparado, borrando las ovejas del pequeño rebañó contra los llanos blanquecinos. Lucha decía:

—¡Cómo tengo la espalda de escocida!; no puedo ni ponerla contra el suelo.

Había levantado el torso hasta quedar sentada; añadió:

—¿Me unáis alguno una poquita de nieve? —miraba a Tito.

Tito estaba tendido a su lado; volvió los ojos hacia ella.

Y Lucí:

—¿Eh?, ¿serías tú mismo tan amable, Tito, haciéndome ese favor?

—Sí, mujer; yo te unto.

—Gracias. Es que me escuece bastante, ¿sabes?, no te creas: Mely había ladeado la cabeza hacia el hombro, y otra vez observaba, tras de sus gafas negras, los carños de Alicia y Miguel. Ahora les decía:

—Oye; ¿queréis fumar un rubio, Miguel? Os convino.

—¿Mmm? Ah, un pitillo, eso sí.

—Pues los voy a sacar.

Lucita dijo:

—Alcánzame la bolsa, haz el favor, que tengo ahí la crema.

Tendía la mano para que Tito se la diese.

—Yo te la busco —dijo él.

—No; no me curioses —lo cogía por un brazo—. Dame esa bolsa, Tito.

El otro la apartaba de su alcance.

—Me divierte fínger. ¿Tienes secretos, Luci?

—Tengo mis cosas. No me gusta que me físguen. Luego decís que nosotras que si somos coñillas. Andá, dámela ya.

Tito se la entregaba.

—Bueno, hija; toma la bolsa. Respetaremos tus secretos.

—No; de secretos nada. No te preocupes, que no tengo ninguno. Valiente desinsión te llevarías. Ahora mismo, si quieres, te lo puedo enseñar todo lo que hay, vaya una cosa. Yo soy muy poco interesante, hijo mío; qué le vamos a hacer.

Revolvía con la mano en la bolsa, buscando la latita de nivea.

—¿Entonces, por qué no querías que lo viese?

—Pues me gusta que sea en mis manos; ser yo la que lo enseñe, únicamente. Y no que me lo mangoneen los demás, a la fuerza. Ten la lata.

Se tendió bocabajo.

—Sobre todo en los hombros —advertía.

Ahora alguien gritaba, río arriba, con un cóncavo eco, bajo las bóvedas del puente. Paulina se volvió. A la entrada del puente, en lo alto, pegaba el sol en los colores azul y amarillo, de un disco de señales ferroviarias. Sebas tenía la cabeza sobre las piernas de Paulina; alargaba la mano hasta tocar con los dedos una pequeña marca en el tobillo de Santos: —

—¿Qué es esta matadura que tienes? —le decía.

El otro encogía la pierna.

—No me aprietés, que duele. Del partido.

—¿Cuándo?

—El domingo pasado en el campo la Elipa. Contra los de la F.F.R.S.A.

—¿Ah, sí? ¿Cómo quedasteis?

—Se terminó a tortazos a la mitad del primer tiempo. Sebastián se rala.

—¿Y eso?

—Pues ya ves, lo de siempre. Eran algo animales. A botelladas les pudimos; hubo un reparto bastante regular —movía la mano derecha en el aire, en signo de paliza.

—Se acaba siempre así. No siendo que haya una pareja, para imponer respeto.

—Ya; aquí la fuerza es lo único que se hace de respetar.

—Y eso, cuando se la respeta; que no es siempre, tampoco. También hay sus demandas, a las veces. ¿De modo que os disolvisteis a curritos?

—A ver. Luego jugamos un amistoso nosotros y nosotros. Sacamos dos equipos, metiendo a unos cuantos de los que habían venido a ver. Los de la F.F.R.S.A. se marcharon con viento fresco —dijo Santos.

Tenía sobre los ojos el dorso de la mano, para cubrirse de la claridad. Ahora, Paulina rascaba la espalda de Sebas; ella dijo:

—Oye, en esa fábrica tuya, también trabajan chicas, ¿no, Santos?

—Sólo empaquetadoras. Están en otro reparto que nosotros. Nosotros no las vemos siquiera.

—Ni falta que te hace —dijo Carmen.

Y quería alcanzarle la barbilla con el brazo extendido.

—Prenda.

—Bueno, sin tanta coba.

—¿Eres celosa tú de este indviduo? —preguntaba Paulina. Carmen le contestaba encogiéndose de hombros.

—Lo normal.

—¡Huy, lo normal! Dios nos libre! —dijo Santos—. ¡Si esto es jama la Local!

Discutían en el grupo cercano de partos y de abortos, y sobre cuál era el más guapo de dos que habían nacido, eran mujeres. El hombre que estaba con ellas no decía nada y las miraba, fumando. Era el Buda de antes, pero se había vestido.

LA MINA

ARMANDO LÓPEZ SALINAS

Edición de David Becerra Mayor



La huida

No esperes, campesino polvoriento,
después de tu sudor la luz completa
y el cielo parcelado en tus rodillas.

Pablo Neruda, «Canto XXXIV», *Canto General*¹

De pronto llegó el viento caliente. El viento espeso y polvoriento que azuzaba con su voz a las copas de los árboles. Los rayos del sol, que caían entre las ramas de los pinos, alfombraban con manchas amarillas los canchales de la serranía. La luz se deshacía sobre las montañas, sobre el bosquecillo, sobre los huertos del río Guadahortuna, y sobre los olivares, viñedos, jarales, tierras de labor de lo hondo del valle. El día andaba por los altos del cielo, era una mancha azul desde Parapanda a la Sierra de Lucena².

Luego el viento se detuvo y el calor parecía surgir desde la misma tierra. Los pájaros, que volaban con el aire, se abatieron sobre el jaral llevando en sus picos el grito del verano.

El sol daba en la cara del hombre que, sentado en un haz de leña, miraba hacia el valle. Ante sus ojos se extendían los campos ocres y polvorientos, el paisaje cultivado a retazos, las hileras de olivos y vi-

¹ En ninguna de las ediciones de *La mina* aparecen firmados los versos de Neruda con los que se abre cada uno de los tres capítulos de la novela. A partir del cotejo con la edición francesa, restituimos, en esta edición, la autoría de los versos.

² Los accidentes geográficos referidos –la Sierra de Lucena y de Parapanda, y el río Guadahortuna– delimitan el espacio narrativo en la provincia de Granada.

ñas que formaban largas calles. Joaquín conocía cada trozo de tierra, las trochas, cada piedra y cada viña. En su memoria de campesino los cultivos tenían un nombre familiar. La pinada de la piedra grande, los tomates junto al puente, los olivos de don Ramón, las viñas del llano. Los cuatro naranjos y los cuatro limoneros. El patatal del cabo, el maizal y el huerto del cura³. Aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos, y cuál tierra era buena y cuál tierra era mala.

Al pie de la cordillera se apretaba el pueblo andaluz. Un pequeño lugar de casas de adobe, apiñadas, con una plaza en el centro. La aldea, desde lo alto, parecía estar abandonada, silenciosa, como muerta; aplastada por el sol de mediodía.

El hombre se puso en pie y se echó la carga de leña al hombro. Por un momento escuchó los ecos que rumoreaban con la voz de los pájaros, del viento y de los árboles. Atrochó por medio del bosquecillo en busca del camino ancho. Su andar, cargado como iba, se hacía fatigoso. Cuando sonaron las campanas se detuvo para escucharlas, contó las campanadas. «Ya son las doce», se dijo, y tornó a andar con paso vivo ya por el camino que descendía hasta el puente sobre el Guadahortuna y el lugar de Tero.

Todo estaba en silencio. Ni siquiera el rumor que venteaban las campanas podía turbar el hondo silencio del pueblo, el callar de la vida, toda aquella tranquilidad.

Por las márgenes del camino crecían los cardos y las zarzamoras. Junto a una mata, el hombre se detuvo a descansar. Echó la carga al suelo y, luego, se quitó el sombrero de paja con el que se cubría para llenarlo de moras. Por la ladera, cerca del llano, unos campesinos removían tierras y piedras. Tierra árida, estéril, la de Tero, era necesario quitar piedras y quemar monte del común para que los campesinos pudieran cultivar algo, pues la tierra, buena o mala, no era bastante para los hombres del pueblo y el amo. Eran gentes, las gentes de Tero, ligadas a la tierra tanto como puedan estarlo las piedras y las raíces de los olivos⁴.

³ La propiedad de la tierra se la reparten entre el cura, el cabo y el señor don Ramón. Mediante esta somera y escueta descripción, Armando López Salinas ofrece, de forma muy fidedigna, un retrato de cómo se configura la clase dominante española.

⁴ Resulta interesante observar el modo en que, en las primeras páginas, se refuerza la vinculación afectiva entre el campesino y la tierra. Si en párrafos anteriores se decía que Joaquín «aun cerrando los ojos podía contar cómo eran los campos», ahora se establece una relación de pertenencia natural entre el campesino y el campo. Parece como

Terminó de llenar el sombrero, se echó la carga a la espalda y de nuevo comenzó a andar. Llevaba la camisa rota y las alpargatas atadas al cuello por no desgastarlas.

Bajaba pensando en lo que había oído en la plaza la mañana del día anterior. Había alguien en el Villar que necesitaba jornaleros, daba cinco duros al día por que le trabajaran la finca. Por eso salió temprano, antes de que apuntara la mañana, y ahora regresaba con más de dos leguas de sierra a los pies.

El camino, que seguía la hondonada del río, antes de entrar en el pueblo, cruzaba por cima del puente de piedra por cuyo único ojo fluía, entre cantos rodados, un pequeño caudal de agua. Joaquín se tumbó junto a la orilla y acercó su cuerpo para hundir la cara en el agua, y beber despacio y hondo tal como lo hace una caballería.

Luego de beber se secó la cara con el revés de la mano y se calzó las alpargatas para entrar en el pueblo⁵.

*

Se paró en el centro de la plaza para mirar hacia la fachada del Ayuntamiento, blanquecina y brillante bajo la luz. Miró para las ventanas cerradas y el portón entornado. Más arriba quedaba la profundidad, próxima y remota a un tiempo, de un cielo habitualmente azul.

La plaza estaba desierta. Sólo el agudo canto de los gallos, y el vuelo de la cigüeña de la torre de la iglesia, cruzaban sobre el silencio de la Plaza del Caudillo⁶.

si el campesino formara con el campo un todo ontológico, arrastrando con esta concepción indivisible entre el trabajador y el medio de producción unos residuos ideológicos feudalizantes que no son sino consecuencia del retraso del campo español. La relación natural e indisoluble entre campo y campesino encuentra su motivación en la utilización del campesino, por parte de la clase dirigente, más como medio de producción en sí mismo que como trabajador «libre». El campo y el campesino están situados al mismo nivel, ya que ambos funcionan y son concebidos como medios de producción.

⁵ Con esta imagen, el campesino marca la existencia de dos espacios claramente delimitados: el de la naturaleza, donde se siente libre y camina descalzo, y el del pueblo, donde antes de entrar tiene que *civilizar* su aspecto y su conducta, calzándose las alpargatas.

⁶ La acción novelística se delimita temporalmente por medio de la onomástica callejera. Antes de llegar a este punto, la descripción atemporal del campo —que no es sino consecuencia del retraso de las zonas rurales de España— podía situarnos en cualquier época histórica. La referencia al Caudillo nos permite reconocer que estamos en tiempos posteriores a la Guerra Civil española. Por otra parte, vamos a iden-

«Es inútil que suba y hable con el secretario», se dijo Joaquín. «Seguro que no habrá trabajo, no hay nadie esperando. Se habrán ido a casa y, seguramente, es mejor que se hayan ido.»

Y Joaquín pensó que habría ocurrido lo de todos los días. Habría bajado Lucas, el capataz del amo, a contratar a dos o tres hombres, a los más fuertes. Los jornaleros, como siempre, sentados en los poyos de la plaza, habrían cambiado tabaco y algunas palabras de odio o de envidia entre los que tuvieron suerte y los que se quedaron esperando para nada. Unas palabras cansadas y lejanas hasta que al rato, desesperanzados, se irían con el mismo gesto inútil de todos los días retratado en sus caras, pero con un odio mayor y nuevo.

—¿Cuándo habrá trabajo? ¿Cuándo terminará esto de estar mano sobre mano? —preguntarían a Lucas.

El capataz se habría encogido de hombros y los campesinos, una vez más, se darían cuenta de lo inútil de su pregunta, porque pedir trabajo en Tero, o en los pueblos de alrededor, era como el pedir limosna a un fraile.

—No hay nada hoy —diría Lucas.

Joaquín dio vuelta para la fuente del centro de la plaza en la cual dos caballerías abrevaban. Los caballos azotaban el aire con sus colas; eran de corta alzada y duro pelaje.

—Hola, Joaquín. Buen día de calor.

Por un instante Joaquín no contestó, quedó mirando para el hombre viejo que tenía enfrente. Luego, al tiempo que se descargaba, dijo con desgana:

—Hola. ¿Han dao trabajo?

—Dieron algo —contestó el otro—. Bajó Lucas y se llevó a Francisco, al «Mellao» y al tío Crispín.

—¿Pa qué trabajo?

—Para un trabajo en la finca —dijo el Lucas.

—¡Qué calor! —exclamó Joaquín—. Por esos altos se estaba mejor, corría el aire. Fui por leña.

tificar a lo largo de la novela otras calles cuyos rótulos remiten a la simbología franquista. La presencia del nombre del fundador de Falange, José Antonio Primo de Rivera, o del general Moscardó, célebre para los franquistas por su defensa del Alcázar de Toledo durante la Guerra Civil, entre otros, demuestra que la onomástica callejera no fue un aspecto secundario durante la dictadura (De Riquer, 2010, p. 76).

Después, contempló al hombre; también el viejo quedaba en silencio. Era bajo y doblado de espina, con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Tenía cejas gruesas y el pelo cano. Joaquín le miró a los ojos que se hundían entre las arrugas de la cara.

El viejo llevaba las mangas de la camisa de un color distinto al resto de la misma, los puños abotonados sobre las muñecas. Calzaba abarcas de goma, polvorientas. «Es el tío Emilico, el que tiene a los hijos por ahí, por Madrid», se dijo. Siempre que mira al viejo se acordaba de los hijos de éste. Dos mozos, Juanín y Jesús, que segaban como los buenos, dos hombres cabales que lo mismo trabajaban el campo, que iban tras un jabalí, que montaban a caballo. Altos como jaras crecidas, tenían un buen ver. De ordinario, al anochecer, se les veía en la plaza. Juanín bromeaba con las muchachas, y Jesús permanecía sentado en la alberca porque en pie renqueaba de la izquierda desde que se la baldaron a palos cuando se quiso echar al monte con la partida de los «granadinos»⁷.

—Le digo que uno no es malo aunque a veces le salte la sangre dentro del cuerpo. Cuando llega el tiempo uno trabaja para que el amo se lleve las olivas y las uvas, y luego no dan a ganar una perra nada en todo el año.

—Así es —contestó Emilico.

Joaquín movió la cabeza y luego miró para el viejo; éste continuó hablando.

—Ya sabes, hay gentes que van montados en el macho y otros que andan a pie. Los que van montados no se cansan y tienen la tripa llena, otros sufrimos de sol a sol y llevamos la hambre en la cara.

—Los que van en el macho no se ven hartos.

—Así es.

El sol reverberaba sobre el polvo de la plaza. Las caballerías habían dejado de azotar el aire con sus colas y golpeaban el suelo con los cascos, levantando pellas de polvo.

—Podíamos haber ido a segar a Castilla.

—Sí —contestó el campesino viejo—. No hubiera sido malo. Pero no hay cuatro mozos en Tero para coger la hoz. Yo iba con mis hijos pa tierras de Valladolid. Eran otros tiempos, al menos para mí.

El viejo calló para dar paso a los recuerdos. Le venía a la cabeza la imagen de un tiempo sin duda lejano. Un mar de trigo en el cual

⁷ Jesús formó parte del «maquis».

los segadores, doblado el espinazo, con el sombrero de paja a la cabeza y mordiéndose el pañuelo que llevaban por bajo del mismo para evitar la solanera, con brazo fuerte y rápido, la hoz en la mano derecha, la izquierda agarrada a las espigas, tajaban la mies a un palmo del suelo.

Pero la imagen, y cuanto tenía relación con aquel tiempo, era un recuerdo demasiado bueno, demasiado intemporal; quizá sólo era un sueño. Eran en verdad, los días aquellos, días en que los hombres se sienten alegres y ríen mirando el trabajo que espera, beben vino y dicen vamos allá. Y no se van de su mano en toda la jornada aunque los riñones duelan y el polvo de la paja se meta en la garganta⁸. Jesús, el hijo menor, tocaba la guitarra y cantaba los aires de la tierra que toda la cuadrilla de segadores acompañaba con palmas. Cuando cantaba Jesús daban ganas de revolcarse y morder la tierra, hacía daño su cante.

—Jesús cantaba más bien que Dios, te digo.

Calló un momento mientras daba una chupada al cigarro, luego añadió:

—Después que se fueron los hijos, aunque el hambre apretaba ya, no pude seguir la costumbre.

—Sí, es un trabajo duro.

De nuevo se arrastraba el viento. Parecía que todo el aire de la sierra llenara la plaza. Unas mujeres, con cántaras a la cintura, salieron de un callejón que desembocaba en la calle Mayor. Hablaban en voz alta y el viento, como si tuviera manos de hombre, les levantaba las faldas.

—¿Por qué no te vas de aquí, Joaquín? ¿Por qué no te vas? Te lo digo porque te tengo ley, de veras. Aquí no harás nada. Tero es un pueblo para los viejos, no para hombres con brazos fuertes. Yo ya soy viejo, y con un tomate, una cebolla y unas olivas tengo bastante. Tengo todo hecho y visto, pero tú tienes mujer joven y dos hijos.

⁸ La descripción que del pasado hace el viejo, donde destaca la luminosidad de ese «mar de trigo» y la «solanera», donde todavía era posible el trabajo y éste era interpretado en términos positivos, no de explotación, contrasta con la presente situación del campo que la novela describe. Pero, ¿a qué «tiempo lejano» se refiere el viejo? ¿Acaso a la República? ¿Está haciendo referencia a las virtudes de la reforma agraria republicana de 1932, que benefició al campesinado? No hay en la novela ningún indicio que explícitamente aclare esta cuestión, pero no resultaría en absoluto descabellado pensar que, en efecto, se refiere a los años republicanos.

Joaquín quedó en silencio como rumiando las palabras del otro hombre. Miró para las calles del pueblo, estrechas e intrincadas. Para las viejas casas caleadas donde había macetas de flores escarlata. Para el rumor de las calles donde los niños alborotaban. A las mujeres que, sentadas en la alberca, se saludaban y reían mientras esperaban a llenar sus cántaras. Tenían cabellos oscuros, ojos hundidos en sus caras tristes que se adentraban en el alma.

El olor dulzón del estiércol y la jara, las blancas casitas, el humo azul de las chimeneas, el berreo de las ovejas y cabras, el relincho de los mulos, las pisadas de las mujeres que iban a la fuente, el ladrar de algún perro; todo le parecía como hecho de su propia sangre.

—Es bien amargo abandonar lo que uno quiere, lo que uno conoce.

Toda la vida de Joaquín había transcurrido en Sierra Harana. Amaba a Tero, y a la llanura del valle donde el pueblo se asentaba, tanto como un hombre puede amar el hueco oscuro que le dio la vida.

Las casas, los huertos, los animales. Todos los ruidos familiares, y el sol y el viento, le hablaban desde dentro de su ser. Todas las gentes del pueblo eran amigas suyas. Les decía:

—Esta tierra es nuestra, nosotros la hemos hecho con nuestro trabajo. No hay que marcharse, hay trabajo para todos, porque es de todos la tierra⁹.

No podía, era algo superior a sus fuerzas, algo que le revolvía el cuerpo hasta ponerle mala sangre, el pensar en abandonar el pueblo. Llevaba más de dos meses pensando en ello desde que recibieron la carta que Lucía, la prima de Angustias, escribiera. La mujer no hacía más que machacar para que se marcharan a las minas. Y aunque él hacía oídos sordos, a veces le daba vueltas en la cabeza la idea de marchar y hoy era uno de esos días.

—Hay días —pensó en voz alta— que uno nota la amargura hasta en la comida y en los hijos. Poco a poco se le mete a uno la tristeza

⁹ La vinculación afectiva del campesinado con la tierra que pueblan y quisieran trabajar, exteriorizada por medio de la proposición «la tierra es nuestra», funciona como antesala de la reivindicación campesina revolucionaria de «la tierra es para quien la trabaja». En *La mina*, sin embargo, y porque el tema que aborda la novela es bien distinto, no llegamos a asistir a un trasvase entre la reivindicación afectiva de la tierra y la política.

en el cuerpo, crece dentro y nos come el cuerpo. Es difícil echar la tristeza fuera de uno. Es algo que llega despacio, pero una vez que te agarra no quiere irse.

El campesino viejo volvió a encender el cigarro y, luego, puso su mano, ancha y grande, sobre el hombro derecho de Joaquín.

—Vete —dijo—. ¿Sabes esos olivos de junto al río? Hace años eran míos; también fueron de mi padre. Ahora son del amo. Los tuve que vender cuando se llevaron a Jesús, tuve que untar desde el alguacil hasta qué se yo quién para que retrasaran el juicio. Yo a veces sueño que aún es mía esa tierra y voy a tentarla, y otras veces me dan ganas de hacer una barbaridad. ¡Vete, muchacho! ¡Vete! No andes cacareando como una gallina llueca. Vete, te digo.

Joaquín sintió en su cara la fogarada de hombría del tío Emilico. Le sabía capaz de pasar desde la indiferencia al odio más profundo, más desesperado. Sintió cómo le golpeaba la sangre en las venas con la intuición oscura de la vida y de la muerte. En las palabras del tío Emilico clamaba el pueblo, la protesta antigua de los hombres sin pan y sin tierra. Su voz tenía un significado, era como la proyección de todos sus sentimientos¹⁰.

—Sí, habrá que irse.

—Yo ya no puedo.

—Cuando se recoja la aceituna y tengamos dinero para el viaje, habrá que irse.

—Dinero, cochino dinero. Los hombres deben tener trabajo para poder comer.

—Sin dinero no se puede vivir. A mí no me parece que todos tengamos que ser pobres sólo por trabajar el campo y no ir a las fábricas. Yo creo que aquí, en Tero, se podía vivir.

—Cuando yo era joven —dijo el campesino viejo— ya me dolía el cuerpo de ver las tierras en baldío. Han pasado los años y ya me pinnan toas las canas y las tierras del amo casi siguen lo mismo. Aún no he trabajado una semana entera, quitando, claro, cuando la aceituna y las uvas.

¹⁰ Emilico, que ha conocido la República, pasa de la indiferencia al odio más desesperado al comprobar que lo que se había conseguido por medio de la lucha —esa «protesta antigua»— en el pasado fue borrado de un plumazo con la contrarrevolución agraria franquista, que devuelve el campo andaluz a la misma situación de pobreza e inactividad que lo había caracterizado antes de 1932.

Los dos hombres seguían a pie firme cerca de la fuente de cuatro caños. El viento había calmado e, inmóvil y cálido, se pegaba a la manta de polvo amarillo que cubría la plaza.

Joaquín, por quitarse el calor, metió la cabeza bajo uno de los caños y bebió un largo trago de agua. Luego hundió las manos en el abrevadero y jugó con ellas, dentro del agua, hasta que el frío las volvió insensibles, ajenas.

—Mi mujer dijo el otro día que es mejor afrontar las cosas de una vez, dice, dice que es mejor el marcharnos. ¿Quién sabe cuántas veces, aun sin querer, me lo habré dicho yo? Y cómo me gustaría decir, Angustias, tienes razón, vámonos. Pero si lo dijera, mentiría. Yo me esfuerzo, pero no es fácil el hacerse la idea, no lo es.

Joaquín tragó saliva, luego añadió vacilante:

—... es como cuando se echa una patata nueva y uno no sabe si agarrará.

—Sí, eso es lo malo —dijo despacio el tío Emilico, y añadió:

—Hace calor de veras.

En las sombras de la plaza algunas mujeres, sentadas en los bancos de piedra, esperaban Dios sabe qué. Por las calles, empedradas con cantos puntiagudos, corrteaban algunas ovejas esquiladas; sus cueros amarillentos, sucios, atraían a millares de moscas. Parecían personas desnudas.

El sol rompía contra las calles, se derramaba en redondeles, cuadrados y triángulos. Pesaba el ambiente caluroso, árido. Los gallos seguían cantando, flagelando el viento con su agudo canto.

Estaba sentada al otro lado del fuego. Las retamas estallaban y un humo denso se extendía por la cocina. La mujer, con el niño en brazos, atizaba el fuego con un fuelle. Las llamas, azuzadas por el aire, se alzaron por la campana de la chimenea hacia el agujero del techo. Después, la mujer echó unas patatas dentro de un pote de hierro renegrido.

—Hola, Angustias.

—Hola —contestó ella.

Era una mujer morena. De pelo tan negro como la aceituna negra, tirando desde las sienes y roscado en un moño sobre la nuca. La cara delgada, ojos pardos, nariz corta y fina, boca ancha y colorada. La piel cálida como el trigo candeal.

—Deja un momento, sujeta al niño.

Joaquín descargó el haz junto a la lumbre baja. Era un hombre de treinta y tantos años. Flaco y de hombros descarnados; de estatura regular. Se sentó en el poyete.

—Joaquín —dijo ella puesta en pie.

—¿Qué? —contestó éste mirándola.

Angustias era más bien baja, vestía una bata oscura, larga. «Como la de los santos», se dijo Joaquín. Miró a las piernas delgadas y derechas, a las alpargatas sucias de su mujer.

—¿Qué? —volvió a preguntar abstraído.

—Coge al niño un momento.

El hombre cogió al niño entre sus manos grandes. Le sentó sobre las rodillas y le acarició la cara torpemente al tiempo que le hacía muecas con los ojos y la lengua. El niño olía a madre, a leche tibia.

Ella sacó los pechos, que se le desparramaron, duros de leche y blandos de carne, sobre la bata negra. Tomó la mujer al niño, lo puso sobre el regazo, y el pequeño se colgó con ansia del pecho dando profundos sorbetes.

Joaquín miró a la madre para luego correr la mirada por las paredes calcaídas de la habitación que Angustias pintara cuando la fiesta. «Se da buena maña para pintar», se dijo. Sus ojos siguieron el dibujo azul del plato de la Cartuja que adornaba uno de los paramentos. «Lo compramos cuando fuimos a Granada, cuando casamos la Angustias y yo.» El ribete estaba desportillado. «Costó diez duros.»

La cocina era grande, tenía las paredes manchadas por el humo que suelta la jara al arder. Del techo colgaban las ristras de pimientos puestos a secar. Por la ventana y la puerta abierta se veía la calle. Al fondo de la cocina se abrían dos huecos sin puerta que daban a las habitaciones de dentro y al corral donde cantaban dos gallinas. En los días de hambre Joaquín había pensado en matarlas, pero ella, Angustias, dijo que no, que los huevos eran para la hija, que el médico había dicho que comiera huevos.

—¿Crees que este calor durará mucho? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! A lo mejor llueve, falta hace. Aunque, la verdad, no sé qué nos va a ti y a mí el que llueva o no llueva.

Durante unos instantes permanecieron en silencio, mirándose. Mas en seguida habló Angustias.

—Toma unas aceitunas y un poco de pan, traerás hambre —dijo mientras apretaba al pequeño contra el pecho.

—¿Y la abuela? —preguntó Joaquín.

—Allí dentro estará —indicó con la mirada a las habitaciones de dentro—. Abuela, ya está Joaquín —gritó.

—¿Ya está? —preguntó una voz de mujer desde lo hondo de la oscuridad.

—Ya estoy —gritó Joaquín, la mirada vertida hacia las llamas, como vaciando todos sus pensamientos en el crepitar del fuego, en la fascinación de las llamas. Oía a la mujer vieja arrastrando los pies.

—¿Crees que durará mucho ese trabajo? —preguntó la abuela.

—Mucho —contestó Joaquín—, mucho —repitió.

—Estás preocupao, ¿verdá? Ese trabajo...

Angustias separó la cara suya de la cara del niño.

—Preocupao, preocupao... Preocuparse no sirve de nada —contestó Joaquín.

«El capataz dijo que llegaba tarde, que ya no había nada. Pero que si lo hacía más barato de tres duros para mí era el trabajo. Eso me dijo el muy cerdo, el hijo perra. ¡Maldita sea esta tierra podrida!»

—¿Durará mucho ese trabajo? —insistió Angustias repitiendo las mismas palabras de su madre—. ¿Crees que tendrás para todo el verano?

—¿Para el verano? —replicó Joaquín—. Si tuviera para hoy y mañana ya estaría contento.

«El muy cerdo, el hijo perra, mira que decirme si lo hacía más barato... ¡Maldita sea su estampa!»

—He vendido la leña que trajiste ayer; al cabo se la vendí, me dio dos duros.

Los pasos de la abuela se arrastraban por la cocina, iba a sentarse junto a la lumbre. Doblada, mirando mamar al nieto, parecía un montón de trapos viejos. Sólo los ojillos brillaban.

—Bueno, algo es algo, no hay que apurarse. Dios aprieta pero no ahoga —insistió de nuevo la mujer vieja—. Hay que tener paciencia, hijos.

—Ya estoy harto de tener paciencia, madre —contestó Joaquín.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Angustias a su marido.

Joaquín tenía la mirada perdida entre las rendijas del fuego, se llevó las manos a la cara y se tentó la barba.

—Nada, que ya he vuelto.

—¿Y qué? ¿Te lo dieron?

—No, no me lo dieron.

«Su cochina cara, se la debía de haber partido....»

—¿Por qué? —musitó Angustias con media voz.

—No lo sé. No me lo dieron, querían que lo hiciera más barato.

—Nos hacía falta —dijo Angustias como reprochándole.

—No —gritó Joaquín—. No. Muchos hombres habían ido a lo mío y ninguno lo quiso hacer, me miraban como esperando que yo hiciera lo mismo, que me negara. ¿Por qué preguntas eso? ¿Por qué iba a ser yo? Yo no valgo para eso, ningún hombre valdría.

—Nos hacía falta —murmuró Angustias.

—Ya sé —Joaquín miró para el suelo.

—Tienes mala cara —dijo la mujer.

—Peor los hígados.

—Lo de siempre —dijo la abuela—, lo de siempre.

—No te necesito, dijo el capataz —comenzó a contar Joaquín—.

Los hombres decían que el amo del Villar es bueno, pero que anda siempre por Granada sin preocuparse de nada. El capataz contrató a dos muchachos. Los muchachos estaban allí y el capataz les preguntó qué querían. Dijeron que trabajo. Luego el mamón se reía; dijo, ya veis cómo hay gente a la que no se le arruga el ombligo, gente que quiere trabajar... ¡Decir eso! Yo y los demás nos marchamos por no acogerle. Cuando me encontré de vuelta pensé en volver y decir que sí, que por tres duros lo haría. Pero me pareció que se reiría de mí y entonces se me pondría mala sangre. Me vine para acá como muy cansao, como si tuviera piedras en las piernas. Cuando llegué a lo alto andaba como lelo; me dije: Joaquín, un hombre se tira peñas abajo y se acaba.

Angustias miró para Joaquín. Recordaba la voz esperanzada y alegre que a veces tenía. Ese grito suyo, distinto a todos los gritos, con el que azuzaba a las bestias. La alegría de Joaquín cuando ordeñaba los olivos.

—Toma unas patatas cocías —dijo la abuela—, tendrás hambre.

—No, no quiero nada. ¿Dónde está Angus? —preguntó Joaquín.

—Está a llevar agua a casa de don Ramón.

Joaquín calló, todos callaron, un silencio muy hondo llenaba la casa. La madre cambió al hijo al otro pecho.

—Anda, anda, tragón —dijo con una sonrisa—, no chupes tan fuerte, que te vas a atorar.

Ahora que llegaba el cansancio Joaquín pensaba en el viento que movía los árboles del monte. Era un viento duro y demasiado cálico. Parado delante de la ventana se imaginaba trabajando los campos pequeños de junto al río. Oía su propia voz gritando a las bestias, llamándolas por su nombre. Las caballerías, con la cabeza gacha, llevaban el rejo por derecho. Veía hincarse el arado, el hierro escupiendo la tierra, formando surcos igualmente derechos. Sus ojos no se apartaban del rejo¹¹.

—Hace falta que llueva, la tierra tiene grietas, se rompe —dijo en voz alta.

Y veía caer la lluvia parado como estaba delante de la ventana.

*

La niña alzó la cántara para ponerla bajo el caño de la fuente. Luego se sentó en el borde de piedra y balanceó las piernas. Se puso a escuchar el ruido que hacía el agua al chocar contra las paredes del cántaro, que eran de barro oscuro. Al otro lado de la fuente un perro pastor, con collar de púas, lamía el agua de una charca.

—¡Ven! —dijo la niña al perro—. ¡Ven!

El perro levantó la cabeza para mirar a la pequeña, meneó la cola y de nuevo hundió el hocico en el charco.

—¡Ven, te digo!

El animal dio vuelta a la fuente y achuchó con su hocico frío a las piernas de la niña. Ésta alegró los ojos y la boca al tiempo que hundía sus pies descalzados entre el suave pelaje del bicho.

—¡Estate quieto, perro! Me haces risa en los pies. Que me vas a pinchar con la collara...

La pequeña se puso en pie; era menuda. Tenía unos ojos grandes y tristes que le comían la cara. Renegrida, de pocas carnes, con piernas tan delgadillas que las cañas parecían estar a flor de piel. El pelo le caía sobre los hombros.

¹¹ Por medio de la evocación de sus pensamientos, Joaquín se muestra ante el lector como un personaje que, lejos de lo que afirma la crítica, ni carece de profundidad ni es en absoluto plano. Joaquín tiene sueños, esperanzas, deseos que cumplir e incluso se imagina a sí mismo siendo quien ahora no puede ser. Pero sus sueños son sueños de campesino. Sin embargo, su condición campesina no le resta ni un ápice de complejidad al personaje, sino que más bien nos recuerda que no todos los hombres tienen los mismos sueños ni los mismos miedos (Gopegui, 2007, pp. 22-24).

Antonio Ferres

Los vencidos

© Antonio Ferres

Derechos exclusivos de edición en castellano reservados para todo el mundo:

© 2017 Gadir Editorial, S.L.
Plaza sd el Niño Jesús, 4 – 28009 Madrid
www.gadireditorial.com

© de la ilustración de cubierta:

Vincent Van Gogh, *Un par de zapatos*, 1886

Diseño: Gadir Editorial

Impreso en España – Printed in Spain
ISBN-13: 978-84-949450-3-8
Depósito legal: M-35587-2018

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).



G A D I R

El coche de línea ha salido de la plaza un poco más tarde que otros días. Está lloviendo. Traquetea bajo la lluvia por los adoquines mojados de la cuesta. Las calles que dan a la plaza del Caudillo son estrechas y mal empedradas, con casas bajas pintadas de cal. No se ve un alma. Sólo, más adelante, una mujer y un niño con sandalias de goma, cogidos de la mano, cruzan, corriendo, por delante del autobús en marcha. A lo alto de la cuesta se ve el campo gris empapado de agua.

La tierra está hinchada. Por el lado izquierdo, los cerros, que llegan a la misma carretera, se desgranán en chorros de arena hasta la cuneta. La carretera es por esta parte un camino forestal. Hay olivares. Lejos, unos montes piramidales se pierden hasta la provincia de Jaén. Un rebaño de cabras, quieto, aguanta la lluvia parado a ambos lados de la carretera.

—Hacía ya falta que lloviera —dice Asunción.

En el coche, un Ford antiguo con asientos de pino, viajan casi solamente mujeres.

—Sí, señora —dice la que va sentada delante. Todo el campo estaba achicarrao.

La que ha hablado es una mujer cuarentona, de cuello gordo, que tiene un moño grande y canoso. Se ha vuelto y apoya el brazo derecho en el respaldo.

—¿Sigue sin saber nada de su marido? —pregunta.

—No sé nada de él desde que entraron en el pueblo.

—Muchos traspusieron hasta Francia, andarán por esos mundos de Dios —dice la mujer.

—No sé dónde estará. A eso voy a Madrid. Por fin me han dado el salvoconducto. No me lo entregaban, ¿sabe?, y se pasaban los meses.

La lluvia oscurece todo el campo. El cielo está nublado, con nubes bajas que rozan los cerros y parecen humaredas.

—¿Y sus chicos?

—Al mayor me lo mataron.

En la primera curva el coche se detiene. Hay una casería, una especie de meseta y una casa blanca en lo alto. Dos higueras. De allí baja una senda.

El coche sigue parado un instante y los viajeros se asoman a la ventanilla para mirar la lluvia.

Un hombrecillo, con los pantalones remangados, trae abierto un paraguas negro. Debajo se resguarda una mujer joven que lleva a la cabeza un pañuelo de seda, con dibujos.

—Buenos días nos dé Dios —dice ella cuando sube al estribo.

El hombre entra detrás, sacudiendo el paraguas en el suelo.

—Buenas.

Una campesina vestida de negro, que viene sentada desde el pueblo, se cambia de sitio. La pareja se acomoda en el mismo asiento, justamente pegados a la puerta de atrás.

La carretera es peor en este trozo, cambia de rasante. El autobús traquetea de nuevo, cuesta abajo. Por las ventanillas, que van abiertas, entra un aire fresco cargado de humedad.

—Cierren, si hacen el favor —dice el del paraguas.

—¿Te has dado cuenta de quién viaja en el coche, en el tercer asiento?

—No recuerdo.

—Es la maestra de Torrenoblejas, la que se casó con el secretario.

Se inclina el hombrecillo para mirar. Arruga los párpados.

—No me he traído gafas —dice—. ¿Piensas saludarla?

—Quita. Él era un rojo. ¿Te acuerdas cuando el lío de los jornaleros?

La carretera se ciñe al tajo de un arroyo. Hay piedras pintadas de blanco asomando al precipicio. Sigue así varios kilómetros, dando vueltas y más vueltas. De tarde en tarde se ve, también, un árbol. Troncos manchados con una franja de cal.

—Los días son cada vez más cortos —dice la mujer del moño, que va sentada delante de Asunción.

—Estamos ya en septiembre.

—Somos a día dos.

Todavía hay una claridad plomiza. Por el campo mojado se ven mil brillos. Aún llueve. Rompen las gotas sobre los charcos.

Suena el claxon del autobús, dos veces. Se nota que acorta la marcha y, por fin, se para. Se oyen voces en la carretera. Los viajeros se ponen de pie, y muchos vuelven a asomarse a las ventanillas. Un viejo que va sentado en los primeros asientos se apoya en una gruesa garrota. Se endereza poco a poco, mirando la carretera.

Hay un grupo de diez o doce muchachos. Algunos se han acercado al autobús. Se ven pasar las caras y asomarse dentro del coche. Tienen la piel pálida, reflejando la luz del crepúsculo, los pelos chorreando.

Dos automóviles viejos, pintados de negro, están parados, uno detrás del otro, en el lado derecho de la carretera. También hay un hombre que sujeta el ronzal de un burro, rodeado de muchachos.

Asunción baja el cristal de la ventanilla.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Un muchacho de los últimos del grupo vuelve la cabeza. Luego se vuelven otros tres o cuatro.

—¿Qué pasa? —repite Asunción.

El chico sonríe a los que están con él. Tendrá, si acaso, dieciséis años. Lleva camisa azul de falangista, descolorida, remanada hasta mitad del brazo. Pone un gesto desvergonzado.

—Lo que tú quieras —dice. Pero se queda cortado al mirar a Asunción.

El cobrador del coche de línea ha echado pie a tierra. Se empina detrás del grupo.

—Os juro que no lo he hecho adrede —se oye decir al hombre del burro.

Desde la ventanilla del autobús se ven moverse las espaldas de los que rodean al campesino.

—¿Pero qué es lo que pasa? —pregunta una mujer que permanece en pie medio asomada—. ¿Qué es, Tino? —grita haciendo bocina con la mano.

Se vuelve y da un paso hacia atrás el cobrador del autobús. Levanta la cabeza y los ojos para mirar a la ventanilla.

—¿Qué quiere que sea? Han puesto carteles pintaos en el suelo y no dejan que los pisen los hombres que vienen del campo. A los coches no les dicen nada, pero no quieren que los pisen las caballerías.

—Si va a borrarlos el agua... —dice la mujer haciendo un gesto de inutilidad.

—Calle, tía tonta; están puestos con pintura de aceite —salta uno de los muchachos que están en la primera fila—. Y no vamos a dejar que los pise ningún cabrón.

—Si no digo ná —dice la campesina.

Un hombre flaco, medio viejo, bien vestido, que calza botas de montar y lleva una fusta en la mano, sale de uno de los coches.

—Déjame un momento. Hasesme sitio.

Apenas llueve ahora; si acaso unas gotas. Se hace un silencio, mientras el tipo de las botas altas sigue hacia donde está el hombre del burro. Sólo se oye el tropel de los pies de los muchachos que le hacen sitio.

—Déjame a mí —repite.

El campesino del burro es un hombre carirredondo que viste una camisa muy rota, casi en andrajos. Tiene los ojos asustados y grandes.

—Le juro que un servidor no lo ha hecho adrede.

—Escucha. Té das la vuelta. Voy a verte recular el borrico y pasar metido por la cuneta.

—Sí, señor.

Detrás del bosque de cabezas, se le ve recular, poco a poco, empujando la caballería y luego seguir con el ronzal en la mano, y hacerse pequeño, achicarse dentro de la cuneta.

Se oye reír a los muchachos.

—¡Así quiero veros, maricones! —grita uno. Se pasa la mano por el pelo para secarse el agua. Otro, rubio, que lleva la boina en la mano, se vuelve al chófer del autobús.

—Tú sigue. Sigue de una vez.

Y señala el camino.

Los hombres corrían por la calle estrecha. Una calle también de casas bajas y blancas. Se oían tiros. Estaba ardiendo el molino. Subía una nube de humo.

—Adiós —dijo Antonio. Tenía los ojos y los brazos vueltos hacia donde estaba su mujer. Asunción gritó:

—¡No te preocupes! ¡Vete de una vez!

Desde la puerta vio Antonio a otros paisanos que huían. El miedo tiraba de él hacia fuera y le agarrotaba las piernas. Miró a la parte en que el pueblo se perdía en el campo, detrás del humo de los incendios. Mucho más lejos empezaban las lomas de la sierra.

—Corre —dijo la mujer.

La calle estaba empedrada con adoquines redondos. Siguió un trozo, pero al llegar a la casa de la esquina, saltó la tapia del corral, por acortar camino. Huía agachándose aquí y allá, respirando hondo, arañándose las manos y las rodillas en la tierra. Las cumbres se encendían con el último sol. Las veía de vez en vez entre las tapias y las ruinas.

Antonio llegó al primer cerro. Por la pendiente arriba veían unos pocos hombres. Iban hacia la sierra. Corrían. Querían que se hiciese de noche. Eran parejas o grupos pequeños. Antonio caminaba solo y se volvía un instante para mirar al pueblo.

Asunción les perdió de vista. En el otro extremo del pueblo, por el barrio de la carretera de Granada, había un gran incendio. Un borriquito abandonado, al pasitrote, iba corriendo la calle. Asunción, desde la puerta, le vio alejarse, perdiéndose en la primera revuelta. Siguió la muchacha un rato sin saber qué hacer y, luego, tiró escaleras abajo hacia la bodega. Sentía frío. Avanzaba a tientas en la oscuridad.

Antonio corrió todo lo que podían resistir sus piernas y sus pulmones. Se detuvo. Estaba extenuado. Por el valle iba subiendo también la noche. Antonio se sentó un instante a descansar. Se desató los zapatos y se descalzó. Le dolían

los pies, las cañas de los huesos y las molas de las piernas. Permaneció así un rato. Dos hombres que pasaban cerca le gritaron:

—¡Ehl, señor secretario, ¿quiere que le cojan y le apiolen?
—Ahora voy.

Tenía que llegar a la otra vertiente por el camino alto. Se levantó y echó a andar, deprisa, entre los jarales llenos de olor. Llegaba la noche igual que otra cualquiera. La luna había comenzado a salir. Oía Antonio el crujido de los pasos de los hombres que iban delante. Corrió para alcanzarles.

En el lado de acá de la sierra el aire estaba parado. Antonio notó que llegaba a la otra vertiente por el primer viento. Sintió el aire en la cara. Miró detrás de los montes y vio abajo, tendidas en el llano, las luces amarillas de los otros pueblos. No había llegado hasta allí la guerra, todavía. Parecían hogueras lejanas.

—Escriben en el suelo... —dice la mujer del moño sin dirigirse a nadie. Lo repite un par de veces, como si hablara sola.

Dentro del coche sólo hay, encendido, un pequeño piloto de luz. La gente dormita con las cabezas torcidas y los ojos a medio cerrar. Los faros del coche se reflejan por todo el campo. Se tiñen de blanco las copas de los olivos. En un altozano hay una muralla de chumberas.

—Vamos a llegar a Granada ya muy entrada la noche —dice Asunción.

—Yo estoy desmayá. A mi hombre le compro una asadura porque está delicado, pero yo ando desmayá.

Se limpia con el revés de la mano cada vez que habla.

—Lo peor del hambre lo llevan los chicos —añade la mujer.

—Ahora tengo en mi casa a los de mi Juandedios. Se les salta la yel viendo cómo se come mi marío la asadura. Todos los días le digo que se la coma a escondías, porque se les salta la yel mirándole.

Asunción escudriña a través del campo oscuro. Se ven los postes del telégrafo y los terraplenes de la carretera. En los

cristales del coche se reflejan las caras de las mujeres, los rostros turbios y sin expresión de la gente medio dormida.

—Me da ahogo pensar en el pueblo —dice Asunción—. Porque una se piensa que no va a ser siempre así, que si no... —¿Quieren un poco de vino? —dice el viejo de la garrota que va en el primer asiento. Se vuelve, se levanta torpemente. Tiene una botella mediada en la mano.

—Páselo —dice la mujer del moño.

—Beban todos a morro, no se preocupen. El alcohol mata los microbios.

Beben dos o tres mujeres. Se pasan la botella de una a otra.

—Ande, si quiere le echo un poco en mi vaso, me he traído un vasillo de aluminio —dice la mujer del moño.

—Bueno, gracias —dice Asunción.

El hombre que traía el paraguas y su mujer han sacado una cesta de mimbre. Desenvuelven la merienda, sin hablar con nadie.

—Es bueno el vino. No está bautizado, no —dice el viejo en voz alta cuando le devuelven la botella casi vacía.

Asunción sonríe. Estira los pies debajo del asiento. Por la ventanilla se ve el cielo, las nubes rotas, dejando sitio a algunas estrellas. El coche va más deprisa, con los faros que barren el campo. Golpean los chorros de luz en los troncos, de uno en uno. Salta la luz. Junto a la carretera hay una arboleda grande, que no termina nunca.

—¿Son olivos?

—No, algarrobos. Los he visto cuando vengo de día a ver a mi hijo, al que me queda —dice la mujer del moño.

—También hay almendros —dice otra que va más detrás, mirando por la ventanilla.

—Eso es más abajo.

—Parece que llueve otra vez —dice Asunción.

Sonaba el teléfono y he oído el timbre. He cogido el aparato. No me he enterado bien. He dejado el teléfono. He dicho: «Amador». Ha venido con sus gruesos labios y ha cogido el teléfono. Yo miraba por el binocular y la preparación no parecía poder ser entendida. He mirado otra vez: «Claro, cancerosa». Pero, tras las mitosis, la mancha azul se iba extinguendo. «También se funden estas bombillas, Amador.» No; es que ha pisado el cable. «¡Enchufa!» Está hablando por teléfono. «¡Amador!» Tan gordo, tan sonriente. Habla despacio, mira, me ve. «No hay más.» «Ya no hay más.» ¡Se acaban los ratones! El retrato del hombre de la barba, frente a mí, que lo vio todo y que libró al pueblo ibero de su inferioridad nativa ante la ciencia,¹ escrutador e inmóvil, presidiendo la falta de cobayas. Su sonrisa comprensiva y liberadora de la inferioridad explica —comprende— la falta de créditos. Pueblo pobre, pueblo pobre. ¿Quién podrá nunca aspirar otra vez al galardón nórdico, a la sonrisa del rey alto, a la dignificación, al buen pasar del sabio que en la península seca, espera que fructifiquen los cerebros y los ríos?² Las mitosis anormales,

1. Se refiere a Santiago Ramón y Cajal (1852-1934), primer investigador español que logró reconocimiento en círculos científicos internacionales, tras recibir en 1906 el premio Nobel (el «galardón nórdico» a que Martín-Santos se refiere un poco más abajo), compartido con el italiano Camillo Golgi, por proponer la teoría de la independencia de las neuronas. En las fotografías más divulgadas, Ramón y Cajal aparece con barba, ante objetos de laboratorio. A partir de esta referencia, se ha sostenido que el centro de trabajo del protagonista podría ser el Patronato Ramón y Cajal del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 2. Parece alusión a lo que escribió Joaquín Costa (1846-1911) en *Política hidráulica*: «[Riosco] retrata con pasmosa fidelidad la faz de nuestra agricultura y la de nuestra política, el estado de nuestros corazones y el de nuestros cerebros: ¡España es un río seco! ... Se necesita una civilización que apague la sed de agua que abrasa a los campos, y la sed de saber y luz que padecen los cerebros». En *Tiempo de destrucción*, p. 144, se lee: «¿Sabes quién era Costa? Hace

coaguladas en su cristalito, inmóviles —ellas que son el sumo movimiento—. Amador, inmóvil primero, reponiendo el teléfono, sonriendo, mirándose a mí, diciendo: «¡Se acabó!». Pero con sonrisa de merienda, con sonrisa gruesa. «Qué bellos, Amador.» La cepa MNA tan prometedora.³ Suenan otra vez el teléfono. Lo olvido. «¿Por qué se ríe, Amador? ¿De qué se ríe usted?» Sí, ya sé, ya. Se acabaron los ratones. Nunca, nunca, a pesar del hombre del cuadro y de los ríos que se pierden en la mar. Hay posibilidad de construir unas presas que detengan la carrera de las aguas.⁴ ¿Pero, y el espíritu libre? El venero de la inventiva. El terebrante husmeador de la realidad viva con ceñido escarpelo que penetra en lo que se agita y descubre allí algo que nunca vieron ojos no ibéricos. Como si fuera una lidia. Como si de cobaya a toro nada hubiera, como si todavía nosotros a pesar de la desesperación, a pesar de los créditos.⁵ Esa cepa cancerosa comprada con divisas otorgadas por el Instituto de la Moneda.⁶ Traída desde el Illinois nativo. Y ahora, concluida. Amador sonríe porque alguien le habla por teléfono. ¿Cómo podremos nunca, si además de ser más torpes, con el ángulo facial estrecho del hombre peninsular, con el peso cerebral disminuido por la dieta monótona⁷

falta agua para las inteligencias». Véanse también las notas 4, 7, 193, 299 y 375. 3. Se trata de una cepa de ratones de laboratorio que, con características similares a las descritas en la novela, existió hacia el final de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta en Chicago (de ahí la referencia, más abajo, al «Illinois nativo»). Hay noticias de dicha cepa en catálogos y revistas científicas sobre experimentación con animales de laboratorio. 4. Esto es, 'hay ríos (que van a dar en la mar, como dijo Jorge Manrique), pero falta la ciencia; se pueden canalizar las aguas, pero no se ayuda a la investigación'. En *Los siete criterios de gobierno*, Costa había propuesto «inundar con un raudal de millones el suelo de la Península y el cerebro del español». 5. Una paráfrasis de este pasaje sería 'como si la investigación científica no se distinguiera de la corrida de toros, como si todavía nosotros pudiésemos investigar, a pesar de la desesperación, a pesar de la escasez de créditos'. Los toros constituyen un motivo recurrente en la obra. 6. El Instituto Español de Moneda Extranjera fue fundado en 1939 para centralizar el préstamo en divisas y la concesión de créditos en moneda extranjera, y dejó de existir en 1973. 7. «Yo me inclino a pensar que la causa de nuestra inferioridad y de nuestra decadencia es étnica y tiene su raíz en los más hondos estratos de la corteza del cerebro», afirma Costa en *Los siete*

por las muelas, fabes, agarbanzadas leguminosas, y carencia de prótidos? Sólo tocino, sólo tocino y gachas. Para los hombres como Amador, que rien aunque están tristes, sabiendo que el último ratón de la cepa MNA perdido nos indica que nunca, nunca el investigador ante el rey alto recibirá la copa, el laurel, una antorcha encendida con que correr ante la tribuna de las naciones y proclamar la grandeza no sospechada que el pueblo de aquí obtiene en la lidia con esa mitosis torpe⁸ que crece y destruye, igual aquí que en el Illinois nativo, las carnes frescas de las todavía no menopáusicas damas, cuya sangre periódicamente emitida ya no es vida sino engaño, engaño. «Betrogene.»⁹ Muerte vencida. «Detente, coge el receptor-emisor negro, ordena al Ministro del ramo, dile que la investigación, oh, Amador, la investigación bien vale un ratón.»¹⁰ No rías más y, sobre todo, no echés esas gotitas de saliva que hacen sospechar de tu educación y de tu inteligencia. «En guerra comíamos las ratas. Para mí que son más sabrosas que el gato. De gato estoy ya hasta aquí. Los gatos que hemos tomado. Éramos tres. Lucio, Muecas y servidor.» Proteínas para el pueblo desnutrido. Cuyas mitosis —éstas normales— carenciales, en el momento de la emigración de las motoneuronas¹¹ hacia el córtex,¹² por falta de tales principios renquean y perecen, tal vez disminuyen su número, tal vez se disponen de modo poco ordenado o deficiente, tal vez siguen mancas de las necesarias ramificaciones. Y así quedamos, incapaces para el descubrimiento de las causas de la neoplasia destructora. Amador me mira. Ve mi rostro ridículo. Eso le

te *criterios de gobierno*, donde también sostuvo que «Hay que bañar el cerebro español en un ambiente de luz como aquél en que se han formado los pueblos que caminan a la vanguardia ... Y, además, muy urgente, mejorar en una proporción considerable el régimen alimenticio español». 8. 'proceso anómalo de división celular, en el que se altera el número habitual de estas divisiones'. 9. 'engañadas', participio de pretérito del verbo alemán *Betrügen*. 10. Remedio irónico y ripioso de «Paris bien vale una misa», famosa frase pronunciada por Enrique IV de Navarra (1553-1610) antes de convertirse al catolicismo y en 1601, como rey de Francia. 11. 'neuronas que transmiten los estímulos nerviosos'. 12. 'corteza cerebral'.

JUAN GOYTISOLO

Campos de Níjar

Galaxia Gutenberg

Recuerdo muy bien la profunda impresión de violencia y pobreza que me produjo Almería, viniendo por la Nacional 340, la primera vez que la visité, hace ya algunos años. Había dejado atrás Puerto Lumbreras —con los tenderetes del mercado en medio de la rambla— y el valle del Almanzora, Huércal Overa, Vera, Cuevas, Los Gallardos. Desde un recodo de la cuneta había contemplado las increíbles casas de Sorbas suspendidas sobre el abismo. Después, cociéndose al sol, las sierras ásperas, cinceladas a golpe de martillo, de la zona de Tabernas, corroídas por la erosión y como lunares. La carretera serpentea entre horcajos y barrancos, bordeando el cauce de un río seco. En vano había buscado la sombra de un arbusto, la huella de un miserable agave. En aquel universo exclusivamente mineral la calina inventaba espirales de celofán finísimo. Guardo clara memoria de mi primer descenso hacia Ríoja y Benahadux: del verdor de los naranjos, la cresta empenachada de las palmeras, el agua aprovechada hasta la avaricia. Me había parecido entonces que allí la tierra se humanizaba un poco y, hasta mucho después, no advertí que me engañaba. Anunciada por un rosario de cuevas horadadas en el flanco de la montaña —«capital del esparto, mocos y legañas»,

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º I.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición en Galaxia Gutenberg: marzo de 2015
Cuarta edición (primera en este formato): septiembre de 2021

© Herederos de Juan Goytisolo, 1959, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdader, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 144-2021
ISBN: 978-84-18526-09-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

como dicen irónicamente los habitantes de las provincias vecinas-, Almería se extiende al pie de una asolada paramera cuyos pliegues imitan, desde lejos, el oleaje de un mar petrificado y albarizo.

Cuando fui la última vez, la ciudad me era ya familiar y apenas paré en ella el tiempo preciso para informarme del horario de los autocares. Conocía el panorama de la Alcazaba sobre el barrio de La Chanca: sus moradores encalan públicamente la entrada de las cuevas y, vistos desde arriba, los techos de las chabolas se alinean como fichas de dominó, azules, ocre, rosas, amarillos y blancos. También había trepado al cerro de San Cristóbal para atalayar el puerto desde las gradass del Vía Crucis: una patulea de arrapiezos juega y se ensucia entre los pasos, y el aliento de la ciudad sube hasta uno como el jadeo de un animal cansado. Almería carece de vida nocturna y, en mis estancias anteriores, haciendo de tripas corazón, había recorrido temprano sus calles. Me apresuraré a decir que no lo lamento en absoluto. El espectáculo merece el sacrificio: el mercado de Puerta Purchena, con sus gitanos y charlatanes, obsequiosos y vocingleros; los somnolientos coches de punto, a la espera de clientes; los emigrados marroquíes, meditando a la sombra de los ficus, valen cumplidamente el viaje. Almería es ciudad única, medio insular, medio africana. A través de sus hombres y mujeres que fueron a buscar trabajo y pan a Cataluña -y a realzar los trabajos más duros, dicho sea de paso- la quería sin conocerla aún. La patria chica puede ser elegida: desde que la conozco, salvando centenares de kilómetros, le rindo visita todos los años.

En los mismos suburbios de la ciudad, camino de Murcia, torciendo a la derecha de la nacional 340, una

carretera comarcal une Almería con las zonas montañosas y desérticas de Níjar y Sierra de Gata. Otras veces, durante mis breves incursiones por el corazón de la provincia, había prometido recorrer con alguna calma este olvidado rincón de nuestro suelo, rincón que sonaba familiarmente en mis oídos gracias a la aburrida lista de cabos importantes aprendida en el colegio bajo el imperio de la regla y el temor de los castigos:

«Sacratif, en Granada.

Gata, en Almería.

Palos, en Murcia.

La Nao, San Antonio y San Martín, en Alicante....».

Cuando llegué a la central de autobuses, el coche acababa de irse. Como faltaban dos horas para el próximo, dejé el equipaje en consigna y salí a canteo. Las calles bullían de regatones, feriantes, vendedores de helados que solfeaban a gritos la mercancía. Otros, más modestos, aguardaban al cliente en la acera, con sus cestos de cañaduz e higos chumbos. Lucía el sol y las mujeres escobazaban delante de las casas. El cielo empañado, sin nubes, anunciaba un día caluroso.

Después del invierno gris del Norte, me sentía bien en medio de aquel bullicio. Recuerdo que, al cruzar el puente, pasaron dos simones con muchachas ataviadas de típica señorita española. Conscientes de la curiosidad que promovían, se esforzaban en encarnar dignamente las virtudes características de la raza: garbo, empaque, gracia, donosura. Un hombre las piropeó con voz ronca. Luego desfilaron otros coches de punto con caballeros en levita, militares, un niño con

tirabuzones, un cura. Alguien dijo que celebraban un bautizo.

Los curiosos prosiguieron su camino y entré en un bar tras dos hombres que se habían asomado a mirar. No se me despintan de la memoria, negros, cenceños, con sus chalecos oscuros, sombreros de ala vuelta hacia arriba y camisas abotonadas hasta el cuello. Parecían dos pajaracos montaraces y hablaban mascujando las palabras.

—¡Qué mujeres!

—España es el mejor país del mundo.

—No tendrá el adelanto de otras naciones, pero pa vivir...

—Caray, que no lo cambiaba yo por ninguno.

Al reparar en el brillo anormal de sus ojos comprendí que andaban bebidos. El dueño me trajo un café y se acercaron a pegar la hebra. Querían saber quién era, de dónde venía, qué hacía por allí. Aunque les contestaba con monosílabos, me invitaron a char.

—No puedo —dije. Y miré el reloj.

—¿No?

—Mi autobús sale dentro de unos minutos.

El tiempo había pasado sin darme cuenta y continué hacia la carretera de Murcia por el camino de la estación.

II

Tres autobuses diarios cubren los nueve kilómetros de trayecto Almería-El Alquíán. La carretera está alquitranada hasta Níjar y, a la salida de la ciudad, una bifurcación paralela a la nacional 340 lleva a los baños de Sierra Alhamilla, en cuyo balneario, actualmente derruido, acostumbraban reposar sus fatigas los ricos ociosos de la capital. El autocar toma el camino de Níjar dejando atrás las últimas casuchas del suburbio almeriense. Mi vecino es hombre de una cuarentena de años, moreno y enjuto. Cuando le ofrezco de fumar me pregunta si soy extranjero. Le respondo que soy de Barcelona y pronuncia unas palabras en catalán.

—He trabajado allí casi diez años —dice—. En Hostalet, Barcelona, Tarrasa... Aquello sí que es vía. Ojalá que nunca me hubiera marchao.

A la mujer no le sentaba bien el clima y cometió la estupidez de volver. Ahora, con cuatro hijos y otro en camino, no puede tentar la suerte como antes.

—Aquí uno se hace viejo en seguida, y luego, la familia que le amarra...

Mientras se desahoga contra el destino contemplo el paisaje por la ventanilla. Una llanura ocre se extiende hasta el golfo de Almería, salpicada de tanto en tan-

Juan Goytisolo, Señas de identidad (1963)

Instalado en París cómodamente instalado en París con más años de permanencia en Francia que en España con más costumbres francesas que españolas incluso en el ya clásico amancebamiento con la hija de una notoria personalidad del exilio residente habitual en la Ville Lumière y visitante episódico de su patria a fin de dar un testimonio parisiense de la vida española susceptible de épater le bourgeois conocedor experto de la amplia geografía europea tradicionalmente hostil a nuestros valores sin que falte en el programa de sus viajes la consabida imposición de manos del santón barbudo de la ex paradisíaca isla antillana transformada hoy por obra y gracia de los rojos semirrojos e idiotas útiles en callado y lúgubre campo de concentración flotante evadido de las realidades del momento en un fácil confortable y provechoso inconformismo exhibiéndose con prudentes remilgos y calculada táctica en todos los cenáculos del mundo beocio y superferolítico para granjearnos la venia y el perdón de los Zoilos de allende el Pirineo mientras el censo de nuestros auténticos valores cinematográficos es objeto de voluntaria ignorancia cerrojazo y conspiración de silencio tales son las características del individuo en cuestión y sus contactos y coordenadas en el exterior promovido a la categoría de fotógrafo oficial de la France Presse y anunciado fuera de nuestras fronteras a bombo y platillo con el internacional y resobado repertorio de alharacas y garambainas con que se saluda siempre en algunos círculos a lo que de lejos o de cerca huela a antiespañol por haber rodado un breve documental de planificación defectuosa y chata pésimamente amalgamado y carente de garbo fotográfico y de poesía no es cosa que pueda extrañarnos acostumbrados como estamos a hechos y actitudes cuya triste reiteración revela el odio impotente de nuestros adversarios cualquiera que sea el Régimen que exista en nuestra patria a partir de la Contrarreforma para acá España viene padeciendo los ataques más injustos irritantes e intolerables que a nación alguna se le hayan podido dirigir ataques que de manera sistemática tienen su rebrote periódico desde la taimada trinchera de la mentira del resentimiento de la información malintencionada y tendenciosa de todo lo que implique atentar contra la soberana decisión de un país de gobernarse por sí mismo sin injerencias foráneas ni arbitrarias imposiciones y si estos ataques son indignantes cuando nos vienen de manos extranjeras no merecen más que desprecio si proceden de un compatriota dispuesto a colocar la turbina en la cloaca con el propósito de convertirse en un personajillo al paio de posiciones políticas que conocemos hasta la saciedad en esta hora tan sospechosamente transida de desasosiegos polémicos fabricar estampitas de suburbios es sumamente fácil ni siquiera hay que molestarse en que sean verdaderas unos extras disfrazados de guardias pueden apalea a un «obrero» desnudar a un chiquillo embadurnado de carbón y sentarlo en un montón de estiércol está al alcance de cualquier desaprensivo pero quien eso hace revela tal catadura moral que mejor es no mencionarlo aunque no bastaran dos sustantivos y una preposición para la ofensa cerrada el agravio artero la vituperación el oprobio y el escarnio que se alumbran con las lívidas luces de la mentira no puede haber libertad ni manga ancha ni una tolerancia que serían criminosas que hay miseria y dolor en España nadie lo niega fotografiar barracas miserables es tarea común

MANUEL
LLEVEIRO
REY
"MANSO"

VI

La detención de don José, dejó sobre la aldea un ambiente sombrío, como si un viento cálido, huracanado, hubiese arrasado las cosechas, y una expresión humana de desamparo se reflejaba en los rostros de todos.

Al fin, del bosque caliente de los hombres de la aldea, se había arrancado de cuajo uno de los mejores troncos.

El hoyo estaba abierto, a la vista de todos, abierto como una herida fresca, como la cuenca vacía de un ojo que se desgaña. Y al ser arrancado el tronco habían quedado las raíces al descubierto, las raíces abandonadas a las asperezas de la vida, haciendo frente a la escarcha, al sol ardiente, al trabajo esforzado y a la miseria...

Eran los hijos de Rosa, y los de Carmen... Eran los hijos de Felisa, los de Manuel, y los de Antonio... Eran los hijos de Severino y los de Juan... Eran todos los inocentes rapaces de la aldea que a partir de ahora ya podían disponer de más horas del día para llevar las vacas al prado, para coger la azada y echar mano de la manquera, dando comienzo tempranamente a tener la espalda vencida sobre la tierra.

El viejo local de la escuela estaba cerrado, vacío de voces, como una jaula donde una mano brutal se hubiese dedicado al goce salvaje de clavar alfi-

lles en los ojos de los pájaros para dejarlos ciegos, muertos.

Ahora ya no era posible oír la palabra de don José mientras explicaba a los chiquillos la lección del día. Don José lo había hecho siempre en voz alta. Su voz llenaba el local de la clase, llegando también, disminuida, hasta los caminos de la aldea... "Las montañas y los valles del continente dea... Las montañas y los valles del continente africano... Europa... Asia... El mar... las estrellas... la tabla de multiplicar... la batalla de Lepanto y los reyes visigodos... La palabra escrita con uve, y la otra con hache... y la que tiene que ser con jota, aunque escrita con ge suene lo mismo... los eclipses de sol y de luna... el movimiento de los astros..."

Ahora ya no era posible escuchar la palabra del maestro sencillo y bondadoso unida a las voces de los niños, siempre abiertos a la curiosidad.

Veinte años, un día tras el otro, como una gotera interminable despertando las conciencias infantiles. Y de pronto el silencio. La puerta cerrada. Cerradas también todas las ventanas. El local totalmente vacío...

¡Algo estaba pasando en España!

Si, era verdad. Algo estaba pasando, porque esa realidad temida volvió a dar muestras de su presencia en la aldea, al dejar bajo los tejados humildes una nueva sombra de incertidumbre: el hijo de Benito Juncos y el de Julio Ferradás fueron llamados a quintas. El alguacil del ayuntamiento de Sotolongo, les entregó una mañana la cédula de requerimiento. Se personaron en la Caja de reclutas de Lugo, a las diez horas del día doce de los corrientes, sin excusa de ninguna clase. La no comparecencia sería calificada como situación de prófugo, aplicando las penalidades señaladas en el Código Militar en estado de guerra.

La guerra empezaba a sentirse directamente en varios hogares de la aldea.

A partir de ese día el recelo justificaba la preocupación de cada momento. Nadie podía estar tranquilo ya. A cualquiera de los vecinos podía llegarle de la noche para la mañana, la situación difícil y el peso duro del sacrificio. Aunque se atendía el campo, porque el campo no podía abandonar si se quería seguir viviendo, se rendía la faena del trabajo sin prestarle la atención debida. No. El pensamiento estaba en otro lado. Una idea fija, como la aguja de una brújula, señalaba de forma determinada el pensamiento de las gentes. No se hablaba de las cosechas, calculando el fruto a obtener de cada parcela, ni del agua de riego, ni de los aperos de labranza, ni de las semillas para la próxima siembra, o del ganado de labor... Había algo extraño que absorbía totalmente el pensamiento. Algo que estaba constantemente punzando como un hierro en brasa humido entre los sesos, hurgando en el cerebro, cada vez más, hasta hacerse obsesivo y terminar mordiendo el corazón como si fuera una rata venenosa: ¡la guerra!

La guerra estaba a la puerta de casa como podía estarlo un perro rabioso. Estaba allí, también, enfrente, disimulada, escondida, sin que dejase ver su faz espectacular. Pero había llegado hasta la aldea, merodeando, y podía entrar por cualquiera de las ventanas de las casas de la aldea en la hora más inesperada. No se oían los tiros, pero se palpaba su presencia. Lo sabían todos. Las mujeres, los hombres, ¡y los niños!, que con su instinto infantil sabían ver que una atmósfera enrarecida iba apoderándose de los días. Y todos en la aldea como un pequeño enjambre de hormigas indefensas, sabiendo que en cualquier momento podía

pisarlos la boca del hombre que camina... ¡La guerra!... ¡La guerra!

Un temor angustioso llenaba la cabeza de todos, mientras esperaban sumisos, pacientes, dóciles como corderillos...

Los mozos salieron de la aldea con dirección a Lago dos días antes de la fecha señalada.

Era una mañana llena de vida cuando se fueron. Las primeras claridades del día, blancas y limpias en su virginidad, rodaban monte abajo, suavemente, para terminar cayendo como una niebla encendida sobre los viñedos repletos de racimos, con su pulpa espesa, injuriosa, ofreciéndose a los ojos como anticipo venturoso del esfuerzo. El maíz estaba crecido, con la caña alta y el pendón granado, la espiga arropada en la hoja, dejando asomar el mechón de la barba castaña, surgiendo de la tierra nutrita como una promesa de pan tierno.

El calor sofocante del verano, ya se había ahogado poco a poco en la frescura del bosque.

Los mozos llevaban como todo equipaje, dos bolsas de tela. En una de ellas habían metido las prendas de ropa interior: los calcetines, los calzoncillos, las camisetitas. En la otra, dos bolsas de pan de centeno, cocido el día anterior, unos trozos de jamón y tocino curado al humo, algunos chorizos y queso. Ellos iban para la guerra. No debía fallarles de nada. "Aquí nos valdremos como podamos."

Cuando Benito Junco abrazó a su hijo en la despedida, se le llenaron los ojos de lágrimas. Un mundo amargo en la garganta no le dejaba hablar. La cara se le había puesto pálida, con el color amarillito de los tísicos moribundos, y los ojos inundados le brillaban como si hubiese salido de una fiebre. Tenía las manos posadas en la espalda del

mozo, la cabeza caída sobre el hombro, arrimándole la cara con fuerza.

Julio Ferradás intentó aparentar más dominio de sí mismo. No pudo conseguirlo. Se le veían las lágrimas retenidas con esfuerzo y en la expresión del rostro se manifestaba claramente el dolor. Cuando abrazó al hijo, también el color de la cara se le puso amarillito como si de pronto le entrase un mareo, y las lágrimas salieron al fin.

Estaban casi todos los vecinos de la aldea al lado de los mozos para despedirlos. En el rostro de todos el mismo gesto de tristeza. Sabían que iban para la guerra. Tal vez no volvieran a verlos más. Y eran dos mozos llenos de vida que podían perderla de la noche a la mañana con la misma facilidad con que se rompe el vidrio de una ventana de una pedrada. Todas las mujeres lloraban al abrazarlos. Y ellos hacían todos los medios posibles para mantenerse enteros, fingiendo tranquilidad. Pero era tanta la guerra hacia donde iban. Y podían morir. Y sentían miedo, un miedo benigno, un miedo razonado que, como una pesadilla, lo llevaban adherido al cerebro y lo sentían correr a flor de piel por todo el cuerpo.

Llevaron a "Manoso" con el carrillo hasta la carretera. Después enlazarían con el coche de línea. Los acompañaban Esteban y José.

Cuando se pusieron en marcha, el sol empezaba a encender los zarzales. El campo, en sazón, se ofrecía como un tributo de esperanzas, oliendo a frutas maduras. Los pájaros alborotaban entre las ramas de los árboles. La vida estaba presente en todas partes como un canto glorioso de promesas infinitas.

El carrillo se fue perdiendo al final del camino al meterse entre los troncos de los robles del bosque.

La gente seguía mirando.

Al deshacerse el grupo, alguien dijo:

—¡Que Dios los bendiga!

Benito Juncos que tenía por costumbre empezar a trabajar en el campo desde las primeras horas del día, antes del amanecer, hoy no se encontraba con fuerzas para hacerlo. Hoy no quería ver la tierra con el fruto, la misma tierra donde las uñas del hijo que acababa de irse se habían endurecido. Sentía que la espalda estaba vencida por la ausencia. Y él no ignoraba que para el trabajo había que llevar el corazón alegre, pues no era posible manejar la azada cuando una pena rota las entrañas.

Benito se fue hacia su casa. Mientras iba andando, despacio, con la cabeza mirando al suelo, le parecía que los pies al pisar la arena repetían las palabras que alguien había pronunciado antes: "¡Que Dios los bendiga!... ¡Que Dios los bendiga!... ¡Que Dios los bendiga!..." E iba pensando que los hijos crecen al lado de las faldas de las madres con todo el cariño, para venir un día, amargo, cruel, angustioso, en que los lleva la vida sin saber hacia dónde ni para qué... Y uno que creía que mandaba en sus hijos, porque son suyos, solamente suyos, porque tienen la sangre propia y la herencia en el color de los cabellos, en el color de los ojos, en la forma de reír y de hablar, en el gesto y en la mirada, no tiene más remedio que convencerse que no le pertenecen, que son del mundo y de las cosas del mundo... Y uno ve, entonces, que la sangre se le altera en las venas, hirviendo, y que los gritos se quedan en la garganta como trozos de vidrio clavados en la carne... Y que hay que seguir adelante, con el esfuerzo de

cada hora, con el dolor de cada momento, con la angustia en el alma y la hiel en los labios...

"Que Dios los bendiga!..."

"Que Dios los bendiga!..."

"Que Dios los bendiga!..."

Benito Juncos sube las escaleras de piedra del patio de entrada. Julia lo está esperando en la puerta. Tiene los ojos enrojecidos y un gesto duro en el semblante. Julia no tuvo valor para salir de casa a despedir a su hijo. Lo hizo allí mismo, en la escalera del patio, con el corazón destrozado.

—¿Ya se fueron?

—¡Ya!

—¡Pobre hijo mío!

Y vuelven a caerle las lágrimas por las mejillas quemadas por el sol.

En el corral cantaban los gallos alegremente.

IGNACIO ALDECOA

PARTE DE UNA HISTORIA

I

Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla. Las cabezas de los cazones y sus entrañas yacían en las rocas cercanas al muelle, arrojadas al creciente de la marea. Las gaviotas abatan sobre los despojos. Los hijos de Roque y otros muchachos pulpeaban¹ con máscaras de buceo, y en el grao de la calera se confundían, por las sucias haldas² del agua, gallinas y pájaros de la mar en sociedad apacible. Una mujer en cucullas extendía un estático cardumen³ de pejeverdes⁴ en el picón⁵ del secadero, y el ala baja y ancha de su sombrerillo de pletia⁶ me impidió verle el rostro. El molino de goño,⁷ sin velas, como un gigantesco esqueleto de reloj, alzaba

¹ Pulpear: "Oger pulpos" (TLEC).

² Haldas: término anticuado por "falda"; "Regazo (luneco que forma entre las cintura y las rodillas la falda de una mujer sentada)" (DEA).

³ Cardumen: "Cardume o cardumen: muchedumbre de peces" (TLEC).

⁴ Pejeverde: "Pez verde de hasta 20 cm de talla máxima que habita en fondos rocosos, de arena y piedra y de cascajo de la línea costera, sobre todo los cubiertos de algas, hasta los 50 m de profundidad" (GDHC).

⁵ Picón: "Arena volcánica porosa y gruesa, de color negro o rojizo. Se utiliza, especialmente en Puerteventura y Lanzarote, para cubrir el terreno y evitar que se pierda la humedad, y mezclado con cemento y arena, en la construcción de paredes, bloques, ladrillos, tortas para techos, etc." (DHEC).

⁶ Pletia: "Una trenzada de esparto, hojas de palma, pita u otra fibra, que se usa para hacer esteras, sombreros y labores de cestería" (DEA).

⁷ Goño: "Harina de cereales tostados, solos o mezclados, que se toma amasada con agua, caldo, leche o miel, típica de Canarias" (DEA). Es término usado también fuera del archipiélago.



Ayer, a la caída de la tarde, cuando el gran acantilado es de cinabrio, he vuelto a la isla.

[cap. I, p. 75]

La Graciosa, en el extremo norte del archipiélago canario, vista desde Lanzarote.

sus engranaes y estructura hexagonal por cima⁸ del caserío. El rebaño de camellos se perfilaba en las dunas volviendo de los matos pastizos de la llanía.⁹ Tal vez el pueblo tiene más faltas¹⁰ y se han construido algunas casas, pero he reconocido todo y todo me ha sido familiar después de cuatro años largos, así que he saludado a los amigos como siempre, como si no me hubiera ido, y solamente sus malos torpes, tímidos y huidizas han sido expresivas en la bienvenida.

—Buenas tardes nos dé Dios —he dicho y luego he preguntado—: ¿Mejorcito?

—Mejorcito, dicen —me han ido respondiendo.

—Hay que celebrarlo —ha terminado Roque.

Y nos hemos encaminado hacia la tienda a beber unas copas de ron guajiro. Han encendido la lámpara grande en mi honor, antes de tiempo, porque por sotavento aún había claridad. Después de un silencio, Casimiro ha querido contar algo gracioso y ha hablado de alguien que estuvo buscando el tesoro del pirata por la playa de Las Conchas y no hizo otra cosa que emborracharse.

—Vea, cristiano, el aventurero para las diez estaba medio amoroso.

Tenían que contarme lo del cachalote que se varó en las rocas —hay un amarillento recorte del periódico con la noticia clavado en una de las paredes— y Roque ha insistido para que el viejo Lucio me regalase un banquillo hecho de una vértebra, que hay que curarla bien porque todavía grasea.¹¹ Luego, Roque ha pedido unas pasas de aperitivo,

⁸ Por cima: "Por encima". Uso canario que aparece junto con la forma correcta (77EC).

⁹ Llanía: "Terreno llano" (DEA). Término introducido a partir de esta novela de Aldecoa.

¹⁰ Faltas: "Pequeña embarcación con motor, con o sin cabina, destinada a la pesca o al transporte de personas" (77EC).

¹¹ Grasear: "Soltar grasa". Variante morfológica introducida por el autor.

y para mí, además, unas galletas de coco y domingo. Han hablado de sus asuntos todo el tiempo, pero dándome pie para que interviniera.

—Perdidos un barco en Port Étienne. Estaba la mar brava. Fue cosa de milagro salvarse. Tus paisanos en la ocasión —me dicen— echaron noventa toneladas de barco nuevo a la arena. Hay que conocer la costa muy bien, saberle los repentes¹² a esa mar, ir muchos años...

Ha muerto alguno. Un viejo, que no sabía su edad, se quedó parado un día de mucho viento en el muelle, y fue la tercera tumba del cementerio de la Duna Grande. Pero yo no lo recuerdo o lo confundí con otro viejo de barbita rala, de chivita,¹³ que no tenía familia (Andrés el Peje o Andrés el Diente, no sé) e iba viviendo de la caridad y de la pequeña pesca del muelle. Tal vez ha ocurrido hace unas semanas, aunque pueden haber pasado meses o años, porque el tiempo es muy difícil de contar en la isla y dan por consabidos sucesos que yo ignoro y que creen que viví.

María ha tenido su séptimo hijo varón, que estudiará Comercio cuando sea grande y no irá a la mar como los otros. El marido de Candelaria se fue a las Américas y aún no ha escrito, y esto es una tristeza para todos...

—...porque corren dos meses, virando a tres, desde que tomó el viaje.

Luisita ha cumplido quince años y su pie derecho no se arreglará jamás —lo han dictaminado los médicos de la Isla Mayor— y está como avergonzada y sus hermosos ojos zarcos miran al suelo: a la arena y a los caracollitos calcinados.

—Cuando yo me vaya... —he dicho.

—¡Quién piensa que te vayas! —me ha atajado Roque, casi amenazante.

¹² Repentes: s.m. "Movimiento súbito o no previsto de personas o animales" (DRAE).

¹³ Chivita: diminutivo de "chivo, a".

—Algún día me tendré que ir. Cuando yo me vaya, Luisita...

—Mándame revistas de cine, si no te cuestan caras —Luisita ha sonreído y se ha ruborizado por la petición.

—Esta niña, esta niña, esta niña —ha repetido Roque con pesadumbre.

Saben que estaré solamente una temporada entre ellos, y los ojos de Luisita me interrogan desde su amarga lejanía: ¿Por qué has venido? ¿A qué has venido donde nada hay? ¿Qué buscas?

Antica está embarazada por primera vez y me ha dado la mano, al saludarnos, obligadamente, y su hostilidad al sexo masculino se ha patentizado en un temblorcillo en el labio superior, en un temblorcillo como un insulto. Al parecer, lo pasa bastante mal y su marido está en el sur, en las pesquerías.

Roque no quería que estuviésemos mucho tiempo en la tienda, porque tenemos muchas cosas de que hablar, soy su huésped y a él —lo repite a menudo— le gusta llevar el rumbo. De la tienda hemos ido a su casa por las calles de arena con huellas celulares¹⁴ de camellos, huellas tabaleadas¹⁵ de cabras y la graña aljaniada de las gallinas y las aves de la mar.

La casa de Roque tiene un patio enjalbegado con macetas y botes de madretruba,¹⁶ sonajilla¹⁷ y otras matas cuyos nombres ignoro; en medio del patio está el brocal del aljibe, y hay un par de mecedoras antiguas para que Roque y su mujer se adormilen después de la cena en la fresca clausura las noches de verano.

Roque me ha dejado una buena habitación, recién encajada, con un Cristo atroz sobre el testero de la cama. Le he preguntado por él.

¹⁴ Celular: relativo a material "esponjoso o poroso" (DEA).

¹⁵ Tabalear: "Huella tabaleada. Dícese de las de las cabras" (GDHC).

¹⁶ Madretruba: "Cierta planta endémica en los islotes" (GDHC).

¹⁷ Sonajilla: "Nombre que dan en La Graciosa a cierta planta, probablemente la sonaja" (GDHC).

—Lo hizo mi padre de lava. Le llevó dos años completos. Un extranjero me lo quiso comprar, pero las cosas de la familia no se venden —me ha respondido.

El Cristo es déforme y en su alargado rostro de mustélido¹⁸ Roque ha pegado, como ojos, dos negras cabezas de alfiler. Prefiero el cromo de la Virgen de otras veces con su corazón como un emblema de artillería. llamando en rojo y amarillo patrióticamente.

Roque ha puesto retrete en su casa y ha apartado la cuadra de los camellos tras el bardal.¹⁹ Me ha enseñado, muy orgulloso, la cocina de gas embottellado que le ha comprado a su mujer en Port Etienne, una gran radio de pilas para coger el "parte" de Madrid y una butaca que es su trono. La butaca me la ha cedido unos momentos para que comprobara su comodidad, pero es más que cualquier otra cosa el símbolo de su fortuna —un puñado de pesetas muy duramente arrancadas a la mar— y me he levantado presuntamente.

—Es una gran butaca —le he dicho.

Ha sonreído y en sus ojos he visto extenderse una humildad de satisfacción que no necesitaba disimulos. Las palabras deben disimular.

—Estás bobo. Tú las has visto mejores en muchas partes. De seguro que tienes en tu casa una mejor —ha puesto tanto énfasis en mejor, que resulta una palabra interrogante, enfurruñada y ácida—. Tú estás bobo, cristiano.

Pero él sabe que no hay mejor butaca en el mundo que la suya, que ha debido costar muchas semanas,²⁰ muchos me-

¹⁸ Mustélido: "[Mamífero] carnívoro de cuerpo alargado y ágil, hocico puntiagudo, patas cortas y piel generalmente estriada, de la familia de la nutria y el visón" (DEA).

¹⁹ Bardal: "Barda". "Seio formado por plantas" (TLEC).

²⁰ Sama: "Pez sepárido que vive habitualmente en fondos rocosos" (DHEC). Es un pescado de carne blanca, muy apreciado en Canarias.

ros y pargos y viejitas²¹ y bocinegro²² y lisas,²³ muchas sol-dadas de frío a la media noche, calor a mediodía, trabajo y trabajo.

He saludado a Enequina, que ha entrado ciñéndose al cuello, con las prisas, su pañolón negro. Ha engordado bastante para alegría de Roque.

—Te esperamos el lunes —me ha dicho.

—Siempre trabajando, Enequina, ¿verdad?

—Ya menos, con los chicos mayores... Te esperamos el lunes. Los hombres te fueron a buscar en la falúa.

—Tú sabes que las combinaciones del viaje... Bueno, Enequina, no te he dicho que te encuentro muy bien, que estás muy guapetona.

—¡Huy, qué cosas! A una gaviota vieja con zalemas... ¡Qué cosas! —y luego, dirigiéndose a Roque: —¡Pero ves el hombre... qué cosas!

Me ha ofrecido café y rosquillas; Roque se ha opuesto.

—Saca la botella nueva de ron de Arucas.

Roque tiene botellas buenas y botellas malas del mismo ron. Buenas y malas en distinción no de calidad, sino de cantidad. Las buenas son las que no están abiertas.

Roque mascaba tabaco. Ahora no hay buen tabaco de mascar y fuma en cachimba.

—Sale del tabaco rubio —me dice—; es lo peor que tienes.

En la isla se bebe al trago y bebemos así muestras copas.

²¹ Viejita: diminutivo de "vieja". "Pez loro viejo de hasta 50 cm de talla máxima, que habita en fondos rocosos, de arena y piedra y de cascájo de la línea costera, especialmente donde abundan las algas. Especie muy litoral, hasta los cien metros de profundidad. Muy apreciado en alimentación, pasando por ser el más fino fruto de mar de las islas" (GDHC).

²² Bocinegro: "Pez pargo de hasta 75 cm de talla máxima. "Habita sobre los fondos rocosos, de arena y piedra y de cascájo de la plataforma, hasta los 250 m de profundidad" (GDHC).

²³ Lisa: "Con este nombre se conoce en Canarias a peces marinos. Pez pariente de hasta 1,20 m de talla máxima que habita sobre toda clase de fondos de la línea costera, en aguas poco profundas" (GDHC).

—Hay compañía —me ha dicho Enequina—. Ella es muy guapa, muy blanca. Él es su marido o qué sé yo. Llevan siete días aquí. Son extranjeros.

—Mañana los verás —ha dicho Roque—, si te levantas temprano. Cogen sus cosas y se van a bañar y a pescar en la playa, junto a Montaña Amarilla. Es un hombre arreguntado²⁴ para la pesca...

Durante la cena hemos hablado de diferentes cosas relacionadas con el mar y la pesca.

—Este año tienes que venir una noche a hacer un ca-leo.²⁵ Tú das suerte.

—Yo os espero en el muelle. Sólo sirvo de estorbo.

—Llevamos la falúa. No vamos a la vela.

—Aun así estorbo.

—Tú vienes y tendremos suerte. Ya verás.

Después de cenar es cuando Roque decide hacerme la pregunta para la que ha esperado calmosamente. No quiere sorprendeme, sino formularla como si fuera una banalidad de la conversación. La pregunta, tarde o temprano, me la harán todos los amigos, como ya me la ha hecho con su mirrada Luisita.

—¿Qué te trae por acá esta vez?

He sonreído y Roque ha bajado los ojos, consultando a los dedos de su mano derecha; dedos anchos, cortos, de uñas talladas del trabajo y remachadas sobre las falanges como garfios de arpeo.²⁶ Los dedos le han respondido acercándose a la botella.

—Ya te explicaré. Es largo —le he contestado.

—Bueno, ya me contarás.

²⁴ Arreguntado: "Arreguntar" en el uso coloquial canario indica, entre otras acepciones, "adecuarse, mostrar disposición para algo" (GDHC).

²⁵ Caleo: "Acción y efecto de calar. Pesca, faena de pesca" (GDHC).

²⁶ Arpeo: "Instrumento de hierro con unos garfios, que sirve para ras-trear o para aferrarse las embarcaciones" (DRAE).

Los ojos de Roque no descansan y miran mi copa vacía y me miran a la cara. Su mano derecha es la mano del ron.

—No estás bien, cristiano, esto te sentará.

—¿El ron o la isla, Roque?

—Las dos cosas. Tú no estás bien.

No estoy bien. Roque tiene razón. Uno no puede engañar a sus amigos. Enequina deja su trájín y se acerca en silencio. No hablamos durante unos instantes. Roque bebe apresuradamente y da un golpe con la palma de la mano en la mesa.

—Bueno —dice—, hay que acostarse. Tienes la bacini-lla²⁷ debajo de la cama. El colchón lo extrañarás, porque es de paja. El agua es muy buena, del aljibe pequeño de mi suegro; mejor que la nuestra.

—Gracias, Roque.

—¿Quieres una novela para dormirte? Tíros y más tíros... Antes las solía leer.

Está obsequioso, demasiado obsequioso y preocupado. Nos despedimos y entro en mi habitación. Hay un quinqué de pantalla floreada de rosas y violetas sobre la mesilla de noche y un cenicero de atauja²⁸ en forma de babucha y una historiada jarra alemana de porcelana barata. Seguramente, estas pacotillas han sido compradas en los comercios de los indios cambalacheros de los puertos mayores. La jarra tiene la boca cubierta con un pañete blanco festoneado; una semana de ratos de ocio monjil de Enequina.

Deshago mi maleta. Mañana compraré caramelos para los chiquillos que me la trajeron disputándosela. Son go-

losos y cuando no tienen caramelos mascan palo dulce²⁹ de la mar, que sale enredado en las artes y del que les proveen los viejos que pescan la costera.

Oigo pasos por el terrado. Luego, una conversación botorrosa. Tal vez, el extranjero pescador y su mujer. Chirría el asa del cubo del aljibe y espero el golpe sordo contra el agua como una aletada de gran pescado, como el chapaleo³⁰ de un remo, como la mara en las escalerillas del muelle. Tengo deseos de hablar e intento convencerme de que no quiero hablar, de que estoy cansado del viaje, y mañana por la mañana... Pero es muy pronto para un hombre que vive en la ciudad, acostumbrado a la noche. Tomaría aún dos o tres copas de ron porque es temprano.

Apago el quinqué. Abro la ventana. Hay luna llena y escuchó el son de la mar: un mugido lejano y tormentoso en el gran acantilado de la Isla Mayor, un siseo y una aspiración en la playa de La Caleta. Los fariones³¹ son dos nubarríos al fondo, en la entrada este del río de mar. Por las bajeras³² harán espumas. El gran acantilado media el río de sombra y en la altura iluminada hay como demasiada soledad. Es la misma soledad de la mar intimidadora, ajena.

Por solavento, en Los Corrales, alumbran luces dispersas, pero en las casas de La Caleta del Sebo sólo brillan, casi azulencos, los cristales de las ventanas. Acaso en el Barrio Verde, en algún tenducho, se tocará el timple y se cantarán folías. Más allá, en Pedro Barba, el caserío abandonado, sin techos, sin puertas y ventanas, será loza rota y osario a la luna llena.

²⁹ Palo dulce: 'Regaliz'.

³⁰ Chapaleo: sinónimo de 'chapoteo'. De 'chapalear': "sonar el agua batida por las manos o los pies" (DRAE).

³¹ Farón: "Farallón. De uso topónimo" (GDHC), es decir, la roca más alta que sobresale en el mar.

³² Bajeras: "Baja. Dícese de la parte de los acantilados que reciben golpes de mar" (GDHC).

²⁷ Bacini-lla: "Vasija o recipiente para recoger la orina: el orinal castellano" (TLEC).

²⁸ Atauja: "Obra de adorno que se hace con filamentos de oro o plata embutiéndolos en ramitas o huecos previamente abiertos en piezas de hierro u otro metal" (DRAE).

Estoy un gran rato contemplando las sombrías barcas sostenidas por las escoras, grao arriba, proa a tierra. Barcas largas, ahusadas, marineras. Las conozco. Me gustan sus nombres: *La Destinguieta*, *Lirio del Mar*, *Aleganza*... Varadas y sostenidas por las escoras. Perfectas y con destino malo. No volverán a la mar la mayoría y acabarán sin amo en unos años, destablándose, pudriéndose en el gran vacío de la arena.

Fuera del mar, todo es silencio. Un gigante y rotador silencio hasta América. El plenilunio enturbia el firmamento con su fuerte luz. El relente deja las manos como madorasas.⁵⁵ Cierro. Insomne me tiendo en la cama.

Hay una raya albina en el suelo, al sesgo del ventanal.

⁵⁵ Madorasas: "Que tiene mador", es decir "Ligera humedad que cubre la superficie del cuerpo, sin llegar a ser verdadero sudor" (DRAE).

II

Del clorofílico cielo de la amanecida, sobre el perfil del acantilado, pende un nubarrón orondo, cárdeno y frutal. Desprendido rodaría por las laderas, machucándose y esparciendo zumo, hasta las playas de nuestra isla. El río de mar, en la turbiedad de la penumbra, parece canecido y mate. Las mujeres vierten los bacines en las aguas sin despertar de la Caleta, donde moran las falúas; y corren niños madrugadores, camaradas de perros, hacia el espigón del muelle, repeluznando a algún gato tráfuga y alborotando a las gallinas, que picotean pulcramente en las basuras de la baja marea. Cantando hermosos quiquiriqües y ahuecando las alas, el muecín de los gallos convoca al sol desde el almiar de una roca solitaria, dominante. En la vacilación de la mañana van a llegar las barcas de la pesca nocturna.

He salido descalzo y camino con inseguridad, con aprensión. Pronto me acostumbraré, pero ahora la debilidad de las plantas de mis pies vence a mi voluntad, y mi andar entre cauteloso y circense atrae las miradas de todos. Los hombres sonríen gozosamente, y bajo los pañuelos que casi cubren los rostros de las mujeres sé que hay sonrisas pícaras, como hay miradas cómplices por la diversion que les ofrezco. Me heriré antes de llegar a las piedras del muelle y haré un paso de pirueta que pondrá lágrimas de risa en los ojos de los chiquillos y atragantará de risas contenidas, elementalmente pudorosas, a las mujeres; risas que serán de alegre tutela en los hombres para el amigo bobo, para el amigo forastero, que cree sentirse de la isla y se desmiente de una manera tan sencilla.

Capítulo V

El coche que cubre la línea entre León y Ferreras pasa por Casasola todos los días a las siete en punto de la mañana. Hace una mínima parada frente a la iglesia—cuyo pórtico le sirve de improvisado apeadero en los días de lluvia o del invierno—, cruza el puente de piedra sobre el río y, con las luces encendidas todavía, emboca perezoso los primeros repechos del puerto de Fresnedo.

Hoy, en León, es día de mercado y el coche va lleno de campesinos que se han levantado muy temprano para cebear el ganado y afeitarse. Así que sube con más dificultad que de costumbre. De vez en cuando, la carretera se estira bajo sus ruedas permitiéndole un respiro. Pero, en las cuestas, renquea como un viejo buey de hierro a punto de derribarse.

Ahora, ha doblado ya la línea verde de los chopos, sobre el río. Contiene un momento la respiración, resopla y se lanza sin demasiadas fuerzas cuesta arriba en busca de la siguiente curva.

Así, hasta coronar el puerto. Como todos los días.

Ranito se cala el pasamontañas y empuña la pistola.

—¿Preparados?

Gildo y yo asentimos con una señal desde nuestras posiciones. Montamos las metralletas y nos tumbamos boca abajo entre las zarzas de la cuneta.

El coche de línea emboca ya la última curva de la carretera. Su hoccico gris y polvoriento se aprieta contra la arista de la peña arañando los matojos que crecen sobre ella. De pronto, chilla como un caballo al que se tira bruscamente de las riendas. Las ruedas se contraen

tratando de agarrarse al firme de la carretera. El coche duda un instante, da un sopido largo y hondo y se detiene finalmente, exhausto, junto al tronco que le esperaba atravesado en la calzada desde que saltó de la parada de Casasola.

Es el momento que nosotros elegimos para saltar fuera de las cunetas.

—¡Quiéto todos! ¡Quiéto todos en sus asientos!

Antes de que los viajeros hayan podido darse cuenta, Ramiro grita ya en el interior del coche:

—¡Vayan bajando y poniéndose contra la peña! ¡Con las manos en alto! ¡Vamos —le ordena al chófer—, usted el primero!

Los viajeros obedecen con rapidez y en silencio. Como un rebaño asustado, van descendiendo del coche y alineándose contra la peña. Alguno nos mira de reojo tratando de reconocernos. Pero el embozo calado de los pasamontañas y la amenaza de las metralletas les hace desistir en seguida de su intento.

Ramiro descende el último. Enfunda la pistola y comienza a cachearles de uno en uno. El dinero lo guarda en un bolsillo y las carteras las arroja en un montón a la cuneta. Los viajeros se dejan registrar, resignados. Sólo, de vez en cuando, Ramiro pasa de largo a alguno de ellos: a ese que, por su aspecto, le parece que necesita más que nosotros el dinero, o a esa mujer joven, con un niño apretado entre los brazos, que en más de una ocasión nos ha ayudado. Pero lo hace sin que el resto de los viajeros pueda darse cuenta.

El registro dura apenas cinco minutos. Cuando termina, Ramiro se echa a un lado:

—Pueden volver al coche. Con las manos en alto, recuerden.

Los viajeros obedecen, ahora aún con mayor rapidez que antes. Ocupan sus asientos en silencio sin atreverse siquiera a mirar por las ventanillas.

Los dos últimos arrastran el tronco hasta la cuneta y lo dejan rodar por la pendiente varios metros.

—¡Vamos!

El rugido del motor rompe de nuevo el silencio pro-

fundo de la mañana. El coche se despereza, concluido su descenso inesperado, remonta lentamente el final de la pendiente y se pierde tras la última curva envuelto en una nube de humo negro.

El mandil de cuadros azules está colgado en el huerto, entre los brazos del cerezo que mi padre plantó junto al pozo el día que enterraron a mi madre para recordarla cada vez que el verano volviera a La Lánava.

El mandil está seco. Juana o mi padre lo han colgado para avisarme de que los guardias vigilan la casa.

—¿Siguen ahí?

Es la voz de María, a mi espalda.

—Sí.

—Pues vuelve a la cama. Duérmete.

—Llevo dos días durmiendo. Llevo dos días y dos noches aquí encerrado.

—¿Y qué? —la voz de María es espesa, pesada—. ¿No estás mejor que en el monte?

La rendija de la ventana deja entrar una raya de luna que atraviesa el cuarto en penumbra y se estrella contra la cama. Poco a poco, mis ojos vuelven a acostumbrarse a la oscuridad, al orden sombrío de los objetos: el armario de nogal barnizado: el arca que guarda entre ramitas de menta la ropa de María: el espejo partido donde se apoya mi metralleta.

María se aprieta suavemente, de espaldas, contra mí.

—Huelas a monte —me dice—. Huelas como los lobos.

—¿Y qué soy?

María se vuelve y se queda mirándome. Siento el temblor de su cuerpo, desolado y caliente bajo la combinación. Este ácido temblor de mujer solitaria, hermosa y joven todavía, pero ya condenada para siempre a esperar a una sombra, a un fantasma. A alimentar el recuerdo de un hombre que jamás volverá. Esta mujer que, en los últimos años, tantas noches ha fundido en la mía su soledad.

—No podéis seguir así, Ángel. No podéis estar siempre viviendo como animales. Peor: a los animales no les persiguen como a vosotros.

—¿Y qué hacemos? ¿Nos metemos un tiro en la boca o nos entregamos para que ellos nos ahorren el trabajo?

María me mira en silencio, sin contestarme. Aplasta su vientre contra el mío y comienza a besarme. Yo noto que la sangre me sube hasta la boca de repente, en oleadas. La beso con fuerza, casi con rabia, como si nunca antes la hubiera besado. Como si las interminables noches de soledad y de deseo en el fondo de la cueva brotaran juntas de mi garganta. Como si sólo ahora, y nunca más, pudiera ya besarla.

Ella, lentamente, rodea mis caderas con sus piernas y mis ojos con su mirada.

Me despiertan las campanadas de la iglesia: lentas, monótonas, lejanas.

María, abrazada a mí todavía, se vuelve de espaldas, sin despertar. Se estira la combinación arrugada hasta la cintura y continúa durmiendo.

Sobre la mesita de noche, junto a la pistola y el tabaco, el reloj marca las cinco de la mañana.

Me levanto sin hacer ruido y me deslizo hasta la ventana. La luna se estrella contra mis ojos, cegándome. Pero, en seguida, se oculta tras una nube dibujando en la noche, entre los árboles y los tejados de La Llanava, el huerto de la casa de mi padre.

El mandil de cuadros azules de Juana ya no está allí.

En el nogal de María anida, esta noche la luna. Rasga su luz las sombras de las tapias mientras me alejo en silencio de la casa, despacio, sigiloso, como cuando de niños buscábamos aquí la fruta prohibida de los huertos o de las bocas rojas de las muchachas.

Sólo que, ahora, mi metralleta ya dejando en el suelo una sombra de muerte, una espiga alargada.

Mi padre ha dejado abierto por dentro, como todas las noches, el postigo trasero que da al callejón.

Basta encaramarse por él a la leñera, caminar agachado sobre los fejes de roble y urces secas y descolgarse, ya adentro, hasta el desván en sombra del corral en el que duermen su sueño de siglos el carro y los aperos. Y donde siempre dormía también *Bruna* antes de que un guardia le reventase la cabeza de un disparo.

Dentro de casa, la oscuridad es absoluta. El pasillo se alarga como una boca negra hacia el nacimiento de la escalera y la puerta de la cocina que la llama del mechero dibujan ante mí.

Un crujido de tablas en la escalera. Una voz conocida:

—¿Ángel? ¿Eres tú?

Mi padre está en el rellano, vestido todavía.

—Soy yo, padre. ¿Qué hace levantado?

El no contesta.

—Sube —me dice—. Date prisa.

Y se pierde por la escalera sin esperarme.

Me he quedado parado en la puerta, inmóvil, anonadado. Como si acabara de recibir una descarga.

Sobre la cama, el reflejo amarillo de una vela ilumina el cuerpo de mi hermana, desmadejado, con la cabeza colgando sobre una palangana llena de agua ensangrentada.

Mi padre se sienta junto a ella. La ayuda a incorporarse, a reposar la cabeza sobre la almohada.

Juana me mira con los ojos arrasados por las lágrimas:

—Ya estoy bien, Ángel. No te preocupes. Ya se pasó —me dice con voz quebrada—. Fue un vómito, ¿sabes?

Y se queda en silencio, agotada, mientras lentamente va asomando entre sus labios una baba espesa y rosácea que mi padre se apresura a limpiarle con el borde de la sábana.

—La pegaron. La llevaron a la cuadra y allí la molieron a golpes y a patadas —al contraluz amarillo de la vela, mi padre parece una rama rota por la impotencia

PABLO TUSSET
"Lo mejor que

LE PUEDE
PASAR A
UN CRUASÁN"

Lo mejor que le puede pasar a un cruasán es que lo unten con mantequilla: eso pensé mientras rellenaba uno abierto por la mitad con margarina vegetal de oferta, me acuerdo. Y me acuerdo también de que estaba a punto de hincarle el diente cuando sonó el teléfono.

Lo hice, a sabiendas de que tendría que contestar con la boca llena:

—Séee...

—¿Estás ahí?

—No, he salido. Graba el mensaje después de la señal y déjame en paz: piiiiiiiiiiiip.

—No empieces con tonterías, ¿qué masticas?

—Estoy desayunando.

—¿A la una del mediodía?

—Es que hoy he madrugado. ¿Qué quieres?

—Que te pases por el despacho. Tengo novedades.

—Vete a la mierda, no me gustan las adivinanzas.

—Y a mí no me gusta hablar por teléfono. Hay dinero. Puedo esperarte media hora, ni un minuto más.

Cortó y me quedé masticando cruasán y pensando si ducharme, afeitarme, o sentarme a fumar el primer Ducados del día. Me decidí por fumar mientras me afeitaba;

contando con que nadie se me acercara demasiado la ducha podía esperar, en cambio la barba de tres días me hace parecer un tiñoso a diez metros de distancia. Pero los primeros problemas empezaron enseguida: no quedaba ni café ni camisas limpias, tuve que desmontar media sala de estar antes de dar con las llaves y el cabrón del sol me sacudió en plena cara nada más salir del portal. Aun así mantuve el tipo como un jábato y logré llegar hasta el bar de Luigi.

Entré pisando fuerte, por si acaso:

—Luigi, ponme un cortao. Y a ver si me guardas un par de cruasanes que te sobren que me acabo de comer el último. Por cierto, ¿les haces levantar pesas o qué? Si se te pusiera la polla tan dura como los cruasanes tendrías mejor cara.

—Mira, si quieres cruasanes del día los pagas a precio de barra, si no te jodes y te comes los que buenamente te dé. ¿Te conviene?

—Pss... no sé si he entendido el negocio. Luego cuando venga a pagar el cortado me lo explicas más despacio. Y dame también un Ducaditos, haz el favor.

—Oye, ¿cómo es que no te envió a tomar po'l saco ahora mismo?

—Porque cuando tengo pasta me dejo diez boniatos en este garito infecto.

—Y cuando no, tengo que fiarte hasta el tabaco...

»Ah, antes que se me olvide: la Fina pasó ayer por aquí buscándote. Dice que la llames. Oye, ¿tú a la Fina te la follas o qué? Tiene unas buenas tetas...

—Írás de morros al infierno, por adúltero.

El sol persistía en su empeño de tocarle los cojones al personal, pero logré salir del bar y salvar las dos manzanas

que me separaban del portal del despacho procurando seguir las aceras en sombra. Treinta y pico escalones después estaba ante la puerta de «Miralles & Miralles, Asesores Financieros». El segundo Miralles soy yo; el primogénito debía de estar dentro, afeitado, duchado y encorbatado desde las siete de la mañana. Lancé un «hola» general a la peña y saludé particularmente a la María con un «qué tal». «Yá ves, hijo, batallando con los teléfonos... Uh, qué gordo te has puesto...» «Es que me cuido. Procuero comer mucha grasa y no moverme demasiado.» Vía que en los despachos del fondo estaban atendiendo a dos parejas de clientes y decidí no armar mucho alboroto con el resto del personal. Sólo el Pumares, que andaba entre las mesas, saludó levantando las cejas. Le devolví el gesto y me fui directo hacia el despacho de Miralles *The First*.

Me había visto ya acercarme a través de los cerramientos acristalados. Es difícil pillarlo desprevenido.

—A ver si enchufas el aire acondicionado, que tienes al personal agonizando —dije nada más entrar, por si mi Estupendo Hermano había previsto alguna impertinencia de bienvenida.

—Debe de ser el ardor de la resaca, que te da sofocones.

—Si no me estarías en los balances la tendrías.

—Mejor así. Tengo un encargo para ti.

—Pensaba que te bastabas tú solito.

—Alguien tiene que remover la basura, y a ti siempre se te ha dado mejor.

—¿Yas a divorciarte, te mudas de casa...?

—Si no te importa ya me irei después. Necesito que me averigües algo.

—Supongo que me darás alguna pista. A ver: ¿lo que tengo que averiguar es de color azul?

—Estoy buscando al propietario de un solar..., de una casa vieja en Les Corts. Diez mil duros si me lo tienes para antes del lunes.

Una cosa estaba clara: si *The First* ofrecía cincuenta mil pelas por un nombre es que esa información daba para hacer un negocio neto de varios millones. No debía de ser nada ilegal —*The First* no hace nunca nada ilegal—, pero apostaba a diez kilómetros: el perjudicado debía de ser un jubilado, un huerfano, la última foca monje del Mediterráneo.

Procuré exprimirlo un poco, la mala conciencia tiene un precio:

—Verás, es que ando ocupado estos días.

—¿Te estás dejando crecer las cejas? Cincuenta mil por un nombre con sus dos apellidos, ni un duro más. ¿Te conviene?

En media hora dos veces el mismo ultimátum. Perla vida.

—Necesito algo por adelantado.

—Te pagué los alquileres el día diez: no me digas que ya te has bebido ciento cincuenta mil pesetas...

—También compré el periódico y un tubo de dentífrico. Quiero veinticinco ahora.

—Quince.

Bué: hice gesto de transigir de mala gana. Él echó el sillón de ruedas hacia atrás y sacó del cajón del escritorio la caja del metálico. Tres mil duros eran muchos más de los que esperaba conseguir ese día, y empecé a hacer cálculos sobre la mejor manera de invertirlos mientras Miralles *The First* completaba la cifra a base de monedas de quinientas. A parte de la silueta modelada en el gimnasio más pijo del

barrio y el traje de buic con nombre de careto carpetovónico, era talmente el avaro de Dickens.

Di la vuelta a la mesa y me coloqué junto a él para recoger las monedas.

—Gracias, tete —dije, vocalizando lo mejor que puedo, que es bastante.

—Te he dicho mil veces que no me llames «tete».

—¿Crees que a mí me gusta?: lo hago sólo para molestarte.

Me tendió la dirección en un pòsit, haciendo un den-gue de asco:

—Y a ver si te duchas. Húeles mal.

Esperé a estar cerca de la puerta para contestar:

—Es el tufo de los Miralles, tete: a ti también te ronda.

Salí lo más rápido que pude para dejarlo rabiendo bajo su petaporté de Prudencio Botijero; alcancé a oírle algo, pero se le quedó la voz a mis espaldas.

Uno a cero a mi favor. Y quince mil pelas en el bolsillo.

Lo siguiente era pasarse por el súper a comprar algo. Me apetecía empapuzarme una fuente de espaguetis bien mojados en nata líquida, y por supuesto había que comprar una pieza de mantequilla de verdad para untar los cruasanes de Luigi. Todo eso se podía conseguir con mil pelas; el resto hasta las primeras cinco mil daba para patatas, huevos, cerdo con clembuterol y ternera de seso espongiforme. Otros cinco papeles iban a caer por la noche en el bar de Luigi; descontando lo que le debía ya sólo podría beber por valor de unas cuatro mil pelas, pero emborracharse en el bar de Luigi con eso es razonablemente posible, mucho más que en cualquier otro garito del barrio con los cinco boniatos enteros (eso sin contar con que a Luigi siempre se

Fernando Marías

La batalla de Matxitxako

La batalla de Matxitxako

Tratado de historia y geografía
Guerra de Matxitxako

Tratado de historia y geografía
Guerra de Matxitxako

© de la biblioteca de bolsillo
Biblioteca media

ISBN 84-304-3888-8

www.alianzaeditorial.es

ISBN 84-304-3888-8

ISBN 84-304-3888-8

ISBN 84-304-3888-8



El libro de bolsillo
Biblioteca media
Alianza Editorial

Biblioteca temática

y furia, golpea con ella las palabras escritas sobre la roca lisa. Intenta destruirlas, desfigurarlas, arrancas de su lecho de eternidad. Cuando comprende la inutilidad del esfuerzo, arroja la piedra a un lado y se dobla sobre la roca tallada. Ahora tal vez la besa. Y llora, llora, llora sobre ella. Llora hasta que el llanto, como antes el grito, lo agota.

Entre pucheros infantiles que hacen más dolorosa, patética, su figura vencida, se pone en pie y regresa por donde ha venido, hasta desaparecer en el bosque que rodea la playa.

La Gaviota, intrigada, se posa junto al desorden de huellas que, hasta la subida de la marea, constituirá el único recuerdo de lo que acaba de acontecer; se acerca a la roca, la observa.

Antes de alzar de nuevo el vuelo, mira las palabras escritas mucho tiempo atrás:

Aquí escribieron sus nombres

Jon Larraña y Santi Garaialde.

Los mejores pescadores

y amigos del mundo.

16 de junio, 1912.

1. ¿Qué es *e-xac-ta-men-te* un ensayo literario?

Buena pregunta, tío.

La repetiré para que no se escape ningún matiz.

¿Qué es *e-xac-ta-men-te* un ensayo literario?

Cuidado con el exactamente, es crucial; no sería lo mismo preguntar «¿qué es más o menos un ensayo literario?» o «¿qué es, así a ojo, y sin que me importe demasiado la respuesta, un ensayo literario?».

No, seriedad y rigor.

¿Qué es *e-xac-ta-men-te* un ensayo literario?

Sí, buena pregunta.

Trataba de hallar la respuesta sentada ante el ordenador portátil, bajo el ventanuco con rejas de la habitacioncilla sin más comunicación con el exterior donde, no por extravagancias de artista, sino por el disparatado alquiler de otros espacios más habitables, discurre mi existencia.

Escribía mi primer ensayo, un giro en mi carrera literaria determinado por las bajas ventas de las nove-

las a cuya escritura había dedicado mis mejores años; acababa de recibir la liquidación de los editores y, tío, qué depresión, todo ceros a la izquierda excepto un uno falsamente esperanzador que resultó ser el número de página, la única, en el ángulo superior.

La dichosa hoja, tan inocente en su sobrecito legalmente franqueado, me provocó el efecto de un grog checheno antes del desayuno. Y en ese instante decidí consagrar el resto de mi futuro a la filosofía y el pensamiento. ¡Probaría a escribir un gran ensayo! A ver cuánta pasta daba.

Llevaba trabajando toda la mañana, aunque el ensayo no tenía aún título ni tema definidos. El venetico, con su reja herrumbrosa, me había sugerido tres asuntos sobre los que trabajaba en paralelo, sin que mi codicia descartase la opción de escribir los tres a la vez:

1) ¡Orfanato infernal! *Inmersión en la mente del primer serial killer infantil*. (Desventajas: el niño *serial killer* no existía más que en mi imaginación, era el protagonista de una novela cuya escritura había abandonado al pasarme al ensayo. Ventajas: podía situarlo en Uruguay o Nueva Caledonia, donde –al precio que están los viajes– nadie iba a desplazarse para comprobarlo.)

2) ¿Son las grandes ciudades habitables? *Meditaciones de un realquizado*. (Ventajas: hablo yo

1. ¿Qué es *e-xac-ta-men-te* un ensayo literario?

mismo, con el consiguiente barniz de sinceridad desgarradora añadido, que tanto se lleva hoy. Desventajas: ¿habrá alguien a quien le interese mi sinceridad desgarrada?)

Y por último:

3) *La inspiración en San Luis Chiquitín, eremita, poeta, vegetariano y místico. ¿Qué le extasiaba?* (Ventajas: ninguna. Desventajas: hay que leer las obras de San Luis Chiquitín.)

Y así iba, bote que lleva la corriente, incesantemente arrastrado hacia el ensayo. Ya había logrado escribir dos capítulos, a base de acumular comas, adverbios y gerundios. Pero, chico, ahí me atasqué.

Y entonces llamaron a la puerta. Estiré el brazo y abrí.

Era José María Arrasadera Junior, productor de cine y de lo que haga falta, semimadrileño de pura cepa –«del mismo Sshamberi según se sale para Alusshe», especifica él con su peculiar arrastrar de eses–, mi mejor y en realidad único cliente, y a veces hasta mi amigo.

Dio un paso resuelto hacia el interior; a lo sumo, podía dar otros dos antes de recorrer en su totalidad el espartano nicho y toparse con la pared recubierta de papel pintado, con elefantes rosas en traje de primera comunión como motivo decorativo.

—Hombre, massho... Tú siempre escribiendo, ¿eh? Buen sshico, hay que producir, producir... Me mato a decirlo en mi tertulia. Y a ver, ¿quessesso-quesscribess?

—Un ensayo —respondí, huraño. Preferí ocultar que en realidad eran tres; cuatro, teniendo en cuenta que la entrada de José María Arrasadera Junior me había sugerido la escritura de *Ética y liquidez bancaria en el negocio audiovisual*, que él podría prologar.

—¿Un ensayo? ¡Sshorradass! —dijo despectivo, y sin más desconectó el cable de corriente del ordenador.

—¡¡¡Ehhhh!!! ¡Que no había salvado nada!

—Ssalvarlo... ssalvarlo... Ssi ssalta a la vissta que na-die lo va a leer... Esto, esto que traigo aquí ssí que ess mantequiya de la buena, con toda ssu nata.

Se dio dos golpecitos en la cabeza, que resonó croc, croc, abrió con desmesura los ojos y vocalizó muy lento y solemne; de haber llevado larga barba blanca y túnica, podría haber dicho «Hágase la luz» y yo habría mirado ingenuamente alrededor, esperando que la luz se hiciese. Pero no; en vez de eso dijo:

—Un trabajiyo nuevo... Tengo abajo la documentación.

—¿Do... documentación? —traté de aparentar indiferencia sin conseguirlo.

El término «documentación» me excita aunque no quiera. Casi siempre acaba por desembocar en esa

otra palabra que a veces, en la soledad de mi cubículo, pronuncio ante el espejo en voz baja y silabeando muy despacio, con los ojos clavados en la evolución de los labios y en el suave movimiento que tras ellos despliega la humedad salivada de la lengua: che-que... Casi ronroneé.

Me volví hacia José María Arrasadera Junior con los ojos obscenamente fruncidos, como un gato gordo en celo. Él, sabiéndome ya preso de la avidez, eligió dejarme cocer en el juego de la impaciencia y ojeó con indolencia mis notas manuscritas sobre la mesa, el inicio de la novela abandonada, *Memorias de Bartolo K., el niño serial killer*.

—¿Y qué dices que escribíass? A ver, a ver que lea... «Envenené a mi primera víctima, una bondadossa monjita que ningún daño me había heshso, el día que cumplí sseiss añoss. Mala ssuerte, ssor Mamen. Esstricnina en el yogur de muessli»... Tiene buena pinta —me miró y aprobó con un gesto; de pronto se le iluminaron los ojos y, como siempre que vislumbra un negocio inesperado, se le hinchó la vena en forma de símbolo del euro que tiene en la sien—. Oye, massho, esto sse lo podemoss colocar a Paco Plaza, que ssé por miss redes de Barcelona que está busscando ssinopssiss para una película de terror...

Se puso a hacer cálculos —el símbolo del euro bombeaba sangre en sus venas—, pero yo no le oía, extrañado en mi propia mezquindad.

—Docu... mentación... Docu... mentación —repetí con la lengua desmayada fuera de la boca; ya no era una pregunta, sino un estertor. No puedo evitarlo, me pongo así siempre que asoma en el horizonte una entrada imprevista de pasta.

José María Arrasadera Junior, al verme salivar, consideró que ya me había ablandado lo suficiente y abandonó por el momento el proyecto Bartolo-Plaza.

—Tienes razón, no nos distraigamos. Al tajo... Venga, coge el cepiyo de dientes —dijo mientras cargaba el ordenador bajo el brazo; viéndole actuar veían a la mente conceptos como expolio, rata o números rojos, pero ya era dueño de mi atención y mi persona. Y redondeó la faena con su siguiente frase:— Noss vamos a Lekeitio.

—¿Lekeitio? —pregunté, encandilado. ¿El trabajo era allí? ¿En serio?

José María Arrasadera Junior sonrió orgulloso y agitó afirmativamente la cabeza, que espolvoreó una nievecilla de caspa sobre la capa de polvo del suelo. Sabe que nunca me resistiría a un viajecito a Lekeitio, donde transcurrió parte de mi infancia... Sí, podía dar esa tregua a mi carrera de ensayista, a mi compromiso con la filosofía y el pensamiento. Cogí el cepillo de dientes y salimos en alegre trote. Fue en la escalera donde me dio la mala noticia.

—Tengo el coshe abajo.

—¿Tu... tu coche? —pregunté espantado—. ¿No hay otro medio de transporte?

Por toda respuesta, agitó el llavero luminoso con publicidad de Mantequerías Fulgen donde lleva engarzadas las llaves del Arrasssamóvil, como ingeniosamente —y alargando más de lo habitual las eses— lo llama. Es un viejo Mercedes repintado en dos llamativos colores del que guardo tristes recuerdos.

Una vez hube de realizar el trayecto Palafrugell-Rota agazapado en el maletero, debido a que inesperadamente se apuntó al viaje un cliente que bajo ningún concepto debía verme: la víspera, por razones de estrategia comercial, le habíamos hecho creer que yo era el agregado cultural de cierta embajada americana. Además —y esto fue lo realmente grave— prometimos entregarle un guión «apenas frenemos en la puerta del hotel de Rota», y hube de escribirlo en la oscuridad del maletero, dando tumbos y emitiendo horribles blasfemias que me limitaba a dibujar en los labios para que el cliente no me oyera a través de los desgarrones de la tapicería. En tal tesitura, cabe imaginar que el mensaje de ánimo que José María Arrasadera Junior me dedicó en la única parada que tuvo a bien hacer —unos golpes de nudillos en el capó y un escueto «¿vass bien?»— más que aliviarme me irritó. Y desde entonces no puedo subir al Arrasssamóvil sin marearme.

Pero las protestas fueron inútiles, y tras descartar la única otra opción —viajar en autobús pagando yo los billetes— subí al coche.

Cinco segundos después, el motor trucado del Arrasssamóvil rugía sobre el asfalto con nosotros a bordo.

—La cossa es cossa de ná, unoss guionciyoss para un musseo naval que van a abrir. Primero hay que ganar el concurso, clarosstá, pero eso déjalo de mi cuenta.

—¡Ah! ¿Pero encima no es seguro?

—Ssí, hombre, ssí... ¿No vess que jugamos con el factor emocional? Tú de pequeño ibass a Lekeitio de vacaciones, ¿quién mejor que tú para escribir lo que noss esshen? Y no veass la esstancia que nos vamoss a pegar. ¡A pan y cussiyo, massho! ¡A pan y cussiyo!

Ahí salté, enfurecido.

—¿Como el año pasado en la pensión Rockefeller's? ¿Eh?

Meses antes nos habíamos hospedado en cierto antro infecto y, al no poder pagar la cuenta por culpa de cierto error nunca aclarado del banco de José María Arrasadera Junior, tuvimos que asumir incondicionalmente el acarreo de los sacos de cemento y ladrillos necesarios para la restauración del sótano del establecimiento. Según José María Arrasadera Junior, esa tarea que hubimos de realizar codo con codo —y cuyo buen fin en ningún momento dejaron de vigilar, por turnos y provistos de mazas, los dueños del Rockefeller's— fortaleció nuestra camaradería, pero yo, menos romántico, llegué en algún momento a sospechar que lo que se pretendía era emparedarnos y abandonarnos allí, y desde entonces recelo de sus gestiones.

—Di, ¿como en el Rockefeller's?

Para cambiar de tema pegó un frenazo repentino, el primero del día; se trata de una especialidad suya que, astutamente dosificada al cabo del recorrido, marea y ablanda, con ayuda del tufazo de gasolina que transita desde el motor hacia el interior, a los «clientess y proveedoress que sse cierran en banda en lass negociacioness». Contribuían a mi vapuleo, de un lado, el riguroso *Arrogance pour homme* en spray con que José María Arrasadera Junior, fiel usuario del viril aroma, fumigó el interior del coche apenas cogimos la carretera y, de otro, la reproducción a todo volumen de su disco favorito: «Rossendo en directo desdde la cárcel de Carabansshel».

—Estoss tíoss, los clientess, con loss que voy a comer mientras tú esstudias la documentación, no han oído hablar jamáss de mi empresa Arrasaderassa, lo que es muy buena cossa porque...

Ahí me desmayé, noqueado por el cúmulo de adversidades medioambientales.

Cuando recuperé el conocimiento me hallaba en mi querido hotel Emperatriz Zita de Lekeitio, un lugar hermoso y sereno; uno, allí hospedado, lo único que desea es que no concluya la estancia. Pero ahora ocurría algo extraño: el hotel se hallaba al revés; es decir, el techo estaba donde se supone que debe estar el suelo y viceversa. Y además, todo se movía.

Mi mente extraviada reconoció de pronto una voz:

—¿Qué? —decía, refiriéndose claramente a mí; me conmoví como un perrillo—. ¿Sseesspabila o no sseesspabila? Essharle agua, massho, que tiene que poner-sse a trabajar.

—Parece que no —contestó un desconocido vozarrón masculino—. A ver si con unas bofetadas...

Traté de decirles que no era necesario, que ya me estaba despertando, pero cuatro guantazos, dos por mejilla, me estallaron en plena cara, volviendo a sumirme en las sombras.

Minutos después recuperé el conocimiento de nuevo. Esta vez, prudentemente, decidí no dar señales de vida.

El hotel seguía boca abajo y moviéndose. Ahora estábamos en la cafetería. Veía, invertida, la cristallera que da a la playa de Isuntza, que reconocí a pesar de hallarse el cielo en la parte inferior de mi ángulo de visión y las chicas en bikini arriba, mágicamente colgadas del techo de arena. En la barra, un camarero suspendido del suelo servía al revés un vino a José María Arrasadera Junior, que no podía ocultar su honda preocupación por mi estado.

—Esshe, esse sshacolí ssin miedo.

Poco a poco fijé la vista y pude deducir que reposaba, igual que un fardo, sobre el hombro de un tipo que me sostenía como a una pluma.

—Hmmm... —murmuré, cauteloso; pero nadie me oyó, ocupados como estaban en su refrigerio. Cuando apuraron el vino, siguieron con mi traslado: esca-

leras, un ascensor, el pasillo, una puerta abriéndose, una habitación y una frase amable, otra más:

—Tírelo ssobre la cama.

El coloso obedeció con tal entusiasmo que reboté sobre el mullico colchón y caí al suelo de cara, que es una forma muy precisa de caer: no de lado, sobre la oreja o de nuca... No: de cara. En medio de toda la carga. Contra toda la amplitud del suelo. Algo así como TGCATR-RR-KONK sonó dentro de mí, y también fuera. Perdí de nuevo el conocimiento.

Cuando, otra vez, lo volví a recuperar, me levanté de un salto y agarré por el cuello una botella, fieramente en guardia: mis salvadores podían seguir allí, y esta vez iba a vender cara mi piel.

Sin embargo, estaba solo. Lo verifiqué, abriendo de golpe los armarios y mirando bajo la cama, y solo entonces me relajé.

Sobre la mesilla había una nota de José María Arrasadera Junior:

«Macho, aquí te dejo La Documentación para que vayas hincándola mientras yo hago unas gestiones».

Miré a un lado y a otro sin ver libros, dossiers, vídeos o cualquier otra fuente de suministro de datos. ¿Dónde estaba la famosa «Documentación»? En el suelo había un típico folleto turístico en forma de tríptico. Lo recogí; si esa era «La Documentación», nos hallábamos ante un récord Guinness, el de «Do-

cumentación» Escueta. Pero no, informaba sobre el museo de inminente inauguración, ese sobre el que había que realizar el vídeo. Se llamaba Museo de la Batalla de Matxixako. Extraño, pensé: el cabo de Matxixako está unos kilómetros al oeste de Lekeitio, más próximo a Bermeo y Mundaka. ¿Por qué el museo no se ubicaba allí o tenía otro nombre? Del folleto se deslizó también un trocito de papel de periódico viejo, doblado en cuatro. Alguien había escrito encima la palabra «documentación». Ahora sí se trataba del récord Guinness.

Salí a la terraza, en la tercera y última planta del hotel. A mi izquierda estaba el puerto del pueblo, a la derecha la amplia playa de Karraspio y a mis pies la playa menor de Isuntza; y enfrente, la isla de San Nicolás, tan cercana a la costa que en marea baja se puede llegar hasta ella caminando. En medio del océano sería apenas un grano de arena; pero aquí, tan próxima, parece una isla de película de piratas, con su sendero ascendente, su bosquecito, sus árboles en la cima, sus leyendas sobre monasterios que en siglos pasados albergaron comunidades de leprosos, y sus gaviotas, siempre sus gaviotas... Mis hermanas y yo, de pequeños, inventábamos en la isla todo tipo de aventuras, y al mirarla desde la playa o desde cualquiera de los montes cercanos, veíamos siempre una pantalla de cine, un gran plano general en cinemascopio y música épica realizando la majestuosidad de la escena.

Aspiré el aire de mi infancia y desdoblé La Documentación.

Se trataba de una ilustración muy sencilla, de trazos casi infantiles, publicada por el periódico *Euzkadi* el diez de marzo de mil novecientos treinta y siete, en plena guerra civil. Representaba a un fornido anciano vasco de larga melena blanca y enorme *txape-la* que, aferrado al timón de una embarcación cargada de cartuchos de dinamita, se dirigía con resuelto gesto de furia hacia un gran barco de guerra en cuya cubierta, caricaturescamente erizada de cañones, un militar de uniforme miraba perplejo lo que se le venía encima. Se titulaba *La gesta del capitán Quintín Larraña*, y yo había visto hacia muy poco algo parecido, solo que boca abajo, en la cafetería del hotel, antes de perder el conocimiento por primera vez.

Me acerqué a la barandilla de la terraza para examinar con más luz *La gesta del capitán Quintín Larraña*. Y entonces, al levantar la vista, captó mi atención un elemento extraño sobre la isla.

Intrigado, doblé el dibujo y lo guardé en el bolsillo. De no haberme acercado a la barandilla no habría mirado hacia la isla, y de no haber mirado hacia la isla no habría visto el elemento extraño, y de no haber visto el elemento extraño nada de lo que pasó después habría pasado.

Pero me acerqué a la barandilla y...

En fin, así se escribe la historia.

ALBERTO MÉNDEZ

2^a DERROTA = 1940

O MANUSCRITO

ENCONTRADO EN

EL OLVIDO

EN

LOS GIRASOLES

CIEGOS

98

Este texto fue encontrado en 1940 en una brña de los altos de Somiedo, donde se enfrentan Asturias y León. Se encontraron un esqueleto adulto y el cuerpo desnudo de un niño de pecho sorprendentemente conservado sobre unos sacos de arpillera tendidos en un jergón; una piel de lobo y lana de cabra montesa, pelos de jibali y unos helechos secos les cobijaban. Los dos cuerpos estaban juntos y envueltos en una colcha blanca, «como formando un nido», reza el atestado, cuya limpieza contrastaba con el resto del habitáculo, sucio, maloliente y miserable. Resecos pero aún bebiendos, los restos de una vaca a la que le faltaba una pata y la cabeza. En 1952, buscando otros documentos en el Archivo General de la Guardia Civil, encontré un sobre amarillo clasificado como DD (difunto desconocido). Dentro había un cuaderno con pastas de hule, de pocas páginas y cuadrículado, cuyo contenido transcribo. Estaba enteramente escrito con una caligrafía meliflua y ordenada. Al principio la escritura es de mayor tamaño, pero poco a poco se va reduciendo, como si el autor hubiera tenido más cosas que contar de las que cabían en el cuaderno. A veces, los márgenes aparecen ribeteados por signos imprevisibles o comentarios escritos en otro momento posterior.

Esto se deduce en primer lugar por la caligrafía (que como digo se va haciendo cada vez más pequeña y minuciosa) y en segundo lugar porque refleja claramente estados de ánimo distintos. En cualquier caso recojo estos comentarios en sus páginas correspondientes. El cuaderno fue descubierto por un pastor sobre un taburete bajo una pesada piedra que nadie hubiera podido dejar allí descuidadamente. Un zurrón de cuero vacío, un hacha, un camastro sin colchón y dos pocillos de barro sobre el hogar apagado es lo único que inventarió el guardia civil que levantó el atestado. Del techo colgaba un sencillo vestido negro de mujer. No había más señal de vida, pero el informe sí recoge —y eso es lo que me indujo a leer el manuscrito— que, en la pared, había una frase que rezaba: «Infame turba de nocturnas aves». El texto es éste:

PÁGINA 1

Elena ha muerto durante el parto. No he sido capaz de mantenerla a este lado de la vida. Sorprendentemente el niño está vivo.

Ahí está, desmadrado y convulsivo sobre un lienzo limpio al lado de su madre muerta. Y yo no sé qué hacer. No me atrevo a tocarlo. Seguramente le dejaré morir junto a su madre, que sabrá cuidar de un alma niña y le enseñará a reír, si es que hay un sitio para que las almas rían. Ya no huiremos a Francia. Sin Elena no quiero llegar hasta el fin del camino. Sin Elena no hay camino.

¿Cómo se corrige el error de estar vivo? ¡He visto muchos muertos pero no he aprendido cómo se muere uno!

PÁGINA 2

No es justo que comience la muerte tan temprano, ahora que aún no ha habido tiempo para que la vida se diera por nacida.

He dejado todo como estaba. Nadie podrá decir que he intervenido. La madre muerta, el niño agriadamente vivo y yo inmóvil por el miedo. Es gris el color de la huida y triste el rumor de la derrota.

(Hay un poema tachado del que se leen sólo algunas palabras: «vigoroso», «sin luz» (o «mi luz», no está claro) y «olvidar el estruendo». Al margen y con letra más pequeña hay una frase: «¿Es este niño la causa de la muerte o es su fruto?».)

PÁGINA 3

Quiero dejar todo escrito para explicar a quien nos encuentre que él también es culpable, a no ser que sea otra víctima. Quien lea lo que escribo, por favor, que esparza nuestros restos por el monte. Elena no pudo llegar más lejos y el niño y yo queremos permanecer a su lado. Sólo soy culpable de no haber evitado que ocurriera lo ocurrido. No aprendí a sortear la pena y la pena me ha amputado a Elena con su dalle. Además yo sólo sé escribir y contar cuentos. Nadie me enseñó a hablar estando solo ni nadie me enseñó a proteger la vida de la muerte. Escribo porque no quiero recordar cómo se reza ni cómo se maldice.

¿Cómo puede terminar una historia tan hermosa en una montaña sacudida por el viento? Es sólo octubre pero aquí arriba el otoño se convierte en invierno cada noche.

El niño ha llorado todo el día, con una fuerza sorprendente. Ha conseguido que piense en él, aunque he clavado mi mirada en el rostro de Elena muerta y he pasado toda la mañana sin prestarle atención. Ahora caigo en que no he derramado ni una sola lágrima, probablemente porque el llanto del niño es suficiente. Y necesario. Yo no hubiera conseguido llorar con tanto consuelo, no hubiera logrado gritar con tanta rabia. Elena ha sido

llorada sin mi esfuerzo. ¿Cómo puede llorar un hombre y desvanecerse al mismo tiempo? Ahora parece que el niño ha perdido los sentidos. Me he acercado a mirarle y he comprobado que aún respira, aunque, al intentar moverle, he tenido la sensación de que alguien le había arrancado el esqueleto.

PÁGINA 4

He observado atentamente el rostro blanco de Elena. Su palidez ya no es tan macilenta como en el momento de la muerte. Sencillamente ha perdido todos los colores. Quizás la muerte sea transparente. Y heladora. Durante las primeras horas he sentido la necesidad de mantener su mano entre las mías, pero poco a poco me he encontrado unos dedos sin caricias y he sentido miedo de que fuera ése el recuerdo que quedara grabado en mi piel insatisfecha. Llevo varias horas sin tocarla y ya no soy capaz de reposar junto a su cuerpo. El niño sí. Ahora yace exhausto acurrucado junto a su madre. Por un momento he pensado que pretendía devolver el calor al cuerpo inerte que le sirvió de refugio mientras duró el zumbido de la guerra.

Sí. Hemos perdido una guerra y dejarnos atrapar por los fascistas sería lo mismo que regalarles otra vez otra victoria. Elena ha querido seguirme y ahora sabemos que nuestra decisión ha sido errónea. Quiero pensar que jamás se cometió un error tan generoso.

Debimos hacer caso a sus padres, a los que pido perdón por permitir que Elena me acompañase en mi huida.

Que te quedes, no te harán daño, le dije. Que te siga. Que me maten. Que me muero. Hablábamos de la muerte para dejar la vida al descubierto. Pero nos equivocábamos. Nunca debimos emprender un viaje tan interminable estando ella de ocho meses. El niño no vivirá y yo me

dejaré caer en los pastos que cubrirá la nieve para que de las cuencas de mis ojos nazcan flores que irriten a quienes prefirieron la muerte a la poesía.

¡Miguel, se cumplirá tu profecía!

¿Dónde estarás ahora, Miguel, que no puedes consolarme? Daría una eternidad por poder escuchar otra vez tus versos líquidos, tu palabra templada, tus consejos de amigo. Quizás tanto dolor me convierta en un poeta, Miguel, y puede que ya no tengas que rezumar tanta benevolencia. ¡Recuerdas cuando me llamabas el arquero proletero? Elena te quería por eso y te seguirá queriendo aunque esté muerta.

PÁGINA 5

¿Hubiera preferido Elena que separara al niño de la placenta que le rodea, atara su cordón umbilical con uno de mis botas e intentara que humilláramos a los vencedores con la vida germinal de la revancha? Pienso que ella no hubiera querido un hijo derrotado. Yo no quiero un hijo nacido de la huida. Mi hijo no quiere una vida nacida de la muerte. ¿O sí?

Si el dios del que me han hablado fuera un dios bueno, nos permitiría elegir nuestro pasado, pero ni Elena ni su hijo podrán desandar el camino que nos ha traído hasta esta braña que será su sepultura.

Esta madrugada me venció el sueño y me quedé dormido apoyado en la mesa. Me despertó el llanto del niño, ahora menos vigoroso, más convalescente. Su rabia de ayer me producía indiferencia, su lamento de hoy me ha dado pena. No sé si es que estaba aturrido por el sueño y el frío o que a mí también comienzan a faltarme las fuerzas al cabo de tres días sin comer nada, pero lo cierto es que, impensadamente, me he encontrado dándole a chupar un

trapo mojado en leche desleída en agua. Al principio no sabía si vivir o dejarse llevar por mi proyecto, pero al cabo de un rato ha comenzado a sorber el líquido del trapo. Ha vomitado, pero ha seguido chupando con avidez. La vida se le impone a toda costa.

Creo que ha sido un error tenerle en brazos. Creo que ha sido un error alejarle un instante de la muerte, pero el calor de mi cuerpo y el alimento que ha logrado ingerir le han sumido en un sueño desmadrado y profundo.

PÁGINA 6

Con unos sacos para el heno he hecho una cuna abrigada y la he cubierto con la colcha de ganchillo heredada de su abuela y que Elena insistió en llevar consigo como si en ella estuviera resumido su pasado. No es ya tan acogedora como lo fue cuando compartamos la huida pero da calor al niño y es probable que aún quede algo en ella del aroma de su madre.

Debo confesar que no he soportado la comparación de la vida y de la muerte.

Verles a los dos en la misma cama, boca arriba, Elena tan acabada y él tan sin hacer, ha sido como trazar una raya entre lo verdadero y lo falso. Repentinamente la muerte era muerte, nada más que muerte, sin los candores del cuerpo, sin lo animal de la vida. Un cadáver, al cabo de tres días, es un mineral sin la humedad del aliento, sin la fragilidad de las flores. Ni siquiera es algo indefenso. Es algo que no puede sentirse acorralado y, sin embargo, se agazapa como si quisiera pasar desapercibido. Un cadáver, al cabo de tres días, es sólo soledad y ni siquiera tiene el don de la tristeza. Al niño se le está secando el cordón umbilical. Y llora.

(Alrededor de este texto hay un dibujo muy sutil en el que se adivina una estrella fugaz, o la representación infantil de

un cometa, que choca violentamente contra una luna menguante que llora.)

PÁGINA 7

No he comido. Aún tengo un poco de pan seco y unas conservas de pescado que trajimos en la huida. El niño ha vuelto a tomar leche desleída. Parece que se sacia. Hoy enterraré a su madre junto al roble. No tengo fuerzas para ordeñar las vacas pero se están poniendo enfermas y sus mugidos tampoco me dejan pensar en Elena. Quisiera que subieran del valle a recoger el ganado para no tener que decidir si me alimento o me dejo caer rodando muerto abajo. Pero, en este tiempo de horror, incluso el ganado está resolviendo la vida a su manera. Mientras no llegue el invierno estos animales ignorarán que existe el lobo, el frío y la correlación de fuerzas. Hoy por hoy, estamos corriendo la misma suerte. Las cuatro o cinco que deben ser ordeñadas morirán si alguien no lo hace. ¿Cómo ha podido desaparecer quien las cuidaba, justo ahora? Pero eso qué más da en estos tiempos tan aciagos. Además, mientras tomo una decisión, necesitare leche para el niño.

Llueve. Mejor así. Nadie se atreverá a subir hasta esta braña con un tiempo tan desapacible. He logrado acorralar dos vacas. Una de ellas tiene mastitis. Tendré que matarla para que no sufra. Hoy el niño ha comido tres veces.

PÁGINA 8

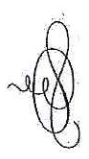
Ayer enterré a Elena bajo un haya. Es más frágil que el roble y más desvenajada. El ruido de la tierra cayendo sobre su cuerpo rígido y el olor de su cuerpo en descomposición provocaron en mí un llanto tan sofocante que por un momento tuve la sensación de que también yo iba a morir. Pero morir no es contagioso. La derrota sí. Y me

PACO GÓMEZ
ESCRIBANO,

"YONQUI"

UN ATRACO FRUSTRADO Y EXILIO EN LA ELIPA

8



Hacía ya un par de semanas que el mono había creído conveniente acomodarse en mi cuerpo, pero yo lo combatía a rajatabla. Todavía me quedaba el suficiente caballo del palo que le dimos a la piba en el *descampao*, la movida de la Celsa, por si no se acuerdan. Cierro es que llevamos jaco y perico a Soria, y que ese había *volado*. Afortunadamente, no habíamos *llevao* todo.

También tenía, todavía la suficiente pasta como para "no trabajar", pero ya se sabe, la cabra tira al monte. Así que un día planeamos un atraco a la gasolinera de Vicalvaro. El Nani le hizo un puente a un SEAT 131 supermini-raftori. Yo iba de copiloto. Atrás, el Pumby y el Conejo. La cosa era sencilla, lo habíamos hecho otras veces. El Conejo llevaba una escopeta de cañones *recortados* y el Pumby un revólver. El Nani y yo esperábamos en la puerta con el carro en marcha.

Pasamontañas y demás parafernalia.

Desde fuera pudimos escuchar las voces del Conejo.

—¡Danos toda la pasta, hijoputa, o te reviento los sesos! Procedimiento estándar. Normalmente, un nota al que le apuntaban con una *recortá* y se le amenazaba con revientarle la cabeza se cagaba por las patas abajo. A veces se paralizaban y eras tú el que tenías que entrar a la caja registradora o donde coño tuvieran el dinero y cogerlo porque el madero no se podía ni mover. Lo de cagarse, a veces, era literal, porque se podía oler el hedor.

La movida salió mal. En la gasolinera estaba el típico madero de paisano fuera de servicio que lleva la pipa en la sobaquera y se le mete en la cabeza hacerse el héroe.

Y tiró de pipa y soltó un «hijos de puta, tirad las armas o monto una masacre».

Y el Conejo que le suelta un carnuchozo con la *recortá* en el hombro.

Y el madero que dispara su pipa mientras se va cayendo para atrás y le mete al Conejo en una pierna.

Y el Pumby que agarra al Conejo de un brazo y le saca para fuera.

Y el Conejo sangrando como un cerdo que no puede salir al *buga* que ya iba en marcha porque el Nani quería salir por patas.

Y el madero que sale con la pipa y empieza a dispararnos.

Total, que nos rompe la luna de atrás y la de delante y salimos echando hostias con el Pumby arrastrando los pies

por el asfalto y vemos que el madero tiene encañonado al Conejo después de habernos *disparao* un cargador de su arma reglamentaria.

Filamos la carretera de Vicálvaro en dirección al barrio. Al llegar a la altura del cuartel del Ejército de Tierra, escuchamos las sirenas. El Nani giró por Uliada y pasamos por el taller de un colega para pillar gasolina. Tampoco era plan de ir a una gasolinera a comprarla y que dentro de un rato el *gasolinero* les dijera a los maderos que habían estado tres minutos pillando gasolina con un coche robado.

Después de lo del taller, nos fuimos al campo, y rociamos el carro con la gasolina. Le metimos fuego y nos fuimos andando para el barrio, pero *separaos*. La pasma, tarde o temprano iba a venir a por nosotros. No porque el Conejo cantara, que no iba a cantar por muchas hostias que le dieran, sino porque sabían que, al menos yo, era su colega. Y yo tampoco iba a cantar, antes me metería un tiro en la cabeza que chivarme a los maderos. Así que acordamos no decir nada, no saber nada, no hacer nada. Ya nos veríamos.

Pasé por casa, no podía ir por ahí sin el caballo. Ahora ya no. Le dije a la vieja que lo mismo estaría fuera unos días. Estaba frente a la tele, viendo un concurso, con la botella de Terry a medias. Si me escuchó, no lo sé. Yo me fui.

Eché a andar sin una idea clara de a dónde ir o de qué hacer. Tenía pasta, pero no podía ir a un hotel ni nada de eso con dieciséis años. Así que cogí la P-9 y me fui a la Cruz de los Caídos. Allí, al lado del cine Las Vegas había unos billares. Compré una cerveza, tabaco y anduve por allí más de

una hora jugando a las máquinas. Después me acordé de una tía mía por parte de padre que vivía en Quintana. Hacía mucho que no la veía, pero era una opción, así que tiré por la calle Alcalá. En media hora estaba frente al SEPU. ¡Anda que no habíamos robado veces el SEPU mis colegas y yo!

A casa de mi tía me había llevado varias veces mi viejo cuando era pequeño y él aún vivía. Pero todas las jodidas calles eran iguales. Acostumbrado al barrio, con tantos espacios abiertos, aquello me parecía un jodido laberinto. Se hizo de noche y empecé a temblar. Me metí en un portal y me di un pico.

Es curioso cómo el caballo te quita las preocupaciones de un plumazo. Después del flipé inicial del pico que, ya digo, cada vez me hacía menos efecto, empecé a importarme una mierda lo de encontrar la casa de mi tía. De hecho, me importaba una mierda todo. Bueno, todo no, porque empecé a pensar en quién podría haberse cargado a la Charo. Ya me enteraría. Y no le iba a denunciar.

Me hice un porro y me fui a un banco de un parque a fumármelo, con un litro de Mahou. Había comprado un bocata de calamares en un bar que me comí después de fumarme el perca. Los petas siempre dan hambre. Mientras comía, estudié el percal del pequeño parque.

Dos mendigos dormían sobre papeles de periódicos en dos bancos.

Dos perros callejeros con más cruces que el cementerio de la Almudena follaban tan tranquilos en la hierba. Me hizo gracia pensar en que la perra se quedara embarazada

e imaginar qué coño de cruce iba a salir de allí, aunque después sentí lástima por los cachorros.

Una vieja vagabunda arrastraba un carro de la compra atado con cuerdas en donde transportaba sus pertenencias. Iba chillando improperios e insultando a gente que solo veía ella.

Tres notas intentaban atracar a un retórico *pirinqua* que atravesaba el parque con una mochila. Flipé con la escena, porque el nota, en vez de acojonarse, les hizo frente. Le metió un puñetazo a uno de ellos. Debí de romperle las narizas, porque sangraba que te pasas. A otro le dio una parada en los huevos. El tercero le sacó un corte mientras el menda estaba de espaldas interesándose por el de la nariz rota. Me pareció extraño que el colega se preocupara por unos tíos que le iban a atracar, no lo comprendí. Como tampoco entendí al maricón que le iba a apuñalar por la espalda.

No me lo pensé. Me fui para allá. Le podía haber metido, pero como había cogido la pipa, se la puse en la sien. —¿Qué vas a hacer, mariconas? —le dije—. Tira el corte o te vuelvo la cabeza.

El nota flipó en estereó. Tiró el corte al suelo.

—Hay que ser muy *biyoputa* para hacer lo que ibas a hacer. ¿O es que eres marica?

La fusca hizo el efecto que yo esperaba. El nota tiró el corte al suelo y se metió en los pantalones.

—¡Venga, fuera de aquí! Si os vuelvo a ver os capto, cabrones.

Se fueron corriendo.

Jon Idigoras

Edición a cargo de Fermín Munárriz

El hijo de Juanita Gerrikabeitia



Había un tercer capítulo referente a la readmisión de los trabajadores despedidos en el curso de los conflictos laborales, así como la petición de amnistía para los presos políticos. Añadimos además la exigencia de libertades democráticas para dar a las reivindicaciones un carácter socio-político y antifranquista amplio.

Fue un número significativo de empresas en el Duranguesado y Zornotza las que se sumaron a la petición, teniendo en cuenta que no apoyaban ni el PCE, ni CONE, ni UGT, ni ELA-STV. En Zornotza, concretamente, pararon, como siempre, Izar, una parte de Forjas de Amorebieta, Aluminio Galicia, Agría Hispania y algunos pequeños talleres.

Después de varios días de huelga y de acoso de la Guardia Civil, se lograron algunos avances en los aumentos salariales. Esta vez no hubo despedidos como consecuencia de la huelga y, en cuanto al reconocimiento de los delegados nombrados en asamblea, se creó una curiosa situación. No se reconocía oficialmente esta representatividad, sin embargo, los delegados podían formular las peticiones de la asamblea transmitiéndolas al jurado de empresa y éste se las trasladaba a la parte empresaria, es decir, no se desautorizaba al jurado de empresa, pero su función se limitaba a la de recaudista de los delegados de la asamblea. A pesar de todo, era un avance, teniendo en cuenta que el régimen no estaba dispuesto a prescindir de uno de sus pilares, el Sindicato Vertical, como órgano de control de la clase trabajadora.

De todas formas, la dirección de la empresa, con su jefe de personal a la cabeza, no estaba dispuesta a dejar pasar la protesta de los trabajadores sin algún tipo de represalia. No se atrevían a los despedidos por el momento y prefirieron la intimidación, así que la Guardia Civil de Zornotza nos detuvo a unos cuantos trabajadores de Izar y nos condujo ante el inefable capitán Hidalgo.

Capítulo 18

El capitán Hidalgo

Con su cara achinada, gafitas de intelectual *trotsko* y andando a saltitos como los gorriones, Hidalgo se acercó acompañado de sus hombres de confianza, harto conocidos en la zona por su sarna y brutalidad: Cara burro, El Salas, El Quique y otro pequeño con cara de ratón, al que precisamente le conocíamos por El Rata, unos personajes cómicos a la vez que siniestros, que formaban un buen conjunto con su adorable capitán.

Me dio un golpe en la cara, que pretendía ser «cariñoso».

«Supongo que sabes quién soy —me dijo—, pues no es la primera vez que nos vemos y creo que, a partir de ahora, nos vamos a ver muchas veces».

A continuación, entró en escena El Salas, también bajo de estatura, que hacía ostentación de su pistola metida en la cintura.

«Oye, Edígoraz —comenzó con su gracioso ceceo andaluz—, tú te cree mu lizto, pero a nozotro no noz engañaz, lo zabemo tó. ¿Verdá, mi capitán? Azín que va a pazá toda la fábrica por el cuartel».

A decir verdad, en aquel momento no me hacía ninguna gracia el ceceo aquel, pero a partir de entonces algunos compañeros me solían llamar de cachondeo *Edígoraz*.

Pero retomando el interrogatorio de Hidalgo y sus hombres, la situación siguió de la siguiente manera:

«Capitán Hidalgo. —No sé que pensar de ti: o eres tonto o estás loco, pues acabas de salir de la cárcel y ya vuelves a las andadas».

Edígoraz. —Mire usted, quizá no lo entienda, pero no hago más que defender mis intereses y los de mis compañeros trabajadores y, si eso es estar loco, reconozco que estoy «de atar». Le diré algo más: también defendemos los intereses de esos trabajadores que, como ese ayudante suyo (refiriéndome a El Salas), han venido desde Andalucía o Extremadura a ganarse la vida, con la diferencia de que él (su ayudante) se ha metido guardia civil y se dedica a detener a los que luchamos por el bienestar de los pobres. Podían ustedes detener al gerente o al jefe de personal, que se están forrando a costa nuestra.

El Salas. —¡Cállate xá, que tú no eres trigo limpio y noz va a tené que aclará mucha más cozaz! ¿Me entiendes?

Cara Burro. —Claro que sí. ¿No te dice nada 'cantera de Le-mona'? ¿Dinamita? ¿Qué me dices de esto?

Edígoraz. —Como no hables más claro, no sé qué me quieres decir. De todas formas, sólo puedo responder a lo que hago en Izar S.A.

El Salas (agarrándose del cuello y acercando su cara a la mía). —No te paze de lizto, ten por cuenta que noz va a contá tó, ¿entendió?

Capitán Hidalgo. —Bueno, muchachos, ahora tenemos que irnos, pero no te preocupes —me dijo—, volveremos más tarde».

Nos volvieron a encerrar en las celdas, alguna de las cuales eran cuadras de caballos. Los interrogadores volvieron, ¡cómo no!, a eso de las dos de la madrugada. Sin pérdida de tiempo, me condujeron a presencia de nuestro íncito personaje. Estaba sentado en la mesa. Había colocado la pistola al alcance de la mano; el tricordio descansaba al otro lado de la mesa. El capitán se reía, se reían todos y se traían un gran cachondeo. Comentaban algunas detenciones que habían hecho pocas horas antes por la zona de Mungia. El Salas fanfarroneaba sobre el susto que le había dado a alguien cuando le puso la pistola en la cabeza...

«Capitán Hidalgo. —¿Qué tal te han tratado por aquí? ¿Te han dado de comer? (Lo noté enseguida: «rateaba» al hablar, estaba borracho como una cuba y se reía como un energúmeno).

Oye, Idígoras, hoy hemos hecho una buena limpieza, ¿verdad, muchachos? Hemos detenido a unos cuantos socios tuyos y les va a caer un paquete de la hostia, pues les hemos pillado con las manos en la masa. ¡No vamos a dejar ni uno!

Edígoraz. —Por muchos que detengáis, no vais a acabar con todos, pues cada día saldrá más gente, contesté en un arranque de vergüenza torera.

Cara Burro. —No te preocupes, que pronto os va a tocar el turno a vosotros y te vas a cagar por las patas, hijo de puta.

Capitán Hidalgo. —Bueno, bueno, un poco de calma. No os pongáis así, que hoy es mi cumpleaños y lo hemos de celebrar. Trae una copa para Idígoras, —ordenó a uno de sus subalternos.

Edígoraz. —Lo siento, pero yo no tengo nada que celebrar y menos con ustedes.

Capitán Hidalgo. —Pues nada, chicos. Tenemos que irnos. A éstos los soltarán por la mañana, pero ya tendremos ocasión de charlar de nuevo».

Salieron de la habitación, pero un momento después el capitán entró de nuevo de manera precipitada, acompañado por sus muchachos.

«Idígoras —me dijo—, antes de irme quiero decirte algo: mira, me caes bien y veo que entiendes mucho del tema, así que el día que Euskadi sea independiente (soltó una carcajada) yo seré el presidente y tú mi brazo derecho, pues somos los dos que más entendemos de esto. ¿Qué te parece?». Entre carcajadas que celebraban la ocurrencia del jefe, el grupo desapareció.

Nos pusieron en libertad por la mañana, aunque volvíamos a traspasar en muchas ocasiones aquella odiosa puerta del «Todo por la Patria» adornada con los colores de «la estaquera» o «*piper pole*», que es como llamábamos a la bandera española.

El capitán Hidalgo se había propuesto, y en cierta medida lo había conseguido, ser la pesadilla en toda la zona de su jurisdicción. Le gustaba ser odiado, temido y mantenernos en tensión constante. Aparecía inesperadamente acompañado por sus gorilas en Zornotza, Arratia, Durango o Bermeo, lo cual era el preludio de una casi segura redada esa misma noche; incluso se hacían apuestas al respecto. Era curioso, pues sus apariciones eran casi siempre espectaculares, a la hora del txikiteo, que coincidía con la salida de las fábricas y era el momento en que

las cuadrillas nos juntábamos para comentar las incidencias del día. Sabía ante qué cuadrillas presentarse y la nuestra era, sin duda, una de sus preferencias. Su entrada en el bar solía ser como en las películas de vaqueros. Se colocaba en un extremo de la barra, rodeado de sus matones, y nos miraba a todos sonriente y desafiante. De pronto, levantaba la voz y le decía al camarero: «Saque una ronda de vinos a aquella cuadrilla del fondo –en referencia a nosotros–, invita el capitán Hidalgo». Se hacía un silencio expectante, en el que se oía hasta el zumbido de una mosca. Estábamos ya acostumbrados a estas actuaciones de Hidalgo y unas veces decíamos al camarero, con voz lo suficientemente alta para que lo oyese todos: «Gracias, pero no aceptamos esta invitación». Otras veces optábamos por esperar a que sacasen los vinos y dejarlos sobre el mostrador y salir a la calle. En cualquiera de los dos casos, teníamos la seguridad de haber asestado un buen golpe a la soberbia del capitán.

El capitán Hidalgo era, sin duda, un paranoico peligroso que se había rodeado de un equipo de confidentes y colaboradores. Fue el inductor de las numerosas acciones que los llamados incontrolados llevaron a cabo en toda su jurisdicción. En Zornotza, concretamente, contaron con una buena infraestructura, que comenzaba por el propio alcalde, Agustín Uribe, *Cartuño*, su cuñado y su entorno, todos ellos de ideología franquista ultra.

Habían volado el coche de Pedro Berrio, habían puesto una bomba en la cafetería Venecia, habían lanzado bombas lacrimógenas en varios bares del pueblo, había habido alguna paliza nocturna... Todo esto nos llevó a crear piquetes de autodefensa y patrullas que recorrían el pueblo para hacer frente a cualquier ataque de aquella gentuza. Aquel grupo de matones había ametrallado también la oficina de la Caja Laboral Popular, pero todavía no me explico con qué objeto. La cuestión es que los autores fueron detectados por un piquete y se dio la voz de alarma. Fueron acorralados en el centro del pueblo y dispararon sus pistolas para abrirse paso. Abandonaron sus armas y fueron perseguidos por varios piquetes hasta que se refugiaron en el cuartel de la Guardia Civil. No había pasado una hora de aquello cuando una compañía de la Guardia Civil ocupó prácticamente todo el pueblo.

Esta vez Hidalgo no dio la cara. Eran del cuartel de La Salve, de Bilbao, al mando de un capitán, los que ocuparon la localidad. Se creó una situación bastante difícil. Por un lado, la compañía de la Guardia Civil, con su capitán al frente, y por otro la-

do doscientos o trescientos vecinos. El capitán pidió hablar con alguien y nos adelantamos varios «delegados». Sin preámbulos, el capitán nos exigió la inmediata entrega de las armas que habíamos confiscado a los «incontrolados». Nuestra respuesta fue exigir la entrega de los individuos para ponerlos, junto con las armas, a disposición judicial. Fue un diálogo de sordos. Como es natural, ellos no nos entregaron a sus compinches y, por supuesto, nosotros no les entregamos las armas, que fueron depositadas al día siguiente en el Juzgado de Durango. La Guardia Civil, ante la actitud firme de la gente, no tuvo más remedio que retirarse con el rabo entre las piernas y creo que, por primera vez, se había conseguido mediante la acción popular hacer frente a los elementos parapolitiales. Un periódico de Bilbao tituló al día siguiente: *Amorebieta, Fuenteovejuna contra los incontrolados*. Creo que fue un buen título. La respuesta del capitán Hidalgo fueron varias detenciones los días siguientes al suceso. Era su venganza.

A pesar de todo, los atentados continuaron en la zona de Gernika, Arratia, Durango... y la saña y prepotencia del capitán Hidalgo quedaron reflejadas en varias «hazañas», entre ellas, el asalto en Gernika a la casa del matrimonio Iñaki Garai y Blanca Salegi, en la que se albergaban algunos miembros de ETA. En el asalto mataron, sin ningún miramiento, al matrimonio. Al huir, uno de los miembros de ETA disparó sobre sus perseguidores y mató al guardia Domingo Sánchez. Poco más tarde, el militante vasco Jesús Mari Markiegi, *Motriko*, fue localizado herido en un caserío de Ajangiz y, sin ninguna intención de detenerle, los guardias le acribillaron a tiros directamente. Su cuerpo tenía más de 40 impactos, y fue expuesto desnudo durante todo el día frente al cuartel de la Guardia Civil de Gernika.

También existe la convicción de que fueron guardias civiles del cuartel de Gernika bajo las órdenes del capitán Hidalgo los que perpetraron el asesinato de Iñaki Etxabe, hermano de Juan José Etxabe, en el restaurante que regentaba en el alto de Kanpazar.

Así era el perfil del tristemente famoso torturador que durante unos años impuso la ley de la selva de la represión. Hidalgo se llamaba a sí mismo *Capitana Gernikako*, en una especie de «alarde» de sus conocimientos de euskera. Es otro más de la larga lista de personajes siniestros que pasarán a la historia más negra de nuestro pueblo. Le he perdido la pista. La última noticia que tuve de él es que estaba como inspector en el ferrocarril

de La Robla y hoy posiblemente viva en Zamora o León, formando parte de las listas electorales de algún partido «democrático» español.

El mes de marzo volvimos a llamar a la huelga general. El régimen franquista quería demostrar su firmeza ante las movilizaciones que se estaban produciendo y ejecutó dos nuevas penas de muerte. El anarquista catalán Puig Antich y el preso común Heinz Chez, apátrida, fueron ejecutados mediante el garrote vil.

A pesar de los esfuerzos desarrollados, la huelga general tuvo poca incidencia y sólo se lograron algunos paros aislados en nuestra zona. En este caso fueron las universidades las que respondieron con una huelga general.

Una primavera agitada

Fue una primavera muy agitada y las movilizaciones y huelgas se generalizaron en casi toda Bizkaia. Se negociaban los convenios colectivos y se planteaba también una batalla general para rechazar los jurados verticalistas e imponer la representación directa de las asambleas de fábrica.

También en nuestra zona se generalizaron los conflictos y fue el caso de la empresa Indar, de Berriz, en la que habían sido despedidos 108 trabajadores por salir a la huelga, lo que desató una amplia respuesta de solidaridad en todo el Duranguesado.

En Izar volvimos a salir a la calle y ello motivó la entrada brutal de la Guardia Civil en los talleres. Les hicimos frente con barras de hierro y con todo lo que pillamos a mano, pero al final, consiguieron desalojarnos. Esa misma noche fuimos detenidos diez trabajadores, interrogados y golpeados por los sicarios de Hidalgo.

Después de tres días de asambleas, se decidió volver al trabajo, pero con once despedidos, a los que la empresa no se avisó de readmitir bajo ningún concepto. La historia se volvía a repetir. La patronal quería desembarazarse de todos aquellos elementos conflictivos dentro de cada empresa y para ello contaba con un buen aliado, que actuaba en paralelo al Sindicato Vertical. Era la Magistratura de Trabajo, a través de la cual se despedía legalmente a cualquier trabajador no deseado por la patronal. En ella tenía una destacada relevancia un elemento esencialmente fascista: el magistrado Trueba, oriundo de la zona de

Carranza. Gracias a él y a los juicios farsa, muchos trabajadores fueron despedidos y los empresarios descubrieron un buen sistema para poder hacer «limpiezas» periódicas y deshacerse de todos aquellos trabajadores que pudieran crear problemas.

Sin embargo, no todo eran malas noticias. También de vez en cuando recibíamos alguna pequeña satisfacción. El Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA) de Portugal se había rebelado contra el régimen dictatorial de Marcelo Caetano, sucesor de Oliveira Salazar, y desde un principio contó con el apoyo de los más amplios sectores populares del país luso, hartos ya de tantos años de dictadura y pobreza. La Revolución de los Claveles, como se bautizó este movimiento, estuvo encabezada por varios generales de prestigio, entre ellos Antonio Spínola, que como más tarde se comprobó, se sumó a la rebelión precisamente para frenar sus efectos. Posteriormente fue destituido. Pero quien más empeño demostró fue el almirante Rosa Coutinho, *El almirante rojo*, que dio a la Revolución de los Claveles un verdadero carácter socialista. Sin embargo, poco duró el entusiasmo y las esperanzas de los sectores populares portugueses, pues una revolución, aunque fuera con claveles y no sangrienta, no estaba bien vista por las «democracias occidentales». Era un mal ejemplo y una tentación que había que descartar, de forma que era necesaria la «reconstrucción del proceso» portugués hacia el modelo democrático al uso en Occidente. Además, existía el peligro de que en España, país fronterizo, con una dictadura que preparaba su continuidad maquillada y consensuada con algunas fuerzas de oposición, pudiera cundir el ejemplo. De esta forma, desde la Casa Blanca yanki y las cancillerías democráticas europeas aconsejaron desmontar el MFA y conducirlo hacia el proceso electoral, donde Mario Soares se encargaría de que Portugal no fuera más allá de lo permitido por el sistema capitalista internacional.

Conocí al almirante Rosa Coutinho unos años después y reconozco que me impresionó su fuerte personalidad y, sobre todo, el alto concepto de solidaridad que tenía con los pueblos oprimidos. Creo que entre nosotros se generó un sincero vínculo de amistad y, por mi parte, de admiración hacia este hombre, con el que volví a encontrarme, siempre con ocasión de algún acto de solidaridad internacionalista.

Me apena hablar de estas situaciones esperanzadoras que luego se ven frustradas en función de los intereses del sistema capitalista y de los gestores de las democracias occidentales.

El Club de los Poetas Hiperviolentos

Juan Cruz López



POETAS HIPERVIOLENTOS

un disfraz distinto. Ella utilizó su mutismo, tal vez para ocultar lo que no podría ser dicho de una forma veraz. Ya no me creo con derecho a juzgarla. Quizá me protegí al mentirme.

EL CLUB DE LOS POETAS HIPERVIOLENTOS

La verdadera historia del Club de los Poetas Hiperviolentos empieza donde empieza otra historia, otra historia no tan singular, pero casi, nos referimos a la historia del Club de los Poetas Violentos; una historia de poetas, filosofía, cine y, sí, algo de violencia. Una historia que pareciera hecha a medida de sus protagonistas: un grupo de jóvenes nacidos en la periferia de una ciudad española durante los últimos años del siglo XX. Empecemos. Tenemos entre quince o veinte nombres. La mayoría tienen de veinte a treinta años. Estudian carreras de letras y trabajan en sitios tan dispares como un horno de pan, un restaurante vegano, una academia de idiomas o un laboratorio de pinturas para coches. Como hijos de su tiempo, son jóvenes despreocupados o, en otro sentido, preocupados en exceso, y les resultan raros, rarísimos, a sus padres, que les miran sin saber muy bien ni quiénes son. Casi todos creen en el amor y todos en la literatura, aunque de muy distintas formas. También creen, sin excepción alguna, en el sexo, aunque este no sea asunto de creer o no creer. Y casi todos, por no decir la totalidad, se sienten desgraciados y a la misma vez felices, tipos con suerte, aunque

vistos desde fuera pareciera lo contrario. Hablamos, pues, de poetas predispuestos al dolor y al exceso, al dolor y al amor, la violencia, la calma y la búsqueda de la Verdad (de la suya, aunque la escriban con mayúscula).

Estos son los quince o veinte nombres que tenemos. Ahora vamos a ver qué hacían unos días antes de constituirse como el Club de los Poetas Violentos, que es de donde parte todo. Bien. Al principio decíamos que esta historia tenía mucho que ver con el cine y ahora comprobéis por qué. Efectivamente, los poetas violentos, antes de ser violentos, eran poetas cinéfilos, aunque esta sería una de las veinte máscaras del grupo. Todos los miérbcoles quedaban en una pequeña biblioteca de un barrio periférico de la ciudad que prestaba su espacio a grupos con inquietudes culturales. Allí reservaban una sala dotada con una pantalla y un pequeño proyector. Se iban turnando a la hora de elegir las cintas. Después, ya por las noches, se desparramaban por los bares donde solían comentar la sesión.

Pues bien, todo esto empezó uno de aquellos miérbcoles. Habían quedado para ver *El Club de los Poetas Muertos*, el clásico de Peter Weir. Vieron la película en el más absoluto de los silencios, algo que no era demasiado habitual, y cuando terminó, apagaron el proyector y salieron de la

sala sin abrir la boca. Ya en la calle, sin embargo, fue V quien dijo, mientras se encendía un cigarrillo con una seriedad que a todos les pareció extrema, que, si él hubiera sido el profesor de esa pandilla de poetas pijos, les hubiera hecho comerse sus poemas de mierda a base de hostias. Todos le dieron la razón con ligeros gestos de asentimiento, pero permanecieron callados. Sin embargo, al llegar a uno de los bares donde se solían reunir, empezaron, al ritmo con el que bebían cerveza, a despotricar contra los chavales que en la película formaban el Club de los Poetas Muertos y contra el profesor que interpreta Robin Williams y, sobre todo, contra el imbécil — fue así como lo llamaron todos — que al final de la película se suicidaba por la mala relación que tenía con sus padres. Un gilipollas, dijo S, que se muere sin haber peleado en serio.

Al poco tiempo, ya medio borrachos, empezaron a alzar la voz. Algunos clientes, sintiéndose algo intimidados, se marcharon del local. Otros se apartaron para hacerles sitio. La mayor parte de la clientela, sin embargo, permaneció atenta. A ellos les daba igual. Lanzaban improperios contra el Club de los Poetas Muertos y se reían a carcajadas, peleando por ver quién decía la mayor barbaridad. Siguieron así hasta que el camarero, harto de tanto escándalo, les dijo que se callaran y

no armaran bronca, que la gente se estaba yendo del bar porque no le gustaba la gente violenta. Fue justo en ese momento cuando N alzó su vaso de cerveza y propuso un brindis por el Club de los Poetas Violentos. Chocaron sus vasos y, a partir de ahí, la bola echó a rodar.

Esa misma semana, después de haber estado varios días sin dar señales de vida, V y Z citaron a todos los miembros del club en una cafetería del centro. Allí acudieron con un fanzine recién creado, de nombre *Ordalía*, que contenía al menos un poema de cada uno de los quince poetas que habían brindado aquella noche. Un fanzine bajo cuyo título, un título que hacía pensar en el fuego y la sangre, pero sobre todo en el fuego, se anotaba que aquella ínfima revista, de apenas veinte páginas, era el órgano de expresión del Club de los Poetas Violentos. Al instante pusieron un bote para hacer fotocopias. Finalmente, el primer número del fanzine contó con una tirada de cien ejemplares. T se encargó de repartir cinco copias a cada uno de los poetas del club y de guardar unas pocas para futuros recitales. Con aquel fanzine había nacido, de facto, un nuevo grupo poético en la ciudad.

En base al primer número de aquella primera publicación, sabemos que el Club de los Poetas Violentos estaba formado por quince poetas,

once hombres y cuatro mujeres, aunque se conoce la existencia de otros elementos, apenas unos cinco o seis poetas más, que sin ser miembros del grupo, apoyaban desde fuera la actividad del colectivo. Era una especie de grupo de apoyo logístico, pues la mayoría de sus integrantes, aun siendo buenos poetas, por distintas razones no deseaban publicar sus poemas y mucho menos recitar en público.

Después de la creación de *Ordalía*, una mañana, en la cafetería de la universidad, cinco de los poetas violentos asumieron la tarea de redactar un manifiesto con los principios fundacionales del grupo; un manifiesto incendiario, parecido a todos los manifiestos incendiarios de las vanguardias del siglo XX, pero, al fin y al cabo, su propio manifiesto, sin el que creían imposible empezar a funcionar como grupo poético (violento). Ese manifiesto, que era ambiguo, brillante y a la vez oscuro, muy denso, sedujo a la mayoría de los poetas violentos y funcionó como carta de presentación del colectivo en los distintos foros en los que, entonces sí, entraron como elefante en una cacharrería.

Los poetas violentos diseñaron un programa de trabajo, así lo llamaron, con dos líneas básicas de desarrollo. La primera, la de trabajo exterior, se bifurcaba a su vez en otras dos líneas, la de trabajo

destrutivo y la de trabajo constructivo. Por trabajo destructivo entendían todas las acciones, poéticas o no, encaminadas a combatir lo que ellos llamaron poesía enemiga o poesía de la cobardía. Básicamente, la estrategia para acabar con este tipo de poesía pasaba por destruir, solo en su plano poético, a los poetas que la practicaban, es decir, a los poetas cobardes; luego diremos cómo. Por otro lado, la línea constructiva se basaba, valga la redundancia, en la construcción de un referente poético distinto, que levantarían con ayuda de otros grupos poéticos de lo que ellos llamaron la poesía valiente, y la consolidación de ese referente a partir de la aplicación de un programa de actividades que también veremos a continuación. Por el contrario, la segunda línea básica, que se puede entender como un segundo frente, y que sería la que ellos llamaban de trabajo interno, se basaba en la sistematización de toda una serie de rituales y prácticas grupales que fortalecerían la coherencia de su discurso poético y servirían de espacio para el debate interno.

Para explicar todo lo que acabamos de contar, lo mejor será narrar qué es lo que hicieron los poetas violentos en sus primeros meses de vida. A grandes rasgos, durante esas primeras semanas se dedicaron a boicotear recitales de poetas de la cobardía de muy diversas formas. Antes de que fueran demasiado conocidos, haciendo ruidos

molestos o preguntas estúpidas en recitales y en presentaciones de libros. También hicieron carteles, repartieron panfletos e incluso hicieron pintadas denunciando a los que llamaban poetas municipales, poetas de la cobardía, poetas culeros o, sencillamente, poetas de mierda. Las más de las veces, este tipo de actos les granjeó un buen número de oportunidades para partirse la cara, si no con los poetas a los que atacaban, sí con el coro de replicantes y burócratas de los que se rodean siempre. Aunque a decir verdad, estas broncas casi nunca se tradujeron en peleas reales, con puños y sangre, sino, más bien, en cruces de insultos y acusaciones gratuitas para los que los poetas violentos, que eran hijos de la peleona clase baja local, estaban especialmente dotados.

Por otra parte, su línea constructiva se basó en la organización de numerosos recitales, conciertos (boicoteados frecuentemente por la policía municipal) o espectáculos performativos de más o menos éxito que pronto se convirtieron en la comidilla de la ciudad. También realizaron murales, pintadas, editaron *plaquettes*, libelos, opúsculos... Organizaron encuentros con otros grupos afines, acampadas, proyecciones de poesía visual, talleres de toda clase e incluso alguna excursión nudista. Por supuesto, siguieron publicando *Ordalia*, que con el paso del tiempo se convirtió en una revista con cierto seguimiento

en la ciudad. Para finalizar, cerraron el primer año de actividad con la publicación de un libro de poemas colectivo editado por una editorial independiente que apostó por ellos. El libro se llamaba *Poesía incandescente: una antología poética del Club de los Poetas Violentos*, y logró agotar las dos primeras ediciones, de quinientos ejemplares cada una, en apenas nueve meses.

Con el paso del tiempo, los planes del grupo se fueron cumpliendo y su discurso poético, también sus maneras de hacer, se hicieron un hueco cada vez más grande, ya no solo en el panorama literario de su ciudad, sino de todo el país. Eran buenos poetas, poetas jóvenes con ganas de escribir y de vivir y de hacer cosas, y los viejos poetas, desunidos por inquinas personales y al abrigo de las instituciones municipales, se acabaron desentendiendo de ellos, de los poetas violentos, sin darse cuenta de que aquel grupo de chavales les estaba removiendo el asiento y, más pronto que tarde, acabaría con todos.

A los tres años, el Club de los Poetas Violentos recibió una oferta de la universidad de su ciudad: la financiación de una edición bimensual de mil ejemplares de la revista *Ordalia*, que también sería distribuida por todo el país. Poco después, los miembros del club hicieron una escapada al campo. Allí, algo achispados tras beberse un par

de cajas de cervezas, improvisaron una especie de asamblea en la que discutieron si aceptar o rechazar la oferta de la universidad. Tras deliberar un rato, se acabaron poniendo encima de la mesa tres propuestas, que en realidad no eran sino tres maneras distintas de entender el Club de los Poetas Violentos y más allá de eso, tres maneras de entender la poesía misma.

La primera, defendida por R y su compañera U, era lo que ellos llamaron la propuesta realista, y consistía en aceptar cualquier tipo de subvención pública, a la par que apostaban porque el club asumiera las consecuencias lógicas —así lo dijeron— de haber abandonado definitivamente la oposición poética.

La segunda propuesta, que fue defendida aquella noche por un más que sobrio C, secundado a su vez por S, G y N, se resumía en adoptar lo que ellos llamaron una posición bizarra, y que, según dijeron, consistía en tener un pie dentro y otro fuera de las instituciones, para captar recursos con los que fortalecer la maquinaria poética del club, que aún tenía muchos enemigos que vencer (no se dijeron cuáles), y de paso amplificar posibles audiencias.

La tercera postura, que fue defendida por V, F y E, y que fue conocida por el ochenta por ciento del grupo como la propuesta radical

(aunque sus promotores la llamaron la única propuesta violenta de verdad), estaba en contra de cualquier tipo de apoyo institucional y a favor del recrudescimiento de la vía destructiva contra otros grupos a medio camino entre la poesía valiente y la poesía de la cobardía; grupos que llamaron tibios o no posicionados y que, según palabras textuales de V, había que exterminar como cucarachas, puesto que constituían la cantera natural de la poesía cobarde.

Aquella asamblea fue clave porque supuso el punto de partida de nuestra historia, que, no lo olvidemos, no es la historia del Club de los Poetas Violentos, sino la historia del Club de los Poetas Hiperviolentos; aunque de aquella reunión no solo nacieron ellos, sino varios grupos más. Hagamos un breve repaso.

De la postura llamada realista, defendida por R y su compañera U, nació la primera escisión: el Club de los Poetas Reivindicativos. Estos cultivaron un tipo de poesía, digámoslo así, socialdemócrata, que pronto llamó la atención del ala izquierda de la poesía cobarde. Precisamente, apenas un año después, el Club de los Poetas Reivindicativos se fusionó con uno de los sectores izquierdistas de la poesía cobarde, formando el Grupo Poético "Cambio", que alcanzó cierta solera en sus primeros años y

que luego se dedicó a vegetar al amparo de una institución política sempiternamente progre.

El segundo grupo, y mayoritario, asumió la postura defendida por C, S, G y N, la conocida como posición bizarra. Este grupo, formado por ocho miembros de los quince del principio, siguió ostentando el nombre Club de los Poetas Violentos, continuó editando la revista *Ordalía* (con la subvención de la universidad) y jugó un papel bastante destacado en la renovación del mapa poético nacional. Algunos de sus miembros ganaron algunos premios prestigiosos y la mayoría no tuvo demasiados problemas a la hora de publicar en editoriales de cierto prestigio.

De la tercera postura, la que V, F y E defendían, y que ellos conocían como la auténtica propuesta violenta, aunque el resto la llamasen la propuesta radical, salieron, a diferencia de las propuestas anteriores, dos grupos distintos. El primero, integrado por E y K, fue el Club de los Poetas Terroristas, que pronto abandonó la poesía y se dedicó al vandalismo cultural. Uno de sus miembros ha sido recientemente condenado a cuatro años de prisión por estragos y delitos contra la propiedad privada. Del otro miembro de esta facción, apenas si se sabe algo, aunque en su día se oyeron rumores sobre su presunta integración en una secta política de carácter

grupuscular e ideología maoísta, secularmente infiltrada por la policía.

El segundo grupo desgajado de la propuesta radical, y este es el que nos interesa, fue integrado por V, F y P, y durante más de un mes discutió como denominarse. V y P, que eran admiradores de Kubrick y que habían visto más de veinte veces *La naranja mecánica*, apostaron porque el grupo se llamara el Club de los Poetas Ultraviolentos; pero F, al que ni tan siquiera le gustaba el cine, sugirió un nombre parecido, en concreto, el Club de los Poetas Hiperviolentos. Finalmente, y como deferencia hacia el siempre díscolo F, V y P aceptaron que el grupo se llamara así: el Club de los Poetas Hiperviolentos.

Durante varios meses, los tres discutieron qué podían hacer para tratar de visibilizar su propuesta poética, ética y estética, pero constantemente se daban de bruces con el muro de la realidad, de las circunstancias. Y es que el Club de los Poetas Violentos, desde su posición bizarra, se estaba comiendo el mundo, trabajando seriamente y con ganas de acabar con la poesía cobarde sin traicionarse en lo fundamental (y lo fundamental para ellos no era recibir una ayuda de la universidad, sino algo más cercano a la poesía, a lo que se dice y a la forma en que se hace, es decir, algo más cercano al texto poético). Por otro

lado, los vándalos irrecuperables del Club de los Poetas Terroristas también les estaban comiendo terreno, pues estos últimos se habían tirado a la calle y a los bares desde bien temprano, copando ambos espacios.

En esa situación de impotencia se encontraban cuando un día, sentados frente a un café, V, P y F decidieron que había que ser realistas, pero que había que hacer algo con lo que se sintieran identificados y que pudiera visibilizarlos de una vez. Fue entonces cuando V pensó que no estaría mal editar un fanzine de —así lo dijo él— una calidad soberbia, que luego podrían repartir en bares y recitales donde, al menos, cierta gente lo leería con interés, convirtiéndose, de facto, en su primera audiencia, la primera audiencia real de la nueva poesía hiperviolenta.

Durante más de dos meses estuvieron intentando cerrar aquella pequeña revista con la que pretendían salir a la luz pública. Había pasado bastante tiempo desde la asamblea de ruptura y el resto de grupos se había movido con celeridad. Ellos tres eran los únicos que seguían sin haber dado el primer paso.

Una noche, tibia y pegajosa como todas las de aquel verano, a eso de las dos de la mañana, los tres tomaban cerveza mientras hablaban del último recital del Club de los Poetas Violentos;

un recital, les dijeron amigos no posicionados, más que digno, emocionante, sencillo pero con fuerza; un recital de poesía valiente que no había dejado indiferente a nadie. Como decíamos, los tres poetas hiperviolentos hablaban de esto, entre melancólicos y dolidos, ya medio borrachos, cuando un borracho del todo se acercó a su mesa y le pidió a V, de muy malos modos, esa es la verdad, que le diera un cigarro. V le dijo que se lo daba si se lo pedía de otra manera, pero el borracho le contestó que si no se lo daba le iba a partir la cara, a lo que V contestó diciendo que a ver si tenía huevos de rozarle. Entonces, el borracho le soltó a V un puñetazo en la mandíbula que, de manera sorprendente, el poeta supo encajar, devolviéndole un par de puñetazos que dejaron al borracho rodando por el suelo. No obstante, el tipo no había quedado noqueado del todo y quiso levantarse, aunque no lo consiguió, porque F, en el momento en el que el borracho se reincorporaba, le pegó una patada en las costillas que sonó de una manera espantosa y que hizo que toda la gente del bar guardase una especie de silencio alucinado.

Unos días después, los poetas hiperviolentos se juntaron en una cafetería y hablaron de la pelea. V y P confesaron que era la primera vez que se habían peleado a puñetazos; la primera

vez, y esto lo dijo V, que se enfrentaba a alguien de forma violenta. F le preguntó que cómo se sentía y V le dijo que se sentía bien, aunque le dolía un poco la mandíbula. F, por el contrario, dijo que se había peleado muchas veces y que casi siempre las peleas las había provocado él, pero que hacía mucho tiempo que no le pegaba a nadie y que la poesía, a pesar de ser un antiguo poeta violento (y ahora hiperviolento), le había cambiado, volviéndole un tipo más reflexivo, calmado y bastante manso, aunque a raíz de la pelea con el borracho —continuó— se había dado cuenta de que no había cambiado tanto y eso le preocupaba, porque no se podía vivir siendo el canalla que había sido antes.

Pasaron las semanas y siguieron lidiando con el fanzine. Corregían una y mil veces los tipos de letra, ajustaban los márgenes, cambiaban las citas, los dibujos, los poemas... El tiempo pasaba y nunca lo veían bien. Hasta una tarde de invierno en la que supieron que lo habían conseguido. Después de meses de trabajo, al fin tenían el fanzine impreso entre las manos. Cada uno lo leyó de cabo a rabo. Leerlo en papel no era lo mismo que hacerlo en la pantalla del ordenador y se sintieron muy satisfechos: buenos poemas, buenas ilustraciones, y un buen diseño; en definitiva, una revista con la que se tendría que contar.

Esa misma noche, salieron a celebrarlo. Los tres poetas hiperviolentos se tiraron a la calle sabiendo que allí estaba el principio de un camino nuevo que les apetecía recorrer, a pesar del tiempo (ya no eran tan jóvenes) y a pesar de las dificultades (se habían multiplicado los enemigos). Fueron de bar en bar, barajando las próximas actividades que podrían organizar, hablando, sin saberlo, del valor de la poesía o, más que del valor de la poesía, del valor de los poetas, de los poetas de verdad; porque creían, y eso sí que lo dijo V, que los poetas tienen una lengua con un millón de papilas gustativas más que un ciudadano normal o que un poeta cobarde; un millón de papilas gustativas en una lengua social, que sabe, siente y padece. Un tipo con agallas es el poeta de verdad, dijo F. Un tipo que sabe lo que hace y que se lo juega todo a una carta, añadió P. Un tipo violentamente humano, sentenció V.

Salían del último bar cuando, al cruzar una esquina, creyeron ver al tipo con el que se habían peleado hacía unos meses. Ninguno pudo asegurarlo y por eso no le hicieron demasiado caso. De todas formas, estaban contentos, muy contentos, y era difícil que alguien les aguara la noche. Habían hecho planes y acababan de sacar su primer fanzine. Se llamaba *Guerra Abierta* y estaban convencidos de que causaría impacto,

porque, como hemos dicho antes, el suyo era un fanzine soberbio, de contenidos rompedores, y eso no podía negarlo nadie.

En esas estaban, buscando otro bar, cuando, de una esquina que había quedado a su espalda, salieron seis tipos con caras de malas pulgas. Uno de ellos era el borracho con el que se habían peleado hace unas semanas y que entonces, casi sin mediar ni una palabra, se lanzó a por ellos acompañado de sus cinco amigos. Uno de ellos, el más corpulento, le dio un puñetazo en la cara a V, que cayó medio desmayado al suelo. Otro agarró a F de los brazos y el borracho le dio un par de puñetazos en el estómago y luego otro en la cara que le reventó el pómulo. A P, que en la tangana anterior ni siquiera había participado, le pegaron una patada en las costillas y cayó de espaldas en la acera, donde le remataron con un puñetazo en la nariz que podría haberlo matado pero que solo lo dejó inconsciente. En poco tiempo, los tres poetas habían rodado por el suelo. Entonces el borracho cogió el fanzine, que se le había caído a F y lo miró por encima; luego hizo un gesto de asco y lo rompió justo delante de V. Los pedazos se los tiró a la cara. El borracho se dio la vuelta y V, semiinconsciente, intentó levantarse. El borracho y sus amigos se le quedaron mirando. V movió la boca y pudo

decir algo. Una frase que apenas pudieron oír, pero que luego, ya consciente del todo pero roto por el dolor, les escupió mirándoles a los ojos. El borracho le preguntó qué decía y V le dijo que eran unos mierdas, que nunca entenderían nada. En ese momento, F, que estaba tirado en el suelo al lado suya, comenzó a reírse, aunque muy débilmente. El borracho lo agarró del cuello y le dijo que se callara la boca, pero F le dijo que se fuera a tomar por culo, que a él no le callaba nadie. Entonces, uno de aquellos matones le pegó una patada en el estómago y F se encogió de dolor, escupiendo sangre sobre la acera. Pero lo que no esperaban aquellos tipos es que V se acabara levantando justo cuando ya se iban. Lo que no esperaban es que V los mirase, uno a uno, y que antes de recibir el último puñetazo, les dijera, con la cabeza alta, desafiante, y aún con la boca ensangrentada y rota, que ellos eran poetas hiperviolentos y que no les vencía nadie. Literalmente: «Hijos de puta, nosotros somos poetas hiperviolentos. Y no nos vence nadie¹».

¹ De *Guerra Abierta* solo se publicó un número. A día de hoy, los tres poetas hiperviolentos se hayan desperdigados, y en realidad perdidos, en varios países del norte de Europa. Nadie les busca, nadie les echa de menos. Siguen escribiendo, leyendo y viendo películas, pero hace mucho tiempo que no se pelean con nadie, y mucho menos por cuestiones relacionadas con la literatura. Los tres son felices y, también a su manera, siguen siendo valientes. Sobreviven como pueden. No tienen miedo.

che il «cugino» corteggiasse la signora Liliana per... ma sì!... per averne favori di denaro. Ciò lo mise in furore: un furore segreto e dissimulato, un dubbio, naturalmente. Un dubbio perfido però... che gli faceva dolorar le tempie, un dubbio dei più ingravalleschi, dei più donicciani.

All'anulare destro, sulla mano bianca dalle lunghe dita di signore, che gli servivano da scotere la sigaretta, er signorino ci aveva un anello: d'oro vecchio, assai giallo: magnifico: un diaspro sanguigno nel castone; un diaspro ovale con una cifra a matrice. Forse il sigillo di famiglia. Gli sembrava, a don Ciccio, al di là dal velo delle parole e del contegno, che ci fosse della freddezza, tra lui e il Balducci... «Giuliano è tutt'occhi e tutto attenzioni per la cugina,» pensò Ingravallo, «per quanto signore.» La Gina non l'aveva neppur guardata, dopo una stretta di mano di dovere. Fece solo una carezzaccia alla canina: che da quei bèf bèf così stizzosi, cattiva! trascorse ad alcuni ringhi decrescenti, come d'un temporalino in ritirata, e alfine si chetò.

La signora Liliana pur con qualche sospiro mal rattenuto (a giorni) sotto le trasvolanti nubi di tristezza, era, era una desiderabile donna: tutti ne coglievano l'immagine, per via. All'imbrunire, in quel primo abbandono della notte romana ch'è così gremito di sogni, rincasando... ecco dai cantoni de' palazzi e dai marciapiedi le fiorivano incontro omaggi, o singoli o collettivi, di sguardi: lampi e lucide occhiate giovanili: un sussurro, talora, la sfiorava: come un'appassionata mormorazione della sera. A volte, ad ottobre, da quel trascolorare delle cose e dal tepore dei muri emanava un inseguitore improvvisato, Ermes con brevi ali di mistero: o, forse, da strani erebi ceteri materiali risalito a popolo e ad urbe. Uno più pomice dei tanti. E più scemo... Roma è Roma. E lei pareva compiere al somaro, così gloriosamente sospinto dietro a fortuna da quelle gran vele delle orecchie: d'una occhiata fra sdegnosa e misericorde, fra gratitudine e sdegno pareva chiedergli: «Mbè?» Donna quasi velata ai più cupidi, di timbro dolce e profondo: con una pelle stupenda: assorta, a volte, in un suo sogno: con un viluppo di bei capelli castani che le irrompevano dalla fronte; vestiva in modo ammirevole... Aveva occhi ardenti, soccorrevoli, quasi, in una luce (o per un'ombra?) di malinconica

fraternità... All'annuncio un po' canoro e un po' pecoraro dell'Assunta: «C'è er signorino Giuliano», gli pareva, all'Ingravallo, ch'ella avesse come trasalito: o arrossito, anche: d'un rossore «sottocutaneo». Impercettibilmente.

Quando i due agenti gli dissero: «Se so' sparati a via Merulana: ar ducentodicinnove: su le scale: ner palazzo de li pescicani...», un fiotto di sangue incuriosito, forse angosciato, gli inondò il ventricolo di destra. «Ducentodicinnove?» non poté a meno di chiedere: pure, in tono distratto. E ricadde subito in quella tale specie di sonnolenza lontana, ch'era, in lui, la maschera del senso d'ufficio. Intanto gli entrò nella stanza il capo della investigativa. Aveva il *Messaggero* ancora indelbato e un petalo, un solo petalo bianco all'occhiello. «Sciure 'e mändurlo,» pensò Ingravallo interrogando il superiore con gli occhi. «Il primo della stagione. Mo ce pàveno pure ll'ammenole.» «Ci andate voi, Ingravallo, a via Merulana? Vedete nu poco. Na fesseria, m'hanno detto. E stamatina, con chell'ata storia della marchesa di viale Liegi... e poi 'o pasticcio ccà vicino, alle Botteghe Oscure: e poi chillo buchè 'e violette: 'e ddoje cugnat e 'e ttre nepote: e poi avimmo de pelà la coda dell'affare nuosto: e poi, e poi,» si portò una mano alla fronte, «mo ce vo, chella scocciatura d' 'o sottosegretario. Fin a 'ncoppa a 'a capa, ve dico. Sicché faciteme 'o favore, jàtece vuje.»

«Jàmmoce,» disse Ingravallo, e poi borbottò: «Jamecene», e prese giù, dal piolo, il cappello. Il male infitto cavicchio si disincastrò e cadde al suolo, come ogni volta, indi rotolò per un pezzetto; lui lo raccolse, rificcò la radichetta mencia dentro al buco: e con la manica dell'avambraccio, quasi fosse una spazzola, diede una lisciata al cappello nero, così, lungo il nastro. I due agenti gli andaron dietro, quasi per un tacito ordine del commissario-capo: erano Gaudenzio, noto alla malavita come er Biondone, e Pompeo, detto invece lo Sgranfia.

Saliti sul PV e discesi appunto al Viminale, presero il tram di San Giovanni. Sicché in una ventina di minuti raggiunsero il civico ducentodicinnove.

Il palazzo dell'Oro, o dei pescicani che fusse, era là: cinque piani, più il mezzanino. Intignazzato e grigio. A giudicare da

quel tetro alloggio, e dalla coorte delle finestre, gli squali dovevano essere una miriade: pescecarnucoli di stomaco ardente, quest'è certo, ma di facile contentatura estetica. Vivendo sotto l'acqua d'appetito e di sensazioni fagiche in genere, il grigiore o certa opalescenza superna del giorno era luce, per loro: quel po' di luce di cui avevano necessità. Quanto all'oro, be', sì, poteva darsi benissimo ciavesse l'oro e l'argento. Una di quelle grandi case dei primi del secolo che t'infondono, solo a vederle, un senso d'uggia e di canarinizzata contrizione: be', il contrapposto netto del color di Roma, del cielo e del fulgido sole di Roma. Ingravallo, si può dire, la conosceva col cuore: e difatti un lieve batticuore lo prese, ad avvicinare coi due agenti la ben nota architettura, investito di tanta e tanto risolutiva autorità.

Davanti al casermone color pidocchio, una folla: circonfusa d'una rete protettiva di biciclette. Donne, sporte, e sedani: qualche esercente d'un negozio di là, col grembiule bianco: un «uomo di fatica» e questo col grembiule rigato, e col naso in veste e in colore d'un meraviglioso peperone: portinaie, domestiche, ragazzine delle portinaie che strillavano «a Peppi!», maschietti col cerchio, un attendente saturo d'arance, prese in una sua gran rete, con in cima i ciuffetti di due finocchi, e di pacchi: due o tre funzionari grossi, che in quell'ora matura agli alti gradi avevano appena disciolto le vele: diretti, ciascuno, al suo ministero: e un dodici o quindici tra perdigiorno e vagabondi vari, diretti in nessun luogo. Un portalettere in istato di estrema gravidanza, più curioso di tutti, dava, della sua borsa colma, in culo a tutti: che borbottavano mannaggia, e poi ancora mannaggia, mannaggia, uno dopo l'altro, mano che la borsona perveniva ad urtarli nel didietro. Un monello, con serietà tiberina, disse: «Sto palazzo, dentro c'è più oro che monnezza.» Tutt'attorno, la fascia delle ruote delle biciclette, come un derma sui generis, pareva rendere impenetrabile quella polpa collettiva.

Aiutato e quasi preceduto dai due agenti, Ingravallo si fece largo. «A polizzia,» disse qualcuno. «Fa' passà lo Sgranfia, a maschié... Addio, Pompè! Che, l'hai agguantato, er ladro?... Mo c'è er bionno...» Il portone socchiuso era guardato da un brigadiere di pubblica sicurezza del commissariato San Gio-

vanni. La portinaia, vistolo «transitare», lo aveva chiamato al soccorso: poco dopo il fatto, e poco avanti il sopravvenire dei due della mobile, cioè Gaudenzio e Pompeo: lo conosceva da un pezzetto, per via delle denunce di locazione e del registro degli inquilini. Il fattaccio era occorso un'ora prima, ch'era poco dopo le dieci: a un'ora incredibile! Nell'andito e in portineria un'altra piccola folla, inquilini dello stabile: il cicaleccio delle donne. Ingravallo, seguito dalla portinaia e dai due, e dai commenti di tutti, «a polizzia, a polizzia», salì al terzo piano, scala A, dove abitava la derubata. Giù seguì la gran ciarla: le voci spiegate o addirittura canore delle femmine, emulate da qualche trombone maschio, a quando a quando ne venivano addirittura sopraffatte: come le cervici chine delle vacche dalle gran corna del toro: la ragione della folla raccoglieva i trefoli delle testimonianze iniziali, dei «giuro che l'ho visto»: principiava a intortigliarli in un epos. Si trattava di un furto, più precisamente di una rapina a domicilio, manu armata.

Una cosa piuttosto grave, per vero. La signora Menegazzi, poco dopo lo spavento, era anche svenuta. La signora Liliana si era «sentita male» a sua volta, appena uscita dal bagno. Don Ciccio raccolse e verbalizzò sui due piedi quanto poté raccogliere, del fiotto irrompente, da quel primo testimoniale: principiò dalla portinaia, concedendo alla Menegazzi il tempo di pettinarsi e agghindarsi un poco: in suo onore, si sarebbe detto. Aveva carta e stilografica, omise i: «Gesù, Gesù mio bello! Sor commissario mio!» e altre interiezioni-invocazioni di cui la «signora» Manuela Pettacchioni non tralasciava d'inzeppare il suo referto: un drammatico racconto. Il portiere coniuge, fattorino alla «Centrolatte Fontanelli», sarebbe rinca-sato alle sedici.

«Gesummia! Prima aveva sonato alla sora Liliana...» «Chi?» «Ma l'assassino...» «Ma qua' assassine si nun ce sta 'o muorto?» La sora Liliana (Ingravallo trepidò), sola in casa, non aveva aperto. «Era nel bagno... sì... stava facendo il bagno.» Don Ciccio, senza volerlo, si passò una mano sugli occhi, quasi a schermirsi d'un fulgore troppo vivo. La donna di servizio, l'Assunta, era partita alcuni giorni prima per casa sua: aveva il padre malato come hanno spesso le donne di ser-

Cuando los dos agentes le dijeron: «Ha habido fregao en via Merulana: el docientosdicieneve: escaleras arriba: en casa los ricachones...», un flujo de sangre sorprendida, angustiada acaso, le inundó el ventrículo derecho. «¿Docientos diecinueve?», no pudo menos que preguntar: aunque sin querer darle importancia. Y seguidamente volvió a caer en aquella especie de lejano sopor que venía a ser, en él, máscara del sentido profesional. En el interin, entraba en el despacho el jefe de la brigada de investigación. Llevaba el *Messaggero* todavía sin desplegar y un pétalo, un solo pétalo blanco en el ojal. «Flor de almendro», pensó Ingravallo interrogando a su superior con los ojos. «El primero de la temporada. Ahora nos escoñan también las almendras.» «¿Irá usted, Ingravallo, a via Merulana? Vea lo que hay. Una idiotez, según me han dicho. Y esta mañana, con esa otra historia de la marquesa de viale Liegi..., y luego ese lío de aquí cerca, en Botteghe Oscure: y pa hacer el peso ese buqué e violetas: y dos cuñadas y las tres sobrinas: y nos queda que pelar el rabo de nuestro asunto: y después, y después —se llevó una mano a la frente—, lo que faltaba, el latazo ese del subsecretario. Hasta la punta el gorro, ya le digo. Así que, me haga el favor: lléguese usted, don Chito, a ver qué diablos pasa.»

«Andando —dijo Ingravallo, y luego rezongó—: Vámonos ya», descolgando de la percha el sombrero. El mal clavado pirulo se desencastró y cayó el suelo, como siempre, echando a rodar; él lo recogió, volvió a encajar el apurado vástago en su agujero: y con el revés de la manga, como si fuera un cepillo, dio un ligero toque al flexible negro, ajá, a lo largo de la cinta. Los dos agentes salieron tras él, casi por tácita orden del comisario-jefe: eran Gaudenzio, conocido en los bajos fondos por *el Rubianco*, y Pompeo, cuyo apodo sonaba *el Garras*.

Tomando un PV y apeándose cabalmente en el Viminale, subieron al tranvía de San Giovanni. De modo que en poco más de un cuarto de hora se plantaron en el número docientosdicieneve.

El casón de Oro, o digamos de los nuevos ricos, allí estaba: cinco pisos, además del entresuelo. Tiñoso y gris. A juzgar por aquel tétrico albergue y la cohorte de ven-

tanás, los rícones, los escualos, debían de ser una miriada: tiburoncillos de estómago ardiente, sin duda alguna, pero de fácil conformidad estética. Viviendo bajo el agua de apetitos y de sensaciones fágicas en general, la grisura o cierta opalescencia superna del día era luz, para ellos: la poca luz que habían menester. En cuanto al oro, bueno está, no se excluye que pudiera haber también oro y plata. Uno de esos caserones de comienzos de siglo que infunden, no más verlos, un irremediable aburrimiento y una amarillenta contrición: vaya, netamente lo opuesto al color de Roma, del cielo y del fúlgido sol de Roma. Ingravallo lo conocía, puede decirse, con el corazón: y en efecto, se le aceleró levemente al acercarse con la pareja a la conocida arquitectura, investido de tanta y tan resolutiva autoridad.

Frente al cuartelazo de color de chinche, una muchumbre: contenida por una red protectora de bicicletas. Mujeres, capachos y apios: algún tendero de un comercio vecino, con delantal blanco: un mozo y éste con el delantal a rayas, y con la nariz en forma y color de un maravilloso pimientito: porteras, muchachas, hijas de portera que berreaban «¡Eh, Pepín!», chiquillos de aro, un asistente cargado de naranjas, apresadas en una gran red y en lo alto la cresta de dos hinojos, y de paquetes: dos o tres funcionarios de los gordos, que en aquella hora favorable a los grados superiores apenas había desplegado las velas, encaminándose cada cual a su ministerio: y sobre doce o quince holgazanes y vagabundos varios, en dirección a ninguna parte. Un cartero en estado de buenísimas esperanzas y más curioso que nadie, con su bolsa repleta daba por el rasca a todos: que rezongaban mecachis, y todavía más mecachis, y mecachis, uno tras otro, a medida que la carteraza iba chocando con los traseros. Un arrapiezo con tiberina seriedad, afirmó: «Este casón, dentro tiene el oro pa basura.» En derredor, la banda de las ruedas de las bicis, como una dermis *sui generis*, parecía hacer impenetrable aquella pulpa colectiva.

Ayudado y casi precedido por la pareja, Ingravallo se abrió paso. «La poli», profirió alguien. «Dejar pasar al *Garras*, tú, chaval... ¡salve, Pompé! ¿Qué, ya le has echao el guante, al caco?... y ahora, con *el Rubianco*...» El portón entornado lo vigilaba un brigada de la comi-

aveva commesso una sequela di crimini e come tale andava giustiziato. «Non si può regnare impunemente»: la frase di Saint-Just era ormai un ritornello da osteria.

Lungo la strada, un'atmosfera di attesa e incredulità. Con le sezioni in assemblea permanente, i volontari in armi, le donne a casa, le botteghe serrate e migliaia di cittadini già assembrati sotto la ghigliottina, i semplici passanti erano rarità. Nei loro volti, D'Amblanc cercava di cogliere il sentimento che egli stesso avvertiva. Si era svegliato all'alba al suono di tamburi, campane e cannoni. Da allora, la sinfonia del Grande Evento non s'era mai interrotta, arricchita dal trotto della cavalleria, dal passo marziale delle truppe, dal rullare dei carri militari.

Guardò l'orologio da tasca. Per le dieci in punto doveva bussare al portone della signora Girard. La terapia magnetica non ammetteva dilazioni.

Mezz'ora più tardi, il boia di Parigi avrebbe raccolto la testa del cittadino Capeto.

D'Amblanc si domandò quanti altri, in un momento come quello, avrebbero rinunciato allo spettacolo, per dare la precedenza al proprio dovere.

Immaginò la carrozza verde del sindaco di Parigi, attornata da cavalieri, sciabole e picche. Il Capeto a bordo, in preghiera, le mani giunte al centro del petto. Accanto a lui, l'amico prete, nato in Irlanda ma cresciuto a Tolosa, che lo aveva accompagnato durante il processo. Di fronte a loro, due gendarmi, intenti a mascherare il proprio stupore.

A quell'ora il convoglio doveva essere all'altezza di San Dionigi.

D'Amblanc ripose l'orologio e si affrettò, in direzione opposta rispetto al gran viale dove si stava scrivendo la storia di Francia.

3.

– Salviamo il re!

A quel grido, il funzionario della sicurezza generale Armand Chauvelin si volse di scatto.

– Di là! – fece segno ai suoi e si lanciò nella corsa.

Cinque sagome erano al centro del viale, armi sguainate. Non più di un centinaio di passi, calcolò Chauvelin mentre si sforzava di accelerare, più forte dell'emicrania che lo tormentava dal primo mattino.

Cento passi e avrebbe catturato i capi della congiura.

Dai muri di folla a destra e a sinistra giungevano incitamenti e risate.

– Guardate quei matti!

– Prendeteli!

– Fatene ragù!

– Se volevano crepare, facevano prima a darsi fuoco!

– Sì, almeno ci scaldavamo anche noi!

I tamburi non avevano cessato di battere, la carrozza e la scorta non si erano fermate.

Appena fu abbastanza vicino da non sbagliare, Chauvelin puntò la pistola e sparò su un tizio col pastrano giallo, il più visibile di tutti.

L'uomo si accasciò, gli altri fuggirono. Con uno scarto improvviso e a colpi di spada, si aprirono un varco in mezzo alle guardie che bordeggiavano il viale, in corrispondenza di una smagliatura fra i corpi, dovuta all'imbocco di una strada laterale.

Due di essi, alla disperata, cercarono di entrare in una casa, ma la porta era chiusa e mancò il tempo di forzarla. Uno venne abbrancato dalla folla, preso a calci e pugni, massacrato. L'altro riuscì a divincolarsi e fuggire, prima che i

suoi assalitori gli strapparono dal viso la sciarpa che l'aveva coperto lasciando liberi soltanto gli occhi. Gli ultimi due si tuffarono di nuovo nella ressa e la risalirono, come nuotatori esperti, proprio nella direzione dalla quale sopraggiungeva il convoglio.

Fu quello a bloccare la corsa di Armand Chauvelin, costringendolo a farsi da parte, per cedere il passo alla scorta, poi alla carrozza.

Lo sguardo del poliziotto si insinuò nell'abitacolo e colse il profilo del passeggero. La sagoma dell'uomo che era stato, e che adesso era l'ombra tremula di un essere invertebrato, una chiocciola che si ritrae nel guscio, spaventata.

Quando il convoglio fu transitato, Chauvelin si ritrovò a fissare impotente la selva di corpi che aveva inghiottito i fuggitivi.

Uno dei suoi lo affiancò.

– Ne abbiamo persi tre.

– Uno era il capo, sono pronto a scommetterci. – disse Chauvelin abbassando la pistola. – Gli altri?

Il sottoposto indicò i due cadaveri che giacevano sul lastrico, circondati dalla folla.

– Non potranno dirci niente.

Armand Chauvelin fece una smorfia di disappunto. La notte precedente aveva chiuso la rete tesa per sventare il complotto monarchico. Prima dell'alba gli agenti del comitato avevano arrestato i congiurati nelle loro case, uno dopo l'altro. Duecento uomini, che avrebbero dovuto trovarsi lungo il percorso del corteo per sobillare il popolo e liberare Luigi Capeto. Purtroppo, non c'era stato il tempo di torchiarli a dovere, e sul luogo preciso dell'appuntamento aveva raccolto versioni discordanti. Pochi passi di differenza e quella giornata si sarebbe conclusa con una vittoria piena. Invece era certo di aver mancato il capo e nessuno

degli interrogati sembrava conoscerlo. Un uomo abbastanza saggio da non mostrarsi mai ai suoi scherani.

L'agente Chauvelin diede l'ordine di portare via i corpi, mentre l'emicrania, dal covo dietro l'occhio destro dove stava annidata, iniziava a diffondersi in tutta la testa.

4.

Te lo si conta noi, com'è che andò. Noi che s'era in Piazza Rivoluzione. Qualchedun altro te lo conterebbe – e magari te l'ha già contato – come son buon tutti, cioè a dire col salinzucca di poi, dopo aver occhiato le stampe sui libri, varda, c'è Madama Ghigliottina, c'è il ritratto di Robespierre, volti la pagina e c'è la mappa delle battaglie, e dal capo alla coda si snocciano gli anni così, come fossero olive: 1789, 1793, 1794. Uno sa già com'è andata a finire – tanto, dice, per quelli come noi come deve finire? – e allora la conta dal difuori della mischia, tutto compunto, come da invetta a una torre.

Quelgiorno pure noialtri si immaginò di alzare una torre. Una torre di legno, per salirci sopra, più in alto dei tetti dei palazzi più alti. In piazza si stava tutti pigiati, fitti come le setole di un pennello, ché perlomeno il freddo porco lo si tiene a bada, o magari è solo un'impresione, ché spartire il male è già mezza goduria. Però a quelmodo, uno finisce che non vede niente, dal gran che c'erano schiene e bertocche, per non dire dei vecchi che ti si grappavano ai panni per non cadere! Figura la scena: un fantolino monta in groppa al babbo, ma dadietro sgolano che lo deve metter giù, quel figlio d'un cane, e un garzo bisunto dice che mica son spettacoli da puttini, questi.

Fu cosí che soquanti ci si fissò con l'idea di tirar su un ponteggio, ma siccome il legno e le corde sbriga che si trovavano, s'è deciso di montarlo a furia di ciance, un fracco di ciance, e dal gran che si parlava il ponteggio è diventato una torre, piú alta di Nostra Dama e di quella di Babele.

– Ché torre e torre! – percula uno. – Bastano dei trampoline. Cosa stai ad andare tanto in alto per vedere cogliere una zucca?

E gli aspiranti carpentieri: – Eh, no! Bisogna lasciar lí di pensare a quella zucca come al centro della Francia! Incomincia un mondonuovo, e il posto dei veri repubblicani è inventata alla torre, a riguardare la protagonista di oggi, ovvero la calca pulciosa con tanto di pezze al culo, il popolo famelico e smerdo eppure in piedi, assetato di sangue, enormissimo drago di fremenda bellezza!

Qualcheduno applaude, ché il discorso non gli par punto una brutta tirata, e già un altro salta su a dire che la torre, a costruirla, servirebbe anzi a guardare lontano.

– Mentre qui si fa la festa a Luigino, in Belgio le nostre armate si battono contro il nemico, difendono la rivoluzione, srandellano i cagnacci di altri re, principi e nobilardi, gente che si stirpa i capelli perché in un paese vicino si hanno dei sudditi che non sono piú dei sudditi, e dei re che non sono piú dei re, anzi, che non sono piú e basta.

Soquanti gli si fa notare che il Belgio è bello in là, per poterlo vedere da invetta a una torre in Piazza Rivoluzione, ma quello non sente ragioni, oramai s'è inspiutato.

– Ad averci la torre, – grida, – la si poteva adoperare come attracco per dei palloni erostatici e inviare laggü degli osservatori volanti, dove i nostri soldati combattono e crepano, cosí la si dava anche a loro la buona notizia che...

– Vårdalo, ecco il boia! – sgola qualcheduno, e richiama le menti a terra, vicino al selciato.

– Macché, è il sindaco, quello là.

Colli si slungano come polli o giraffi per sbirciare oltre le spalle e le bertocche fitte, piedi si alzano sulle punte come un esercito di ballerine sdozze, e commenti e bestemmie si intrecciano in delle stuote, che poi ogni tanto spunta una parola, una frase...

– A morte!

– Compernesso...

– Compernesso una sega, stiamo mica entrando a messa.

– Ahi!

– Cosí t'impari a spingere. Chi credi d'essere, il gran mostardiere?

– Ma Luigi quand'è che arriva? Ho le dita gonfie dal freddo mastino.

– Ehi, guardate la mano di lui lí! Pare una poppa di vacca!

– Mica è il freddo. Quella è cancrena.

– Non è vero, varda, muovo le dita!

– Sí, sí, muovi, finché non ti avanzano in tasca...

Ancertopunto sale tutto un brubru, è arrivata in piazza una novità nuova, vola nelle fiate e tutti se la passano, tipo malocchio o raffreddore.

– Sí, sí, te lo dico io, li han brancati e frollati finché non han tirato gli ultimi.

– Ma quanti erano?

– Boh, dieciventi. Gridavano: «Viva il re!»

– Chi è il figlio d'un cane che ha urlato «Viva il re»?!

– Io, io, ma stavo solo riferendo!

– Io li ho visti, avevano certi spiedi! Se li son magnati vivi con stivali e cappelli. E se qualcuno è ancora in piedi, lo mandano a chiedere l'ora al vasistas dritto filato dopo Luigi, vedrai.

E risate ed evviva, gravi accenti e ghigni, lagrime di rabbia e di gioia. Quel che capitava in Belgio, ai confini

con l'impero e sui mari, dipendeva da quel che capitava liggíú, di fronte agli occhi di tutti, sul palco di Madama Ghigliottina.

Poi succede una cosa strana.

Quando spunta la carrozza, si fa un cimitero.

Non un fiato da sopra né da sotto, come ci avessero infilato un tappo in bocca e l'altro in culo. Infino gli ambulanti stanno zitti, e smettono di vendere lupini e ceci al forno. Da non crederci che tutta 'sta gente qua riesce a fare tanto silenzio. Si sente addirittura il cigolare dello sportello che si apre.

Eccolo lí. Il Capeto. Un omarino grassoccio, con le gambette e un grosso naso. Non meno grosso dei nostri, eh, ma è come lo porta, si capisce, ché a noi la canna ci sta d'ingombro, mentre lui la punta avanti come la prua d'una nave. Allora, manco avessero dato il segnale, la cagnara riprende, e giú insulti, e gridi e starnazzi:

- A morte il re!
- Traditore succhiasangue!
- Baciachiappe degli Austriachi!
- Etcíú!
- Salute.
- Grazie, colpa di 'sto freddo bastardo, ci manca solo che

per vedere crepare Luigino mi ammalò e ci vado pure io, al composanto.

Luigi s'era tolto la giacca e solo con la camicia doveva sentire un bel giazzo, perché era tutto sgrullato dai brividi, che poi chilosà se era il freddo cagnaccio di cui sopra o invece lo scacazzo di morire. Come che fosse, gli han fatto salire le scale, e in cima lo spettava il boia Sanson, che gli ha cavato la cravatta, poi con un paio di forbici gli ha tagliato il codino. Un po' sarto e un po' barbiere, il nostro Sansone, che ti preparava per il ballo con Madamigella Mortazza.

Soquanti là sotto si davan dei pizzicotti:

- È tutto vero?

- Sí, compare, stavolta sí. Alla faccia di chi non c'è e si perderà lo spettacolo.

5.

L'uomo dal costume grigio aprí gli occhi d'improvviso, come se un pensiero fosse giunto dal mondo dei vegli a scuoterlo forte nelle nebbie del sonno e del vino. Si guardò la punta dei piedi, poi risalí tutto il corpo: indossava ancora il costume di Scaramouche. Mosse la testa di lato e vide un ammasso di stoffe e sottane. Colombina dormiva sodo al suo fianco. Le accarezzò i capelli, ricordando la baldoria della notte trascorsa, ma il pensiero che era venuto a prenderlo a calci produsse nella sua mente un'immediata contezza.

- Vacca boia! Il re!

Colombina si svegliò e in un attimo drizzò la schiena.

- Il re? Dove?

Scaramouche sgranò gli occhi insieme a un rosario di bestemmie.

- In piazza!

Colombina lanciò un urlo, balzò fuori dalle coperte e corse alla seggiola dove aveva abbandonato gli abiti normali.

- Via, via! Non abbiamo il tempo, - le gridò Scaramouche afferrandola per un braccio.

- In costume di scena?! - opinò l'attrice, ma intanto infilava una manica del pastrano che le veniva offerto.

Coperti e intabarrati a dovere, i due attraversarono le quinte e la platea vuota, a rotta di collo fino all'uscita del teatro. Sulla strada li congelò per un istante la brezza del mattino

alternativa: o resistere con tutte le forze ai tentativi d'intrigo, oppure dare le dimissioni. Dichiaro che punirò io stesso i traditori e prometto di considerare qualunque cospiratore come un nemico, e di trattarlo come tale.

[*Applausi. Tutta la società si alza e si dichiara insorta contro i deputati corrotti.*]

SCENA NONA

Tuona il cannone

31 maggio - 2 giugno 1793

I.

Un conto è dormire su un carro. Un conto è dormire in un pagliaio. Tutt'altra cosa dormire sotto un ponte. Pontenuovo, lo chiamavano i parigini. E dormire, mica si trattava di dormire davvero: era un prendere sonno a stento, per poco, devastati dalla stanchezza, con un buco nello stomaco, dove Léo aveva fatto, suo malgrado, abitudine al cibo.

Aveva dovuto vendere tutto quel che non serviva. Anche i vestiti buoni, due: uno fatto fare a Bologna, l'altro comprato in Francia coi primi soldi del teatro. I soldi, già. Erano esistiti.

Ora invece esisteva Pontenuovo. Sotto, era la sua precaria e pericolosa dimora notturna. Sopra, e nelle vie intorno, era il suo luogo di lavoro. Saltimbanco senza un banco su cui saltare e nulla, nessuna pozione per la virilità né lozione per capelli, da vendere. Gli toccava una vita di merda, all'attore. Bravo era bravo, ma stanco vieppiù, e i lazzi dopo un po' uscivano male, e poi doveva far tutto da solo, uno sbattimento, una fatica improba, e quelli, i parigini, in pratica gli facevano l'elemosina, per giunta magra. Sembravano aver preso interesse ad altre cose, i parigini. Avevano sviluppato il gusto per un teatro più vasto, e Léo ne calcava soltanto i margini.

Aveva conservato: un vestito di scena, mezzo Scapino e mezzo Scaramouche; una camicia bianca, rattoppata; una

maschera col nasone. Poi: un fagotto; delle candele; un tomo delle *Memorie* del maestro Goldoni.

Anche le scarpe se ne erano andate, barattate per un po' di denaro e degli zoccoli di legno. Leonida Modonesi si era abituato al rumore che producevano sul selciato, e negli ultimi giorni aveva notato che suonavano strascinate, le rustiche calzature. Ormai aveva il fiato corto, e il passo lento.

Tra gli ambulanti che lavoravano sul ponte, soltanto con uno era nata simpatia, forse perché pure lui veniva dall'Italia. Da Bergamo, come Arlecchino. Rota, si chiamava. Era un omarino senza età e con una gamba storta, che ogni mattina zoppicava fino al ponte col suo carrello di libri e almanacchi. Era quel che in Francia chiamavano un *bouquiniste*. Già il primo giorno, Léo gli aveva detto che a Bologna la parola *bouquin* - *buchén* - non indicava il libro, ma quel particolare, sempre apprezzato lavoretto che certe donzelle eseguono con la bocca... Ridendo di gusto, Rota gli aveva detto: «Mi hai visto? Se invece dei libri vendessi quelli, non tirerei su una lira!»

Poi aveva contraccambiato con l'equivalente bergamasco di *fer un buchén: fà òna ciciàda*.

Il primo giorno a Pontenuovo, Léo aveva ancora voglia di scherzare.

L'aveva persa presto.

Sotto Pontenuovo, in una notte senza luna, i pensieri tristi e commiseranti sembravano gli unici possibili.

Chiuse il libro di memorie e si accinse a spegnere il mozzicone di una candela, quando un barbaglio della fiamma illuminò una porzione di muro. C'era scritto: «... epubblica» e «Vive la Trance». Léo aguzzò gli occhi e se non fosse stato così stanco si sarebbe mosso per controllare la scritta più da vicino. Sembrava proprio «Vive la Trance». Léo si convinse che doveva essere un'illusione ottica do-

vuta al riflesso dei lampioni sull'acqua, magari con il concorso di occhi stanchi e mente angustata. Si convinse che doveva esserci scritto «Vive la France», anche se l'ultima occhiata verso il muro gli disse il contrario. Spense la candela. Faceva fresco.

La lanterna magica della mente proiettava ricordi, a brandelli e spezzoni. Eventi delle ultime ventiquattr'ore, eventi di qualche anno prima. Cose che accadono nella vita degli uomini: segni che prendono significato con il tempo, parole che non si sarebbero mai volute udire o pronunciare. La Senna sciabordava, l'umidità infradiciava le ossa. Léo si chiese, a un certo punto della proiezione, che mai significasse la parola *Trance*. Gli suonava familiare, eppure non era certo di averla mai udita prima. Forse non era nemmeno una parola. Forse era un refuso, finito sul muro per chissà quale motivo: un carbone scivolato dalle mani e rotolato nella Senna, o il muro che si sbreccia proprio sul secondo braccetto, quello piccolo, della effe.

Trance. No, doveva essere una parola. Non ne conosceva il significato, ma il suono evocava una specie di danza, come una giga o un trescone, di quelli che si ballano sui monti dietro Bologna. E sí, doveva essere un ballo collettivo, di schiere, uomini e donne da una parte e dall'altra, e la musica preferita per quei passi doveva essere suonata da trombe, tamburi e violini.

Léo attendeva come una momentanea liberazione la breve catalessi che costituiva tutto il suo sonno. C'era una doppia prigione: quella diurna, fatta delle strade della città e della sua misera condizione, e quella notturna, fatta di circonvoluzioni della mente, ricordi, sentimenti di tetra disperazione alternati a momenti di esaltazione insensata, e su un piano più materiale, fatta di umidità e del puzzo che saliva dal fiume, e dalla mole di Pontenuovo che nascondeva il cielo. Gli

sembrava che la vita fosse un poderoso meccanismo a orologeria, che lui stesso aveva assemblato, pezzo dopo pezzo, nel corso degli anni, e gli pareva che il meccanismo avesse il solo scopo di chiudersi su di lui, come una bara fatta di gesti passati.

Un enorme ratto uscì dall'acqua e risalì la banchina annuando, il muso all'aria, le ore della notte.

Léo si armò di zoccolo e fronteggiò l'intruso, che si mise ritto sulle zampe posteriori. Era grosso come un cane di piccola taglia, o come un istrice. Emise una specie di fischio, che suonò come un richiamo o un avvertimento. Senza fretta eccessiva, si allontanò e le sue tracce d'acqua si persero nel buio.

Un'uscita di scena degna di Capitán Fracassa.

Léo pensò che aveva vissuto abbastanza per vedere la Tricotanza incarnata in un ratto della Senna.

E provò di nuovo a dormire, ma niente. Sotto il rustico panno militare, lo morse nella carne l'avvertimento di una mancanza, originaria quasi quanto la fame. Nelle condizioni in cui si trovava, non avrebbe certo potuto sperare di colpire lo sguardo di una donna. La donna: ecco quel che serviva ora. Una donna, una brava donna, o non brava ma che guadagnasse. Aveva sempre ritenuto che, alle brutte, qualche vedova o qualche ovesta sarebbero comparse e lui, che non era uomo disprezzabile, sarebbe verosimilmente stato conteso, disputato. Un consenso di baccanti lo avrebbe dilaniato e quelle, esaltate, infoiate, si sarebbero cibate delle sue carni e soddisfatte con il suo sangue: in quel momento, quasi gli sembrò una fine decente.

Donne. Il carnevale che colpiva la Francia le aveva mutuate. Andavano in giro a branchi, come erano soliti fare i ragazzini, spesso senza alcuna attenzione per convenienza e decoro. Facevano politica. Léo ne era affascinato. In cuor

suo riteneva che, di fronte alla vita e all'arte, decoro e convenienza contassero zero.

In ogni caso, mancava una donna. Mancava subito, al posto della mano che scendeva verso l'inguine, e mancava in prospettiva, come sostegno, riparo, compagnia. Léo pensava queste cose e intanto, come a propiziare il sonno mediante l'induzione di ulteriore spossatezza, la mano afferrava il membro sotto il costume di scena, le brache di Scapino, e la mente formulava un augurio, che apparisse presto una vedova o un'ostessa che lo raccattasse e lo salvasse da quell'esistenza troppo prossima alla morte.

Il dormiveglia si trascinava tra raffiche d'immagini vaghe e scariche di pensieri, associazioni senza senso. Finalmente, Léo dormì.

Passò ben poco e un clangore lontano sorse nel fondo della coscienza, e si accrebbe sempre più distinto.

Campane.

Campane a stormo, come quando si segnala un incendio.

Léo aprì gli occhi ed era ancora buio. Imprecò in bolognese, assaporando l'oscenità e la blasfemia.

Campane. Campane a martello. Non cessarono per un bel tratto.

Cani abbaiano: si rispondevano da una riva all'altra del fiume.

A Léo parve di udire clamori lontani: era stanco, ma lucido e in allarme. All'alba potevano mancare un paio d'ore. Dopo un po', l'orologio batté le quattro.

Dopo un'ora, le prime luci.

Léo si accinse a salire sulla scena, cioè su Pontenuovo, sperando di arrivare a sera senza troppi problemi, e di mangiare almeno una volta. Allestire il palcoscenico era facile: un berretto rovesciato, un cartello che inneggiava alla Repubblica. Mentre saliva le scale si accorse che sul mu-

ro c'era scritto davvero «Vive la Trance», qualunque cosa volesse dire.

Gli scalini pesavano sulle gambe, ma come dio volle Léo si ritrovò di sopra, sul ponte. Si scoprì ad annusare l'aria, come il ratto sorto dalla Senna qualche ora prima.

Non c'era ancora Rota, né alcun altro degli ambulanti che condividevano il precario luogo di lavoro. Doveva essere molto presto, ma Léo si insospettì quando, col trascorrere dei minuti, nessuno venne ad allestire alcunché. Nemmeno il savoiardo che vendeva bastoni da passeggio e ombrelli, che era il più mattiniero.

Intanto il clamore si avvicinava. Léo vide gruppetti di persone dirigersi a passo rapido, o di corsa, verso l'altro capo del ponte, da dove pareva salire il rumore.

Léo capì. Corpi che si univano a una folla.

La folla divenne visibile. In maggioranza uomini, ma anche donne. Cantavano, si lanciavano richiami e incitamenti. Portavano picche e fucili. Léo si avvicinò alla folla che avanzava, via via sempre più svelto, come se quella gente fosse un magnete, come se l'eccitazione percepita nell'aria prendesse a scorrere nei condotti del corpo. Léo si trovò circondato dalla folla. La gente prese a scendere dall'altro lato del ponte, quello dove si apriva il parco d'artiglieria. — Al cannone! Al cannone! — senti gridare. Il cannone? Léo pensò che un'armata nemica stesse risalendo la Senna e occorresse fermarla.

Ora la folla occupava l'intera piazzaforte, e Léo sgomitò per avvicinarsi al cannone, dove i capi del popolo in armi si erano fermati. Cristo d'un dio, stava accadendo qualcosa, e stavolta lui c'era in mezzo, non come quando avevano segato il collo al re. Qualcosa, sí. Qualsiasi cosa, pur di allontanarsi dai topi di Pontenouvo.

Parlavano concitati, Léo non riusciva a udire bene quel che dicevano. Ricostruí che si trattava di un cannone d'al-

larne, che doveva sparare perché la Repubblica era in pericolo, e Léo capì: non c'era alcuna armata a risalire la Senna, si trattava dei famigerati «nemici interni». Léo provò ad avvicinarsi ancora, gonfiando il petto come un vero patriota. Sí. Ora la folla era silente e si coglievano le battute dello scambio. Volevano far sparare il cannone, subito, e sventolavano sotto il naso di un ufficiale un foglio che era un ordine eccezionale. L'ufficiale si stringeva nelle spalle. Diceva che l'ordine non era valido, che ci voleva un mandato della Convenzione, datato e firmato, ché chi sparava senza quella firma era passibile di pena di morte. Qualcheduno voleva rischiarla, la zucca? S'accomodasse e sparasse, ma tutti erano testimoni che insomma, lui, l'ufficiale, s'era opposto.

Sconcerto e rabbia attraversarono la folla. Léo li avvertì come onde elettriche, di quelle che fanno rizzare i peli sulla schiena e sulle braccia.

I capi, là davanti, tennero un conciliabolo. Si decise di mandare in fretta dei delegati per farsi firmare l'ordine dalla Convenzione. Scelsero i più presentabili. Rimase dunque la feccia.

E subito la feccia, Léo tra questi, prese a dire che ci sarebbe voluto troppo tempo, che era una cosa senza senso, che dovevano spicciarsi, che l'ufficiale facesse sparare e si levasse di mezzo. E lui ribadiva: io non dò fuoco alla miccia, no signore. Alla mia testa ci tengo, io.

I più animosi, rifletté Léo, non erano che i più verbosi. Al di là dei gesti, dei volti torvi o deformati dalla passione, quella gente non era abbastanza decisa. Mentre rifletteva, senza pensarci, commentava ad alta voce in vernacolo. Intanto l'ufficiale diceva: l'ordine? Portatemi un ordine valido e controfirmato, e sparo io. Se no, fate lo voi. E faceva cenno con la mano sul collo, a simulare la decapitazione.

Léo si sentí sfidato. Insomma, la sua recita saltava, la *mu-tinée*, e quei segaioli rimanevano bloccati, e il cannone nemmeno sparava?

– *Stà, mò bono c'ai pans me, brott d'io d'un boia. Vùt vadder?*

Fece un passo avanti, poi un altro. Adesso era di fronte all'ufficiale.

– *Càvet bân d'in mèz ai marón!* – e lo scostò. – Branco di pugnettari! – apostrofò tutti quanti. La gente fissava il costume e la maschera appesa al collo. Léo fece un cenno a uno dei tipi torvi nella folla, e questi, come rispondendo a un ordine, passò un acciarino. Léo biascicò ancora qualcosa: – *Mo guarda te, boia ed diona... Av la dâg me adès!*

Armeggiò con l'attrezzo e, nel silenzio più assoluto, accese la miccia.

– *Acchè!*

2.

Treignac udì il colpo del cannone d'allarme e capì che il tempo degli inviti alla calma era bell'e finito.

Le campane della chiesa dei Trovatelli, nel foborgo di Sant'Antonio, erano state le prime a smartellare, e i sanculotti del quartiere erano scesi in strada di gran carriera, con le armi in pugno, mentre nelle sezioni più ricche ancora si lamentavano per l'alzataccia, perché si sa che nemmeno nel sonno gli uomini sono uguali, e chi ha candele a mucchi discute e festeggia fino a tardi, mentre chi le deve risparmiare va a nanna appena è buio, si sveglia prima dell'alba, addenta un tozzo di pane, si sciacqua la bocca, e poi se può torna a dormire un paio d'ore, altrimenti si prepara per andare al lavoro.

Pertanto, quando Treignac udì il colpo del cannone d'allarme, i cittadini di Sant'Antonio erano già assembrati da almeno tre ore, di fronte alla casa del capitano di sezione, sotto il drappo tricolore, senza nemmeno conoscere il vero motivo della chiamata. O meglio: il motivo lo sapevano tutti. Proprio il giorno prima s'era diffusa la notizia di Lione, dove i partigiani di Brissot avevano cacciato dal comune i veri rivoluzionari e si temeva che lo stesso colpo l'avessero in canna pure a Parigi. Quel che nessuno sapeva era il da farsi spiccio, se cioè bisognava star lì a difendere la sezione, oppure andare alle barriere per far scudo alla città, o magari filare dritti alla Convenzione a prendere per il collo i brissotini.

Mentre Treignac cercava di raccapezzarsi, sentì uno stratone alla giacca. Era Bastien, trafelato.

– Al Colle dei Mulini si sono messi addosso le coccarde bianche del re e stanno chiusi con due cannoni nel Palazzo Eguaglià.

– Chi li ha visti?

– Lo dicono tutti.

Treignac si lasciò sfuggire un'imprecazione e si fece largo tra la folla insieme alla notizia. La sezione del Colle dei Mulini era un feudo di Brissot, e c'era già chi invocava una spedizione punitiva, «per piantargli nel culo le loro belle coccarde». Treignac raggiunse il capitano Soyer.

– Chi ha portato la notizia? – domandò.

Soyer scrollò le spalle, come a domandarsi che importanza avesse davanti a quel trambusto.

– Il Palazzo Eguaglià è a due passi dalle Tegolierie, – disse. – Se quelli del Colle si stanno preparando per attaccare la Convenzione, bisogna fermarli subito.

Treignac fece qualche passo nervoso.

– Maledizione, – disse a mezza voce, mentre la smania intorno a lui aumentava.

—¡Salvemos al rey!

Al oír aquella exclamación, el funcionario de la seguridad general Armand Chauvelin se volvió bruscamente.

—¡Allí! —les dijo a sus hombres, echando a correr.

En medio del bulvar había cinco individuos, con las armas desenhainadas.

No habría más de cien pasos, calculó Chauvelin, esforzándose por acelerar, pese a la migraña que lo atormentaba desde la mañana.

Cien pasos y capturaría a los cabecillas de la conjura.

De los muros de gente que había a izquierda y derecha llegaban voces de ánimo y risas.

—¡Valientes locos!

—¡Cogedlos!

—¡Y hacedlos picadillo!

—¡Si querían morir, antes acababan pegándose fuego!

—¡Y al menos nos calentábamos también nosotros!

Los tambores no habían dejado de redoblar, la carroza y la escolta no se habían detenido.

En cuanto estuvo lo bastante cerca para no fallar, Chauvelin asestó la pistola y le disparó a un hombre que llevaba un gabán amarillo, el que más destacaba.

El hombre se desplomó. Los demás huyeron. Con un giro brusco y a espadas, se abrieron paso por entre los guardias que flanqueaban el bulvar y se colaron por el hueco que dejaba la multitud en una bocanilla lateral.

Dos de ellos, a la desesperada, intentaron entrar en una casa, pero la puerta estaba cerrada y no tuvieron tiempo de forzarla. A uno lo acorraló la multitud y fue linchado a patadas y a puñetazos. El otro consiguió escapar sin que le arrancaran la bufanda con la que se tapaba la cara y que sólo le dejaba descubiertos los ojos. Los otros dos se zambulleron de nuevo en la multitud y, como nadadores expertos, la remontaron en dirección al cortejo.

Éste detuvo la carrera de Armand Chauvelin, que debió apartarse para dejar paso primero a la escolta y luego a la carroza.

La mirada del policía penetró en el habitáculo y captó el perfil del pasajero. Era la sombra del hombre que había sido, el bulto trémulo de un ser invertebrado, un caracol que se mete en su concha, asustado.

Cuando el cortejo pasó, Chauvelin se quedó mirando, impotente, el bosque de cuerpos que se había tragado a los fugitivos.

Se le acercó uno de sus hombres.

—Se nos han escapado tres.

—Uno era el jefe, apostaría lo que fuera —dijo Chauvelin bajando la pistola—. ¿Y los otros?

El subordinado señaló los dos cadáveres que yacían en el empedrado, rodeados de gente.

—No podrán decirnos nada.

Armand Chauvelin hizo una mueca de disgusto. Aquella noche había cerrado el cerco que tenía tendido para desbaratar la conspiración monárquica. Antes del alba, los agentes del comité habían detenido a los conjurados en sus casas, uno tras otro. Eran doscientos hombres, que se habrían situado a lo largo del recorrido del cortejo con la intención de soliviantar al pueblo y liberar a Luis Capeto. Por desgracia, no había tenido tiempo de interrogarlos debidamente y sobre el lugar exacto de la cita había varias versiones. Un poco más y la victoria habría sido completa. En cambio, estaba seguro de que el cabecilla había escapado y ninguno de los interrogados parecía conocerlo. Era un hombre inteligente que no había dejado que sus sicarios lo vieran.

El agente Chauvelin ordenó que se llevaran los cadáveres. Notaba que el dolor de cabeza, agazapado tras el ojo derecho, empezaba a irradiarse por toda la cabeza.

Nosotros, nosotros te contamos lo que pasó, nosotros que estábamos en la plaza de la Revolución. Los demás te lo contarían —a lo mejor lo han hecho ya— como sabe hacerlo cualquiera, o séase, a toro pasado, después de ver en los libros estampas de Doña Guillotina y de Robespierre y mapas de batallas, y viendo desgranarse los años como si fueran olivas, 1789, 1793, 1794. Uno sabe de antemano cómo acabó la cosa —total, ¿cómo iba a acabar pa gente como nosotros?— y lo cuenta desde fuera, muy serio, como si lo viera desde lo alto de una torre.

Eso nos hubiera gustao levantar aquel día, una torre de madera pa poder ver desde arriba, por encima de los tejados de los edificios más altos. Estábamos apretujados, como sardinas en lata, aunque, eso sí, por lo menos calentitos, o a lo mejor es que nos lo parecía, por aquello de que mal de muchos consuelo de tontos. El caso es que no se veían más que espaldas y cogotes, y pa colmo los viejos se agarraban a uno pa no caerse. Los pequeños se subían a hombros de los abuelos y los de atrás les gritaban que se bajaran, que no era espectáculo pa niños.

Por eso se nos ocurrió lo del puente, pero como había poca madera y menos cuerdas, decidimos hacer un puente de cháchara, de mucha cháchara, y de tanto hablar el puente se hizo torre, una torre más alta que la iglesia de Nuestra Señora y que la torre de Babel.

—¡Qué torre ni qué ocho cuartos! —dicen unos—. Con unos zancos sobra. ¿Pa qué subir tan alto pa ver cortar un melón?

Y los aspirantes a carpinteros dicen:

—¡Dejemos de pensar que ese melón es el centro de Francia! Empieza un mundo nuevo y los verdaderos republicanos han de estar en lo alto de la torre, viendo a la protagonista de hoy, que es la gente piojosa y llena de remiendos, el pueblo hambriento y sucio pero en pie, sediento de sangre, como una soberbia fiera corrupta.

Algunos aplauden, porque no les parece mal dicho, y uno dice que la torre valdría más pa mirar lejos.

—Porque mientras aquí nos cargamos a Luisillo, nuestras tropas combaten al enemigo en Bélgica, defienden la revolución, dan de palos a los esbirros de otros reyes, príncipes y nobles, gentecilla que va poniendo las barbas a remojarse porque ve que en el país vecino los que eran súbditos ya no lo son, y los que eran reyes dejan de serlo, vamos, dejan hasta de ser.

Le decimos que Bélgica está muy lejos pa poder verla desde una torre de la plaza de la Revolución, pero el otro ni caso, se ve que está insipiao.

—Pa torre —prosigue—, la que se podía hacer pa atar globos aerostáticos y enviar observadores volantes a donde combaten y caen nuestros soldados, y de paso les dábamos la buena nueva de que...

—¡Que viene el verdugo! —exclama uno, y devuelve a todos a tierra, al suelo.

—¡Quia! Si ése es el alcalde.

La gente alarga el cuello como si fueran pollos o jirafas, pa ver por encima de la apretada masa de espaldas y cogotes, y se pone de puntillas como si fueran malas bailarinas, y comenta y blasfema toda junta que no se entiende nada, más que alguna palabra o frase:

—¡A muerte!

—Con permiso...

—Con permiso un cojón, que no estamos en misa.

—¡Ay!

—¡Toma, pa que aprendas a no empujar! ¿Pues quién te crees que eres?

—A ver, ¿llega o no llega Luis? Que tengo los dedos como chuzos.

—¡Eh, miradle la mano! ¡Si parece una bota!

—Eso no es el frío, es gangrena.

—¡Mentira! Mira cómo muevo los dedos.

—Sí, sí, muévelos, pero del bolsillo no los sacas...

En esto se oye un follón, es una noticia que corre de boca en boca y todos se pasan, como el mal de ojo o un constipao.

—Sí, sí, como lo oyes, los han pescao y metido en el trullo a todos.

—¿Y cuántos eran?

—Pues quince o veinte. Y voceaban: «¡Viva el rey!»

—¿Quién es el hijoputa que ha dicho «¡Viva el rey!»?

—¡Yo, pero lo decían otros!

—Yo los he visto. ¡Llevaban cada espada! ¡Se los han comido vivos con botas y sombrero! Y si alguno se ha librao, seguro que lo mandan pal otro mundo ahora mismo, después de Luis.

Y venga risas y vivas, voces y guiños, lágrimas de alegría y de rabia. Lo que ocurría en Bélgica, en las fronteras del imperio y en los mares, dependía de lo que pasaba allí, delante de todos, en el tablado de Doña Guillotina.

Pero entonces ocurre una cosa extraña.

Aparece la carroza y se hace un silencio sepulcral.

No se oye respirar ni por arriba ni por abajo, como si nos hubieran tapao la boca y el culo. Hasta los vendedores ambulantes se callan y dejan de pregonar sus altramuces y sus garbanzos tostaos.

Parece mentira que tanta gente pueda estar tan en silencio. Se oye incluso el chirrido de la portezuela que se abre.

Ahí está el menda Capeto. Es un hombrecillo grueso, piernicorto y narigudo. Sí, tiene la nariz grande como nosotros, pero la diferencia está en cómo la lleva él. A nosotros nos estorba y él la saca palante como si fuera el mascarón de un barco. Y de repente, como a una señal, vuelven los insultos, gritos y berridos.

—¡Muerte al rey!

—¡Traidor! ¡Sanguijuela!

—¡Lameculos de los austriacos!

—¡Achís!

—¡Salud!

—Gracias. Es este frío maldito. Eso faltaba, que cayera enfermo por ver morir a Luisillo y me fuera yo también pal otro mundo.

Luis se había quitao la chaqueta y en camisa debía de tener un frío del copón, porque estaba temblando como un azogao, o a lo mejor no era el frío sino el acojone de morir. El caso es que le hicieron subir la escalera y arriba lo esperaba el verdugo, Sanson, que le quitó la corbata y le cortó la coleta con unas tijeras. Este Sanson está hecho todo un sastre y un barbero, y lo prepara a uno pa bailar con la de la guadaña.

—¿Es verdad lo que veo?
—Sí, compadre, esta vez sí. Peor pa los que no están, que se pierden el espectáculo.

5

El hombre del traje gris abrió los ojos de pronto, como si del mundo de la vigilia le hubiera venido un pensamiento y lo hubiera sacudido en medio de las nieblas del sueño y del vino. Se observó la punta de los pies y luego el resto del cuerpo: aún llevaba el disfraz de Scaramouche. Miró al lado y vio un montón de faldas. Junto a él, Colombina dormía profundamente. Le acarició el pelo, recordando la juega de la noche anterior, pero el pensamiento que lo había despertado produjo en su mente como una iluminación:

—¡Cáspita! ¡El rey!

Colombina despertó y se incorporó bruscamente.

—¿El rey? ¿Dónde?

Scaramouche abrió mucho los ojos y prorrumió en maldiciones.

—¡En la calle!

Colombina dio un grito, saltó de la cama y corrió a la silla en la que había dejado su ropa.

—¡Deja eso, no hay tiempo! —le gritó Scaramouche, cogiéndola del brazo.

—¿No nos quitamos el disfraz?! —preguntó la actriz, aunque ya metía el brazo por la manga del gabán que el otro le pasaba.

Bien abrigados, corrieron hacia la puerta del teatro, atravesando bastidores y el escenario vacío. En la calle los dejó un momento congelados la brisa matutina y, cuando reanudaron la marcha, a punto estuvo Colombina de resbalar en un charco helado. El hombre de gris volvió a mentar a los santos, cogió a la chica de la mano y echó a correr, apartando a los transeúntes con el bastón de escena y gritándoles que abrieran paso. Seguidos por los insultos llegaron al cordón policial que impedía el paso a la plaza. Scaramouche chocó contra una barrera de fusiles y acabó de culo en el suelo. Se levantó, empezó a sacudirse el barro del abrigo.

—¡Ciudadano, tenemos que entrar en la plaza de la Revolución!

El miliciano chascó la lengua.

—No cabe ni un alfiler. Si te dejo pasar, le aplasto los huevos al que esté al pie del cadalso.

—Pero queremos verlo.

—Y yo, ciudadano. Pero aquí me toca estar, para evitar que la plaza reviente.

—¡Maldita sea! —despotricó Scaramouche en su lengua de origen.

Arrastrando a Colombina, buscó un acceso sin vigilar por las callejas adyacentes, pero no había nada que hacer: los soldados bloqueaban todas las entradas. Nunca se había visto en París tal despliegue de fuerzas. Colombina temblaba.

—Tengo frío, Léo —dijo, porque éste era el verdadero nombre del actor. Ella, Colombina, también tenía un nombre: sin disfraz ni maquillaje se llamaba Colette. A decir verdad, tenía otros nombres, consistentes en diminutivos íntimos poco convenientes, sinédoques de partes de su cuerpo que designaban toda su persona; sólo que había que quererla mucho para poder usarlos, como la quería Léo, que tiritaba a su lado, en medio de la niebla de enero. Los trajes de escena que llevaban debajo de los abrigos eran de algodón fino, muy ligeros, para que los actores no sudaran mientras actuaban.

—Léo, me muero de frío —se quejó otra vez Colette, arrugando aquella carita que tenía.

No hacía falta que se lo dijera, él también tenía el trasero helado. Buscaron un zaguán donde cobijarse y allí, abrazados estrechamente, empezaron a frotarse uno a otro la espalda y los brazos, para hacer que circulara la sangre.

Mientras lo hacía, Léo se decía que todo París estaba allí asistiendo al gran espectáculo, del que se hablaría durante siglos, y él no tenía un sitio ni en el gallinero.

Algunas circunstancias inesperadas causan en los seres humanos reacciones extrañas, y una de éstas tuvieron Léo y Colette en aquel cobijo fortuito. El frío, la rabia y todo aquel frotamiento se combinaron en una mezcla explosiva y no tardaron las manos, calientes de tanto frote, en abrirse paso bajo las ropas, con cuidado de que no entrara el frío pero sí todos los dedos; y lo demás lo hizo el instinto natural y el movimiento de caderas.

6

Desde donde estaba, Marie Nozière veía una figurilla redonda, con unas piernas finas y torcidas, que se tambaleaba. Entre aquella figura y ella se extendía un mar de cofias, sombreros y gorros fríos bajo los cuales vaheaba el pueblo de París. Marie ya había visto al rey, de más cerca, el día de la marcha a Versalles, en la que participó, el año de la toma de la Bastilla. Lo había visto asomado al balcón del palacio, con

Una cosa es dormir en un carro, o en un pajar, y otra muy distinta es hacerlo bajo un puente. Puente Nuevo, lo llamaban los franceses. Y tanto poco era dormir, dormir: era conciliar el sueño a duras penas, por poco tiempo, rendido de cansancio y con el estómago vacío, estómago que, para su desgracia, Léo estaba acostumbrado a llenar.

Había tenido que vender todo lo que no necesitaba. Incluidos dos trajes buenos: uno que se hizo en Bolonia y otro comprado en Francia con el primer dinero que ganó en el teatro. Dinero, por cierto, que ya no existía.

Lo que ahora existía era el Puente Nuevo. Y su precaria y peligrosa morada nocturna estaba debajo. Y encima, y en las calles adyacentes, estaba su lugar de trabajo. Saltimbanqui sin banco en el que saltar, ni posición para la virilidad ni loción para el pelo que vender. Le tocaba llevar una vida arrastrada, de actor. Era bueno, pero se cansaba mucho, y al final, un trabajo improbo, para que, al final, los parisinos le dieran una limosna, y para colmo escasa. Los parisinos parecían interesados en otras cosas, se habían aficionado a un teatro más grande, del que Léo parecía excluido.

Había conservado un disfraz de escena, mitad de Scapino y mitad de Scaramouche; una camisa blanca, remendada; una máscara con una larga nariz; un hatillo con velas y un tomo de las *Memorias* del maestro Goldoni.

También los zapatos había tenido que malvenderlos por un poco de dinero y unos zuecos de madera. Leonida Modonesi se había acostumbrado al ruido que hacía contra las losas del suelo el rústico calzado, y los últimos días había notado que sonaban como si lo arrastrara. Y es que caminaba cansado y despacio.

De los vendedores ambulantes que trabajaban en el puente, sólo se

había hecho amigo de uno, quizá porque también era italiano, de Bérghino concretamente, como Arlequin. Se llamaba Rota. Era un hombrecillo de edad imprecisa y paticojo, que todas las mañanas acudía al puente con su carretón de libros y almanaques. Era lo que en Francia se llamaba un *bouquiniste*. El primer día, Léo le había dicho que en Bolonia la palabra *buchén*, que se pronunciaba igual que *bouquin*, no significaba libro, sino ese trabajito siempre grato que ciertas doncellas hacen con la boca... Riendo con ganas, Rota le había contestado: «¿Me ves bien? ¡Si en lugar de libros vendiera eso, no sacaba ni una lira!» Y a continuación le había dicho cómo se llamaba ese trabajito en el dialecto de Bérghino.

El primer día en Puente Nuevo, Léo aún tenía ganas de bromear. Pronto se le pasaron.

Debajo del puente, en una noche sin luna, los únicos pensamientos que parecían posibles eran los pensamientos tristes y melancólicos.

Cerró el libro de memorias y se disponía a apagar el cabo de una vela cuando un chisporroteo de la llama alumbró una porción de pared en la que decía: «... epública» y «Viva Trance». Léo aguzó la mirada y si no hubiera estado tan cansado se habría acercado para leerlo bien. Parecía decir «Viva Trance», en efecto. Léo se convenció de que debía de ser una ilusión óptica, producida por el reverbero de los faroles en el agua, con el concurso posible de sus ojos cansados y de su mente angustiada. Se dijo que debía de poner «Viva Francia», aunque con la última ojeadita no estuvo tan seguro. Apagó la vela. Hacía fresco.

La linterna mágica de la mente proyectaba recuerdos fragmentarios, de cosas acaecidas en las últimas veinticuatro horas y hacía unos años, de cosas que ocurren en la vida de las personas: señales que cobran significado con el tiempo, palabras que nunca se quisieron oír ni pronunciar. Las aguas del Sena batían, la humedad calaba hasta los huesos. En cierto momento de la proyección, Léo se preguntó qué significaba la palabra *Trance*. Le sonaba, aunque no sabía si la había oído alguna vez. Quizá ni siquiera era una palabra. Quizá era una errata, debida a algún motivo: un tizón que se hubiera escurrido entre las manos y hubiera caído al Sena, o una grieta que se había abierto en el muro justo a la altura del segundo trazo de la efe, el más pequeño.

Trance. No, debía de ser una palabra. No conocía lo que significaba, pero sonaba a una especie de baile, como una giga o un trescón, de esos que se bailan en los montes de Bolonia. Sí, debía de ser un baile colectivo, de filas de hombres y de mujeres, y la música preferida para aquellos pasos debía de ser música de trompetas, tambores y violines.

Léo esperaba como si fuera una liberación momentánea la breve catalepsia que constituía su sueño. Había una doble prisión: la diurna, he-

hecha de espirales de la mente, de recuerdos, de sentimientos de tétrica desesperación alternados con momentos de exaltación delirante, y, en un plano más material, de humedad y del hedor que emanaba del río y de la mole del puente que tapaba el cielo. Le parecía que la vida era un poderoso mecanismo de relojería que él mismo había compuesto, pieza a pieza, en el curso de los años, y que ese mecanismo no tenía más finalidad que la de ir encerrándolo, como un ataúd hecho de actos pasados. Una rata enorme salió del agua y subió por el dique husmeando el aire.

Léo cogió un zueco y se encaró con el intruso, que se empujó sobre las patas traseras. Era grande como un perro pequeño, o como un puerco espín. Emitió una especie de silbido que sonó como a reclamo o a aviso y, sin darse prisa, se alejó y su rastro de agua se perdió en la oscuridad.

Una salida de escena digna del capitán Fracassa.

Léo pensó que había vivido bastante para ver a la Arrogancia encarnada en una rata del Sena.

E intentó dormirse, pero no pudo. Bajo el rústico paño militar, sintió como un mordisco en la carne la falta de otra cosa, tan elemental como el hambre. En las condiciones en las que se hallaba, no podía esperar que las mujeres se fijaran en él. Una mujer: eso necesitaba en aquellos momentos. Una mujer, una buena mujer, o, si no buena, que ganara dinero. Siempre había pensado que, en el peor de los casos, conocería a alguna viuda o a alguna mesonera, y que, siendo un hombre de no mal ver, se pelearían por él, se lo disputarían. Un concurso de bacantes lo descuartizaría y, exaltadas, poseídas por un furor sexual, se comerían su carne y se beberían su sangre: en aquel momento casi le pareció un buen final.

Mujeres. El carnaval que vivía Francia las había cambiado. Se paseaban en pandas, como si fueran chiquillos, y muchas mostraban un desprecio total de las conveniencias y del decoro. Hacían política. Léo estaba fascinado. En su fuero interno pensaba que, en la vida y en el arte, las conveniencias y el decoro no contaban nada.

Sea como fuere, le faltaba una mujer. Le faltaba allí mismo, en lugar de la mano que se llevaba a sus partes, y le faltaba en perspectiva, como sostén, refugio, compañía. Léo se decía esto mientras, como si quisiera cansarse aún más para conciliar el sueño, se cogía el miembro bajo el disfraz de teatro, los calzones de Scapino, y formulaba un deseo: que apareciese pronto una viuda o una mesonera que lo rescatase, que lo salvase de aquella existencia demasiado parecida a la muerte.

El duermevela se prolongaba entre ráfagas de imágenes vagas y pensamientos como chispazos, asociaciones sin sentido. Por fin Léo se durmió.

Pasó muy poco tiempo y sonó en el fondo de la conciencia un estrépito remoto que fue aumentando cada vez más nítido.

Campanas.

Campanas que tocaban a rebato, como cuando avisan de un incendio. Léo abrió los ojos y vio que aún era de noche. Soltó una maldición en boloñés, obscena y blasfema, y se quedó muy a gusto.

Campanas. Campanas que tocaban a rebato y siguieron un buen rato.

Ladaban unos perros: se contestaban de una orilla a otra del río.

A Léo le pareció oír un clamor lejano: estaba cansado, pero lúcido y alerta. Podían faltar dos horas para que amaneciera. Al poco un reloj dio las cuatro.

Una hora después rayaron las primeras luces.

Léo se dispuso a salir a escena, que no era otra que Puente Nuevo, esperando llegar a la noche sin demasiados problemas y habiendo comido por lo menos una vez. Preparar el escenario era fácil: un gorro invertido, un cartel que ensalzaba la República. Subiendo la escalera vio que en el muro ponía, en efecto: «Viva Trance», luego algo significaría.

Los escalones se hacían sentir en las piernas, pero como buenamente pudo logró llegar arriba. Se sorprendió oliendo el aire como había hecho la rata del río unas horas antes.

Aún no estaba Rota, ni ninguno de los vendedores ambulantes que compartían el precario lugar de trabajo. Debía de ser muy temprano, pero Léo empezó a extrañarse cuando vio que pasaba el tiempo y no veía nadie a preparar nada. Ni siquiera el saboyano que vendía bastones y paraguas, que era el más madrugador.

Y el clamor se acercaba. Léo vio grupos de gente que se dirigían a paso ligero o corriendo a la otra punta del puente, de donde parecía venir el rumor.

Léo entendió. Eran cuerpos que se unían a una muchedumbre.

La muchedumbre se hizo visible. La mayoría eran hombres, pero también había mujeres. Cantaban, se daban voces, ánimos. Llevaban picas y fusiles. Léo echó a andar hacia la multitud que avanzaba, cada vez más veloz, como si aquella gente fuera un imán, como si la excitación que se percibía en el ambiente fluyera por los conductos de su cuerpo. Léo se halló rodeado de la multitud. La gente empezó a bajar por el otro lado del puente, que daba al parque de artillería.

—¡Al cañón! ¡Al cañón! —oyó que gritaban.

¿El cañón? Léo pensó que venía por el Sena un ejército enemigo y había que pararlo.

La muchedumbre ocupaba ya toda la plaza y Léo se abrió paso hacia

el cañón, donde los cabecillas del pueblo en armas se habían detenido, ¡Pardiez!, allí estaba ocurriendo algo y esta vez él se hallaba en medio, no como cuando le cortaron la cabeza al rey. Estaba ocurriendo algo, sí. Lo que fuera, con tal que le permitiera alejarse de las ratas del puente.

Hablaban atropelladamente, Léo no oía bien lo que decían. Entendió que la República estaba en peligro y debían disparar el cañón para dar la alarma, pero no porque viniera ningún ejército por el Sena: los que amenazaban la República eran los dichosos «enemigos internos». Léo intentó acercarse más, sacando mucho pecho, como un verdadero patriota. Sí. Ahora la gente callaba y se oía mejor lo que decían. Querían disparar el cañón enseguida y mostraban a un oficial un papel que era una orden excepcional. El oficial se encogía de hombros y decía que aquella orden no valía, que era preciso un mandato de la Convención fechado y firmado, y que quien disparase el cañón sin aquel mandato se exponía a que lo condenaran a muerte. ¿Alguien quería jugarse el cuello? Pues que fuera y disparase, pero todos eran testigos: él, el oficial, se había opuesto.

Desconcierto y rabia cundieron en la multitud. Léo los sintió como si fueran corrientes eléctricas, de esas que erizan el vello de la espalda y los brazos.

Los cabecillas conferenciaron allí mismo. Decidieron enviar al punto una delegación para que la Convención les firmara la orden. Escogieron a los más presentables. Quedó, pues, la escoria.

Y enseguida la escoria, Léo con ella, empezó a decir que aquello tardaría mucho tiempo, que no tenía sentido, que había que darse prisa, que el oficial se quitara de en medio y les dejara disparar el cañón. Y el oficial se negaba: que él no prendía la mecha, no, señor; que él no se jugaba el cuello.

Los más animosos, reflexionó Léo, no pasaban de las palabras. Más allá de los gestos, de las caras torvas o deformadas por la pasión, aquella gente no era lo bastante decidida. Y, sin darse cuenta, reflexionaba en voz alta, en su lengua. Entretanto, el oficial decía: ¿la orden? Traedme una orden válida y firmada y disparo yo. Si no, disparad vosotros. Y se pasaba la mano por el cuello, dando a entender que podían decapitarlo.

Léo se sintió retado. Total, lo dejaban sin número teatral, sin *matinée*, ¿y aquellos badulaques se quedaban parados sin disparar el cañón?

—¡Qué orden ni qué ocho cuartos, hombre! Vais a ver lo que es bueno...

Dio un paso al frente, otro. Se halló ante el oficial.

—¡Quita de en medio, joder! —Y lo apartó—. ¡Hatajo de cagones! —les dijo a todos. La gente miraba el disfraz y la máscara colgada al cuello.

Léo le hizo un gesto a uno de la multitud y éste, como respondiendo a una orden, le pasó un yesquero. Léo aún masculó otra cosa: ¡Fijaos bien, ¡mecagüen!... ¡Que le pego ahora mismo!

Accionó el mechero y, en medio del silencio más absoluto, encendió la mecha.

—¡Toma ya!

2

Treignac oyó el cañonazo y supo que el tiempo de pedir calma había pasado.

Las campanas de la iglesia de los Expósitos, en el barrio de San Antonio, fueron las primeras que tocaron a rebato, y los revolucionarios del barrio se echaron corriendo a la calle, armados. En las secciones más ricas, en cambio, despertaron quejándose, pues ni aun en el sueño son los hombres iguales, y los que disponen de velas a montones se quedan hablando o de fiesta hasta altas horas de la noche, mientras que los que tienen que economizarlas se acuestan en cuanto oscurece, se despiertan antes de que amanezca, dan un bocado a un mendrugo, se enjuagan la boca y, si pueden, se acuestan otra vez un par de horas y, si no, se preparan para ir al trabajo.

Así pues, cuando Treignac oyó el cañonazo que daba la alarma, los ciudadanos de San Antonio ya llevaban concentrados desde hacía por los menos tres horas frente a la casa del capitán de sección, bajo la bandera de Francia, sin conocer siquiera el motivo de la llamada. O mejor dicho: el motivo lo sabía todo el mundo. El día anterior, sin ir más lejos, se había difundido la noticia de lo ocurrido en Lyon, donde los partidarios de Brissot habían echado del ayuntamiento a los verdaderos revolucionarios, y se temía que hicieran lo mismo en París. Lo que nadie sabía era lo que había que hacer: si permanecer allí para defender la sección, si correr a las puertas de la ciudad para defenderla o si ir directamente a la Convención y retorcerles el pescuezo a los brissotianos.

Mientras Treignac trataba de explicarse lo que pasaba, notó que le tiraban de la chaqueta. Era Bastien, jadeando.

—Los del Cerro de los Molinos se han puesto escarapelas blancas del rey y se han encerrao con dos cañones en el Palacio de la Igualdad.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo dicen todos.

Treignac soltó una maldición y se abrió paso por entre la multitud, a la vez que lo hacía la noticia. La sección del Cerro de los Molinos era